

Trabajo Temporal



una novela de
CARMEN GRAU

TRABAJO TEMPORAL

Carmen Grau

Primera edición digital: julio, 2012
Segunda edición digital: mayo, 2013

© Carmen Grau, 2012

© de la presente edición, 2013, Dunsborough Books
P.O. Box 1124, Dunsborough, WA 6281, Australia

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito de la autora. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado o te lo ha regalado la autora o la editorial, por favor, compra tu propio ejemplar [aquí](#). Gracias por respetar el trabajo duro de esta escritora.

La presente novela hace referencia a figuras públicas, marcas de productos, compañías y corporaciones exclusivamente por razones narrativas, no comerciales ni publicitarias.

ASIN: B008IS0JTS (ebook)

ISBN: 978-1478238201 (tapa blanda)

Las entrevistas



Anna trabajaba, de hecho lo había hecho sin interrupción desde los diecisiete años, y ya tenía treinta y tres. Podría decirse que era una edad avanzada para seguir dedicándose a experimentar en el campo laboral como lo hacía con la vida y con la comida: probando cosas nuevas. Se tomaba cada nuevo empleo como un cursillo de aprendizaje, y como tal, tenía que ser temporal. En el puesto actual llevaba dos meses y una semana cuando vio una oferta que prometía ser más interesante.

Dos meses y una semana era más de lo que había esperado durar haciendo de teleoperadora, algo que nunca había creído que podría realizar. Hasta que lo hizo. Pero había tenido suerte, la campaña que le había tocado no era ni para la compañía de gas, ni para ninguna empresa de telefonía móvil, ni para el ayuntamiento, ni para ninguna otra de las gran temidas, que recibían un número ininterrumpido de llamadas y dejaban la garganta seca y el aliento a sabor de limón y miel a base de ir tragando caramelos Halls. Su campaña era la del Barça o, como lo llamaban cariñosamente sus compañeros, el Futuclú. El nombre había surgido a raíz de que Jessi, una de las chicas del turno de tarde, contestara al teléfono así: *Futuclúbarslonabonatardalaténjessi*. Era el estropicio que causaba repetir el mismo saludo de bienvenida cien veces al día, cinco días a la semana, cada mes, durante tantos meses, hasta que se encontraba algo mejor. Anna, al menos, tenía el incentivo del plus de idiomas. Hablaba inglés perfectamente, además del castellano y el catalán, y el francés lo chapurreaba lo suficiente como para mantener una conversación telefónica

sobre cualquier aspecto referente al fútbol. Por eso recibía un plus mensual que hacía su sueldo un poco menos miserable (sin dejar de serlo). Así, de unas diez llamadas contestaba una con un cantarín «*Football Club Barcelona, good morning, Anna speaking*» y de cada doscientas una con un menos seguro «*Bon jour?*». Todo contribuía a hacer el trabajo más diverso. En cuanto a la diversidad no tenía quejas. Tenía que reconocer que se lo pasaba bien. Con los compañeros hacía bromas entre llamada y llamada o cuando no las había, y algunas conversaciones con los culés eran dignas de comentario y causa de muchas risas. Además, había tiempo para leer. Ella siempre se llevaba un libro a cualquier trabajo, pues no se sabía cuándo iba a producirse un hueco en el que no hubiera nada que hacer. Nunca perdía el tiempo y en dos meses y una semana ya se había leído tres o cuatro libros usando exclusivamente las horas laborables. En general, era un buen trabajo. Cada día aprendía algún aspecto más sobre el fútbol y en una ocasión llegó incluso a hablar con el presidente (porque llamó preguntando por su secretaria). El único inconveniente era definitivamente el sueldo. Si le hubieran pagado el doble se hubiera considerado remunerada correctamente, ni bien ni mal. Y después de dos meses y una semana, por muy divertidas que resultaran algunas llamadas — también las había pesadas— y por mucho tiempo que tuviera para leer — aunque resultaban molestas las continuas interrupciones causadas por las llamadas— los escasos quinientos ochenta euros —plus incluido— no compensaban las seis horas diarias con los auriculares pegados a las orejas.

Ya hacía al menos tres semanas que se dedicaba a enviar su currículum a cuantas ofertas le parecían más interesantes que la actual con un simple clic del ratón sobre la tecla «enviar». El puesto en el Futuclú lo había conseguido también gracias a un clic en la página de la empresa de trabajo por internet que consultaba a diario. Buscar trabajo por este medio se había convertido en algo más que una afición. Cada vez que pulsaba la tecla sentía un anticipo de expectación y se imaginaba desempeñando ya el cargo en cuestión. Pero eran tantos clics los que hacía cada día —sin duda la ventaja de experimentar con el trabajo en vez de tomárselo en serio era que solo tenía una exigencia: que fuera algo nuevo— que luego no los recordaba. Cuando la llamaban para concertar una entrevista tenía que hacer un esfuerzo mental para recordar de qué iba el puesto y si valía la pena ir a la entrevista o no, algo que le daba bastante más pereza que apretar el botón del ratón. Lo mismo le pasó cuando unos días después de haber hecho clic en esa oferta que vio al cumplirse dos meses y una semana de haber empezado en el Futuclú, recibió la llamada

consiguiente.

—Hola, con Anna Estebanell por favor —dijo una voz masculina, joven.

—Sí, soy yo —contestó ella a su móvil y supo de inmediato que se trataba de un posible empleo.

—Te llamo porque nos enviaste tu currículum para un trabajo de camarera...

Frunció el ceño y se quedó en silencio. Aunque su interlocutor no pudiera verla, como telefonista había aprendido que las expresiones faciales son fácilmente transmisibles a la voz, o al silencio. No recordaba haberse inscrito a ningún puesto de camarera. Sí que había enviado a muchos hoteles para desempeñar el papel de recepcionista, a empresas para hacer de secretaria con idiomas, a escuelas para dar clases, e incluso al Forum para vender entradas en inglés. Pero a ningún restaurante o bar para servir de camarera.

—En un barco —aclaró él—. ¿Te acuerdas?

—¡Ah! —exclamó por fin. Sí que lo recordaba. Era una oferta bastante diferente de las que solía encontrarse. El título, en mayúsculas, le había llamado la atención: «CAMARERA PARA BARCO». La descripción del trabajo decía así: «Realizará funciones de camarera en barco, atención y mantenimiento general del barco ayudando a la tripulación (limpieza, organización, etc.), tanto cuando el barco esté en puerto como cuando esté en alta mar. PERTENECERA AL SERVICIO DEL BARCO Y DEBERA ESTAR DISPUESTA A ESTAR EMBARCADA DURANTE LA TEMPORADA DE VERANO. Requisitos: Persona con experiencia como camarera. Con conocimientos de servicio de mesas y atención al comensal. No se necesita experiencia en las tareas de mantenimiento del barco. Disponibilidad completa y conocimientos del idioma inglés. Rango salario: mínimo 900€ (150 Mil Ptas) Neto/mes, máximo 1500€ (250 Mil Ptas) Neto/mes». Al leerlo había imaginado que sería para Transmediterránea en cruceros de Barcelona a Mallorca, Menorca o Ibiza y de vuelta a Barcelona. El sueldo máximo era más del doble del que ganaba en el Futuclú (casi el triple) y por tanto reunía el nuevo requisito que se había impuesto a la hora de cambiar de trabajo, que era precisamente ese: cobrar el doble. ¿Por qué no?, pensó un segundo antes de pulsar el botón del ratón. Ya había doscientas treinta inscritas, así que no albergó demasiadas esperanzas de que la llamaran a ella.

El hombre joven al otro lado de la línea le explicó rápidamente en qué consistía el empleo:

—Se trata de trabajar y convivir con una familia en un barco, tanto cuando

estén navegando como cuando estén en el puerto. Necesitan a una persona para empezar dentro de un par de semanas, sobre el 7 u 8 de abril, por Semana Santa. El barco está ahora en Barcelona pero entonces se embarcará hacia Ibiza, donde supongo que estará un par de semanas. Se requiere disponibilidad total y estar dispuesta a estar fuera un par de meses. Buscan a una persona que reúna tres requisitos: primero, que hable inglés mínimamente, con lo cual tú veo por tu currículum que no tienes ningún problema; segundo, que tenga un nivel de educación alto, o sea, que sea una persona que sepa estar y pueda afrontar situaciones difíciles sin venirse abajo, y tres, que tenga experiencia de camarera. ¿Tú reúnes las tres condiciones?

—Sí —mintió Anna sin vacilar—, está todo puesto en mi currículum excepto la experiencia como camarera. Trabajé durante un año, hace poco, en un restaurante tailandés. No lo puse en el currículum porque no estaba buscando trabajo de este tipo y no me pareció pertinente.

—Bueno, pues si estás dispuesta a hacer una entrevista te contaré con más detalle de qué va el asunto. Ah, el sueldo es de unos mil cuatrocientos euros. ¿Qué tal si quedamos mañana por la tarde?

Era martes y al día siguiente por la tarde no le iba bien. Ni ningún otro día por la tarde le iría bien excepto el viernes, porque aparte del trabajo en el Futuclú, por las tardes daba clases particulares a dos niños de ESO. Por una entrevista de trabajo no iba a faltar a sus alumnos.

—Mañana no me va bien. Hasta el viernes por la tarde no puedo.

—Ah —pareció contrariado—. ¿Y por la mañana?

—Tampoco. Es que trabajo.

—¿Trabajas? ¡Pero para este puesto se necesita disponibilidad total!

—Ya, si me cogieran tendría que dejar mi puesto actual.

Quedaron ese viernes a las seis de la tarde, pero llegado el miércoles ya había decidido que no se presentaría a la entrevista. Telefonaría al hombre de la voz joven, que había dicho llamarse José Luis, y le diría que lo de estar fuera un par de meses no le acababa de convencer ni creía que a su marido tampoco.

Hacía dos años que estaba casada con un irlandés afincado en Australia al que había conocido en Perú. Durante ese tiempo habían vivido a caballo entre Melbourne y Barcelona y ahora llevaban ya seis meses en Barcelona. Martin —así se llamaba el marido, sin acento en la i— estaba trabajando en una plataforma de gas cerca de la costa de Noruega, donde pasaba veintiocho días

seguidos cada vez para disfrutar luego de veintiocho días de fiesta. Desde diciembre había estado volando cada mes desde Bergen a Barcelona para estar con Anna. Ahora faltaba un par de semanas para que volviera a hacerlo. Desde la plataforma la llamaba por teléfono cada día, aunque a menudo él no tenía nada que contar, pues su vida allí consistía solo en trabajar. Anna le contaba las cosas pequeñas que le pasaban cada día y ese día, como de pasada, le habló de la nueva oferta de trabajo, a la que ya había decidido que no iba a prestar más atención. La reacción de Martin, sin embargo, fue inesperada.

—¡Suena muy bien! —exclamó con ese tono de expectación que ella misma sentía tantas veces.

—¿Tú crees? —no se acababa de creer que hablara en serio.

—¡Claro! ¿Por qué no? Yo también voy a estar fuera y cuando esté en casa cogeré un avión o un tren adónde estés tú y me lo tomaré como unas vacaciones. Tú ve a la entrevista el viernes y entérate de todos los detalles, siempre estás a tiempo de decir que no.

Después de esa charla, la idea de trabajar en un barco como camarera empezó a mostrarse atractiva. Cinco minutos antes había sido menos que apetecible.

Una hora antes de salir de casa el viernes por la tarde, echó un vistazo a su currículum, o más bien dicho, a uno de sus currículums, ya que tenía varias versiones, que usaba dependiendo del tipo de trabajo que buscara. La que tenía José Luis era la misma que enviaba a todos los puestos que se anunciaban en la empresa de internet que consultaba a diario. Abrió el documento en su ordenador portátil y en el apartado de «Experiencia Laboral» añadió: «*Thai on the Sea*, Melbourne, Australia. De noviembre de 2002 a noviembre de 2003. Camarera sirviendo mesas en restaurante tailandés». La información no era inventada del todo, pues el restaurante existía, a cinco minutos en coche de la casa donde había vivido con Martin durante un año. Guardó los cambios en un nuevo documento que tituló «Camarera barco» e imprimió una copia.

Llegó a la dirección que le había dado José Luis con cinco minutos de adelanto. Estaba en un edificio antiguo de Rambla Cataluña, en el centro de Barcelona. La portería estaba decorada con mosaicos de colores difuminados y la escalera era de mármol gastado. La puerta a la oficina era de esa madera sólida y antigua, típica de los pisos del Eixample, igual que el techo, tan alto,

y el suelo de baldosa. Mientras esperaba a que le abrieran la puerta, imaginaba encontrarse con el viejo piso de sus abuelos, pero cuando esta se abrió fue una joven la que le sonrió y muebles modernos los que vio detrás de ella. Solo el piso —las puertas, los suelos, las ventanas— mantenía el encanto de otros tiempos. La recepcionista la invitó a sentarse y esperar. Desde un mullido sofá observó los pósters que decoraban la pared de enfrente: eran fotos de diferentes restaurantes, encabezados todos con el nombre Grupo Valeiro. José Luis apareció al cabo de cinco minutos y pareció sorprendido al verla. Quizás se había esperado a alguien mayor. Anna aparentaba siete u ocho años menos de los que tenía y eso se acentuaba por su manera juvenil de vestir y el pelo largo y rubio, que a veces llevaba recogido en trenzas. Ni siquiera para las entrevistas se arreglaba demasiado: apenas se maquillaba y como mucho se ponía una camisa, nunca chaqueta. Hoy llevaba un jersey fino de color rojo y pantalones negros, que le estilizaban las piernas y la hacían más alta y elegante. También a ella le sorprendió que José Luis aparentara tener unos treinta y cinco años y cayó en la cuenta entonces de que, más que voz de hombre joven, tenía voz de adolescente. La invitó a seguirle a su despacho y se disculpó por la gran cantidad de cajas que se encontraban amontonadas por el suelo.

—Es que estamos de mudanza —explicó—. Siéntate, siéntate. ¿Me has traído tu currículum? —preguntó una vez se hubieron sentados los dos, cara a cara—. Es que el que sale por internet no se ve muy bien.

—Toma —Anna tenía la quizás mala costumbre de tutear a todo el que la tuteara y vosear a todo el que la voseara, aunque fuera un niño—. Te dije que había trabajado en un restaurante, ¿no?

—Eso me dijiste...

—Es que es experiencia de solo un año, aunque muy reciente. Ahí está.

—Ah, un tailandés —hizo una pausa—. En Australia —otra pausa—. Sí, he visto que has viajado mucho, por eso me llamaste la atención. Lo de la experiencia es porque tienes que saber servir una mesa, ese será tu trabajo. ¿Conoces el protocolo? Servir por la derecha, sacar los platos por la izquierda...

—Sí, sí —no tenía ningún reparo en mentir a la hora de conseguir un trabajo y pensó que eso ya lo aprendería luego, no podía ser tan difícil.

—Bueno, nosotros somos una empresa de restaurantes, como ves —señaló con la mano abierta los pósters que también se encontraban en esta oficina— y

a mi jefe, que tiene un barco, un amigo suyo, que a su vez tiene otro barco, le ha pedido como favor que le encontremos a una camarera. Tienen cuatro o cinco y ahora se han quedado con una menos. Además quieren que sea chica, porque estaban contentos con la que tenían antes, que se marchó porque es un trabajo temporal y... bueno, no es para hacerlo toda la vida, ¿no? —era una pregunta retórica, así que Anna se limitó a continuar sonriendo y asintiendo con la cabeza—. Como te dije, es un barco de 41 metros, que ahora está en Barcelona pero zarpa a Ibiza por Semana Santa, o sea que urge bastante encontrar a alguien. Estarías allí quizás una semana o dos, luego volverías a Barcelona hasta el próximo viaje, que podría ser al cabo de otro par de semanas. En los meses de julio y agosto es cuando más tiempo se estará fuera, quizás los dos meses se vayan al Caribe. Suena bonito, ¿no?

—Como una aventura —respondió ella con una medio sonrisa tonta en los labios.

—Los detalles ya te los dirían ellos mismos si es que te interesa el puesto. Yo ahora estoy haciendo una criba. He recibido más de doscientas solicitudes, pero no se las voy a enviar todas, solo tres o cuatro; de hecho, ya les he enviado tres, tú eres la cuarta persona a la que entrevisto. El sueldo, como te dije, es de unos mil cuatrocientos euros mensuales, más todas las comidas e incluso la ropa. Y... no sé, ¿tienes alguna pregunta?

—¿El sueldo es de mil cuatrocientos euros al mes se esté navegando o no? Y si en un mes se sale solo una semana y el resto se está en casa, ¿pagan igual?

—A ver, no te van a pagar por no hacer nada, pero mientras estés en casa tampoco podrás trabajar haciendo otra cosa porque tienes que estar disponible para la próxima vez que se vaya a salir. Eso también lo tienen en cuenta.

—¿Cuál es el horario y podré salir del barco cuando esté en puerto? ¿Tendría que dormir siempre en él?

—El horario exacto no lo sé, también te lo dirán ellos. Pero a ver, no se trata de una prisión. Tendrás tu tiempo libre y lo de dormir fuera supongo que no será problema, mientras cumplas con tu trabajo. Además, tendrás días de fiesta.

—Lo pregunto porque mientras estemos en puerto, en Ibiza, por ejemplo, si puedo prefiero dormir en un hotel, con mi marido.

—Ah, estás casada.

Anna tuvo la certeza inmediata de que había sido un error confesar su estado civil, quizás se acabara ahí la entrevista.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él acto seguido, pero para esconder su decepción no la miraba a la cara sino que buscaba su fecha de nacimiento en el currículum.

—Treinta y tres. ¿Es que es un problema estar casada?

—No, no —murmuró—. No necesariamente, aunque tienes que entender que vas a estar temporadas fuera de casa.

Anna le habló del trabajo de Martín y porqué los dos habían considerado que un trabajo así podía ajustarse a su estilo de vida.

—Si coincidiéramos los dos en las temporadas libres sería genial.

—Sí, pero prepárate a no coincidir. Cuando llegue él la semana que viene podría ser que tú tuvieras que irte.

—Ya contaba con eso.

Hizo más preguntas pero a casi todas José Luis no tenía una respuesta segura. Él insistía en que su trabajo era hacer una criba, recoger una primera impresión de las candidatas y asegurarse de que no fueran a echarse atrás a las primeras de cambio, después de todo, no era un trabajo normal. Le habló de las otras candidatas: una argentina con un medio novio que no le había parecido demasiado convencida, una de Barcelona de apenas veinte años que le había parecido un poco tarambana y una chilena también con novio pero que aseguraba pasar bastante de él.

—Si has pasado el currículum de las otras, puede ser que hayan cogido ya a alguna.

—Sí, puede ser, no te voy a engañar. Tú eres a la última que entrevisto y quiero que te lo vuelvas a pensar. Coméntalo con tu marido, si quieres, y el lunes me llamas y me dices lo que has decidido. Que lo echas adelante, yo le paso el fax al amigo de mi jefe y él te llamará para una segunda entrevista.

—Y este amigo de tu jefe, ¿se sabe quién es?

—Bueno, es gallego, como mi jefe y... es un señor al que le van bien las empresas.

—Ah —entendió que iba a tener que contentarse con esa escueta explicación, dicha además como si tener empresas que funcionaran bien fuera la cosa más normal del mundo.

Media hora después de haber subido un piso de escaleras de mármol y el resto en el ascensor de hierro y puertas de madera y cristal que eran tan entretenidas de abrir y cerrar, repetía el proceso de bajada ensimismada por la charla que acababa de tener lugar. Mientras que dos días antes había estado a

punto de desechar la oferta, ahora le preocupaba no haber causado una buena impresión a José Luis. Le parecía que él se había mantenido demasiado inexpresivo durante la conversación, como si no le importara que ella le llamara el lunes o no. Quizás incluso la había visto poco convencida, ¿por qué sino le había aconsejado que se lo pensara durante el fin de semana, que lo hablara primero con Martín? Había estado a punto de decirle que no tenía que pensarlo más y que enviara ese fax enseguida, pero tampoco quería parecer impaciente o impetuosa. Ya le había dicho que estaba *muy* interesada y que esperara su llamada el lunes, con eso bastaba. Y si la llamaran la semana siguiente, se embarcaría en menos de dos semanas... Tendría que dejar el Futuclú, quizás sin tiempo a dar los quince días de preaviso, por lo que le descontarían días del sueldo. ¡Qué más daba! El sueldo en el barco era mucho mejor y además, la mitad del tiempo estaría en casa, ¡sin tener que trabajar y con todo el tiempo del mundo para leer! Parecía demasiado bonito y Anna se recordó a sí misma que no debía hacerse ilusiones de ningún tipo, después de todo, el dueño del barco aún no había visto siquiera su currículum. Para no pensar más en el tema, se metió en un cine, donde daban la última de Almodóvar.

El lunes por la mañana llamó varias veces a José Luis desde el Futuclú, usando su móvil. Cuando por fin lo encontró le dijo:

—Ya me lo he pensado bien y sigue interesándome mucho. Por favor, pásales mi currículum.

—¿Sí? ¡Pues ahora mismo se lo envío! —contestó él sin esconder su entusiasmo, lo que sorprendió a Anna.

M^aJosé la miró con las cejas enarcadas. Era la compañera de trabajo con la que más afinidades tenía porque ambas estaban casadas y tenían la misma edad, aunque M^aJosé con hijos y Anna no; y con la que hablaba más, ya fuera de libros, viajes, maridos, hijos o cotilleos, entre llamada y llamada. Anna dudó unos segundos antes de hablarle de la entrevista del viernes. Sabía que cuanto más hablara del tema más tangible se hacía, como si mencionarlo a alguien por primera vez hiciera que la posibilidad de conseguir el trabajo fuera un poco más real que cuando nadie sabía nada. Pero era una sensación ilusoria, lo sabía. Seguía sin garantía de nada y aún con la incógnita de si le había causado buena impresión a José Luis o no. Y si se la había causado, ¿se lo diría al amigo de su jefe o le pasaría el fax sin más comentarios?

M^aJosé la escuchó con los ojos muy abiertos, encogiéndose de hombros

cada vez que una llamada entrante la hacía interrumpir la escucha con su propio saludo de bienvenida: «*Futbol Club Barcelona, bon dia, l'atén M^aJosé*», o poniendo cara de fastidio cuando era a Anna a quien le entraba una llamada y su discurso se veía invadido por el «*Futbol Club Barcelona, bon dia, l'atén Anna*».

—Yo también lo haría —la animó M^aJosé—. Si estuviera en tu situación, sin hijos y con el marido trabajando fuera, vamos, me iba a dar la vuelta a... *Futbol Club Barcelona, bon dia, l'atén M^aJosé* —hizo una pausa para continuar—: *Yes, guan momen plis* —pulsó el botón marcado con la palabra «mute» para que su interlocutor no la oyera—. A ver dónde tengo la chuleta... —y lo volvió a pulsar—: *Du-yu-guan-tickets-for-seltic? De-tickets-arr-soldaut* —leyó de un papel donde había escrito, siguiendo el dictado de Anna, un par de frases en inglés y sus traducciones al castellano. Después de otra pausa, durante la que hizo esfuerzos por comprender lo que se le decía, respondió—: *Yes, guan momen, plis*. Es para ti, que no sé lo que me dice este hombre.

Se cambiaron los auriculares y los puestos para que Anna atendiera la llamada en inglés.

—Además —continuó M^aJosé una vez volvieron a estar ambas libres de llamadas y en sus puestos respectivos—, te pagan casi el triple que aquí. Vamos, es que yo ni me lo pensaba.

—Los que se lo tienen que pensar ahora son ellos —le recordó Anna—. Yo no me hago ilusiones —añadió e hizo un gesto de las dos manos como para zanjar el asunto. Ya se había hablado lo suficiente.

Durante los días que siguieron, sin embargo, estuvo pendiente de recibir alguna llamada, de José Luis o de alguna otra persona. Entretanto, Martin regresó a Barcelona para pasar con ella las cuatro semanas de libertad, según decía él, que le tocaban.

El lunes siguiente, cuando los escolares hacía días que disfrutaban de las vacaciones de Semana Santa y al barco le faltaría un par de días para emprender viaje, llamó a José Luis. Si no la habían escogido a ella al menos se quitaría la duda de encima y no tendría que seguir esperando.

—¿No te han llamado? —contestó él—. Pues yo ya les pasé tu currículum por fax.

—¿Y no te han dicho nada?

—Pues... bueno, precisamente hace un par de días lo pregunté y me dijeron

que bien.

—Eso querrá decir que ya habrán cogido a alguien, ¿no?

—Sí, supongo. Oye, pero yo quería llamarte de todos modos, para otro trabajo. Algo que no tiene nada que ver con el barco. Sería para trabajar aquí con nosotros, ahora que ya estamos acabando la mudanza. Harías de secretaria de mi jefe y alguna vez de su hijo, que también viene por aquí. El horario es de oficina, de nueve a dos y de cuatro a ocho. ¿Crees que te puede interesar? Voy a empezar a hacer entrevistas ahora, pero como a ti ya te conozco... Es para empezar en mayo.

—Sí, cuenta conmigo —intentó no sonar desanimada, pero la verdad era que lo estaba. Para mayo aún faltaban tres semanas y tenía mucho tiempo para cambiar de opinión, además, tenía otras ofertas, todas igual de aburridas. Quizás ese trabajo y alguno de los otros no estuvieran mal, pero comparándolo con la aventura del barco este le parecía una soberana mierda y para ir de una mierda a otra, mejor se quedaba en la del Futuclú.

Martin y Anna no fueron a ningún sitio por Semana Santa. Se quedaron en Barcelona, solos en el piso que los padres de ella tenían en el Paseo de la Bonanova. Pasadas las fiestas, Anna ya no dio más clases particulares, pues los padres de los niños estaban descontentos con las notas y no creían que tener a una profesora particular hubiera mejorado la situación. Así que ahora trabajaba solo por las mañanas, de nueve a tres, en el Futuclú. Por las tardes se dedicaba a disfrutar de su tiempo con Martin, a veces haciendo turismo por la ya súper visitada Barcelona —fueron a la Casa Batlló, algo que tenían pendiente— o quedando con los amigos para cenar, ir al cine o pasear por el casco antiguo. Así pasaron una semana más hasta que una noche de domingo sonó el móvil de Anna. No reconoció el número que aparecía en la pequeña pantalla, pero era un fijo y por las primeras cifras juzgó que no muy lejano del barrio.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con Anna Estebanell, por favor?

—Sí, soy yo.

—Hola Anna. ¿Tú hiciste una entrevista con el Grupo Valeiro?

Anna tardó en contestar. No le sonaba el nombre y en los últimos tres meses había ido a demasiadas entrevistas como para acordarse de la antepenúltima.

—Mmm... —fue todo lo que por fin consiguió pronunciar.

—Para trabajar en un barco, ¿te acuerdas? —continuó la voz, que era femenina y tenía un ligero acento extranjero, apenas perceptible.

—¡Ah, sí! El Grupo Valeiro, lo recuerdo. José Luis.

—Exacto. ¿Aún te interesa el trabajo?

—Bueno sí, pero... no esperaba que me llamaran ahora. José Luis me dijo que habían cogido a otra persona.

—Sí, es verdad, pero no era lo que esperábamos. En las entrevistas te llevas una idea de la persona y luego, a bordo, resultan ser completamente diferentes. Además, esta chica era peluquera, no azafata. Buscamos a otra y me acaban de pasar tu currículum. Bueno, me lo han leído por teléfono.

—Ah, pues bien, me interesa —dijo Anna por curiosidad y por no cerrarse una puerta, pero sin puntualizar que ella tampoco era «azafata». Ahora ya no le quedaba nada de la ilusión inicial. Martin y ella habían hecho otros planes para pasar el verano de forma diferente. A él se le acababa el contrato a mediados de junio. En cuanto llegara a Barcelona se irían los dos a Mallorca, donde ella encontraría sin duda trabajo durante los meses de verano. Él podría pulir su español en una escuela mientras esperaba alguna respuesta a las numerosas solicitudes que había enviado a plataformas de todas partes del mundo. A principios de septiembre regresarían a Australia.

—Bien, hágame de ti. Hablas inglés, ¿no? —la voz tenía un tono amigable, sin embargo Anna no pudo evitar ponerse nerviosa. A bien seguro, esta mujer representaba un eslabón más que José Luis en la cadena que ascendía hasta el amigo de su jefe.

—Sí, hablo inglés, francés, castellano, catalán... —los enumeró con voz cantarina y se dio cuenta tarde de que los dos últimos no hubiera hecho falta citarlos. Después de una pausa continuó—: Bueno, sí, hablo inglés bastante bien. Mi marido es medio irlandés y medio australiano y entre nosotros siempre lo hablamos.

—¿Tu marido es irlandés? —exclamó la voz con alegría, como si fuera a decir: ¡yo también!

—Sí, la oferta me atrajo porque creí que podría acoplarse bastante bien con su trabajo, que también es fuera de casa.

La voz se interesó por el trabajo de Martin y Anna le contó en pocas palabras en qué consistía, resumiendo así el tipo de vida que llevaban.

—Por eso le pregunté a José Luis si sería posible que mientras mi marido esté en su mes de fiesta pueda encontrarme con él en donde sea que esté el

barco... Me dijo que en Semana Santa estaba en Ibiza, pero ahora supongo que ya habrá vuelto a Barcelona, ¿no?

—No, no, sigue en Ibiza. El barco ya no vuelve a Barcelona hasta septiembre, va a estar navegando por el Mediterráneo, de Ibiza a Mallorca, la Ribera Francesa, Córcega, Cerdeña, toda la costa italiana, Croacia, y para terminar, las islas griegas. Y tú tampoco volverías ya hasta septiembre, aunque no creo que tengan ningún problema con que veas a tu marido cuando el barco esté en puerto. Además tendrías días de fiesta y las tardes libres. Hay otra cosa: compartirías el camarote con Tony, el ingeniero. Es inglés y también está casado, con una cubana.

Recibió la nueva información con alarma. Todo el verano y lo que quedaba de primavera fuera de Barcelona era demasiado tiempo. Se lo tendría que pensar más. Por otro lado, la mujer al otro lado de la línea debía de ser todavía una agente o alguien que trabajara en el departamento de recursos humanos a deducir por el uso que hacía de un «ellos» sobreentendido y a pesar de lo intempestivo del día y la hora de su llamada. No convenía cortar la cadena hasta llegar a lo más alto.

—¿Cuándo empezaría?

—Ya —dijo, quizás un poco brusca, porque enseguida añadió—: Lo antes posible. ¿Por qué no te lo piensas y me llamas más tarde?

—Muy bien, me lo pienso y te llamo luego.

—Sí, llámame dentro de una hora o dos, estaré en casa. Te doy el número.

Ya sabía el número, que había quedado grabado en su móvil, pero aun así dejó que se lo dictara.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Señora Martínez-Ríos —dijo la voz, después de haber dudado.

—Perdón, ¿Señora Martínez qué más? —Anna notó como borbotones de vergüenza le subían de repente a las mejillas. Vaya corte, ella tuteándola y resultaba que no estaba tratando con ninguna agente. Había metido la pata. Era, con toda probabilidad, la mujer del amigo del jefe de José Luis, a quien las empresas le iban tan bien. Y además, utilizaba el nombre de su marido, porque estaba claro que con ese acento, por sutil que fuera, no podía haber nacido con el apellido Martínez.

—Martínez-Ríos —repitió la señora, y Anna pensó que a ella también le había dado reparo decir «señora».

Fue a contarle a Martín la conversación que acababa de sostener. El gozo

que sentía renovado se vio hundido en un pozo cuando él no lo compartió. Siempre más pragmático que ella, le recordó que a él se le acababa el contrato en junio y si el barco iba a estar navegando por el Mediterráneo todo el verano y él tenía que ir siguiéndola de puerto en puerto, se gastarían todo el sueldo de ella en hoteles y gastos de viaje mientras él no trabajara.

—Te lo podrías tomar como unas vacaciones, como cuando yo me fui a viajar sola por Europa o África, y ya sabemos que eso cuesta dinero. No tienes por qué ir a hoteles caros, puedes ir a albergues...

—No me gusta viajar solo. No soy como tú.

Anna no quería tener que convencerle, si él no lo veía como ella, no había más que hablar. Solo había una cosa que le preocupaba.

—Parece una oportunidad de esas que se presentan rara vez y que hay que aprovechar. Quizás no conduzca a nada, pero ¿y si lo hace? ¿Y si me cambia la vida? ¿Y si es una *gran* oportunidad y no sé verla? ¿No soy inteligente? ¿No es de gente inteligente saber ver las grandes oportunidades cuando se presentan? Me da miedo no probarlo, no correr el riesgo de cambiar mi situación actual y nunca saber qué habría pasado —lo dijo en voz alta pero como si hablara sola, entonces, como despertando de su ensoñación, añadió —: Esperaré a las nueve y media y llamaré a la señora Martínez-Ríos para decirle que no.

A pesar de lo que había dicho, Martin la había escuchado y mientras se duchaba y luego comprobaba su correo electrónico, fue dándole vueltas. Al cabo de media hora se dirigió a la cocina, donde Anna, en pijama de verano y con el pelo mojado, aguantaba la puerta de la nevera abierta.

—¿Qué cenamos? —preguntó distraídamente, sin desviar la mirada del interior de la nevera.

—Supongo que tienes razón —contestó él—, quizás sea una oportunidad de las que no se presentan a menudo, pero apenas sabemos nada. ¿Por qué no la llamas y le pides el itinerario y las fechas, el sueldo exacto, cuánto tiempo vas a tener libre y qué tipo de trabajo es? Lo único que sabemos es que tienes que servir platos y copas, y de eso no tienes ni idea.

Fue la misma Señora Martínez-Ríos quien contestó al teléfono, pero no respondió a la primera pregunta que Anna le hizo.

—¿Por qué no vienes mañana a casa y hablamos con calma? —sugirió—. ¿Qué tal a las nueve?

—No puedo, es que trabajo de nueve a tres.

Quedaron a las cuatro de la tarde. La Señora Martínez-Ríos le dio la dirección, que constaba solo del nombre de una calle y un número.

—Es una casa —aclaró.

—¡Una casa! —exclamó moviendo mudamente los labios Martin, que tenía la oreja pegada al auricular, junto a la de Anna.

La casa, tal como había sospechado, se encontraba en el barrio de Sarriá y estaba a menos de quince minutos a pie del piso de los padres de Anna. Llegaron allí, al día siguiente, a las cuatro en punto. Desde la calle habría pasado desapercibida, pues se encontraba bastante más atrás de la puerta de sólido hierro negro que daba a una amplia terraza, pero desde la terraza se apreciaba que constaba al menos de tres pisos. Anna pulsó el botón del interfono, conectado a una cámara que transmitía su imagen al interior de la casa. Se presentó, pero la puerta se abrió incluso antes de que lo hiciera. Cruzaron la terraza hasta llegar a la puerta abierta de la casa. En el umbral les esperaba una mujer menuda de unos cuarenta y cinco años vestida con pantalones blancos, un delantal encima de una camisa ancha del mismo color y zuecos de enfermera.

—La señora saldrá enseguida —musitó con una sonrisa tímida.

—Esta gente tiene mucha pasta —susurró Martin mientras ascendían los escalones hacia el interior—. ¿A qué se deben de dedicar?

—Él al tráfico de drogas, siendo gallego...

Esperaron en el recibidor, que para el gusto de Anna tenía demasiados cuadros en las paredes. Había dos sillones que aparentaban no haber sido ocupados nunca. Ella no se habría atrevido a hacerlo aunque la sirvienta les hubiera invitado. El recibidor daba a una sala de la que salía el sonido de música clásica a todo volumen. Por allí apareció una mujer vestida en chándal. Tenía el pelo rubio despeinado a la altura de los hombros y los ojos de un azul intenso.

—¡Ah, han venido los dos! —exclamó alargándole primero la mano a Anna — *G'day, mate* —saludó a Martin en inglés usando una expresión típica de Australia.

—Nos afecta demasiado a los dos, es algo que no puedo decidir sola —explicó Anna.

—Está bien. Pasad, pasad. Bajaré la música.

La sala estaba decorada siguiendo el mismo estilo clásico que el recibidor, con cuadros de gruesos marcos en las paredes, alfombras persas, muebles de

bella madera y sofás que parecían sin estrenar. Estaba todo impecable. Se sentaron en el sofá y la Señora Martínez-Ríos lo hizo en un puf, frente a ellos. Acordaron llevar a cabo la entrevista en inglés para que Martin la siguiera y pudiera participar sin perderse. Empezó sin tapujos:

—Os lo digo de entrada, hay un problema: anoche le hablé a mi marido de ti, pero él insistió en no contratar a nadie que esté casada o con novio. Han habido problemas con tripulantes en esta situación, que pasaban la noche fuera y llegaban tarde por la mañana, y para ahorrarse riesgos mi marido quiere a una persona soltera. Se mostró muy firme al respecto. Con Tony, el ingeniero, se ha hecho una excepción porque su mujer ya sabe que no lo va a ver y se ha ido a pasar todo el verano a Cuba con las dos hijas que tienen.

Anna y Martin permanecieron inmóviles y callados durante la pausa que hizo a continuación. Anna estuvo a punto de levantarse, no había más que hablar, allí se acababa todo.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó, asomando la cabeza por la puerta la mujer que les había recibido minutos antes, usando el mismo tono de voz, apenas audible.

—¿Queréis tomar algo? ¿No? No, gracias, Vera —sonrió, esperó a que se volviera a cerrar la puerta y continuó:

—Pero yo he querido conocerte porque me encantaron tus modales por teléfono, tan poco españoles, ¡es que la gente de aquí tiene una manera de contestar el teléfono tan grosera! Además, ¡teniendo un marido anglosajón! —rio y Martin también lo hizo, Anna seguía tensa—. Os voy a proponer un trato, y si lo aceptáis, seguimos con la entrevista —hizo una pausa significativa y continuó—: Que el hecho de que estés casada sea un secreto entre nosotras, ni mi marido ni la tripulación se tienen que enterar, al menos de momento. ¿Estáis dispuestos a pasar un verano de celibato?

—Pero, quiere decir que... —balbució Anna— ejem, antes de continuar me gustaría aclarar una cosa: ¿cómo debo llamarla, de usted o de tú?

—¡Ah! Este es un problema vuestro, de los españoles. En inglés no lo tenemos, *you* es *you* para todos y nos ahorramos problemas. Supongo que en inglés me llamarías *ma'am*, o sea señora. Tony me llama *Mrs Ríos*, Tiziana me llama Señora Lyn y debo confesar que oír Señora Lyn me chirría un poco en los oídos. Lola y Ramón creo que me llaman simplemente señora o Señora Martínez-Ríos. Como quieras.

Pero de usted, pensó Anna, disipando la duda, y reanudó el hilo donde lo

había dejado:

—¿Quiere decir entonces que no voy a poder ver a Martin para nada en tres o cuatro meses?

—Yo me encargaré de que no sea así. Tendrás días de fiesta, un par a la semana. Además, cuando lleves dos o tres semanas y te hayas adaptado a la vida del barco podemos hablar con Lola y Ramón. Son gente muy maja, ya lo verás, llevan quince años con mi marido, y seguro que te dejarán salir. Tú, Martin, es Martin, ¿no?, has dicho que vas a estar trabajando de todos modos.

—Hasta mediados de junio.

—¿Y luego qué harás?

—Buscar trabajo. Por cierto, he traído mi currículum, Lyn. ¿Yo puedo llamarte Lyn?

—Sí, no hay problema —sonrió y tomó los papeles.

¿Por qué él sí puede llamarle Lyn y yo no?, pensó Anna. La Señora aparentaba unos cuarenta y cinco años. A los ojos de Anna, era demasiado joven e informal como para vosearla. Pero tenía que meterse en la cabeza que no era una cuestión de edad sino de clases, o de rangos; en este caso parecía que de nacionalidad.

—¿Entonces, a ti también te interesa trabajar en la industria de la navegación? —preguntó la señora mirando el currículum con interés.

—Si Anna y yo pudiéramos trabajar y estar juntos a la vez, ¿por qué no?

—Sí, sí —asintió ella con aire distraído mientras continuaba con los ojos en el papel—, tenemos a dos parejas a bordo: Ramón, que es el capitán, y Lola, que ayuda a la azafata con la limpieza y en la cocina, antes también trabajaba en cubierta pero era demasiado duro para ella; y Tiziana, la cocinera, e Igor, el marinero, también son pareja. En el barco que teníamos el año pasado no había parejas y solo eran cuatro tripulantes, dos chicos y dos chicas. Este año tenemos este pequeño problema de que el ingeniero y la azafata han de dormir en el mismo camarote.

—Eso no es un problema para Anna —dijo Martin.

—No fumador —continuó leyendo ella y asintió con aprobación—. Eso me gusta. Hemos tenido muchos problemas con la tripulación española, ¡como fuman! En el Anaketa está prohibido fumar.

—Yo tampoco fumo —se apresuró a decir Anna.

—¿Anaketa? —repitió Martin.

—¡Oh, sí! Apenas os he hablado del barco, ¿no? Es un velero de cuarenta y un metros de eslora, unos nueve de manga, dos palos: es un *ketch*, tres camarotes para invitados y tres para la tripulación. Se llama Anaketa, un nombre de princesa azteca. Tiene nueve años y está perfectamente conservado, los antiguos dueños eran alemanes y muy cuidadosos, aunque muy mayores y hacía tres años que no lo sacaban a navegar. Ha recorrido el mundo entero y varias veces.

—¿Cuáles serían las funciones de Anna?

—Es el puesto de azafata. Para describirte un día normal: te levantas más o menos cuando quieras. Los demás suelen levantarse a las siete y media u ocho, pero tú puedes hacerlo más tarde ya que del desayuno se encarga Tiziana. Entonces haces los camarotes, eso puede llevarte dos o tres horas, según tu ritmo. Cuando acabes, tienes tiempo libre para descansar o hacer lo que quieras hasta la hora de comer. Sirves la comida y a la hora de la siesta otra vez tiempo libre, tres o cuatro horas. Por la tarde llenas los termos de agua en los camarotes por si los invitados tienen sed durante la noche y abres las camas. Pones la mesa para la cena y la sirves. Eso si se está navegando; si el barco está en puerto los invitados suelen cenar fuera. Cuando estamos en puerto también se aprovecha para hacer limpieza a fondo. Dentro del barco vamos descalzos, pero la moqueta, que es blanca, se ensucia bastante y hay que pasar el aspirador. Pero eso lo haréis entre todas, Lola te ayudará. Además, aprenderás cosas de navegación.

O sea, chacha de lujo, pensó Anna, aunque dos o tres horas de limpieza era menos de lo que habría esperado. Sabía que era un buen trabajo, pero también que tendría que pensar bastante. A juzgar por lo que la Señora Martínez-Ríos contaba, no parecía tanto.

—¿Te habló José Luis del sueldo?

—Dijo que eran mil cuatrocientos euros más o menos, pero no estaba seguro. También dijo que el barco regresaba a Barcelona después de Semana Santa y después de cada viaje, y resulta que no es así.

—Los que regresan a Barcelona cada vez somos nosotros y los invitados, así que habrá días que estéis solo la tripulación. Es cuando se aprovecha para hacer la limpieza profunda. Además de nosotros, habrá unas semanas en que vaya la exmujer de mi marido. Es algo que a él no le gusta pero no puede hacer nada: ella tiene derecho a cinco semanas. Cuando esté ella con sus amigas nosotros, por supuesto, no estaremos. El sueldo inicial es de mil

quinientos euros netos al mes, aparte te pagarán la seguridad social y después de las dos semanas de prueba te lo subirán. Además están también las propinas que dejan los invitados. ¿Qué te parece?

—Suena muy bien —dijo interrogando a Martin con la mirada para ver si él opinaba lo mismo. él sonrió—. ¿Tendré que llevar uniforme?

—Sí, pantalones de marinera al principio, dentro de un mes ya iréis todos en shorts y polos de manga corta. Te comprarán también unos náuticos para ir por cubierta y... ¡una gorrita de criada! —rió y Martin y Anna también lo hicieron, aunque ella no supo si bromeaba o no, aún a veces le costaba entender el humor anglosajón. Además, dudaba del papel de la Señora Martínez-Ríos, que continuaba hablando de «ellos» o de su marido como si ella no fuera más que una intermediaria y no tuviera poder de decisión en ningún asunto referente al barco.

—¿Tiene que hacer más entrevistas?

—No, he visto a otra chica aparte de ti, de Chile, pero su inglés es casi nulo y... francamente ¡tú me gustas más! Así que si tú no lo aceptas tendré que poner otro anuncio.

Anna sonrió complacida, parecía que el empleo ya era suyo si lo quería.

—Usted me dijo que tendría que empezar lo antes posible pero estoy trabajando y tendría que dar quince días de preaviso.

—Lo entiendo, lo entiendo. Eso sería lo correcto...

Martin, a quien le había costado aceptar el mísero sueldo que recibía su mujer por seis horas diarias al teléfono por muy bien que ella se lo pasara o mucho rato que tuviera para leer, le habló a la señora del puesto de Anna en el Futuclú. Ella respondió con expresiones alternativas de horror y empatía.

—Si hablaras con ellos, quizás te dejarían marchar antes de los quince días... Aunque tú tampoco querrías marcharte antes, ¿no?

—No, claro, para estar más días con Martin. Él vuelve al trabajo dentro de veinte días.

—Ya. Bueno, no es problema, no es problema. Quince días está bien.

Martin y Anna se miraron. Parecía que no había nada más que hablar con la Señora Martínez-Ríos. Ahora ellos tenían que tomar la decisión, pero no se atrevían a comentar nada delante de ella.

—¿Por qué no os lo pensáis y me llamas esta noche? —propuso ella, haciéndose cargo de la situación.

De nuevo en la calle, no llegaron a dar la vuelta a la manzana.

—¿Qué hacemos?

—¿Lo probamos? Si no te gusta, te marchas y ya está. Es solo un trabajo. ¡O unas vacaciones! ¡En un velero de lujo!

—¡Es una aventura! ¡Una experiencia!

—¡Qué envidia me das! Y si apenas nos vemos durante tres meses, son solo tres meses de todo lo que nos queda por delante, somos jóvenes.

Dieron saltos de alegría y en menos de cinco minutos volvían a estar delante de la puerta de hierro.

—¡Somos nosotros otra vez! —exclamó Anna sonriendo a la cámara.

Vera, la sirvienta, volvía a esperarles en el umbral de la puerta abierta. Una vez en el recibidor, Anna buscó a la señora con la mirada dirigida al salón. La música volvía a estar a todo volumen.

—¡Anna, estoy aquí! —estaba en otra sala, un despacho que no habían visto antes. La figura de la señora sentada frente a un ordenador de pantalla extraplana se dibujaba a contraluz con los ventanales que daban a la terraza a su espalda—. ¡Enseguida salgo!

—¿De dónde crees que es? —le preguntó Anna a Martin mientras esperaban.

—¿Americana? —sugirió él.

—Te ha llevado poco tiempo decidir que no te embarcas —dijo sonriendo la señora.

—¡Al contrario! —exclamó Anna—. ¡Hemos decidido que me embarco!

La señora sonrió complacida y adaptando un aire de solemnidad a la vez que le alargaba la mano, dijo:

—Bienvenida a bordo.

Anna sintió como un escalofrío le recorría la espalda. ¡El puesto era suyo!

Bienvenida a bordo



Al día siguiente llegó al Futuclú cinco minutos antes de la hora, pero no encontró a ninguna de las supervisoras en sus mesas. Tendría que esperar a la hora del desayuno para darles la noticia. No pudo aguantar tanto rato sin soltárselo a M^aJosé, a quien ya había anticipado lo de la llamada del domingo.

—¡Me embarco! —exclamó en un susurro para que los demás no se enteraran y llegara la voz a las supervisoras antes de que ella misma se lo dijera.

—¡Te embarcas! —repitió M^aJosé—. ¡Y me dejas con estas niñas!

No tuvieron tiempo de hablar nada más, pues a primera hora se producían bastantes llamadas. Pero al poco rato Anna se desconectó del puesto y se quitó los auriculares cuando vio a Conchi, una de las supervisoras, caminar por el pasillo de camino a la sala de fumadores. Entonces vio que Núria, la otra supervisora, la acompañaba. Era el momento ideal.

—¿Tenéis un minuto? —las interceptó en el pasillo.

—Te doy treinta segundos —contestó Conchi—. ¿Qué quieres?

—Dos cosas: la baja voluntaria con quince días de preaviso y todo lo que me puedas dar de vacaciones —dijo Anna en menos de cinco segundos.

—Concedido —respondió Conchi sin sorpresa; no era ninguna ilusa, sabía que todos sus operadores se le escapaban a la oportunidad de algo mejor.

Se acababa de quitar un peso de encima, porque además ya pudo anunciar al resto de compañeros que se quedaban sin la *teacher*, como la llamaban

cariñosamente. Ese mismo día firmó la baja y contando quince días a partir del presente acordaron que el 4 de mayo sería su último día de trabajo. Había durado en la empresa tres meses y medio justos, más del doble de lo que había esperado, durante los cuales había dispuesto solo de dos días de vacaciones. Le correspondían, por tanto, ocho días más.

—Haré que te den nueve —dijo Conchi—, así a partir de la semana que viene no tendrás que venir más, solo a buscar el finiquito. ¿Estás segura de lo que haces? —añadió luego, con un suspiro—. Te vamos a echar de menos. ¿Y ahora cómo arreglo yo lo del inglés?

—Tú sabrás, cariño. ¡Yo me embarco!

Conchi suspiró de nuevo.

—Si no te gusta, puedes volver con nosotros —insistió.

Anna se lo agradeció pero no pensaba volver, saliera como saliera. Era consciente de estar de nuevo pasando página en el libro de su vida, que contenía capítulos muy cortos pero intensos, por eso pasaba página tan a menudo.

Entre llamada y llamada pasó el resto de la mañana hasta que dieron las tres, bailando por los pasillos con el brazo derecho levantado y la palma hacia arriba, aguantando una bandeja imaginaria.

—Pobrecita —dijo Rocío, una de las niñas a las que se había referido M^aJosé, a la que además todos tomaban por tonta y dada a fantasías algo funestas—. ¡De camarera! Eso es mucho trabajo y todo el día de pie, con lo bien que estamos aquí sentadas.

—Pobrecita, pobrecita —repitió Anna burlona y sin dar crédito a la observación—. Veremos quién es la pobrecita cuando a final de mes yo esté contando billetes y a ti no te llegue ni para pipas.

Por la tarde llamó a la Señora Martínez-Ríos para hacerle saber que había dado el aviso y el día 4 de mayo sería su último de trabajo en el Futuclú. Ultimaron otros detalles, como su número de seguridad social y datos bancarios.

—¡Se me olvidaba! —exclamó la señora cuando ya casi daban la conversación por terminada—. Tendrías que venir a probarte unos pantalones de uniforme que tengo en casa. Así conocerás a mi marido. Él, obviamente, es mucho mayor que yo. Bueno, obviamente no... Se quedará encantado contigo, como lo estoy yo. ¡Pero no te traigas al marido!

No había pensado ir con Martin otra vez, pero estuvo a punto de preguntar

por qué, hasta que recordó el trato que habían hecho: su estado civil iba a ser un secreto entre las dos durante todo el verano a bordo. Quedaron a última hora de la tarde del día siguiente.

Vera le abrió la puerta, sonriente y menos tímida y la instó a que le siguiera escaleras abajo por un pasillo que no había visto la primera vez. Cada vez que visitara esa casa iba a descubrir nuevas estancias que la hacían más y más grande. Las escaleras conducían a la sala de la plancha y esta, a la cocina.

—¿No está la señora?

—Sí, ahora baja. Toma *las pantalonas*, te las puedes probar allí —la acompañó a un cuarto que debía de ser el suyo—. ¿O son *los pantalones*? —quiso asegurarse antes de cerrar la puerta.

—Sí, los pantalones, *el pantalón*, *los pantalones*.

—¡Lo he pensado cuando ya lo había dicho mal! —exclamó Vera como si se tratara de un fallo garrafal.

Cuando Anna salió del cuarto la señora ya había bajado.

—Me van muy grandes.

—Mmm, sí tendremos que comprarte otros, o si los arreglamos...

—En el barco se engordará —vaticinó Vera.

—Tienes razón —apuntó la señora—, con las delicias que prepara Tiziana seguro que te engordas. ¿Y si lo dejamos así?

—No me quiero engordar... —dijo Anna con un hilo de voz.

—¡Ah! Oigo la puerta. Ya ha llegado mi marido. Te lo presentaré.

Esperaron a que el marido bajara a la cocina y esos segundos a Anna se le hicieron eternos. Por fin iba a conocer al señor al que las empresas le iban tan bien. Al entrar en la cocina, con algo en las manos que lo tenía distraído, saludó a su esposa con un beso en los labios y ambos se sonrieron y dijeron hola. Anna no iba a necesitar ver otro gesto de cariño para saber con certeza que a pesar de la diferencia de edad, a esta pareja les unía el amor, sin que eso excluyera otras posibles razones. Él ya salía por otra puerta, sin haberse percatado de la presencia de Anna, cuando la señora dijo:

—Esta es Anna.

—Ah, hola Anna —le alargó la mano—. Se te caen los pantalones.

—Es el uniforme, se lo está probando —explicó la señora.

—Ah, sí, es que la otra chica era más grandota.

Con esa observación las dejó en la cocina. La señora se encogió de

hombros. Anna no había sido capaz de pronunciar ni una sola palabra pero le alegró comprobar que el jefe era tan sencillo como ella, al menos a primera vista, y a pesar de ir vestido con traje y corbata. Quedaron en que ella misma iría a cambiar los pantalones y hacerlos bordar con el nombre del barco.

En cuanto tuvo las vacaciones, se fue con Martin unos días a la Costa Brava para desconectar de la ciudad, aunque el tiempo no acompañara. A la señora Martínez-Ríos no le dijo nada sobre sus planes por temor a que le pidiera que empezara antes del día que habían acordado, el 6 de mayo. Durante esas dos semanas estuvieron en contacto constante. La señora la llamaba a menudo para preguntarle si todo iba bien y podían seguir contando con ella para el día 6. Esa preocupación de que cambiara de opinión debía de ser normal, ella misma había temido que una de esas llamadas fuera para comunicarle que habían encontrado a alguien mejor, después de todo, no habían firmado aún nada. La señora la llamó por última vez dos días antes de la partida:

—Te llamo para dos cosas. Primera, he conseguido que te den el sueldo de mil setecientos euros netos al mes desde el principio.

—¡Perfecto!

—Sí, chata, pero vas a tener trabajo. Lo que me lleva a la segunda cuestión: tendrías que venir un día a casa para que Vera te enseñe tres o cuatro trucos de cómo le gustan las cosas a mi marido. La plancha, por ejemplo, ¿cómo la llevas?

¡También tenía que planchar! Había albergado la esperanza de que fuera la tal Lola la que se ocupara de la colada o que la ropa se llevara a una lavandería.

—Fatal —contestó Anna con demasiada sinceridad.

Quedaron a las diez de la mañana del día siguiente. Cuando llegó, puntual como siempre, solo Vera estaba levantada.

—¿Has desayunado? ¿Quieres un café?

Le preparó un café con leche y puso una bolsa de papel que contenía pan integral encima de la isla que ocupaba el centro de la cocina.

—En la nevera hay quesos y frutas, coge las que quieras.

Anna comprobó que aparte de seis o siete clases diferentes de queso, mucha fruta y dos paquetes de pasta fresca, no había casi nada más en la nevera.

—¿Tú no cocinas? —le preguntó a Vera.

—No, muy pocas veces. Los señores comen muy poco y casi siempre fuera

de casa. En el barco es diferente. Tiziana cocina muy bien, tienes suerte de ir allí.

Anna se sentó a desayunar a la mesa de la cocina mientras Vera volvía a la tarea de planchar. Pasó más de media hora antes de que alguno de los amos de la casa bajaran a desayunar. Se oyó la voz del señor desde el comedor.

—¡Vera, un café, por favor!

Vera salió disparada a preparar el café, dejando la plancha encendida. La señora bajó al cabo de un cuarto de hora. Después de saludar a Anna con dos besos y preguntar a Vera qué fruta tenían, se preparó ella misma un café. Luego, desde el comedor, gritó:

—¡Anna, ven aquí, que mi marido no te va a morder!

Se asomó con timidez y se situó delante de los dos. Intercambió saludos y cumplidos de rigor con el señor hasta que intervino la señora:

—¿Cómo va todo en casa?

—Muy bien, gracias —Anna sonrió al comprender que le estaba preguntando por Martin, ¡qué maja era la señora!

—Es posible que el barco vuelva a Barcelona la semana que viene porque no van a haber invitados. Nosotros vamos a estar fuera casi un mes: la semana que viene tenemos una boda, la siguiente es mi cumpleaños y lo vamos a celebrar en la masía con amigos y después nos vamos cuatro días a México y otros cuatro a Montserrat, no a las montañas sino al Caribe, a ver a mi hermana, que vive allí. Todavía no sabemos si Chantal, la primera mujer de mi marido, va a ir al barco cuando le toca, dentro de diez días.

—La llamaré desde la oficina y hoy mismo lo sabremos —intervino el señor.

Anna empezó a preguntarse si sobraba en la conversación a pesar de que la señora la miraba a ella cuando hablaba.

—Si Chantal no va y el barco vuelve a Barcelona, no es urgente que Anna vaya conmigo al barco el jueves, se puede esperar un par de días y la enviamos luego a ella sola.

—No, ella tiene que ir —respondió con firmeza él, sin sospechar de las maquinaciones de buena fe de su mujer para que Anna disfrutara de dos días más al lado de Martin antes de que él tuviera que irse también—. En el barco necesitan a alguien aunque no haya invitados, la chica que está ahora se va el jueves. Eso es independiente de que tú vayas con ella o no.

—Bueno, pues en principio quedamos el jueves, que es... mañana, en el

aeropuerto. Si hubiera algún cambio ya te llamaría.

La señora era la única que había dejado de comer mientras hablaban y aunque ahora ya nadie decía nada, seguía sosteniendo en la mano la cuchara llena de cereales y leche, sin decidirse a llevársela a la boca en presencia de Anna.

Este es el momento en que debo carraspear o excusarme y desaparecer, pensó Anna, y casi se puso a sudar al no encontrar la manera de hacerlo. «Si me disculpan» habría sonado demasiado formal, algo que solo salía en las películas. Podría decir sencillamente «perdón», ¿pero por qué tenía que pedir perdón? Hasta se le pasó por la cabeza hacer una pequeña reverencia e ir retirándose poco a poco haciendo marcha atrás. No, eso tampoco.

—Bueno... —dijo por fin. Y sonrió. Al menos tenía la sonrisa, eso la salvaba siempre de cualquier situación embarazosa. Los señores sonrieron a su vez. En pocos segundos volvía a encontrarse en el amparo de la cocina.

Mientras la observaba planchar, escuchaba a Vera contarle que llevaba casi dos años en Barcelona. Había llegado de Pogradichne, un pequeño pueblo ruso, en la frontera con China, sin hablar ni una palabra de castellano. A Anna le sorprendió que ahora lo hablara tan bien, pero pronto observó que Vera andaba con un librito de gramática y diccionario español-ruso en el bolsillo, que consultaba cada dos por tres. En Pogradichne había dejado a su madre y a una hija de veinte años a la que intentaba convencer para que viniera a Barcelona; ella en cambio solo quería oír hablar de América. Vera se encontraba a gusto en Barcelona, donde la comunidad de ciudadanos rusos era cada vez más grande. Solo echaba de menos a la familia y esperaba poder ir a visitarles al año siguiente.

—Las camisas del señor haz siempre, siempre con Toke —le aconsejó—, sobre todo el cuello y los puños. ¿Has hecho este trabajo antes?

—No, nunca. Y planchar no se me da muy bien.

—Yo tampoco lo había hecho, hasta que he llegado a Barcelona. El primer día estaba una hora con la misma sábana. Luego le coges la práctica.

Antes de irse, la señora estuvo un rato con ellas y también quiso enseñarle un par de cosas sobre la plancha a Anna.

—¡Salga de aquí, señora, usted no sabe nada! —rio Vera.

—Yo también he planchado alguna vez, ¿ves? —rio también la señora.

Una vez planchadas las camisas y un par de pantalones de la señora y cuando esta ya se había ido, subieron las escaleras hasta las habitaciones que

hacían de vestuarios, una para el señor y otra para ella. Anna se quedó boquiabierta, de pie en medio de la estancia más asombrosa de la casa. El vestuario entero era tan grande como el dormitorio que Martin y ella ocupaban en el piso de sus padres. Contó rápidamente más de quinientas camisas y el mismo número de corbatas, unos cien trajes y un par de docenas de zapatos, todos más o menos iguales. El vestuario de ella era más pequeño y mucho más variado. Delante del dormitorio había otro recibidor, parecido al del piso de abajo. En las paredes de este había fotos muy antiguas en blanco y negro.

—Esos son los padres de ella —explicó Vera—, los dos fallecidos. Su hermano pequeño, su hermana, y este es el hermano mayor, murió en el mar a los veinte años.

—¿En el mar?

—Sí, era marinero. Después de la muerte del hermano la señora ha venido a Barcelona con su hermano y su madre, de Canadá.

En el dormitorio también había fotos, todas de ella, montando a caballo o abrazada a un perro, o de su familia, como en el resto de la casa, y casi todas parecían tomadas hacía muchos años.

—Al señor le gusta encontrar las cosas donde las deja, no las cambies de sitio —iba diciendo Vera mientras hacían la cama entre las dos.

Después del dormitorio, que aparte de la cama deshecha, parecía muy limpio, hicieron los cuartos de baño. Vera le enseñó cómo doblar las toallas y limpiar el inodoro y la ducha.

—Solo con agua, y yo por si acaso tiro siempre antes la cadena antes de levantar la tapa.

—¿Qué haces cuando has acabado de limpiar?

—Vuelvo a empezar.

—¿Pero si está todo muy limpio!

—Lo importante no te vean sin hacer nada. A veces leo, pero entonces caigo dormida.

Anna se marchó hacia la una y no volvió a ver a Vera nunca más, aunque iba a pensar en ella muchas veces, sobre todo mientras planchara, tirara la cadena antes de abrir la tapa del váter o quitara las gotas de agua de las mamparas de las duchas con un trapo seco.

El 6 de mayo, un jueves, llegó a la terminal B del aeropuerto del Prat a las tres y cuarto de la tarde, acompañada de Martin. Había quedado con la señora

a las tres y media. Se llevaba una bolsa verde, la más pequeña que tenía, la misma que utilizaba siempre en sus viajes y nunca facturaba, causando la admiración del personal de todas las compañías aéreas. En ella ahora había solo los pantalones del uniforme, un neceser y cuatro libros. Además, llevaba una mochila a la espalda con su ordenador portátil y una cámara digital. Esperaba que la señora no encontrara eso un exceso de equipaje.

—¿Te imaginas que a mí me ha puesto en turista y ella va en *business*?

—Sería lo normal, recuerda que eres la chacha —se burló Martin.

—Sí, soy la chacha, pero cobrando. A ver cuándo me pagas tú mil-se-te-cien-tos-eu-ros-ne-tos-al-mes más propinas más alojamiento más comidas por limpiar la casa... —replicó Anna con retintín.

—Ahí está. No creo que lo tuyo le parezca demasiado, después de todo.

La avistaron a unos cincuenta metros, medio escondida detrás de una columna. Los buscaba con la mirada mientras empujaba un carro que cargaba con tres bultos: una bolsa de deporte negra en la que cabrían dos personas estiradas, y dos maletas duras de tamaño grande. Colgado del hombro llevaba un bolso de mano. Cuando la tuvieron delante y se acercó a darle dos besos, Anna se dio cuenta de que era la primera vez que la veía fuera de su casa y arreglada. Se había puesto sombra de ojos y rímmel —ella misma, haciendo una excepción, también lo había hecho— y eso intensificaba el color azul de sus ojos. Recordó una de las fotos que había visto en su dormitorio, cuando tendría unos quince o dieciséis años. Había sido muy guapa y aún lo era, aunque se le notaban los años en la piel demasiado blanca y más propensa a las arrugas que las pieles oliváceas de los latinos.

—Toma, tu billete. Solo de ida. Son los mejores.

Anna vio que estaba en clase turista y cuando les llegó el momento de facturar no supo si esperarse a que lo hiciera ella primero.

—¿Dos? —preguntó la azafata de Iberia.

—Sí —respondió la señora—, y tenemos cuatro bultos.

—A usted le han puesto en *business*.

—¿Cómo? ¡Pero si tengo un billete de turista!

—La clase turista va llena, y como usted tiene la tarjeta Iberia Plus Platino le hemos hecho un *upgrading* —sonrió la azafata, sin duda momentos como este eran de los más agradables de su profesión.

—Pero somos dos. ¿Podemos ir las dos en *business*?

—No, ella no puede —contestó la azafata, menos sonriente. Tomó el billete de Anna y tecleó en el ordenador—. Si quieren ir juntas tendré que volver a bajarla a usted a turista.

—Pues bájeme, no podemos ir separadas.

—Tenían asientos reservados en la fila diez pero con los cambios que hemos hecho no los puedo recuperar. Tendrán que ir en la fila treinta.

—¿Y dónde está la fila treinta?

—Es la última fila. Atrás de todo.

—¿Atrás de todo? ¡Gracias a Dios que ya no se puede fumar en los aviones!

—¿Has visto el sacrificio que hace Lyn por ti? —intervino Martin.

—¡Te advierto que si se tratara de un vuelo transoceánico no lo haría! —rio ella—. Tienes suerte de que sea solo media hora.

Al recoger las tarjetas de embarque, Anna leyó casi sin querer el apellido de Lyn: no era Martínez-Ríos, sino Zaluski. Sonaba polaco, quizás se hacía llamar Señora Martínez-Ríos porque era más fácil de pronunciar, o quizás porque en Canadá, como en tantos países, las mujeres suelen adoptar el apellido del marido al casarse, aunque ella no lo había hecho, al menos oficialmente.

Después de facturar, la señora quiso dejarlos solos, consciente de que era un momento triste para ellos. Se separaban sin saber cuándo volverían a verse, tal vez al cabo de seis semanas, cuando Martin volviera de trabajar, pero podría ser más tarde. Iba a depender de dónde estuviera el barco y de lo fácil que fuera para Martin llegar hasta él. La señora había traído consigo un esbozo del itinerario y lo habían repasado los tres por encima. Por lo visto, iban a estar aún unos días en Ibiza y Mallorca para ir luego a Cerdeña.

—La exmujer de mi marido aún no ha decidido si va a venir a pasar los diez días que le tocan a partir de la segunda semana de mayo. Si no viene, como te dije, volveréis a Barcelona porque el barco no puede estar tanto tiempo sin invitados. Si viene, cuando se vaya os iréis la tripulación sola hacia Italia.

Anna concentró la vista en los meses de julio y agosto. Según el itinerario, el barco iba a pasar todo el mes de agosto en Ibiza y a finales del mismo mes regresaría a Barcelona y no a mediados de septiembre como le habían dicho. Eso era una buena noticia, aunque le sorprendió que fuera a pasar todo el mes en Ibiza. Había creído que iría recorriendo todo el Mediterráneo y que agosto estaba reservado para las islas griegas, de las que hay cientos sino miles.

—En junio y julio estaremos en Croacia —continuó diciendo la señora—. ¿Has estado en Croacia?

—No, bueno... solo en Zagreb —contestó Anna distraídamente.

—Pues te encantará, es muy bonita. Aunque desde el mar es el primer año que la visitamos. Mirad, en agosto tendréis un par de días libres —señaló dos días marcados con una «D» y Anna observó que esa misma marca estaba repetida en otros meses pero la señora solo mencionó el agosto.

—Mejor será que no lo pensemos —le dijo a Martin cuando se quedaron solos—. Lo iremos viendo sobre la marcha, como siempre.

—Si no te gusta, déjalo. Recuerda que solo es un trabajo, solo es dinero —dijo Martin repitiendo las palabras que ella había dicho tantas veces—. No voy a esperar a que pases el control de seguridad, no lo podría soportar.

Se despidieron. Anna pasó el control de seguridad sin mirar atrás y recordó el día —hacía ya cuatro años y medio— en que en ese mismo aeropuerto empezaba uno de sus grandes viajes, que terminaría diez meses más tarde y en el que conocería a Martin, el amor de su vida. Al inicio de esa gran aventura, en el aeropuerto, aunque acompañada de sus padres, que la habían ido a despedir, había sentido miedo ante lo desconocido a pesar de ser lo que más deseara hacer. Ahora volvía a notar esa sensación, quizás menos intensa, pues el paso de los años y las experiencias acumuladas la iban curtiendo, pero estaba ahí de todos modos, el gusanillo de la incerteza en el estómago. Tendría que ir al baño antes de encontrarse con la señora en la puerta de embarque.

Martin se quedó observándola mientras cruzaba el control de seguridad, absorta en sus pensamientos. Él esperaba a que se girara y le mandara besos con una mano, como hacía cada mes al despedirse en un aeropuerto y era él el que se iba y ella la que se quedaba, más triste, porque siempre es más triste para el que se queda. Pero no se giró, pensando que él no estaría allí mirándola, tal como había dicho que no estaría. Mejor así, pensó Martin al verla desaparecer, así no me verá llorar.

La sobrecargo anunció que el vuelo duraría una hora y se les serviría una merienda, pero ninguna de las dos cosas resultaron ciertas. Solo tardaron media hora, tal como había pronosticado la señora, que había hecho ese vuelo cientos de veces. Durante esa media hora hablaron casi sin parar, separadas por el asiento vacío que quedaba entre las dos. La señora le contó que su madre la trajo a ella y a su hermano menor a Barcelona cuando contaban

catorce y doce años respectivamente. El hermano mayor, de veinte años, acababa de morir. Su padre había muerto cuando Lyn tenía cuatro años; apenas se acordaba de él. La madre tuvo que encargarse de la educación de los cuatro hijos. Cuando llegaron a Barcelona, a principios de los setenta y sin hablar nada de castellano —fueron además a un colegio inglés— la señora, entonces una adolescente, se quedó horrorizada al ser testigo del comportamiento de los niños españoles para con sus padres. «¿Pero esto qué es? ¿Dónde nos has traído?», le preguntó a su madre.

—Pues ahora son mucho peores —opinó Anna—. Yo sería un bebé en aquella época y siempre he pensado que la educación que me dieron fue demasiado estricta, al menos comparada con la de ahora.

—¡Los niños españoles de hoy en día son unos maleducados! —exclamó la señora—. ¡Y los de entonces también y esos son hoy adultos!

Estaba escandalizada y Anna la entendía y sonreía. No entendía lo que decía, es decir, no hubiera podido comprobar si era cierto, porque ella a principios de los setenta suficiente tenía explorando el mundo en el que llevaba un año escaso como para preocuparse del mundo de los niños trece años mayores. Pero entendía que después de tantos años y a pesar de un castellano perfecto y un catalán que conocía pero que, por inseguridad, se negaba a hablar a excepción de palabras sueltas, la señora continuaba sintiéndose extranjera. La utilizaba a ella como válvula de escape para hablarle de lo que le molestaba o irritaba de España porque Anna era diferente: había viajado y vivido en otros países, tenía un marido anglosajón, había sido ella misma muchas veces extranjera e incluso se había sentido como tal en su propio país. Más de treinta años en Barcelona y todavía había cosas —como tener que ver películas dobladas al castellano cuando en el original están en su lengua nativa, respirar el humo del que es tan difícil escapar en bares y restaurantes y en tantos otros sitios, la mala educación, la grosería al contestar el teléfono con un seco «diga», la falta de espacio, los vecinos que ni siquiera saludan— a las que no se podía acostumbrar. Y tenía que morderse la lengua y guardarse para sí las quejas porque no pertenecía a una comunidad de expatriados con quien compartirlas y no era de persona sabia hacerlo con los del país: tenía comprobado que para autocriticarse no tienen ningún problema pero cuando quien los critica es extranjero hasta el más presumido de ser ciudadano del mundo se vuelve nacionalista. Anna quiso preguntarle si era el temor a la mala educación —nada que ver con la película de Almodóvar que había visto después de la primera entrevista con José Luis,

que ahora parecía tan lejana— la razón por la cual ella no había tenido hijos, españoles o no, pero no se atrevió.

—¿Tú y Martin no vais a tener niños? —preguntó la señora como si le hubiera leído el pensamiento y quisiera reírse de ella. Pero fue Anna quien rio.

—Todo el mundo nos pregunta lo mismo.

—¡Ah! Es lo típico, ¿no? ¡Qué poco discreta, la gente! Después de todo, no deja de ser un tema personal, porque si resulta que tenéis algún problema o algo, ¿qué?, no te va a apetecer contarlo a todo el que pregunta. Y voy yo y hago lo mismo.

—Sí que los tendremos —se apresuró a aclarar Anna para que la otra no se pensara que tenían algún problema o algo— pero más adelante, de momento no.

Antes de que la cinta transportadora empezara a rodar, la señora ya se había hecho con un carro. Mientras las maletas no salían Anna aprovechó para ir al baño y cuando regresó, la señora ya había colocado dos de sus bultos sobre el carro. La bolsa de Anna y la tercera de la señora no tardaron en salir.

Nada más cruzar las puertas negras automáticas que daban a la sala de llegadas se les acercó un hombrecillo que no sobrepasaba el metro sesenta de estatura ni los cincuenta kilos de peso.

—¿Han tenido buen viaje? —dijo en un susurro dirigido a la señora.

—¡Sí, cortito! —exclamó ella con un tono de voz más alto y característico de su personalidad—. Ramón, esta es Anna. Anna, nuestro capitán.

—Hola —dijo él con una leve inclinación de cabeza.

Anna solo sonrió. Como era habitual en ella cuando sentía asombro, vergüenza o incomodidad, se quedó callada. Que ese fuera el capitán era una afirmación innecesaria pues el traje y las cintas doradas eran inconfundibles, sin embargo, era difícil creer que un hombre tan pequeño y con una manera de hablar tan melosa fuera capaz de capitanear una embarcación de cuarenta y un metros. Es un prejuicio, se amonestó Anna mentalmente, pero por eso los prejuicios son prejuicios, porque se hacen antes de tener un juicio, no se pueden evitar.

—¡Anna! —le reprendió el capitán más con la mirada, unos ojos engrandecidos detrás de las gafas de culo de botella, que con la voz, que no había subido de tono—. ¡Coge el carro!

Después de las presentaciones la señora había vuelto a empujar el carro, tal

como había hecho hasta ese momento. El capitán, al verlo, le había apartado las manos, «deje, deje» y ahí había llegado la primera reprimenda. Anna tomó las riendas, colocando su propia bolsa encima de todas las demás y empujando detrás de ellos, que iban con las manos libres, la señora poniéndose al día de cómo iba todo en el Anaketa.

—Pronto vamos a poder salir —iba diciendo el capitán—. Hemos comprado comida suficiente para pasar un mes en alta mar.

Anna sintió un pinchazo de tristeza al comprender que el capitán la acababa de poner en su lugar. La señora y ella no eran amigas. Ella era un eufemismo llamado azafata y la señora era *La Señora*. El tipo de conversación que acababa de tener lugar en el avión no se volvería a repetir. Con la reprimenda había llegado también otra sorpresa: había tenido al capitán lo suficiente cerca como para percibir en su aliento y olor corporal el tufo a tabaco característico de una persona que fuma mucho. ¿No estaban en un barco de no fumadores? ¿No había dicho la señora que en el pasado habían tenido problemas con tripulantes fumadores españoles? Seguro que ella había percibido también ese olor al intercambiarse los dos besos de rigor.

Durante el trayecto en coche alquilado permaneció callada en el asiento de atrás mientras la señora y el capitán hablaban de la carrera de él.

—Entonces, ¿tú qué título tienes exactamente? —preguntó ella.

—El más alto, de capitán de la marina mercante. Estudié más de diez años.

—¿Y Lola siempre ha estado contigo, desde el principio?

—Sí, siempre, mientras yo estudiaba y en todos los trabajos que he tenido siempre ha viajado conmigo. Este año haremos veinticinco años de casados.

Al cabo de veinte minutos llegaban al puerto de Talamanca. El capitán detuvo el coche en el muelle, justo delante del Anaketa, para descargar. Nada más salir a Anna se le escapó la mirada hacia la embarcación y se quedó fascinada, pero fue solo un momento. Delante de ella, frente a la pasarela, había gente: dos mujeres vestidas de azul y un chico en pantalón corto azul, polo blanco y gorra de béisbol. Todos con miradas solícitas. La señora los saludó uno por uno con efusivos holas y besos en las mejillas.

—Veo que os habéis puesto los polos azules, ¡os quedan muy bien! Atención todos: esta es Anna. Anna, te presento a Lola, Tiziana e Igor.

—Hola —dijo Igor.

—Hola —Anna sonrió y frenó a tiempo el impulso de acercarse a dar los dos besos. Vio que ninguno de ellos tenía la intención de hacerlo. Quizás eran

todos extranjeros. Tiziana le tendió la mano, algo era algo.

—¿Cómo se escribe Igor? —preguntó la señora como si quisiera romper el hielo por ellos.

—Con i latina —respondió él con una amplia sonrisa. La gorra le escondía el pelo corto moreno y le sombreaba los ojos, pero dejaba al descubierto unas facciones casi perfectas en una piel morena y joven. No tendría más de veintisiete o veintiocho años.

Anna se había quedado parada, con las manos en las asas de la enorme bolsa negra de Lyn, incapaz de levantarla.

—Te ayudo —dijo Igor quitándosela de las manos.

Está loca, estaba pensando Tiziana, que la miraba con una mueca de desprecio que Anna, por suerte, no vio. ¿Dónde cree que va a meter esa bolsa? ¿Nadie le ha dicho que esto es un barco, no un hotel?

Entraron en el barco, amarrado al muelle en perpendicular, en fila india, a través de la pasarela. Anna miraba a su alrededor maravillada, todo era grande y limpio. Cruzaron el puente y bajaron unas escaleras hasta el amplio salón-comedor.

—Puedes dejar esa bolsa ahí, Igor —dijo la señora—. Son las alfombras y colchas nuevas.

—Ah, ¿y la maleta de Anna? —preguntó Tiziana, que cargaba con una de las duras.

—La mía es esta —dijo ella señalando su pequeña bolsa verde.

—Ah —alcanzó a decir Tiziana, ruborizándose.

—Ven, te enseñaremos el camarote y así podrás guardar tus cosas —dijo la señora mientras entraban en la cocina—. Aquí tenéis la sala de la tripulación y los camarotes... ¡Ah, ahí está Tony!

—¿Qué tal? —respondió el tal Tony, acabado de surgir de las profundidades de la sala de máquinas. Vestía un mono blanco y era tan alto que la cabeza casi le tocaba el techo—. ¿Te enseño el camarote? —tenía una mezcla de acento cubano e inglés.

—Hola, yo soy Laia —dijo una chica que también acababa de aparecer y era claramente catalana. Se acercó a Anna y le dio dos besos—, pero ya me voy. Antes de que le enseñes el camarote voy a cambiarme, Tony.

—Laia nos ha salvado los quince días que no hemos tenido a nadie —explicó la señora—, pero vive aquí, en Ibiza, y tiene una niña pequeña, no se

puede embarcar. Hoy es su último día.

Cuando Laia hubo salido y se hubo despedido de todos, Tony entró en el camarote y Anna le siguió. Al lado había otras dos puertas que conducían a los otros dos camarotes, el de Tiziana e Igor y el de Ramón y Lola. Dentro del camarote apenas se pudieron mover. Le sorprendió que fuera tan estrecho, incluso más que un compartimento de tren con literas.

—Tu cama es la de abajo —dijo Tony alternando entre el cubano y el inglés—. Puedes usar estos dos cajones de abajo, en el armario estas dos estanterías y todos estos compartimentos de aquí son también tuyos. La ducha, como ves, no deja paso a la privacidad. Lyn sugiere que tapemos la puerta con una toalla o plástico pero yo creo que es mejor que hagamos turnos: cuando te bañes tú, yo salgo y cuando me bañe yo, sales tú.

—Me parece bien.

—Esto es la cerradura. Ponla siempre que quieras porque no me voy a acordar de llamar a la puerta cada vez. Esta otra puerta da al baño, ven. Este es tu lado y estos armarios de aquí también están libres. Ahí hay unas cajas de latón que se dejó la chica que había antes. Tenía una especie de obsesión con las cajas de té, bótalas o haz lo que quieras con ellas.

—¿Que las bote?

—Sí, a la basura.

—Ah, sí.

—Y ya está. Aquí tienes enchufes para los móviles y demás... La cadena hay que tirarla tres veces porque sino regurgita la caca y aparte de eso solo se puede echar papel de váter.

Después del tour, Anna se quedó sola en el camarote, guardó todas sus cosas en menos de cinco minutos, se hizo la cama con las sábanas que estaban plegadas encima, colgó la toalla en el baño, se puso el uniforme y salió fuera de nuevo. Encontró a la señora arrodillada en el suelo del salón de moqueta blanca, que ahora estaba cubierto con lonas unidas unas a otras por medio de cremalleras y velcro. Lola estaba junto a ella y hablaban de las alfombras que había traído la señora.

Anna no sabía qué hacer. Juzgó que Lola, que era la mujer del capitán, tendría entre cuarenta y tres y cuarenta y siete años. Era bajita como él, pero no delgada. Tenía el tipo que en las revistas de salud y adelgazamiento han dado por llamar de manzana: la grasa empeñada en acumularse en torno al abdomen. La cara era redonda y mofletuda, exenta de arrugas; era la

prominente papada lo que delataba sus años, sin ella habría aparentado diez menos. Parecía nerviosa en presencia de la señora, o como si forzara su tono demasiado servicial, con las manos cogidas detrás de la espalda o delante, a la altura del regazo.

—Lola te explicará lo que tienes que hacer, Anna —dijo la señora levantándose—. Tiziana, ¿podrías prepararme una manzana con queso o algo así? Es que en el avión no nos han dado nada.

—Ya lo iremos viendo sobre la marcha —dijo Lola a Anna y fue la primera vez que le dirigía la mirada—. De momento coloca las fundas bien.

Se refería a las lonas que ellas dos habían sacado para probar las alfombras. El trabajo de recomponerlas le llevó solo cinco minutos y se vio de nuevo sin saber qué hacer. Mientras lo hacía oía a Lola y a la señora en otra estancia, su propia charla interrumpida por estruendosas carcajadas de las dos. Fue a la cocina, donde Tiziana estaba preparando ya la cena, a pesar de que solo eran las siete y media.

—Si quieres puedes poner la mesa para nosotros, así practicas —le dijo—. Este año la tripulación cenamos a las ocho y comemos a la una, el año pasado lo hacíamos después de los invitados pero hubo días en que a media noche aún no habíamos empezado.

Así fue cómo empezó a familiarizarse con los armarios de la cocina y a descubrir dónde se guardaban las cosas. Igor le enseñó dónde guardaban la cesta para el pan, la tabla, el cuchillo y el pan.

—Anna, ven que te enseñaré donde quiero que me guardes la ropa —dijo la señora irrumpiendo en la cocina.

Cruzaron el salón-comedor y bajaron por unos escalones que conducían a un pasillo. A ambos lados del pasillo había un camarote para invitados con dos camas y un aseo cada uno. Al fondo del pasillo una puerta abierta daba paso al camarote principal, el doble de espacioso que los otros dos, también con dos camas. Detrás de las camas había unas cristaleras cubiertas con persianas que se subían y bajaban eléctricamente. La señora le enseñó los botones que accionaban las persianas y que estaban escondidos en uno de los cajones de la mesilla de noche situada entre las dos camas. Detrás de las cristaleras había un escritorio y una pantalla de televisión; a esta estancia se accedía por medio de tres o cuatro escalones más. Una puerta que se podía cerrar herméticamente para que no penetrara nada de agua —la señora le enseñó cómo hacerlo— conducía a una bañera, en el exterior, donde ella y su marido a veces preferían

desayunar, a solas, para tener intimidad. Junto a esta puerta se encontraba el baño.

—Cuando venga Chantal con sus amigas cierra estos armarios con llave —dijo señalando los armarios del cuarto de baño—. Todas las cerraduras van con la misma llave. Explícales cómo se abren los armarios, ¿ves? Hay que accionar una palanquita, porque si los abren a la fuerza, y lo han intentado más de una vez, me los van a romper. Para las toallas seguimos el protocolo de los hoteles: diles que si quieren que se las laves, las dejen en el suelo. Si no, las plegas bien y las vuelves a colgar, a no ser que estén sucísimas, que también puede pasar porque las amigas de Chantal se quitan el maquillaje con las toallas. Yo no lo entiendo, mira que les dejo estas cajitas llenas de bolas de algodón, pero no hay manera. Mi ropa —continuó diciendo mientras volvían al dormitorio— la pasas de este armario a este otro y también lo cierras bajo llave, así ella podrá usar este que queda vacío. La ropa de mi marido la puedes dejar como está, no creo que Chantal necesite tanto espacio. En el armario de mis pantalones —abrió otro armario donde varias docenas de pantalones aparecían perfectamente planchados y colgados— también hemos puesto un cerrojo, no quiero que fisgonee entre mis cosas. Ah, también asegúrate de que no duerma en mi cama, que duerma en la del señor.

—Con todo esto deduzco que sí que va a aprovechar los diez días que le tocan y que el barco no vuelve a Barcelona.

—¿No te lo había dicho? Sí, ha llamado esta mañana. Llegará el domingo de la semana que viene. Estaréis solos nueve días, así tendrás tiempo para familiarizarte con todo. —Después de una pausa añadió—: Chantal es... bueno, todo lo contrario de mí: le va mucho el glamour, el protocolo; es exigente, mandona y está... ¡así! —abrió los brazos en arco hacia los lados—, ¡gorda!

Anna supo que tendría que esperar a la llegada de Chantal, la «exdueña» del barco, con sus invitadas para entender la dinámica del barco y lo que suponía su trabajo. Esos nueve días solos no serían más que un calentamiento.

La tripulación, menos el capitán y su mujer, empezó a cenar a las ocho en punto.

—¿Cómo es que no cenáis con nosotros? —preguntó Anna a Lola en un intento de romper el hielo con alguien, algo que no parecía tan fácil.

—Cuando estamos en puerto Ramón y yo siempre cenamos fuera.

—Que aproveche —dijo Ramón en su paso por la sala al camarote.

—Gracias —contestaron los cuatro al unísono.

Anna había ido colocando las fuentes de comida que Tiziana dejaba preparadas sobre la encimera: de ensalada, de taquitos de pollo relleno, de puré, de pasta. Era mucha comida y muy buena pero no se sentía con ánimo de probar bocado y cada vez se sentía con menos de hablar.

—¿Todo bien? —le preguntó Igor.

Anna asintió con la cabeza y empezaron a comer en silencio. Al acabar no supo si sacar la mesa formaba también parte de su trabajo —para practicar— o era un trabajo de equipo o cuestión de que cada uno se ocupara de su plato, pero por si acaso se apresuró a ser la primera en recoger y poner los cacharros en el lavaplatos, y no solo los suyos.

—Asegúrate de pasarlos bien por agua antes de ponerlos *nel* lavaplatos para que no haya restos de comida —le dijo Tiziana.

—Los cubiertos se limpian mejor con las puntas para arriba —puntualizó Igor dándoles la vuelta a los que Anna había puesto hacia abajo, pensando que así era más fácil sacarlos luego para no pincharse con los tenedores y cuchillos.

—Tendrás que poner la mesa para Lyn —añadió Tiziana—. Ha dicho que cenará a las nueve.

—¿Vosotros no la llamáis «señora»? —preguntó Anna con cautela.

—Bueno, sí, a su cara, *ma* cuando no nos oye es la Lyn.

Fue la propia Lyn quien le mostró dónde se guardaban los manteles, servilletas, copas y cubiertos para servir la mesa.

—Este será tu dominio —dijo abriendo un armario con tres cajones llenos de cubertería, para el pescado, para pasta, para ensalada, para carne, para postre...— ¿Qué cenó hoy, Tiziana?

—Pasta de primero y salmón con ensalada de segundo —se adelantó Anna, que se había fijado en el menú, diferente que el de la tripulación.

—Pues tenedor y cuchillo normales, otro tenedor normal y cuchillo de pescado. Se colocan de fuera para dentro, los cuchillos a la derecha, los tenedores a la izquierda.

Fue también ella misma quien le enseñó dónde estaban los termos que debía llenar de agua cada noche en cada camarote y también cómo debía abrir las camas para que los invitados no se vieran con el trabajo de tener que sacar las

colchas cada vez. Ramón, el capitán, le enseñó el funcionamiento de la puerta del puente, que se abría y cerraba herméticamente por medio de botones, dentro y fuera, y con un sonido algo futurístico. Le mostró el escondite donde guardaban las llaves por si se la encontraba alguna vez cerrada. Cuando Lyn se sentó a cenar, Tiziana cerró la puerta que separaba la cocina del comedor. Esta funcionaba por control remoto: al pisar un botón con el pie se abría y permanecía abierta diez segundos. No detectaba el movimiento: a los diez segundos justos volvía a cerrarse, a no ser que se pisara de nuevo uno de los botones, había otro en el lado del comedor. Era una puerta peligrosa, pero protegía a los invitados del ruido de la cocina y les garantizaba intimidad en sus conversaciones. Era además la frontera física y simbólica de los dos mundos: la cocina y la sala de la tripulación, por pequeñas que fueran, les pertenecían a ellos, a la tripulación; era el lugar que escogían para relajarse mirando la televisión, leyendo, escribiendo o jugando después de cenar. La puerta tenía una ventana redonda a través de la cual era la misión de Anna espiar a los comensales para ir a retirarles el plato cuando hubieran colocado los cubiertos juntos dentro de él y llevarles el plato siguiente.

—Cuando está ella sola *e più* aburrido —comentó Tiziana, que también vigilaba a Lyn de vez en cuando para asegurarse de que Anna no la mantenía esperando demasiado rato.

Lyn comía muy despacio y a menudo se quedaba parada con el tenedor en el aire y la boca abierta de asombro. Estaba mirando las noticias en el televisor plasma que ocupaba toda una pared, frente a una ele de sofás y una silla eléctrica, como las camas de su camarote. De vez en cuando hacía zapping con un mando que parecía un ordenador y del que Tony le había estado explicando antes el funcionamiento.

Cada vez que salía a retirar un plato, sacar otro o preguntar si quería postre, Anna sonreía, esforzándose por hacer el trabajo lo mejor posible. Pero se sentía extraña, distante de la Lyn de antes de que el capitán la urgiera a empujar el carro. Ahora, que como los otros, se acostumbraba a referirse a ella como «la Lyn» era cuando más pensaba en ella como «la señora».

Terminada la cena, Lyn se acomodó en la silla eléctrica a hojear revistas. Pasaban de las diez cuando estuvo todo recogido y Anna se vio libre.

—¿Podemos salir del barco? —le preguntó a Tiziana. Ramón y Lola habían salido y no se le había ocurrido preguntarles cuál era su horario y cuándo podía, si es que podía, salir del barco.

—Pregúntale: ¿Me necesita para algo más? Si te dice que no, ya puedes hacer lo que quieras.

Al saltar al muelle se sintió como si no hubiera estado en tierra firme en varios días ¡y solo llevaba unas horas! Nunca había padecido claustrofobia y lo que sentía ahora no era exactamente eso, sino más bien agobio por no poder caminar rato y rato sin parar y en línea recta. Sin embargo, no fue muy lejos. Hacía frío y no llevaba más que el ligero jersey de algodón azul del uniforme y los pantalones largos aunque de tela fina, también azules, que había ido a comprar ella misma. Caminó hasta encontrar una cabina de teléfono y llamó a Martín, que seguía en Barcelona. Hablaron solo diez minutos pues Anna no sabía muy bien qué contarle, era todo demasiado nuevo, el barco era una pasada, eso sí y era, efectivamente, el mismo Anaketa que habían encontrado por internet anunciándose su venta por más de doce millones de euros, aunque seguro que lo habían adquirido por menos porque había estado tres años en el mercado hasta que los amos actuales lo compraran en febrero, hacía tres meses.

Por la mañana le despertaron las risas que se filtraban a través de la puerta desde la sala de la tripulación. Alarmada, comprobó la hora en su reloj de muñeca: las ocho y media, tardísimo. Echó el cerrojo, se duchó, se vistió y salió. Estaban ya todos levantados. Ramón entraba en esos momentos en la sala, seguido de Lola, cargada con una bolsa llena de barras de pan y pastas. Después de darle los buenos días, Ramón le dijo:

—Anna: nos levantamos a las ocho. Desayuna lo que quieras, luego limpias vuestro camarote y le haces la cama a Tony, y cuando acabes, Lola ya te dirá lo que tienes que hacer, ¿vale?

—Quitás el polvo al salón, el comedor y el puente —dijo Lola—. Ahora te enseñaré dónde están los trapos de la limpieza. Date también un repaso a las cabinas de los invitados y cuando la Lyn se levante, haces el suyo. Cuando acabes, me avisas.

Cuando hubo acabado, la avisó y entonces Lola le explicó cómo iba la lavadora, cuánto detergente tenía que poner —Anna pensó que Lola se pasaba un poco y decidió que ella le pondría menos—, cuánto suavizante —otra vez, demasiado—, una cucharada de Kalia y una pastilla de Calgón, y cómo iba la secadora.

—Anna —interrumpió Ramón—, tenemos dos cubos de basura: este tiene un compresor que va con este botón, ¿vale? Lo apretamos cuando está muy

lleno y así caben más cosas, cuando estamos navegando eso es importante. Aquí echamos todo menos cristal, porque se rompe, y comida, porque huele mal. Cuando estemos navegando, los restos de comida los pondremos en una bolsa aparte y los tiraremos al mar, para los peces, sin la bolsa, claro. Al mar lo podemos tirar todo menos el plástico.

Anna intentaba ser una esponja, asimilando todo lo nuevo, aunque había cosas que le extrañaban. Una de ellas era que le tuviera que hacer la cama a Tony. Por suerte, esta solo tenía la sábana de abajo, la que cubre el colchón; la de encima era tipo nido, así que con doblarla bien dio por completado el trabajo de hacerle la cama al ingeniero. Al día siguiente se encontraría con que él mismo se había doblado la sábana y así ella nunca más volvería a preocuparse.

Limpió el cuarto de baño a fondo y también la ducha, pasando un trapo seco por los grifos, las paredes y la puerta de cristal para que no quedaran dibujadas las gotas de cal y tuviera todo un aspecto como de recién estrenado. Por último pasó el aspirador —uno de los pequeños aspiradores que había guardados en varios lugares del barco— por los escasos cien centímetros por cincuenta de moqueta blanca que había en su camarote. Quitar el polvo del salón, el comedor y el puente fue como hacer un ejercicio mímico sin resultado alguno, pues no había polvo que quitar, la madera aparecía de un brillante immaculado, seguro que Laia había «quitado» también el polvo el día anterior. No obstante, Lola le dijo que tendría que hacerlo cada día, porque «se hace mucho polvo, sobre todo en el puente». Anna pronto comprobaría que no era polvo lo que se acumulaba en el puente, sino ceniza. Mientras ella desayunaba en la mesa de la sala de la tripulación, donde también lo habían hecho Tiziana, Igor y Tony, el capitán y su mujer se habían sentado en la bañera de popa a desayunar. Y a fumar. Había corriente de aire y por eso se ensuciaba tanto el puente.

Lyn se levantó a las diez y media.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—La verdad es que no —respondió Anna. Se había despertado varias veces alertada por el sonido de una alarma, no de despertador sino de las que sonaban en los submarinos de las películas, seguido de un golpe seco: Tony saltando de la litera superior para ir a apagarla.

—Son las neveras —explicó él—. Hoy espero tener el problema solucionado.

—Yo he tenido frío —dijo Lyn en inglés—. ¿No podrías desconectar el aire acondicionado en mi camarote, Tony? Además, me reseca mucho la piel. Cuando estoy en casa nunca tengo que ponerme crema en las piernas, aquí tengo que ponerme litros.

—De acuerdo —contestó Tony en el mismo idioma. Entre ellos dos siempre hablaban inglés, después de todo, era su lengua materna.

Ese primer día puso siete lavadoras. Salían toallas y sábanas por lavar por doquier, además de los uniformes. En los días que siguieron, en cambio, vio cómo Tiziana y Lola hacían la colada de su propia ropa. Otras veces, la dejarían en la cesta para que la hiciera ella. Nunca llegó a estar segura de si era su deber lavar toda la ropa o la de cada uno corría por cuenta de cada uno.

A las doce y media puso la mesa para la tripulación. Volvería a ser una comida en la que las grandes protagonistas serían la abundancia de alimentos y la escasa conversación. Lyn entró en la cocina para comentar con Tiziana algún aspecto de su propio almuerzo.

—¡Qué buena pinta tiene todo! —exclamó—. ¿Yo voy a comer lo mismo?

—Tiene también ensalada de hinojo con *prosciutto* cocido e alcaparras, *ma* de segundo le he preparado otra cosa —contestó Tiziana.

—¿Lo ves, Anna? ¡Ya te dije que aquí te engordarías, Tiziana es una auténtica chef!

—No, yo no me quiero engordar, ¡a mí me haces comida de régimen! —rio Anna.

—Te las haces tú, si no te gusta lo que hay *sulla* mesa, aquí tienes la cocina.

—¡Eso! —contribuyó con una risotada Lola, que en esos momentos pasaba por allí.

—No seais malas —dijo Lyn, con una voz cantarina, como una madre que regaña a sus hijas sin demasiado convencimiento.

Esta es la última broma que hago, pensó Anna.

—Casi no comes —observó Tiziana cuando se hubieron sentado a la mesa.

—Está todo muy bueno —se disculpó Anna, que sí que solía comer con apetito, pero seguía con un nudo en el estómago, el síntoma de algo que la inquietaba y no conseguía identificar.

—¿Has llamado a tu mujer? —preguntó Tiziana a Tony.

—Sí, lo hice anoche pero no estaban en la casa. ¡Estaban en la playa de Varadero!

Anna quiso interesarse por la familia de Tony pero no se atrevía a hacerlo. Se sentía como una extraña que había invadido la intimidad de esas otras tres personas, que no le preguntaban nada, solo le daban órdenes y no la incluían en sus charlas.

—¿Va todo bien? —le preguntó Igor como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí —respondió Anna sonriendo y sin mentir, era demasiado pronto y había sido muchas otras veces «la nueva» en un trabajo. La actitud de sus compañeros era normal.

Ramón y Lola también se sentaron a comer. Sería una de las dos o tres únicas veces que Anna pondría la mesa para seis en vez de para cuatro. Aun así, no comieron nada de lo que Tiziana había preparado. Lola sacó una bandeja de quesos de la nevera y la colocó entre su plato y el de su marido, y eso fue lo que comió: pan con queso. A él le preparó un plato de carpaccio de pulpo sazonado con aceite de oliva virgen, sal y pimentón rojo en una bandeja de lechuga. A Anna le chocó mucho este arreglo, pero los demás actuaron como si fuera lo más normal que el capitán disfrutara del pulpo —un *delicatessen* que a Anna también gustaba mucho— y ellos no. Y le chocó de la misma manera que pudiendo saborear los ricos manjares que había cocinado Tiziana —la ensalada de hinojo, otra de tomate y mozzarella, *tortellini* a la boloñesa y brochetas de cerdo y de pollo—, Lola prefiriera pan y queso.

Después de almorzar ellos, tuvo que poner la mesa para Lyn y el proceso de la noche anterior se repitió con pocas diferencias. Al retirar el mantel eran ya las tres y media. Se disponía a sentarse en la sala de la tripulación para acompañar a Tiziana mientras miraban las noticias en CNN+, cuando Lola la interceptó, con la cara roja como si hubiera corrido y los ojos redondos como platos.

—¡Anna, tienes que planchar unas sábanas, corre, que Lyn se las tiene que llevar y se marcha a las cuatro y media!

Sacó la tabla y se puso a planchar en el camarote de estribor porque Lola le dijo que ahí era donde Laia había acostumbrado a hacerlo. Lola le trajo una montaña de sábanas y Anna supo al instante que en una hora no tendría tiempo de planchar ni siquiera la mitad. Aun así, fue lo más rápido que pudo y haciéndolo lo mejor posible, lo cual no fue fácil porque las arrugas eran de las persistentes. Se hicieron las cuatro y media y aparecieron Lyn, Tiziana y Lola en la cabina para plegar las sábanas restantes y aplanarlas con las manos. A

Anna le flaqueaban las piernas, no estaba acostumbrada a estar tantas horas de pie y se sentía exhausta.

—Lo siento —se disculpó—. He ido muy lenta.

—No es culpa tuya —la excusó Lyn—. Son las sábanas que te han ralentizado porque son muy malas de planchar. Pero has tenido suerte, son las únicas que vas a planchar en todo el verano. En el otro barco había que planchar muchas, pero aquí no, solo las de mi marido.

Lyn ya iba arreglada para coger el avión de vuelta a Barcelona. Ramón iba a llevarla al aeropuerto en el mismo coche alquilado en el que las había ido a recoger el día anterior. Saltaron todos al muelle para despedirla.

—Adiós, nos veremos dentro de tres semanas —le dijo a Anna—, ya os llamaré para ver cómo os va todo.

Se quedó más rato en el muelle que los demás, y mientras veía cómo desaparecía el coche comprendió qué era lo que la inquietaba. Se sentía sola, como la primera noche que pasó en el extranjero, a los quince años, en una casa extraña con una familia extraña que hablaba un idioma extraño. Era una soledad que le hizo llorar con desconsuelo y desear estar en casa con sus padres, con una intensidad tal que no había vuelto a sentir nunca más. Ahora no iba a llorar, pues la magnitud de lo que sentía no era ni la mitad de grande que la primera vez o incluso que otras veces. Pero estaba ahí. Añoranza. *Homesickness* en inglés, una palabra que lo expresaba mucho mejor que el castellano: «enfermedad de casa», nostalgia de casa para estar rodeada de gente que la quería. Y ahora se iba, a Barcelona nada menos, a una casa que se encontraba a menos de quince minutos de donde había dejado a su Martin, la única persona en el Anaketa que había sido amable con ella.

La tripulación



Tan pronto como regresó del aeropuerto, Ramón convocó en la sala de la tripulación una reunión que iba a dar un giro al ánimo de Anna.

—Mañana hacemos fiesta todos —anunció—. Eso quiere decir que Tiziana no va a cocinar, así que cada uno se hace la comida o se espabila como pueda, ¿vale? El domingo por la mañana nos vamos a Palma porque el lunes tenemos la prueba de estabilidad. Anna, tú hoy ya no hagas nada más. ¿Verdad que no tiene que hacer nada más, Lola? Pero el domingo tendrás que ayudar a Tony con los cables del agua y la electricidad y aprenderás también el trabajo de cubierta, ¿vale?

—Entonces, ¿hoy puedo salir del barco? —preguntó Anna dando saltos de alegría. Todavía nadie le había dicho cuándo podía salir, si es que podía.

—Claro, siempre que quieras —contestó el capitán con una sonrisa afable.

Anna no quiso perder tiempo siquiera en quitarse el uniforme y ponerse ropa de calle. A diferencia de los demás, que estaban hartos de ir de azul marino, beige o blanco, para Anna el uniforme era una manera de no preocuparse por qué ponerse, y además era discreto: aparte del nombre del barco bordado en el extremo superior izquierdo, nada hubiera apuntado a que esa ropa no fuera de calle.

El día anterior Tony le había enseñado dónde podía coger un ferry que le llevaría hasta la ciudad.

—El dueño del ferry se llama Andrés y es amigo mío —le dijo Ramón—. Dile que estás con el Anaketa y no te cobrará.

—Hola hermosa —le dijo el tal Andrés en cuanto saltó a bordo, y no hizo falta que le dijera nada porque él leyó el nombre bordado en su jersey—: Invita la casa.

Durante el trayecto, que apenas duró un cuarto de hora, observó que el Anaketa no era la única embarcación de lujo en el puerto: estaba lleno. Aunque la mayoría eran yates, ninguno un velero tan grande y tan bonito como el Anaketa.

—Mira —señaló Andrés—. ¿Ves ese barco lleno de gente? Están haciendo una película.

En efecto, en el yate que apuntaba el dedo de Andrés se veían cámaras, focos y mucha gente andando de un lado a otro de cubierta. Andrés le enumeró los nombres de varios actores famosos españoles mientras los iba señalando con el dedo.

—Trata de dos familias que se van a pasar el verano a un barco —le explicó—. En total son nueve y, ya se sabe, tanta gente en un barco por grande que sea... acaban liándose la mujer de uno con el otro, se pelean, y qué se yo. Será una comedia.

Anna no había oído hablar antes de la película, ni siquiera de los actores.

—A las nueve sale el último ferry —le recordó el simpático Andrés cuando llegaron a Ibiza.

—¡Cogeré el de las siete y media! —exclamó Anna mientras saltaba a tierra. Le había dicho a Tiziana que llegaría a tiempo para poner la mesa y cenar a bordo. Hoy solo quería echar una ojeada a la ciudad, mañana tendría todo el día.

Paseó por las calles casi vacías imaginándolas en pleno agosto, rebosantes de gente guapa y morena que venía a Ibiza a vivir una fiesta constante de mar, sol, sexo, drogas y alcohol. Algunas tiendas de productos turísticos y ropa veraniega ya tenían sus puertas abiertas todo el día pero eran pocos los compradores. Todavía quedaban tres o cuatro horas de luz, y aunque refrescaba, daba gusto caminar por las calles peatonales. Antes de volver al muelle para coger el ferry de vuelta ya se había dibujado el mapa de la ciudad en la cabeza.

De nuevo en el Anaketa y sintiéndose revitalizada, puso la mesa en cinco minutos y a las ocho en punto Tiziana, Igor y ella se disponían a cenar.

—¿Has visto a Tony? —le preguntó Tiziana.

—Sí, lo he visto en Ibiza, de lejos, pero no he hablado con él.

Tiziana hizo una mueca de fastidio.

—Si alguna vez no vas a venir a cenar, hay que avisar —explicó Igor—, así Tiziana hace menos comida.

—El ingeniero nunca avisa —comentó Tiziana.

A las ocho y media Tony no había llegado aún. Entre los tres retiraron la mesa dejando las fuentes de comida y el servicio de Tony sin tocar. Igor y Tiziana se dispusieron a salir, Tiziana quería llegar hasta Ibiza a pie, para hacer ejercicio. Anna se quedó sentada a la mesa, leyendo un libro.

Tony llegó a las nueve y media, algo sofocado.

—¡Oh, qué bien, aún hay cena! —exclamó con alivio—. No llegué a tiempo para coger el ferry. ¡Lo perdí dos veces!

Mientras cenaba le contó que la prueba de estabilidad que había mencionado el capitán no era más que un requisito burocrático para llevar a cabo el cambio de nombre del Anaketa. Es decir, el cambio de nombre del armador (o propietario), el cambio de bandera y el cambio de matriculación. El nombre del barco era lo único que no se cambiaba, pues eso hubiera supuesto un gasto extraordinario e innecesario. El Anaketa se registraba para hacer viajes chárter y aunque no estaba previsto que los hiciera hasta diciembre, ya tenía que llevar la nueva matriculación. Desde que saliera de Barcelona, esos días antes de Semana Santa en los que Anna había estado esperando la llamada de José Luis que nunca llegó, el Anaketa no se había movido del muelle de Talamanca donde se encontraba. Por no tener los papeles en regla, la Guardia Civil lo mantenía a raya, no permitiendo su salida de Ibiza.

Cuando Tony terminó su cena Anna no se levantó a recoger nada, él mismo lo hizo. Reanudó la lectura de su libro mientras oía cómo Tony aclaraba con agua su plato, cubiertos, vaso y las fuentes vacías. En esos momentos entró Ramón en la cocina y se quedó estupefacto, mirando a Tony, que no se dio cuenta. Continuó hasta la sala de la tripulación en el mismo instante en que Lola salía de su camarote vestida de calle, con el pelo recién cepillado y oliendo a colonia.

—¿Estás listo? —le preguntó a Ramón, que no parecía salir del asombro que le había causado ver a Tony faenando en la cocina.

—¿Dónde está Tiziana? —preguntó, ignorando la pregunta de Lola.

—Ha salido —respondió Anna levantando la mirada del libro.

Ramón bajó la cabeza y se metió en su camarote. Lola le siguió, cerrando la

puerta tras de sí. Al cabo de cinco minutos volvieron a salir, con bolso y cartera en mano, y se despidieron: se iban a cenar fuera.

Tony y Anna se disponían a mirar una película en el canal satélite cuando algo que vieron en la pantalla que les devolvía las imágenes de la cámara situada en la popa, les hizo detenerse. Tiziana e Igor estaban a punto de trepar a la pasarela y Ramón y Lola los esperaban en el otro lado, todavía en cubierta. Cuando los dos primeros hubieron pasado, Lola se precipitó a tierra, sin esperar a Ramón, que se quedó atrás, hablando con Tiziana. Fueron solo unos segundos, pero debieron de ser devastadores para Tiziana, que tenía el rostro de cara a la cámara. Cuando Ramón ya había saltado a tierra, Tiziana seguía ahí plantada, con la misma expresión de incredulidad con que la había dejado. Igor la tomó de un brazo, animándola a moverse, y ella empezó a hacerlo ahora, andando rápido, con furia. Casi enseguida entraba por la cocina, pasando por la sala de la tripulación sin saludar, se metía en su camarote y cerraba la puerta de un portazo.

Tiziana era una mujer robusta de treinta y seis años, igual que Tony, aunque los dos aparentaban menos, pero solo en el físico. Ella tenía una personalidad explosiva, que a veces intentaba controlar, pero era inútil: se escapaba por todos los poros de su cuerpo, que a diferencia del de Lola, era grande pero proporcionado.

Tony y Anna no supieron qué hacer, si estar atentos a lo que pasaría a continuación o poner la película y subir el volumen. Tony optó por lo segundo y Anna mostró su acuerdo con un ligero movimiento de cabeza. Entonces apareció Igor, que enarcó las cejas ante sus miradas de perplejidad.

—¿Qué haces? —preguntó Igor abriendo la puerta del camarote y cerrándola de nuevo, con cuidado.

—¡La maleta! ¡Me voy!

Él intentó disuadirla.

—¡Nadie me había hablado nunca de *questa* manera! —exclamó ella luchando contra las lágrimas de rabia que ya se le escapaban por las mejillas—. ¡No *sono* la chacha de nadie, Igor! ¡Es que lo odio, lo odio! ¡Odio al ingeniero! —Esto último lo dijo en voz baja gesticulando con rabia hacia la puerta, como si esta fuera el objeto de su frustración.

Tony y Anna no la oían, ya enfrascados en la película, y Tony no llegó a saber nunca que Tiziana apenas durmió aquella noche y que los ojos hinchados que mostró por la mañana eran por causa suya. Tiziana no se lo hubiera dicho

nunca porque en el fondo aún creía que era injusta al echarle la culpa a él, cuando el que marcaba unas diferencias absurdas era el capitán.

—No quiero volver a ver nunca más que Tony tenga que lavarse los platos sucios. —Eso le había dicho Ramón cuando se cruzaron en la pasarela—. Es tu trabajo cocinar y limpiar la cocina, ¿no el del ingeniero!

Tiziana se había quedado tan parada porque era un don del capitán mantener ese tono de voz tan dulce aun cuando sus palabras llegaban a oídos de la increpada cargada de veneno.

Anna se levantó antes que nadie, y a partir de entonces siempre lo haría para poder disfrutar de la única hora u hora y media de soledad de todo el día, sentada a la mesa en la sala de la tripulación, leyendo o escribiendo mientras tomaba el café de la mañana. Cuando Tony se levantó y salió a desayunar, ella apagó y guardó el ordenador y aprovechó para ducharse, vestirse y salir a la calle.

Tomó de nuevo el ferry que la llevaría a la ciudad. Era sábado y empezaba a despuntar un día que sería magnífico. Había más gente por la calle que el día anterior, y eso que aún era temprano. Anna recordó que Tiziana había mencionado algo sobre una fiesta medieval cuando al cruzar el puente que iniciaba el largo recorrido hasta el castillo de la Vila le sorprendieron dos jóvenes caballeros disfrazados con trajes de la época. Todas las calles del casco antiguo estaban ocupadas por tenderetes de tejedoras, alfareros, herreros, carpinteros, artesanos, panaderos, vendedores de embutidos, de quesos, de especias, de jabones, de aceite y ungüentos, de bisutería y de mil cosas más, vestidos ellos y adornados sus puestos como si la máquina del tiempo los hubiera transportado seis o siete siglos atrás. Se entretuvo mucho en cada puesto, sin comprar nada por no ir cargada, hasta que llegó al castillo, un par de horas más tarde. En la plaza había una parada donde se vendían perritos calientes, que los turistas extranjeros ya empezaban a consumir, y al lado, detrás de una gran barra de madera algo improvisada se vendía zumo de manzana y sidra. En un extremo, un hombre se dedicaba a la labor de exprimir cientos de kilos de manzanas en un gran torno de madera. Anna estaba ensimismada viéndole dar vueltas al torno cuando Tony le sorprendió por la espalda. Se quedó con ella observando al sidrero trabajar. Anna se interesó por el proceso de elaboración de la sidra y el hombre fue tan amable con todas sus explicaciones que ella creyó que sería hacerle un feo no consumir al menos un vasito del brebaje.

—Te invito a una sidra, ¿te apetece? —le dijo a Tony.

Se tomaron dos vasos cada uno, después de Tony insistir en pagar él la segunda ronda. A Anna, que hacía horas que no comía nada, se le subió un poco a la cabeza, pero el efecto del alcohol la ayudó también a hablar a Tony con más confianza. El hecho de que estuviera él solo y no se encontraran en el Anaketa disipaba un poco la sensación que tenía de ser la nueva que había venido a romper el ritmo de lo cotidiano entre los que estaban antes.

—Acabo de hablar con la familia —dijo Tony, ilusionado—. Creo que las niñas me extrañan. Bueno, Isabelita, la mayor, sí, me extraña mucho. Malena solo tiene seis meses.

—¿Cuánto hace que no las ves?

—No mucho. Estuve un fin de semana en Inglaterra hace tres semanas. Antes de eso, desde que conseguí este trabajo, en febrero.

Anna no podía entender cómo aguantaba los largos meses de separación y no se atrevía aún a preguntárselo. Su separación de Martin no le parecía tan grave, comparándola con la situación de Tony.

—Lo conseguí a través de una agencia de empleo de tripulantes de Mallorca —continuó él—. Tuve que volar desde Londres para hacer la entrevista. Ramón me pagó el billete. Regresé el mismo día y empecé al cabo de tres semanas. Me parece que no entrevistaron a nadie más.

—¿Qué carrera hay que hacer para ser ingeniero de barco?

—Bueno, yo no hice la carrera de ingeniería, simplemente, me gusta trabajar en barcos, arreglar cosas y eso. En la universidad estudié biología, nada que ver. Pero he hecho cursos, de patrón de cabotaje, de supervivencia...

—Yo tampoco estudié para ser azafata de barco —bromeó Anna, y le contó cómo había llegado hasta allí—. ¿Qué pasó con la chica que había antes?

Tony dudó un poco antes de responder e incluso suspiró.

—Creo que... no era muy lista, ese era el problema. A Lyn la ponía nerviosa. También se llamaba, bueno, se llama, Anna y es ¡peluquera! Conmigo se enfadaba porque me dejaba la tapa del váter levantada.

Más tarde descubriría que tampoco Tiziana era chef, como había creído, sino aficionada a la cocina y muy buena, por cierto; ni Igor marinero con título.

Un grupo de comediantes disfrazados de payeses y bufones empezaron a llamar la atención del público tocando música, bailando y cantando en medio de la plaza. Se quedaron un rato contemplando el espectáculo, hasta el primer intermedio.

—Tengo hambre. ¿Y tú?

—Yo siempre —contestó Tony.

Hicieron todo el camino de vuelta hasta el puerto, sin ver ningún sitio que les atrajera para comer. Por eliminación se sentaron en una terraza especializada en paellas y ensaladas para atraer al turismo extranjero. Pidieron una paella individual cada uno y una cerveza y continuaron hablando durante un par de horas. Tony le contó que Lyn había tenido mucho que decir en la compra del Anaketa.

—Creo que el Anaketa es el único sitio donde se siente como en casa.

—¿Y en su torre de Barcelona no?

—Bueno, a lo mejor allí también. Lo que quiero decir es que en el otro barco, el Cassandra, no se sentía del todo a gusto, no era suyo. El jefe lo compró con su primera mujer y lleva el nombre de su hija. Además, Lyn siempre había querido un velero, el Cassandra no lo es.

—¿Cuánto tiempo hace que están casados, lo sabes?

—No lo sé —mintió Tony por no pecar de indiscreto—, pero no mucho.

Se levantaron de las sillas metálicas con los culos cuadrados de tenerlos tanto rato aplastados y las caras sonrosadas de haber estado expuestos al sol sin darse cuenta. Tony regresó al barco, pero Anna prefirió seguir paseando por Ibiza.

—¿Qué escribes? —le preguntó Tiziana cuando se levantó, a las ocho de la mañana del día siguiente. Anna llevaba levantada desde las seis y media.

—Lo que estoy viviendo, para contarlo a mis amigos.

—*Io* también lo hacía, al principio. Tenía un diario. La *prima volta* que me embarqué era todo tan nuevo. Pero ahora ya no, incluso un trabajo así llega a ser monótono.

—¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

—Cuatro años, pero con estos armadores solo dos: esta es mi segunda temporada, el año pasado estuve en el Cassandra. Es donde conocí a Igor, aunque no empezamos a salir hasta que terminó el verano e ya estábamos fuera del barco.

Anna no podía ni llegar a imaginarse lo que sería tener un trabajo en esta industria durante cuatro años, convencida de que para ella sería solo una experiencia que terminaría en septiembre y no volvería a repetirse más, pero nunca un modo de vida.

—Buenos días. —Salió Igor del camarote y pronto lo hizo Tony también.

Anna aprovechó para ducharse y vestirse mientras los demás desayunaban, como haría cada día. Después saltó a tierra para ayudar a Tony a desenchufar y recoger las mangueras. Tan pronto como terminaron Ramón anunció que zarpaban y quería a toda la tripulación en cubierta. Era la primera vez en treinta y un días que salían al mar.

—Si todo sale bien, volveremos a finales de julio —dijo el capitán a los marineros de tierra que se ocupaban de largar los cabos de los norays.

Se despidieron todos con la mano y Anna pensó que para finales de julio faltaba todavía mucho tiempo.

—Cuando salgamos del puerto subimos las defensas —le explicó Igor tan pronto como el barco empezó a moverse— y las trincamos con estos cabitos, ¿ves? Trincar significa fijar con cabos para que no se caigan ni se muevan. También hay que trincar las cosas que hay dentro y estén sueltas, para que no se caigan.

Anna se había fijado en que Lola había colocado en el fregadero los potes de cristal con flores que había en el centro de la mesa del salón y guardado el reloj, la vela, las revistas y la cesta que había sobre la mesilla de cristal del salón en un armario, y el vaso y el termo de la mesita de noche de Lyn en algún otro sitio.

Mientras salían y el horizonte del mar se iba haciendo más largo, Igor estaba ocupado en adujar, atar y guardar cabos en los pañoles. Tony, Tiziana y Anna subieron de cada costado del barco las cinco defensas pequeñas —las llamaban así solo para diferenciarlas de las más grandes, pues las pequeñas medían dos metros de largo y al menos setenta centímetros de diámetro y las grandes, dos metros y medio de largo y unos noventa centímetros de diámetro. Lola estaba en proa y de vez en cuando ella y Ramón se decían algo por los walkie-talkies que llevaban atados a la cintura, pero Anna estaba demasiado ilusionada en aprender sus nuevas tareas de marinera como para fijarse en lo que hacían o no hacían los demás.

—¿Sabes hacer nudos? —le preguntó Tiziana.

—Creo que sabía. Mi padre me enseñó cuando era pequeña y salíamos a pescar en verano. Pero no me acuerdo.

Tiziana se sentó en el suelo de cubierta junto a una de las defensas que habían colocado horizontalmente y que tenían que trincar y le enseñó a hacer los dos nudos básicos: el as de guía y el ballestrinque.

—El as de guía para amarrar el cabito a la defensa, y el ballestrinque para atar el cabito a las cuerdas de la barandilla y también para fijar la defensa cuando la volvamos a bajar.

Anna estuvo practicando los nudos y como no le salían a la primera, Tiziana se quedó con ella, supervisando. Tenía muchas ganas de aprender y no quería dejar de hacer y deshacer nudos hasta poder hacerlos con los ojos cerrados.

—No te preocupes —dijo Tiziana, a quien le enternecía tanta tesón—, hay gente que tarda meses en aprenderlos.

Tiziana sentía un poco de pena por Anna y culpabilidad por no haber sido más simpática con ella al principio. Que ella tuviera que limpiar la cabina que compartía con el ingeniero era mucho morro. El capitán lo había ordenado así para ahorrarse los problemas que hubo con la otra Anna, la pelu. Esta había impuesto desde el principio que ella y Tony se hicieran turnos para limpiar, un día tú y un día yo. Tony se había negado y ante la insistencia de la otra, fue a quejarse al capitán, que, por descontado, ordenó a la pelu que fuera ella quien limpiara todo. Y cuando había que quitar la mesa Anna retiraba su plato y el de Tony sin que este diera ni las gracias. La pobre se debía de pensar que era parte del trabajo servir al ingeniero. Igor y ella se recogían sus propios platos y todo lo que quedara en la mesa, ¿no se había dado cuenta Anna de que lo hacían entre los tres y Tony no hacía nada? Le daba pena también porque nadie le decía nada. Lola, que era quien le tenía que explicar las cosas, pasaba de ella olímpicamente.

—¿Tú de dónde eres? —preguntó Anna, que había notado la nueva proximidad de Tiziana desde que entablaran conversación por la mañana.

—Nací en Toscana, pero hace años que ya no me siento de allí.

Había vivido allí toda su juventud y allí se había casado. Sus padres todavía residían allí. Ella y su marido dieron un vuelco a sus vidas cuando decidieron probar suerte en una isla del Pacífico llamada Tanna, en Vanuatu. Allí abrieron una pizzería donde, sin experiencia previa, Tiziana se puso a cocinar pizzas y platos italianos. Al cabo de cinco años se separó del marido, aunque continuaron siendo amigos. Un día le llegaron voces sobre un trabajo excitante y otro cambio de vida: en el puerto había un yate propiedad de una familia neozelandesa en busca de una cocinera. «Si no les importa tener a alguien sin experiencia...» dijo Tiziana, y para su sorpresa, no les importó.

—Tenía mucho miedo, estaba convencida de que no iba a durar ni una semana, pero me acostumbré... Estuve dos años *e mezzo*, hasta que lo

vendieron. Era un buen barco, el mejor. Cuando arribábamos a puerto, todos salíamos, no solo los invitados, la tripulación también. A veces hasta hacíamos excursiones juntos. Vi mucho mundo. Una *volta* estuvimos dos semanas en Sudáfrica sin trabajar casi nada porque la familia se fue a un hotel.

—¿Y tu exmarido?

—Sigue en la pizzería de Tanna. Ahora tiene otra mujer. No tuvimos hijos, me habría gustado, pero tal como salieron las cosas ha sido mejor que no los tuviéramos. ¿Tú tienes hijos?

—¿Yo? —le sorprendió de veras la pregunta, Tiziana ni siquiera sabía de la existencia de Martín—. ¡Claro que no, si los tuviera no estaría aquí!

—Yo tampoco, pero la otra Anna sí tenía una hija, de doce años.

Durante todos esos años Tiziana no había vuelto a Italia más que de visita y decía no sentirse italiana e incluso haber olvidado cómo se hablaba el italiano, a pesar de entremezclar palabras de esa lengua cuando hablaba castellano.

—*Io* no me siento en casa en ningún sitio —concluyó.

Navegaron una media hora a motor, luego el capitán ordenó izar el velamen. Tiziana se fue a la cocina y Anna se puso a pasar el aspirador; Lola le había dicho que tenía que hacerlo, aunque no había prisa. Pero empezó a marearse y un sudor frío se le acumuló en la frente.

—Si te mareas, déjalo. Ya lo harás luego o mañana —le dijo Lola.

Así que se sentó en la bañera, delante de uno de los dos timones, desde el cual Ramón supervisaba el despliegamiento de la vela mayor. Esto se hacía por medio de un mando con botones, en manos de Lola. Todos tenían la mirada fija en la vela, que iba desperezándose con dificultad, como si hiciera muchos años que nadie la despertara. El proceso duró mucho rato y cuando estuvo abierta del todo, Ramón consideró prudente no largar ninguna más.

Pronto se hicieron las doce y media y Tiziana sacó bocadillos para todos. Anna seguía derrengada en la bañera. Ramón la había animado a que se tomara una pastilla, pero no lo había hecho, el balanceo del barco ya la adormilaba lo suficiente. El bocadillo la hizo sentir mejor y siguió sin apenas moverse de allí, disfrutando de la brisa del mar y de un trabajo que al menos de momento parecía unas vacaciones. Tiziana y Lola se sentaron también a la mesa de la bañera a comer su bocadillo y Anna cayó en la cuenta de que Lola había estado ausente toda la mañana.

Lola empezó a contarle algo a Tiziana, dominando la conversación, como

siempre hacía, e ignorando a Anna. Anna no dijo nada, ya había notado que las dos mujeres mantenían charlas amistosas a las que a ella no invitaban; al menos dos veces las había sorprendido riendo en la cocina sin atreverse a intervenir. Le sorprendía esa actitud, porque aunque nunca la invitaran a participar o Lola no se hubiera interesado por nada sobre ella, ahora era ella quien llevaba horas ocupando ese espacio; habían sido ellas quienes se habían sentado *con ella*, y luego actuaban como si no estuviera.

—¿Quieres un Gelocatil? —ofreció solícita Lola—. Yo cuando tenía la regla siempre tomaba Gelocatil y era lo que mejor me iba, ¿te traigo uno?

—No, es igual, ya me he tomado algo —contestó Tiziana.

—¡Lo que no puedo ofrecerte son Tampax, ja, ja, ja!

Anna empezaba a acostumbrarse a los ataques de risa de Lola, que surgían independientes de cualquier cosa graciosa y desaparecían con la misma brusquedad. Debe de ser una risa falsa, pensó, aunque digna de admiración porque incluso cuando no es de verdad, para una risa así se debe de necesitar mucha energía.

—Con todo lo que pasé... —continuó Lola—. Al menos ahora estoy bien y no tengo que pasar por ese engorro cada mes.

—¿Qué te pasó? —se atrevió a preguntar Anna, aprovechando que hoy todo el mundo parecía de buen humor.

—Me operaron el año pasado. Me lo quitaron todo, es que lo pasaba muy mal. De todos modos no pensaba usar el útero para nada, ¡ja, ja, ja!

Anna enarcó las cejas y siguió a medias la perorata que continuó Lola, andándose por otras ramas y no dirigiéndose a ella, sino a Tiziana. Al poco rato desconectó del todo y dedicó toda su atención a la lectura de un nuevo libro que había empezado esa mañana.

Llegaron a Palma de Mallorca a media tarde, pero no entraron a puerto.

—Vamos a tener que fondear en Palma Nova —anunció el capitán, que había estado hablando por radio y por el móvil del Anaketa sin conseguir un amarre—. No habrá nada hasta el miércoles.

Desde el barco se veía la bahía con las primeras luces del atardecer encendidas en los bloques de hoteles.

—Si queréis podemos bajar la lancha y os vais a dar una vuelta —sugirió Ramón, y Anna no podía dejar de pensar en lo majo que era.

A él también le caía bien, estaba convencida. Quizás fuera el único que

había empezado a sonreírle, aunque los demás estaban también menos ariscos, hasta simpáticos. Esa mañana le había comentado que de niño iba con los compañeros a ver salir a las chicas del colegio Blanquerna. Al principio no entendió por qué le contaba eso, hasta que dijo «tú eras una chica Blanquerna» y entonces cayó: sí, ella había ido a ese colegio de pequeña, y aunque eran de generaciones diferentes, le extrañó que Ramón recordara tan bien un dato que había sacado de su currículum. Lyn, por el contrario, no recordaba nada de lo que le habían leído por teléfono, lo pudo comprobar durante la larga conversación que tuvieron en el avión. Luego Ramón le había preguntado si en diciembre volvería a embarcarse en el Anaketa, cuando empezara a hacer viajes chárter y se fueran al Caribe. Solo llevaba tres días en el barco y le sorprendió que el capitán le hiciera una pregunta así, pero entendió que debía de ser su manera de comunicarle que estaba contento con ella y esperaba tenerla durante mucho tiempo.

No fueron a tierra. A Igor le daba pereza sacar la grúa para bajar la barca, aunque fuera mucho más pequeña que la Zodiac (para uso de los jefes y los invitados) y a nadie le importó quedarse a bordo. Ya tendrían tiempo para visitar Mallorca, les quedaba todavía una semana sin huéspedes. A Anna tampoco le importó, empezaba a acostumbrarse a vivir en un barco y ya no sentía esa necesidad imperiosa de salir de él. Con el velero fondeado aprovechó para acabar de pasar el aspirador y cuando terminó se puso a repasar los muebles del salón, se sentía un poco culpable de no haber hecho nada en todo el día y no quería que nadie le llamara la atención por eso.

—Deja, Anna, hoy no hace falta que limpies —le dijo Ramón al verla—. Descansa, mañana nos levantaremos a las siete y a las ocho levaremos ancla. A las ocho y media tenemos que estar en astilleros, ¿vale?

Tenían que estar en astilleros para hacer la prueba de estabilidad. Al día siguiente arribaban allí a la hora justa, pero en el muelle ya les esperaban un par de inspectores, con blocs de notas en las manos. La tripulación al completo se encontraba en cubierta, habiendo colgado de nuevo las defensas en la borda. Tiziana y Anna permanecían en la popa con una defensa de más cada una por si era necesario el refuerzo. Igor se preparaba a lanzar a tierra un cabo largo y fino atado a su vez a un calabrote que serviría para el amarre.

—¡Ramón, tienes sitio! ¡Cuatro metros! ¡Tres metros! ¡Dos y medio! ¡Atrás, atrás! —vociferaba Igor—. ¡Aquí estás bien!

A pesar del último aviso, el capitán dejó el timón y se acercó a popa para

corroborar por sí mismo la distancia. Anna comprobaría que el proceso de la maniobra de popa iba a desenvolverse siempre así. Satisfecho con la distancia, Ramón paró los motores e Igor pidió permiso para lanzar el cabo largo y delgado, atado al más grueso que permanecía en cubierta, bien adujado para que no se liara. Pasado el peligro de choque con el muelle Anna debía entonces dejar la defensa en la bañera de los armadores —la llamaban así para distinguirla de la otra bañera, junto a la entrada— y ayudar a Igor a pasar el cabo hasta que llegaba a manos del marinero de tierra, que lo colocaba en un noray. Repetían la misma operación en babor y esta vez era Tiziana quien ayudaba a pasar el cabo. Igor amarró los cabos y los tensó por medio del winche; Ramón le indicó cuándo parar. Entonces apareció Lola con otro mando lleno de botones.

—Ramón, ¿bajo la pasarela?

El capitán indicó más o menos a qué altura quería la pasarela para que los inspectores, que eran ya cuatro y se agolpaban en el extremo del muelle impacientes por subir, pudieran hacerlo con comodidad.

—¡Un momento! —los detuvo Ramón—. No se puede entrar con zapatos.

Después de los saludos formales y de que los inspectores se hubieran calzado unas gomas de plástico para poder pisar la cubierta sin peligro de ensuciarla, invadieron la embarcación metiéndose en todos sus recovecos, haciendo preguntas a Ramón, que no daba abasto, y tomando apresuradas notas en sus blocs. Con la ayuda de una grúa enorme fija en el suelo del muelle, depositaron varios bloques de hierro de una tonelada cada uno, a ambos lados del barco. En el centro del salón, uno de ellos pedía silencio mientras medía la estabilidad con un péndulo. Anna observaba la escena sin comprender demasiado, con la cabeza asomada por la puerta automática que separaba la cocina del salón-comedor y que ahora, como casi siempre, estaba abierta y fijada con un pestillo. Uno de los inspectores la vio y dijo:

—Las señoritas fuera, ¡todos fuera menos el capitán! —bromeó con una risa, aunque la orden iba en serio.

Saltaron todos a tierra sin saber por qué. Lola estaba de un humor excelente, mucho mejor que el del día anterior, y no paraba de reír y bromear.

—¡Sal de ahí, Tony, que te va a caer la grúa encima! —exclamó y rio una carcajada larga e incontenible a la que Tony, Igor y Anna correspondieron con una sonrisa.

Tiziana hacía rato que se había ido a dar una vuelta, a ver a amigos que

trabajaban en otros barcos, gente a la que había ido conociendo a lo largo de cuatro años.

—Es lo que me gusta de este trabajo —le había dicho a Anna—, que conoces a gente y te la vas encontrando en cada puerto, es un mundo muy pequeño.

Anna también volvía a sentir la necesidad de ir a dar una vuelta por tierra firme y pidió permiso para hacerlo.

—¡Pero no tardes, o nos iremos sin ti! —contestó Lola soltando una risotada.

Cuando volvió al muelle, Lola, Tony e Igor seguían allí, los dos chicos sentados en el suelo, ella apartada, fumando, aburridos todos y con la mirada fija en la grúa que se movía por encima de sus cabezas. Además estaba Tiziana, hablando con una amiga.

—Ya conseguí un trabajo, empiezo la semana que viene —estaba diciendo la amiga, que tenía acento italiano pero resultó ser francesa. Acababa de llegar de Indonesia, donde había hecho durar en seis meses de vacaciones los ahorros acumulados el año anterior trabajando de azafata en un barco.

—No pareces muy contenta —observó Tiziana—. ¡Con la suerte que has tenido! Un día en España y ya tienes trabajo.

—¡Buf! A ver cuánto aguanto...

La amiga se marchó y al momento otra chica apareció a lo lejos, en el otro extremo del muelle, aproximándose hacia ellos. Era de corta estatura y venía saltando, como una niña pequeña. Igor y Tony se levantaron del suelo, con una expresión de gran interés. Tiziana se adelantó hacia ella. Dio besos efusivos a todos, que sonreían, complacidos de verla.

—Anna, esta es Anna —las presentó Tiziana.

La otra Anna, a la que ya todos llamaban con más frecuencia «la pelu» para distinguirla de la Anna actual, empezó a hablar con atropello y los demás la escuchaban con una atención e interés que a Anna le costaba entender, pues por lo poco que había oído de ella no le había parecido que sus compañeros la tuvieran en gran estima.

—Estoy trabajando en ese yate —dijo la pelu señalando una embarcación grandiosa, y les dijo el nombre del propietario, un nombre que Anna no consiguió retener—. ¿No sabéis quién es? —preguntó sorprendida al ver las expresiones inmutables con que sus excompañeros recibían la información—. El ex de Mar Flores —aclaró.

—Ah —respondieron todos.

—¿Quién es Mar Flores? —susurró Tony al oído de Anna.

—No sé, alguien que sale por la tele —susurró ella a su vez. Aparte de escritores, algunos actores e, inevitablemente, políticos, tampoco sabía nunca quién era quién en las altas esferas de la sociedad española.

—Empecé enseguida, he tenido suerte. Hay más trabajo pero al menos aquí tengo un horario, a las cinco termino. ¡Ahora estoy en mi hora de recreo! Además, somos cuatro azafatas, el trabajo está muy organizado, tuve que hacer un cursillo de dos días en el que me explicaron con pelos y señales lo que tendría que hacer y cómo. Los dueños son mucho más mirados y tienen más dinero, claro... —la pelu continuó hablando de su nuevo empleo con todo detalle hasta que Tony la interrumpió:

—Pareces contenta. ¿Y te han dado un camarote para ti sola?

—No, ¡qué va! —contestó con una mueca de fastidio—. Tengo que compartirlo con otras tres chicas. ¡Es peor que cuando estaba contigo! Hay una que ronca y como que no lo puedo soportar el primer día me fui a dormir a la cocina. El jefe, cuando me encontró allí por la mañana...

Les contó una historia que Anna no tuvo la paciencia de acabar de escuchar.

—Parece muy emocionada —comentó Igor cuando la otra se hubo marchado, dando por terminada su hora de recreo.

—Suerte que tiene del «recreo» —dijo Tiziana con retintín, provocando las risas de los demás.

—Y la carta de recomendación —añadió Tony—. Sin ella volvería a estar en la peluquería.

Explicaron a Anna que Ramón, apiadándose de ella en el último momento, le había escrito una carta de recomendación para que la contrataran en otro barco. Durante más de dos semanas antes de que la despidieran toda la tripulación estaba informada de su marcha inminente, menos la interesada, claro.

—Vaya numerito que tuvimos que hacer —dijo Tiziana— y sobre todo cuando vino y dijo: «me han despedido» y tuvimos que poner cara de no saber nada.

—No era mala chica —dijo Igor, como si el hecho de que ya no estuviera con ellos relegara su vida entera al pasado—. ¡Pero no callaba! Ahora al menos puedo leer sin que esté ella al lado taladrándome.

—Ahora tenemos una Anna que es todo lo contrario —observó Tiziana

sonriendo a la mencionada—, yo estaba preocupada, pensé: ¿qué le pasa que no habla?

—Os habíais pensado que todas las Annas son unas cotorras, ¿eh? —dijo Anna, que justo empezaba a sentirse menos incómoda interviniendo en sus conversaciones.

Lola seguía apartada de ellos unos metros, sentada sobre un bloque de piedra y fumando. Anna se acercó a ella.

—¿Por qué se fue? —preguntó señalando a la pelu, que era ya un punto pequeño en la distancia. La pregunta formulada así era intencionada, quería ver la reacción de Lola y escuchar su versión.

—No —respondió con rotundidad y levantando un dedo para más énfasis—: No se fue. La echamos, que no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque... no caía bien a los jefes y en un espacio tan pequeño, aunque sean cuarenta metros, si no te llevas bien, es muy difícil estar. No les gustaba y ya está.

Terminada la prueba, volvieron a salir para fondear de nuevo en Palma Nova. Después de comer los cuatro que lo hacían siempre juntos, Lola entró en la cocina a hacer bocadillos para ella y Ramón. Por la noche ella volvería a comer pan con queso y preparar el carpaccio de pulpo para su marido, como la noche anterior y como cada noche.

—Esta tarde nos vamos a la playa —dijo en un tono alegre el capitán—. No hagáis nada, ¿vale? Fiesta para todos.

Era un día soleado y aunque a nadie le apetecía bajar la lancha para ir a tierra, Lola y Ramón se tumbaron en un espacio de la proa a tomar el sol. Los demás se quedaron dentro, Tony leyendo el libro sobre informática que siempre leía, Tiziana e Igor haciendo la siesta o escuchando música en su camarote. Anna se puso a planchar la ropa que había lavado por la mañana. Tiziana, que la vio, le dijo:

—No planches los uniformes, no hace falta.

—Es que no tengo nada más que hacer, no me importa.

—Ahora no te lo parece, pero vas a ver que va a haber mucho trabajo. Más vale que aproveches ahora que no lo hay *e* descansas.

El día siguiente amaneció con una llovizna que hacia las ocho de la mañana se hizo más densa y cortante, impulsada por un fuerte viento. El capitán juzgó

imperante volver a tierra. Después de varias peticiones frustradas por radio se le concedió un amarre en el muelle de espera del club náutico para los dos siguientes días o hasta que amainara el temporal. Enfundados con los impermeables rojos del uniforme, Tony, Tiziana, Igor y Anna faenaban ya con los cabos y las defensas cuando se acercaban al muelle, mientras Lola se posicionaba en la proa con el walkie-talkie pegado a la boca y el pelo chorreándole y Ramón hacía lo mismo detrás del timón, que le llegaba a la altura de la barbilla. No había llegado todavía el marinero de tierra para amarrar los cabos y, no queriendo demorar la maniobra, el capitán pidió al hombre que vigilaba en la caseta que les echara una mano. Este hizo un gesto negativo con la mano, el marinero llegaría enseguida.

—No jodas, tío —dijo el capitán sin levantar demasiado la voz y como si de hecho estuviera recitando palabras de amor—. Qué coño... No te cuesta nada echarnos una mano, joder.

Era la primera vez que Anna le oía decir tacos y solo lo oiría una vez más.

—El capitán ha dicho «coño» y «joder» —le susurró Tony tapándose la boca con la mano y abriendo mucho los ojos, fingiendo alarma, como un niño pequeño.

—Ya lo he oído —susurró Anna también, compartiendo su sorpresa.

Pero lo sorprendente para ella no eran las palabrotas en sí sino la templanza de su tono, que a Anna le parecía más propio del modo de hablar de los vascos, que dicen tacos con toda naturalidad y sin que eso denote enojo o contrariedad, que de un catalán como Ramón. Era evidente que estaba disgustado, pero era como si el escaso volumen que ocupaba su cuerpo no le proporcionara la fuerza de expresarlo con un grito que habría sido más convincente.

Por fin llegó el marinero de tierra y se terminó de hacer la maniobra. El resto de la mañana cada uno lo ocupó en sus tareas, Tiziana haciendo la comida, Tony en la sala de máquinas o dentro de algún compartimento escondido arreglando algo, Igor por cubierta. Anna dio un repaso a los camarotes y todo el interior del barco, que ahora sí, habían acumulado algo de polvo. Ramón y Lola desembarcaron y estuvieron ausentes un par o tres de horas. Cuando regresaron, Ramón hizo llamar a toda la tripulación para descargar incontables bolsas de comida y otros productos del maletero del coche que había alquilado y transportarlos a la cocina. El comentario sobre las provisiones que podrían durarles un mes en alta mar debía de haber sido

una exageración, pensó Anna. Mientras, Lola desaparecía en su camarote. Igor se encargó de guardar las botellas de agua, latas de Coca-Cola y otros refrescos en sus pañoles correspondientes; Tiziana guardó toda la comida, y Lola, cuando volvió a aparecer al cabo de media hora, guardó el papel de váter, los rollos de cocina, el detergente y el suavizante en lugares que permanecieron secretos para Anna, que no se preocupó porque no sabía que tenía que preocuparse.

Por la tarde dejó de llover aunque el viento seguía soplando con fuerza. El capitán y su mujer volvieron a coger el coche y ausentarse varias horas.

—Cuando volvamos, Anna y Tiziana iréis a comprar con Lola —sentenció Ramón.

Anna iba siempre descalza, tanto en el interior del barco como en cubierta porque en la cesta de los zapatos que guardaban en la bañera, debajo de las mesas, no habían encontrado ningún par de náuticos que le fuera bien. A Lola le había sorprendido oír que Lyn había dicho que ella, Lola, le tenía que comprar unos.

—Nadie me ha dicho nada —dijo.

—Yo no sabía que te lo tenía que decir —Anna se encogió de hombros—. Lyn me dijo simplemente que tú me los comprarías, no que te lo tuviera que decir.

No fue fácil encontrarlos, tuvieron que ir a varias tiendas hasta que se dieron por vencidas. Lola encontraría un par al día siguiente, cuando de nuevo se ausentaría durante horas con el pretexto de estar comprando.

Lola iba al volante del Opel Corsa alquilado, conduciendo con agresividad mientras fumaba, hablaba y reía con Tiziana, que se había acomodado en el asiento de atrás y parecía abstraída.

—Ramón se tuvo que espabilar mucho el año pasado y el anterior, cuando yo no estaba. Antes era un desastre, sobre todo con las cuentas. Yo también me hago cada lío... ¡Es que son tantas cosas! Y claro, cuando las cuentas no salen tengo que ponerlo de mi bolsillo. Una vez nos faltaron ochenta mil pesetas. No veas el disgusto que nos llevamos. Nos pasamos días revisando las cuentas y buscando el dinero. Al final lo encontramos en el bolsillo de un pantalón de Ramón. ¡Es que lo hubiera matado!

—¿Por qué no llevas dos monederos, uno para los gastos del barco y otro para los tuyos? —sugirió Tiziana—. *Io* es lo que hacía el año pasado.

—No, no, me haría más lío —contestó Lola sin haber escuchado y

concentrada ahora en aparcar el coche en el estacionamiento subterráneo del centro comercial de Porto Pi.

Después de parar en varias tiendas más para que Anna se probara náuticos que o le iban demasiado grandes o no eran del color adecuado, fueron al Carrefour. Allí Lola las animó a que cogieran un carro cada una y pusieran en él todo lo que se les antojara.

—Es que todavía no conozco tus gustos —explicó a Anna—. A Igor ya sé que le gusta la Nutella y la mayonesa y ya se la compro sin que me la pida.

Llenaron un carro y medio. En la sección del alcohol Lola cogió dos o tres botellas de whisky y otros licores y volvió a decir:

—Coged lo que queráis, lo paga el barco.

Cuando volvieron al Anaketa con todas las provisiones, el capitán declaró el resto de la tarde libre.

—Yo no puedo, ¡que tengo que hacer cuentas! —exclamó Lola, que hablaba de las onerosas cuentas como si fuera su tema de conversación preferido.

—Bueno, sería interesante hacer guardias —dijo el capitán repensándose sus palabras de hacía dos minutos—, porque sigue haciendo mucho viento. Tony, Igor y Tiziana os turnáis como queráis, ¿vale? Tú, Anna, puedes salir si quieres. Si hubiera una emergencia no sabrías qué hacer porque no tienes experiencia así que no vale la pena que hagas guardia. Pero la próxima vez no te libras, ¿vale?

Anna recibió las palabras de Ramón con una exclamación de júbilo aun sintiéndose como una inútil. Prefirió no dar demasiadas vueltas al hecho de que en caso de emergencia ella hubiera sido capaz de hacer lo que cualquiera de los otros habría hecho: pedir ayuda.

Salió a dar un paseo por el casco antiguo de Palma y más tarde se encontró con un amigo que vivía allí, y fueron a cenar. Cuando regresó al barco, pasada la medianoche, todo estaba tranquilo y nadie levantado. Ramón le había enseñado cómo se cerraba la puerta con llave y dónde la guardaban, pero eso había sido el primer día y ya habían pasado muchos. Nunca antes se había encontrado la puerta cerrada, ahora sí, y no se acordaba dónde guardaban la llave. Como estaba ya cansada y no quería perder tiempo pensando, optó por coger una de las palancas que usaban para levantar los pañoles y entrar por la abertura de la cocina. En menos de dos minutos estaba dentro y se metió en la cama preguntándose si un ladrón de barcos no hubiera hecho lo mismo.

Estuvieron un día más amarrados en el muelle de espera del club náutico. Anna siguió dedicándose a sus tareas de quitar el polvo, pasar el aspirador, hacer la colada, poner y sacar la mesa, etc., mientras Lola y Ramón se sentaban en la bañera y fumaban, de manera que en pocos minutos el puente volvía a quedar lleno de ceniza.

—No te olvides de vaciar las papeleras —dijo Lola—. También limpia las ventanas y cuando acabes, si tienes tiempo, ayuda a Igor.

Igor estaba aclarando las ventanas por fuera y se pasó toda la mañana dedicado a la limpieza de cubierta él solo, sin que Lola moviera un dedo o Anna tuviera tiempo ni ganas de hacer el trabajo de otros aparte del suyo. Al día siguiente iba a llegar el jefe acompañado de varios colegas y tenía que quedar todo como una patena. Después de comer, Anna se puso a planchar y Tiziana ayudó a Igor con la limpieza de la barandilla y los balaustres metálicos de cubierta.

—Dice que menos de puta hoy ha hecho de todo. ¡Tendrá cara! —exclamó Tiziana más tarde.

—¿Quién? —preguntó Anna, que estaba dejando la ropa recién planchada en la mesa para que cada uno cogiera lo suyo.

—¡La mujer del capitán! ¿Quién si no? ¡Porque ha pasado el trapo durante cinco minutos! *Io* tengo la espalda destrozada y encima *mal* de *testa* y estoy haciendo su trabajo, ¡para que diga que menos de puta ha hecho de todo!

Anna ya había empezado a sospechar que Lola no tenía tantas responsabilidades como quería dar a entender. Que siempre fuera corriendo de un lado para otro del barco con la cara enrojecida no se debía a la cantidad de su trabajo, tenía que haber otra causa.

—¿Cuál es su trabajo exactamente? Porque yo creía que iba a ayudarme a mí, pero de momento no. Igual cuando haya invitados sí que lo hace ya que ahora no hay mucho que hacer.

—¡Ja! No creo. Pobre Annita, no sabes lo que te espera.

Un jueves que empezó, por primera vez en muchos días, con sol y sin viento, vino el jefe a pasar el día en el barco con tres colegas brasileños. Ramón los fue a recoger al aeropuerto y hacia las diez y media la tripulación entera estaba expectante en tierra, bien uniformada, con las manos juntas en la espalda y la sonrisa a punto en los labios. A Anna no dejaba de sorprenderle el servilismo que mostraban todos, en especial Lola, quizás porque cuando no

estaban los jefes la única actitud que veía en ella era de indiferencia. Por eso también le había asombrado tanto que media hora antes le preguntara por primera vez desde que llegara al barco (ya hacía una semana):

—¿Cómo estás, Anna? ¿Te encuentras a gusto?

Y lo hiciera con tal interés que Anna necesitara un par de segundos para recuperarse de la perplejidad antes de contestar:

—Muy bien, muy bien —con una amplia sonrisa y la necesidad de disculparse por su silencio—: No hablo mucho pero estoy muy bien, de verdad.

Llegaron el jefe y los colegas, e Igor se apresuró a quitarles de las manos cualquier bulto que llevaran. Anna hizo lo mismo. El jefe los saludó y presentó con tal rapidez y desorden que dejó a los brasileños confundiendo nombres con títulos.

—Lola, Ramón, el capitán, Tiziana, la cocinera; Tony, Igor, el ingeniero, el marinero, la azafata, Anna... —dijo casi sin detenerse a respirar.

Anna dio la mano a uno de ellos, que se la tendió y dijo:

—Ricardo, encantado.

Nadie le había dicho cuál era el nombre de pila del jefe, pero aunque lo supiera ya no dejaría de pensar en él o hablar de él con otro nombre que «el jefe». Así es como toda la tripulación se refería a él. A su exmujer la llamaban «la jefa» y Lyn era solo «la Lyn».

—Pero que nunca te pille llamándola «la Lyn» —le había advertido Tiziana—. Un día llamó preguntando por Ramón. La pelu cogió el teléfono y gritó: ¡Ramón, es la Lyn, para ti! y la Lyn se puso hecha una furia. Dijo: ¡Llámame *señora*! Lo de poner el artículo delante del nombre no le gusta nada, dice que es un vicio de los catalanes y que está mal.

—Pasad, pasad, os enseñaré el barco —dijo con orgullo el jefe a sus tres colegas, que no acababan de admirar la cubierta, muy impresionados.

Anna se quedó media hora pululando por el puente, tal como le habían ordenado, y cuando los señores volvieron de haber visto el interior, se lanzó a ellos, con el mismo servilismo que afectaban sus compañeros:

—¿Desean tomar algo?

Poco después entraba en la cocina, nerviosa.

—Tiziana, ¿dónde está el Cardhu, en qué vaso lo pongo y... qué es? ¿Y la cerveza? ¿Se la pongo yo o saco el vaso y la lata y que se la pongan ellos?

Tiziana le indicó dónde estaba la cerveza y en qué vaso ponerla y ella misma le preparó el whisky al jefe. Poco después el capitán los llamó a todos a cubierta: iban a salir.

Fuera del puerto el viento volvía a arreciar y a instancias del jefe, el capitán ordenó que se izaran las velas. Anna contempló el proceso durante un rato mientras el barco se iba escorando a babor, hasta que tuvo que bajar a la sala de la tripulación y tumbarse. El jefe se había puesto al mando del timón y tenía, a pesar de sus más de sesenta y cinco años, una expresión de niño travieso disfrutando con su juguete nuevo. Al cabo de media hora el Anaketa estaba tan escorado que Anna, que se había levantado para poner la mesa, tenía dificultad en escalar de un lado a otro. Tiziana estaba preparando la comida en la cocina móvil que se ajustaba para no perder el paralelo con el mar cuando Tony irrumpió en la sala exclamando:

—¡Trapos, rápido, uno de los portillos estaba abierto y se está inundando todo! No sé de quién es el trabajo de cerrarlos, pero mío no es.

—¿Has oído? —gritó Tiziana con voz acusadora y una mirada asesina dirigida a Anna.

Anna asintió y se dirigió con calma hacia el salón para ayudar a Tony y Tiziana, que corrían con trapos en las manos.

—En el Cassandra cerrar los portillos era trabajo de la azafata —dijo Tiziana con más suavidad.

—Me parece muy bien —respondió Anna—, pero a mí si nadie me dice nada, ¿cómo se supone que tengo que saberlo? —empezaba a estar ya cansada de la actitud de la tripulación y no estaba dispuesta a que la torearán ni le hablaran con el tono que acababa de usar Tiziana, con quien, después de la hostilidad inicial, había creído que se iba a llevar bien.

—Ya está —dijo Tony, de buen humor otra vez, como era normal en él—, con tal de que el jefe no se entere, aquí no ha pasado nada.

Llegó la hora de comer de la tripulación mientras el jefe continuaba jugando a ser capitán. Anna acabó de poner la mesa a duras penas, con plástico adherente bajo los platos, pero no fue capaz de comer nada, con esa sensación tan molesta de tener el estómago en la garganta. Antes de que hubieran terminado Ramón bajó a buscarles:

—Vamos a fondear, todos arriba.

Con el barco ya adrizado, Anna ayudó a Tiziana a preparar un aperitivo de pepinillos rellenos con ensalada de atún, canapés de caviar iraní, pan con

tomate y jamón de Jabugo y alguna otra cosa más.

—¿Les has puesto servilletas? —preguntó Tiziana.

—No —Anna se encogió de hombros—. ¿Dónde están?

Después del aperitivo puso la mesa en el comedor.

—Lola, ¿puedes venir un momento? —le preguntó desde el puente.

—¡No! —exclamó esta con tal ímpetu que Anna tuvo que volver a recurrir a Tiziana—. Tiziana, por favor, ¿puedes ayudarme con la mesa? —le pidió en el tono más humilde del que fue capaz.

Tiziana asintió, aunque con un resoplido. Le explicó dónde colocar la copa de agua, en diagonal, junto a la de vino, a la derecha, arriba de los cuchillos, los cubiertos de postre, arriba del plato; el platillo del pan, a la izquierda, arriba de los tenedores; etc.

—No es contra ti, pero es que explicártelo es ¡su trabajo! —exclamó más tarde—. No sé por qué todas las azafatas me piden que se lo explique yo, supongo que intimidado menos, ¿no?

—¿Qué querías? —Lola apareció en la cocina cuando ya estaba todo hecho—. Siento haberte contestado así pero es que teníamos a la Guardia Civil otra vez pisándonos los talones y me he puesto a temblar, me has llamado en un mal momento.

—Que me enseñaras lo de la mesa, pero ahora ya está.

—Se ahoga en un vaso de agua, ¿no? —comentó Tony cuando Lola volvió a cubierta—. La Guardia Civil no nos ha dicho nada, solo saludaban.

Minutos después, los señores se sentaban a la mesa.

—¿Qué vino van a tomar? —preguntó Anna, solícita, mientras daba la carta de vinos al jefe.

—No, vamos a seguir con la cerveza, gracias Anna.

Anna sirvió la comida con gran ayuda de Igor, que le esperaba a la puerta de la cocina para relevarle con los platos sucios y ponerlos en el lavaplatos.

—¡Ah! ¡*Scaloppine* a la milanesa! Esto os va a encantar —exclamó el jefe después de que hubieran consumido el primer plato—. Es una de las especialidades de nuestra extraordinaria cocinera, Tiziana.

—El fallo que tuvo —iba diciendo el jefe, que monopolizaba la conversación, cuando Anna sacó los cafés y licores— es que se acostó con la mujer de su jefe y luego encima la dejó preñada.

Anna lo había estado observando. Seguía sin saber nada de él, solo que

tenía mucho dinero, o al menos eso parecía. También ahora, al verlo vestido con pantalones de sport y una camisa tejana observó que su panza era algo más protuberante que lo que la chaqueta de traje había dejado vislumbrar. Estaba de buen humor, aunque solo regalaba sus sonrisas y chistes a los colegas brasileños.

—¿A qué se dedica el jefe? —le preguntó a Tony.

—Tiene varias empresas de distribución de productos químicos repartidas en varios países. Yo tampoco sé mucho más. Lo único que sé es lo que pude averiguar a través de su página web cuando Ramón me hizo la entrevista y me dio esta tarjeta.

Anna miró la tarjeta que le tendía Tony. Aparecía el nombre de la empresa, situada en un polígono industrial cercano a Barcelona y el nombre completo del jefe, debajo del cual se leía la palabra «Presidente». Con esa información pudo descubrir más tarde que su grupo de empresas había facturado más de trescientos millones de euros el año anterior. La cantidad de dinero que manejaba ese hombre era demasiada para que ella pudiera siquiera llegar a hacerse una idea.

Hacia las cuatro el capitán volvió a solicitar la presencia de toda la tripulación para zarpar de nuevo.

—A partir de ahora voy a llamaros con un pitido, ¿vale? Vamos a hacer una prueba. Todos abajo y decidme si oís el aviso para subir, ¿vale?

Bajaron todos a la sala de la tripulación. Ramón hizo sonar una alarma que para Anna era demasiado parecida a las que se disparaban cada dos por tres para avisar a Tony de los niveles de agua, de combustible, de las neveras o de lo que fuera, como para distinguirla.

—Anna, tú ve a ayudar a Igor a hinchar las defensas. Tony, tú sería interesante que te hicieras cargo del timón.

Hincharon las defensas grandes con un compresor y las colocaron a punto para colgarlas cuando arribaran a Port Portals. Luego se repitió el proceso que Anna había vivido ya un par de veces. Lola se apostó en proa con el walkie-talkie en mano. Tony y Anna se encontraban junto a Ramón, detrás del timón, mientras hacían la maniobra de acercamiento.

—Tienes mucho sitio —dijo la voz entrecortada de Lola—, unos quince metros.

—¡Buf! No creo —dijo Tony al mismo tiempo en que Anna decía—: ¡Qué va!

—Yo diría que hay unos siete u ocho metros —puntualizó Anna.

—Diez como mucho —contribuyó Tony—, pero quince, ni en sueños.

—Desde aquí es difícil calcularlo —respondió Ramón, al que empezaban a incomodar las sonrisitas irónicas de Anna y Tony.

—La propia Lola ha dicho antes que es pésima para calcular distancias y ahora lo demuestra —replicó Tony, con rebeldía.

Anna rio.

—Basta ya —sentenció Ramón.

El jefe y sus colegas fueron a dar una vuelta por el puerto antes de volver al barco, recoger sus bolsas y esperar al taxi que llamaría Ramón y les llevaría al aeropuerto de vuelta a Barcelona. Anna e Igor permanecieron en cubierta, pendientes de ellos por si necesitaban ayuda al desembarcar.

—¡Lola, la propina para el marinero! —exclamó Ramón.

Lola se metió en el interior a toda prisa y volvió con un billete de cincuenta euros que fue pasando de mano en mano hasta que llegó a la del marinero de tierra, que lo recibió sin cambiar su sombría expresión.

Mientras esperaban la vuelta del jefe y sus invitados, Igor aprovechó para pegar la nueva matrícula del Anaketa a ambas aletas del casco y para eso volvió a necesitar la ayuda de Anna.

Igor era de Bulgaria, el mayor de tres hermanos varones, y hacía cuatro años que había salido de allí para entrar en el mundo de los barcos privados. Estaba en España con un permiso de residencia que tenía que renovar cada dos años y para el cual era imprescindible tener un contrato válido de trabajo. En octubre le vencía el plazo de los dos últimos años, hasta entonces estaba atado por su contrato actual si quería permanecer en España de forma legal.

—¿No piensas volver nunca a Bulgaria? —le preguntó Anna.

—No lo sé. De momento estoy bien aquí, aunque me da pena no ver a mi familia. Tampoco sé muy bien lo que quiero hacer en la vida. El año pasado iba a estudiar para capitán de cabotaje, pero necesito dinero. Era o estudiar o seguir trabajando de marinero. Solo tengo el título de patrón.

—¡Anna, tienes que firmar el contrato, que el jefe se lo tiene que llevar! —vino a interrumpirles el capitán—. Si estás de acuerdo con todo, claro.

No había tenido tiempo ni de leérselo. Ramón se lo había entregado al mediodía y ella lo había dejado en la encimera de la cocina, donde solía dejar su gorra y gafas de sol, junto a la fruta, algo que irritaba a Tiziana pero no

hasta el punto de llamarle la atención. Ahora se sentó a la mesa de la sala de la tripulación a leerlo con detenimiento. Las cláusulas del contrato no tenían nada que ver con el trabajo que estaba realizando. Después de leer las tres hojas y ver que dos eran iguales, se quedó una.

—Según mi contrato, yo no soy azafata —comentó durante la cena, a la que, como siempre, no asistieron el capitán y su mujer—, soy asistente técnico.

—Igual que todos —Tiziana rio—. No hagas mucho caso de lo que dice el contrato, no tiene nada que ver con la realidad.

—Pues también dice que mi trabajo es de lunes a viernes y de cuarenta horas semanales.

Los cuatro se sumieron en una carcajada general.

—Yo no tengo copia de mi contrato —dijo Tony—. No me la dieron.

—Yo me he quedado una copia, como he visto que había dos iguales...

Al día siguiente Ramón le diría que tenía que entregar también esa copia y Anna se quedaría, igual que Tony, sin copia de su contrato.

—En este barco no hay horarios —dijo Igor—. Tu trabajo es tu vida, no se pueden separar. Te levantas y ya estás trabajando.

—Lyn me dijo que yo podía levantarme más tarde, igual que los invitados —recordó Anna, provocando más risas de los otros tres.

—¿Qué más te dijo, qué más te dijo? —Tiziana se lo estaba pasando bien.

—Pues eso, que como tú te encargas del desayuno, yo podía dormir más. Cuando me levantara, a la hora que fuera, podía hacer los camarotes, que me llevaría un par de horas, y luego descansar hasta la hora de comer. Después de comer, siesta hasta la hora de cenar.

—No te fíes mucho de lo que diga la Lyn. A mí me dijo que Lola iba a cocinar, y ¿tú la has visto alguna vez hacer algo, aparte de bocadillos para ella y el capitán y sacar el pulpo del envase y ponérselo *a él* en el plato?

—El contrato verbal es válido en Inglaterra —dijo Tony como de pasada—. Han habido casos que han llegado a los tribunales.

—¡Bah, es igual! —dijo Tiziana—. Si nada de lo que dicen es lo que es.

—¿Qué es lo que hace Lola?

—Laia me preguntó lo mismo —rio Tiziana—. *Io* me encogí de hombros y ella dijo: pues le va a entrar un cáncer.

—¿Es eso lo único que hace, sentarse y fumar?

—Y comprar y hacer las cuentas.

—También aprieta el botón para subir el ancla —colaboró Tony—. Aunque cualquier día la va a romper porque se pelea con ella como si fuera una persona. No se le mete en la cabeza que es un objeto inanimado y que por más golpes que le dé no va a dejar de actuar de otra manera, ji ji ji.

Tony reía como si acabara de hacer una travesura, medio escondiendo la cabeza entre los hombros y como si esperara que nadie entendiera sus bromas y se riera con él, pero de hecho, Tiziana le reía las gracias con grandes carcajadas y Anna, que empezaba a conocerle, también. Igor era el que solía quedarse un poco en el limbo, sin captar el humor inglés, porque además, Tony solía hablar en inglés mezclado con cubanismos. Anna no había oído a Igor pronunciar ni una sola palabra en ese idioma y le había extrañado porque creía que hablar el inglés era un requisito para ser tripulante del Anaketa. Solo ahora descubría que ni él ni Lola lo hablaban, aunque Igor se esforzaba por aprenderlo y Tony lo hablaba a posta durante las cenas y las comidas para forzarle a practicarle.

—A mí Ramón me la presentó como segundo de a bordo, azafata principal y mujer suya, por este orden, pero me parece que a excepción de lo último no es nada —continuó Tony con su risa privada, que hacía las delicias de Tiziana.

—Y yo que pensaba que tenía tantas responsabilidades, como siempre parece estresada y está con el ceño fruncido... —dijo Anna sin asomo de ironía—. ¿Quién hacía su trabajo cuando ella no estaba? —inquirió, recordando lo que Lola había dicho en el coche el día anterior.

—¡*Io!* —exclamó Tiziana—. *Io* hacía mi trabajo y el suyo, que era ir a comprar *e* hacer las cuentas, lo que me llevaba dos horas a la *settimana*. Las cuentas, total, *sono* añadir una línea en Excel que diga: hoy menos cincuenta euros, pum, *e* el ordenador te lo calcula solito, no tienes que hacer nada más. *E* a comprar *io* iba una *volta* a la *settimana* *e* compraba mucho de todo, no un poquito cada día.

—De lo que sí que compra un montón es de pan —observó Anna—. Cada día lo tenemos que tirar.

—¡Buf! Mira *io* ya se lo he dicho pero por aquí le entra *e* por allí le sale. A mí me parece que aún no se ha recuperado de la depresión.

A Anna no le extrañó oír lo que vino a continuación. Se había fijado en la cantidad de pastillas que Lola ingería al día, cosa que hacía en la cocina, sin esconderse, incluso exhibiéndose. Eran antidepresivos y tranquilizantes que provocaban las largas siestas diarias.

—¿Se sabe de qué le viene la depresión? —preguntó con cautela—. ¿Fue a causa de la histerectomía?

—No, eso fue además. Según ella fue por culpa de la exjefa.

—Ya vienen —señaló Tony apuntando con un movimiento de cabeza a la cámara, que normalmente les devolvía la imagen del muelle, los admiradores y el anticuario de velomotor de Ramón. Todos miraron para ver ahora a Ramón y Lola embarcar. Todavía iban vestidos de uniforme, lo cual quería decir, según Tiziana, que venían de hacer el aperitivo en algún bar. Ahora se ducharían, se cambiarían y volverían a salir, para cenar.

—Alguien se va a tener que lavar bien las orejas —dijo Igor—. Le deben de haber estado zumbando durante un buen rato.

—Que aprovecheeee —dijo Ramón segundos más tarde, cuando entraba en la sala con esa sonrisa tan plácida, tan de bonachón.

—¡Gracias! —contestaron los cuatro al unísono y permanecieron en silencio durante largo rato. Al cabo de unos diez minutos el silencio se rompió con las espiraciones violentas de Ramón en la ducha, expulsando mucosidades y quién sabe qué más. Sin saber muy bien por qué, los cuatro comensales estallaron en una carcajada.

Después de cenar Anna volvió a salir con su amigo, pero antes de quedar con él tuvo la oportunidad de darse una vuelta por Port Portals. El tamaño y lujo de las embarcaciones aquí era aún mayor que en el puerto de Ibiza, pero seguía sin verse un velero tan bonito como el Anaketa. Esa misma tarde había empezado a llegar un flujo continuado de admiradores que no cesaría durante los diez días siguientes. Se apostaban delante del barco, amarrado al muelle en paralelo, y lo contemplaban largo rato e incluso se hacían fotos posando delante de él. Anna tuvo la rara sensación de estar detrás de un escaparate con vidrios ahumados de esos a través de los cuales se puede ver desde el interior pero no desde fuera hacia dentro.

El paseo marítimo estaba flanqueado por restaurantes caros con gente vestida de fiesta, degustando sus platos con los modales más refinados. Anna los veía a través de los cristales o las carpas de plástico que había en las terrazas de algunos de ellos y pensaba en Martin. Si estuviera aquí, quizás podrían pegarse el gustazo de ir a cenar a un sitio de esos aunque solo fuera una noche. Se acercó a uno de ellos y echó un vistazo a la carta. Antes de que un camarero estirado aunque con una sonrisa cordial se aproximara, tuvo tiempo de leer algunas sugerencias: alcachofa rellena de pasta al limón con

carabineros y concentrado de tomate, San Pedro en costra de pan tramezzino sobre crema de espinacas y salsa de trufa blanca, soufflé de amapola con naranjas sanguina.

—¿Tienen diccionarios? —preguntó tontamente ante la mirada inquisitiva del camarero. Este levantó una ceja y Anna murmuró—: No, si yo... ya me iba.

Ese sábado el capitán volvió a concederles asueto. Al día siguiente llegaría la temida Chantal y volvieron a pasar el viernes dejando el barco immaculado, dejándose el domingo por la mañana de margen para repasar lo cien veces repasado.

El viernes llamó Lyn por teléfono y después de hablar con el capitán, preguntó por Anna.

—Solo quería asegurarme de que te habías acordado de cambiar mi ropa de armario y lo habías cerrado con llave, como han pasado tantos días... Y, bueno, no sé qué más, ¿todo bien? ¿Lola ya te ha explicado cuál es la rutina que se sigue con Chantal?

—No... no me ha explicado nada —respondió Anna sin malicia, mordiéndose la lengua demasiado tarde, después de oír el resoplido que soltó Lyn al otro lado de la línea—. Es que ella lo deja todo para el final —quiso disculparla—, me lo explica con las manos en la masa —la metáfora no le pareció muy acertada y se dio cuenta que no estaba haciendo más que agravar las cosas.

—Bueno —suspiró Lyn—, ya os volveré a llamar para ver cómo ha ido.

—¡Lola, me tienes que explicar la rutina! —exclamó Anna poco más tarde, sabiendo de sobras que ese día Lola se había levantado de buen humor. Le mostró de buen talante, aunque en menos de cinco minutos, dónde se encontraban las sábanas para las camas, las colchas y las toallas.

—Las colchas son un coñazo y las tienes que poner y sacar cada vez. El domingo solo viene la jefa y dos invitadas pero tendrás que hacer todas las camas para que puedan elegir. La Lyn no quiere que duerma en su cama pero no le podemos decir a la jefa dónde tiene que dormir, así que crucemos los dedos para que no escoja la cama de la Lyn. ¿Por qué están todos los armarios vacíos?

—Lyn me los ha hecho vaciar, no quiere que la otra le *remene* nada.

—¡Anda, como si ella no lo hubiera *chafardeado* todo durante años! Las toallas la jefa quiere que se cambien cada día, pero eso tú verás... Y ya está,

no hay nada más. No te preocupes, la jefa tiene una boca muy grande, si quiere algo o algo está mal ya te lo dirá. Lo que sí que tendrás que hacer es limpiar los portillos y sacar las fundas del suelo.

Sacar todas las lonas que cubrían la immaculada alfombra blanca, guardarlas en bolsas —una para cada cámara— y etiquetarlas —camarote babor, camarote estribor, salón, comedor, puente, etc.— le llevó un buen rato, pero le ahorró tener que pasar el aspirador una vez más por encima de esas fundas que se resistían tanto a la limpieza.

Por la tarde, mientras tomaba el aire en el asiento de detrás de uno de los timones, Ramón le contó, sin que viniera a cuento de nada, que Lyn había sido la amante del jefe durante quince años y que este era solo el segundo verano en que ella era la nueva jefa y la otra la ex.

—El jefe tenía un acuerdo con la jefa de que dos semanas al año él iba a ir al barco, el Cassandra, solo, con sus amigos, sin ella. Entonces era cuando Lyn venía —Ramón pronunció estas palabras en voz baja, como si tuviera miedo de que alguna de las dos señoras, que se encontraban a kilómetros de allí, le oyeran, pero con una sonrisa pícaro que a Anna le pareció más propia de Tony que del capitán.

—Hace quince años que la conocemos —intervino Lola—, pero ella era siempre la amante y estaba solo dos semanas. El jefe se esperó a que todos los hijos estuvieran casados para separarse.

—Entonces, ¿fue él quien se separó? ¿Es por eso que ella tiene derecho a cinco semanas en el Anaketa?

—En teoría fue ella quien le dejó, cuando se enteró de todo. Pero en realidad fue él, porque ella ya hacía tres o cuatro años que lo sabía y no dijo nada. Vino a mí a contármelo, ¡imagínate! Y yo poniendo cara de póker, como si no supiera nada. Cassandra tenía sospechas, pero los dos hijos tampoco supieron nada durante todos estos años. Se quedaron de piedra... Pero Cassandra... cuando tuvo la confirmación de que su padre engañaba a su madre se lo tomó peor que ella y todo. Al principio no aceptaba a Lyn, ahora ya sí.

—Pero esta Cassandra... ya es mayor, ¿no?

—Sí, pero es igual. Ella a su papáito le quiere mucho y que engañara a su madre... El año pasado fue muy delicado, ¿eh, Ramón? Nosotros la llamábamos siempre para ver cómo estaba. Un día le pregunté a Cassandra: ¿Cómo está tu madre? —Lola arrastró las palabras largamente para indicar que hizo la pregunta con extremo cuidado— y me contestó: ¡Ah, está

fenomenal, esta se lo pasa todo por ahí abajo! —rememoró Lola con una voz profunda y pasota y luego soltó una de sus estrepitosas carcajadas.

—El ambiente era muy tenso con los dos en el barco —continuó cuando se hubo recuperado de su ataque de risa—: era insoportable. El jefe está ahora mucho más contento y la jefa está de puta madre sin él.

Esa noche, durante la cena, Anna comentó lo que había descubierto por casualidad, porque el capitán y su mujer habían tenido ganas de hablar. Pero todos lo sabían ya.

—Ni siquiera están casados —dijo Anna— pero ella siempre está con las palabras «mi marido» en la boca.

—Bueno, ¿y no le dices marido a tu novio si vives con él, aunque no estéis casados? —preguntó Tiziana.

Aunque no era una pregunta personal, sino que el pronombre de segunda persona lo había usado de manera impersonal, a Anna le pareció irónico que ella a su marido de hecho le estuviera llamando novio. Martin la llamaba a su móvil a diario y Tiziana, picada por la curiosidad, le había preguntado si era su novio quien la llamaba tanto. Anna había contestado que sí, sin creer que rompiera el secreto con Lyn, pues le había dicho que tener novio no era problema; era la palabra marido la que no gustaba a su «marido».

—Pues no, se le llama compañero —respondió Anna con rebeldía.

—La palabra compañero o novio no suena muy glamurosa en la clase alta —rio Tony.

—*Io*, y Lola también, siempre que se lo tengo que mencionar le digo «su marido», para que vea que la aceptamos como nueva jefa.

—Bien hecho, Tiziana —la felicitó Tony—. Creo que para Lyn eso es importante porque ella no deja de sentirse como una forastera. Cualquier cosa que la haga sentirse más integrada en su nuevo estatus es buena. Aunque tú, Tiziana, tienes un trato muy informal con ella, creo que hasta podrías llamarla Lyn.

—No, no. La Lyn tiene dos caras: cuando está sola es muy enrollada, se mete en la cocina... Vale que es su barco, pero es la única zona donde la tripulación tenemos un poco de espacio. Bueno, pues se sienta aquí contigo e se pone a charlar como si fuéramos tan amigas. Pero cuando hay invitados se convierte en la señora e no tolera que te pongas a su nivel. Si la llamas Lyn delante de los invitados, ¡es que te echa! Ve con cuidado con ella, Anna, ya viste lo que hizo con la pelu.

—Pero contigo es diferente —intervino Igor—. Le caes bien por dos cosas que la pelu no tenía: hablas inglés y no fumas.

—Sí, yo también creo que con la gente que habla su idioma se siente más a gusto —opinó Tony—, menos como una extranjera.

—¡Pero si ella y yo casi siempre hablamos en castellano! —exclamó Anna y prefirió pensar que caía bien a Lyn por otros méritos.

El sábado Anna y Tony cogieron un autobús hasta Palma de Mallorca. Visitaron la catedral y el casco antiguo y caminaron por el Born en busca de El Corte Inglés. La noche anterior se les había ocurrido la genial idea de comprar un juego de mesa Scrabble y cargarlo a cuenta del barco, para pasar entretenidos las largas horas que tenían de descanso en el barco sin poder salir de él. Pero en El Corte Inglés solo encontraron versiones en catalán y Tony quería una en inglés, con el pretexto de que Igor tenía que practicarlo. Después de la búsqueda infructuosa, volvieron a caminar por el centro y terminaron sentándose en una terraza a tomar una cerveza. Tony le habló de su mujer, de cómo se habían conocido, de los problemas que habían tenido para conseguirle la residencia en el Reino Unido y ya casi la nacionalidad, de sus dos hijas, de cómo tanto él como su mujer habían estado casados antes...

—Yo también estoy casada —soltó Anna de sopetón.

—¿Hijos? —preguntó Tony con toda naturalidad.

—¡No! No estaría aquí si los tuviera. No sé como tú puedes.

—*It does my head in, as they say* —contestó Tony, algo que se podría traducir como «me está volviendo loco». Anna y Tony se habían acostumbrado a hablar casi siempre en inglés entre ellos.

—No pareces sorprendido —dijo Anna, muy animada, no solo por la cerveza, que le había subido un poco a la cabeza, sino porque romper el secreto le había quitado un enorme peso de encima.

—Al contrario: me parecías misteriosa, creía que tenías algo que esconder.

—Pues ahí está, era eso. Aunque tendrás que guardarme el secreto.

Le explicó las circunstancias del secreto y sonrió. Tuvo la sensación de que ese podría ser el principio de una gran amistad.

—Qué raro —dijo él, pensativo.

—Sí, y para mí es muy raro también no poder ni mencionar a la persona con quien comparto mi vida. Tú, como eres el niño mimado, puedes estar casado, no hay problema —se burló Anna, haciendo uso ya de la confianza que daba la

nueva amistad.

La exjefa y compañía



El domingo por la tarde Anna volvió a encontrarse sentada a una de las mesas de la bañera con Tiziana y Lola sentadas a la otra, esperando la llegada de la exjefa. Para Tiziana esta era solo la segunda temporada con los señores Martínez-Ríos y Lola le estaba contando, con ese deje de nostalgia que usan algunas personas cuando hablan del pasado, cómo habían sido los años anteriores.

—Cuando estaban los niños era súper divertido. Bueno, los niños. Ya no son, pero para mí siempre serán los niños. Yo los conocí, pues... a ver, a David con quince años... Sí, pues Salva debía de tener unos dieciocho, porque Cassandra está en medio de los dos. En aquella época ellos venían algunos días en agosto, muy pocos, y luego en septiembre estaban solos. ¡Aquello era el desmadre! Salían cada noche por Ibiza, llegaban a las siete de la mañana, desayunaban y se iban a dormir todo el día, se levantaban para comer y luego... otra vez a dormir, hasta la hora de salir, ¡ja ja ja! Salva venía con una novia y su madre me llamaba y me decía: sobre todo que no duerman juntos, ¡ponlos en camarotes separados! Y yo: sí, sí... pero ni caso. ¿Cómo les iba a decir yo que no durmieran juntos? ¡Qué risa!

—David era el más pillo de los tres, el que siempre se metía en líos — continuó diciendo después de una pausa—. Cuando acabó los estudios no quiso saber nada del mundo de las empresas, era el rebelde. Luego ya sí y ahora está tan metido como los otros dos. Salva es más como su padre, sí, se parecen mucho.

—¡Pero está gordísimo! —exclamó Tiziana mientras Anna se preguntaba cómo sería el padre—. ¡*Io la prima volta* que lo vi me pegué un susto! No sabía que tenía que llegar *e* cuando entramos *nel* barco por la noche veo una masa enorme allí sentado... Le digo a Igor: Igor, ¡hay un hombre, vámonos corriendo! *E lui* me dice: pero si es el hijo. ¡Es que no me lo podía creer! ¡*E* con lo joven que es! —Tiziana hablaba abriendo los ojos como platos para darle más fuerza a sus palabras o para que Anna se hiciera más a la idea del tamaño descomunal del hijo.

—Sí —confirmó Lola ahogándose en su propia risa—, pues eso al jefe le tiene un poco... —hizo una mueca y un chasquido con la lengua como para expresar que el padre no estaba del todo complacido con la expansión de carnes del hijo—. Les viene de la madre. Cassandra también está macizota.

—Sí, *e* más ahora que está embarazada —dijo Tiziana.

—Es que son de constitución grande, porque son altas las dos, ¿eh? La jefa, con lo foca que está, por eso, es súper elegante, ¿eh? Recuerdo una vez que fuimos a Montecarlo y salieron ella y el jefe al casino, que se puso un vestido... ¡Qué vestido! ¡Estaba...! ¡Buah! ¡Estaba im-pre-sio-nan-te! O sea, que está gorda pero tiene percha, ¿eh?

Las interrumpió el timbre del teléfono, que empezaba a sonar primero desde el aparato móvil y luego desde los cinco o seis aparatos fijos colocados en diferentes cámaras. Lola apagó el cigarrillo que tenía entre los dedos y corrió adentro para responder. La oyeron contestar con monosílabos y exclamaciones de alarma. Por el tono que usaba, Anna adivinó que hablaba con Ramón. Volvió a salir al cabo de pocos segundos.

—¡Igor, Igor! ¿Dónde está Igor? Era Ramón desde el aeropuerto, ¡que nos hemos olvidado de bajar la bandera canadiense y subir la francesa! ¡Rápido, que como lo vea la jefa...!

Tiziana fue a buscar a Igor y entre los dos se encargaron de arriar la bandera canadiense, que se encontraba junto con la gallega y la catalana, e izar la francesa. Pero entonces volvió a sonar el teléfono y poco después Lola volvía a exaltarse, como si se les acabara el tiempo y la exjefa los fuera a sorprender con el cambio de banderas infraganti, cuando de hecho, no la esperaban hasta un par de horas más tarde.

—¡Dejad la canadiense, dice Ramón!

Ante el cambio de opinión de Ramón y la nueva orden, Tiziana volvió a izar la banderita canadiense e Igor izó la francesa en otro cabo, donde ondearía

durante los diez días siguientes en solitario, y de la que hablaría, ufana, la exjefa a sus amigas.

Ramón volvió a llamar una vez más. Esta vez porque el vuelo de la primera invitada ya había llegado pero nadie se le había acercado y quería preguntar a Lola qué aspecto tenía la invitada.

—Es que hay tres tipos más vestidos de capitán —explicó.

—Es rubia y se llama Señora Robredo. Acércate a todas las señoras rubias y solas que veas y les vas preguntando si son ellas —sugirió Lola entre carcajadas y muecas de connivencia a Tiziana y Anna, que sonreían.

Al cabo de veinte minutos llegaba el capitán con la primera invitada. Igor y Anna saltaban a tierra para seguir el protocolo de las presentaciones y recogida de maletas. Anna le enseñó los camarotes para que eligiera el que más le gustara y le ofreció algo de beber. Al poco rato Ramón volvía a irse para recoger a la otra invitada y a la jefa, que llegaban de un vuelo procedente de Barcelona, a diferencia del de la Señora Robredo, que había llegado desde Madrid. Esta salió de su camarote sin el traje de chaqueta y pantalón de color marfil, tan de moda, con el que había aparecido, cambiada en ropa más cómoda, y se sentó a la mesa de la bañera con un libro a esperar a sus amigas. Anna le sirvió la Coca-Cola Light que le había pedido, algo para picar y un cenicero. Cuando llegaron las otras dos señoras, Anna e Igor volvían a estar a pie de cañón.

—Esta es Anna, nuestra azafata —la presentó Igor.

Anna siempre había detestado tener un título pegado a su nombre, quizás porque nunca había tenido un trabajo que le importara lo suficiente como para adquirir el rango de un apellido casi.

—Chantal —contestó la exjefa ofreciéndole una mano lánguida y como distraída. Estaba ya más preocupada por subir al barco y encontrarse con su otra amiga. Llevaba gafas de sol e iba vestida de sport. A Anna no le pareció tan gruesa como habían dicho Lola y Tiziana que era. Lo que sí le sorprendió fue su voz, extrañamente parecida a la de Lyn, o quizás fuera el acento, ese acento extranjero que sin embargo casi no se notaba, solo la primera vez de oírlo.

Una vez todas a bordo, las tres mujeres se pusieron a hablar animadamente con exclamaciones de júbilo, admiración por el barco y risas.

—¡A mí los que me dan envidia son estos chicos! —exclamó la Señora Robredo—. ¡Porque están siempre en el barco, viven en él!

Tiziana y Anna intercambiaron una mirada.

—Si quiere le cambiamos el sitio —se atrevió a decir Tiziana, lo que causó las risas de las señoras, que sin duda se la tomaron a broma.

La jefa se apresuró a enseñar a sus amigas el interior del Anaketa mientras Igor y Anna se ocupaban de colocar las maletas en los camarotes respectivos.

—Este es diez metros más grande —iba diciendo la jefa cuando Anna entró en su camarote y se las encontró a las tres allí— pero solo tiene tres camarotes. El mío tenía cuatro y es un problema porque aquí no puedo venir con mis tres hijos a la vez porque ellos tienen a sus parejas... Aquí solo caben dos.

—Y esta es la cocina —dijo poco más tarde cuando Anna ya se encontraba allí, con Tiziana, preparando algo más para picar—, pero eso no hace falta que lo veáis.

—¡Bueno, depende! —rieron las dos amigas, que ya habían entrado a curiosear.

Más tarde la jefa llamó a Anna al camarote.

—¿Dónde tengo que guardar mi ropa? —le preguntó, mirando el armario de su exmarido, abierto y ocupado por sus camisas y pantalones.

Anna le mostró el armario vacío, en el otro extremo del camarote, lo más alejado posible de la cama que, según Lyn, debía ocupar. La jefa se encogió de hombros y aceptó sin rechistar.

—Si me acompaña un momento le enseñaré cómo funcionan los armarios del cuarto de baño —dijo Anna y la jefa la siguió complacida, hasta que Anna cometió el error de preguntar—: ¿El váter, sabe cómo funciona?

—Sí, claro. Igual que en mi barco —respondió la jefa.

Un par de horas más tarde la volvía a solicitar.

—¿Podría decirle a Lola que nos reserve mesa en el Flanigan a las nueve y media, por favor?

Anna y Tiziana se pasaron un buen rato buscando a Lola. Por fin dieron golpes en la puerta de su camarote y de allí salió, con mala cara y los ojos aún pegados del sueño. Se dirigió con movimientos mecánicos al teléfono sin soltar una palabra a nadie ni entonces ni en lo que quedaba de noche. Así era como actuaba cuando estaba de mal humor.

Anna estuvo esperando hasta las diez menos cuarto para que las señoras despegaran los culos de los mullidos asientos de alrededor de la mesa del

salón donde habían estado jugando a un juego de mesa. Cuando por fin se fueron, se dispuso a recoger y lavar los vasos y platillos que habían dejado por allí, recoger las fichas, el mantel y el juego y guardarlo, limpiar los ceniceros que habían quedado fuera, llenos hasta los topes de colillas remojadas, abrir las camas de los camarotes y llenar los termos de agua. Mientras, los demás, menos Tony, hacía ya rato que se habían retirado o habían salido a dar una vuelta.

—Mientras esté la jefa no puedes salir hasta que ella lo haya hecho —le había dicho Ramón, y resultaría que en los diez días siguientes Anna no iba a salir del barco para nada porque pasadas las diez de la noche estaba demasiado cansada como para dar un paseo por el puerto siquiera.

Tony estaba leyendo su libro de informática cuando Anna se dejó caer en el sillón con una exhalación.

—He pedido un Scrabble por internet. Llegará dentro de cuatro días desde Inglaterra.

Tony era el único de ellos —aparte del capitán— que disfrutaba de conexión a internet desde el barco. En su primer día de trabajo Ramón le había dado una tarjeta para conectarse. En teoría este privilegio era necesario para que el ingeniero desarrollara su trabajo, ya que muchas veces tenía que comprar piezas para sus reparaciones, pero era un secreto a voces que el uso que hacía de él era más personal que profesional.

—Si quieres te dejo usar internet —le había dicho a Anna— pero solo para enviar un mensaje, nada de comprobar tu correo cada día.

Anna había declinado la oferta varias veces, pues no le gustaba endeudarse con favores. De todos modos, se la reservaba para más adelante, por si algún día llegaba a ser difícil encontrar conexión en tierra para comunicarse con los amigos y la familia.

—¡Hola! —Ramón y Lola llegaban hacia las once de haber salido a cenar. Lola seguía de mal humor y se metió en su camarote sin saludar, pero Ramón estaba de buenas y se fue directo al armario donde guardaban las bebidas alcohólicas para consumo de la tripulación—. Tony, ¿te preparo un whisky?

—Eh... bueno... —accedió Tony, más por compromiso que por gusto.

—¿Anna?

—No, no. Gracias.

—¿Seguro? ¿Te apetece otra cosa? ¿Bailey's?

—Bueno va, ¡un Bayley's! —exclamó Anna, animándose y sin querer

desaprovechar la oportunidad de que el capitán, que nunca se dignaba ni a recoger su propia taza vacía de café de la mañana, le sirviera una copa.

Se levantó y se acercó a la cocina. Ramón había colocado dos vasos con varios cubitos de hielo en la encimera y se disponía a verter el whisky. Ante la mirada extrañada de Anna dijo:

—Prepáratelo tú misma, el Bailey's está allí y la máquina de hielo ya funciona.

Anna se tomó su copa en compañía de Tony. Ramón se fue a cubierta a beber solo.

Al día siguiente se levantaron todos a las ocho —menos Anna, que se levantaba siempre una hora u hora y media antes para disfrutar de los únicos minutos de soledad del día— y cundió la alarma entre el capitán y su mujer porque una de las invitadas estaba levantada ya.

—¡Rápido, Tiziana, el desayuno! —exclamó Ramón—. ¡Se ha levantado una de las señoras!

Tiziana se vistió sin ducharse y apenas sin lavarse la cara y fue corriendo a inquirir sobre los deseos de la invitada, que se había sentado a una de las mesas de la bañera a fumar. Resultó que la señora padecía insomnio y de momento solo quería un té, ya se esperaba a que se levantaran las otras para desayunar juntas.

Anna inició su rutina habitual de limpieza de su camarote, el salón y el puente para pasar luego al camarote de la invitada ya levantada para hacerle la cama, limpiar el cuarto de baño, cambiar las toallas si estaban muy sucias de maquillaje o volverlas a plegar y colgar, sacar el polvo... Hasta que se levantó la segunda invitada, la Señora Robredo, y por fin, pasadas las diez y media, lo hiciera la jefa. A las doce y media se encontraba pasando el trapo por las mamparas de la ducha de la jefa cuando Igor la fue a buscar.

—Nos vamos —le dijo—. Ramón dice que todos a cubierta.

Anna ya realizaba el trabajo de cubierta con bastante confianza. Aún esperaba aprender cosas nuevas, pero lo cierto era que su tarea allí consistía siempre en lo mismo (subir y bajar defensas) y empezaba a parecerle un poco inútil que Tony, Tiziana y ella pasaran tanto rato como pasmarotes, cuando Lola podría hacer ese trabajo en vez de estar todo el rato con el walkie-talkie pegado a la boca. Ese día Ramón debió de fijarse en su papel de pasmarotes, como mínimo para recaer en los uniformes. Anna y Tiziana se habían puesto

las dos, sin ponerse previamente de acuerdo, un polo blanco y los pantalones de color beige que Lola había comprado el día anterior. El resto iban todos diferentes: Igor con un polo beige y pantalón corto azul, Lola toda de azul, Tony con un polo blanco y el pantalón largo azul.

—La idea del uniforme es que vayáis todos igual —les recriminaría más tarde Ramón, que siempre iba de azul.

Por toda respuesta la tripulación se encogería de hombros, eso era primera noticia para todos, incluso para su mujer. Como el capitán no era amigo de discusiones, cinco minutos más tarde colgaría un papel blanco en el tablón de corcho de la sala de la tripulación y los convocaría para una pequeña reunión.

—A partir de ahora vais a seguir el calendario. Aquí cuelgo una copia y os dejo varias para que os colguéis en los camarotes, ¿vale?

Los papeles estaban impresos con una lista de turnos para cada combinación de colores e indumentaria a llevar según el día de la semana.

—Ah, y el pantalón que sea corto, ¿vale? A no ser que haga mucho frío.

Se iban a burlar mucho de esa nueva norma, sin saber siquiera por qué. Sería objeto de muchas risas que cada uno se levantara por la mañana con alguna prenda equivocada o todavía en pijama y echando un vistazo al cartel del tablón dijera algo así como ¿he acertado hoy? o ¿qué toca hoy, pantalón rosa?

En cuanto su presencia ya no fue necesaria en cubierta, Anna corrió a la cocina a poner la mesa, pero solo Tony y ella se sentaron a comer. Tiziana estaba demasiado ocupada preparando el aperitivo y la comida de las señoras. A Igor el capitán le obligaba a tenerlo en el timón con él. Lola volvía a sentarse en un rincón de cubierta a fumar. Las señoras habían hecho sacar toallas y colchonetas para tumbarse a tomar el sol en la popa, al lado de la bañera de los armadores. Anna no había terminado lo que tenía en el plato cuando Igor bajó a buscarla con el encargo de abrir una botella de champán para las señoras. Estaban dispuestas ya a tomar el aperitivo.

—Algo se ha caído en el comedor —dijo Tiziana.

Anna también había oído el golpe. Igor y ella fueron a ver de qué se trataba: el reloj que estaba normalmente encima de una de las mesitas del salón se había precipitado escaleras abajo, hacia el pasillo que conducía a los camarotes, y se había roto un trozo de la madera del pie. Anna lo recogió y notó que no solo el reloj sino que nada había sido trincado antes de zarpar. Los potecitos con flores de encima de la mesa seguían allí, uno se había

tumbado, derramando el agua por la mesa.

—Antes de que salgamos tienes que asegurarte de que todos los portillos estén cerrados y trincarlos todo —le recordó Igor.

—Pensaba que lo de trincarlos todo era trabajo de Lola.

—¿No te ha dicho ella que tienes que hacerlo tú?

—No —replicó Anna con sequedad. Recogió los potes a toda prisa y se fue corriendo a llenar la cubitera de champán, abrir la botella y sacar las copas.

—Lo tomaremos aquí —dijo la jefa indicando una de las mesas de la bañera.

—Anna, ve a recoger las toallas y las colchonetas —le conminó el capitán aun sin que ella hubiera terminado de servir el último plato del aperitivo.

Anna le echó una mirada inquisitiva a Lola, que estaba junto a él y acababa de encenderse otro cigarrillo. Pero ella no la miraba, miraba al horizonte, con el ceño fruncido, como si estuviera muy concentrada. Anna fue a recoger las toallas, colchonetas y cremas que habían quedado en la proa y bajó por las escaleras que daban directamente a la cocina para poner la mesa a las señoras.

Antes de que se sirviera la comida el capitán mandó fondear. De eso se ocupaba Lola, peleándose con el botón del ancla y Tony, que supervisaba la operación. Las señoras quisieron sentarse a comer fuera, donde habían tomado el aperitivo, y Anna tuvo que hacer varias carreras de arriba abajo sirviendo platos. Después de comer volvieron a navegar hasta llegar a Cabrera, donde fondearían de nuevo y pasarían la noche. Hacia las cuatro y media Anna caía rendida en los asientos de la sala de la tripulación. Fuera, Igor y Ramón bajaban la lancha para que las señoras fueran a darse un paseo por la isla.

—Pueden ir a visitar el castillo —sugirió Igor.

—No van a ir a visitar el castillo —le susurró Ramón—. ¿No ves que tendrían que escalar la montaña y la jefa no podría?

Ramón volvió conduciendo la lancha con las señoras a bordo apenas diez minutos después de haber salido. El mar estaba demasiado picado y a petición de las señoras, asustadas por los cabeceos de la lancha y el intenso viento, dieron marcha atrás incluso antes de llegar a la costa.

—¿Dónde está Lola? —le preguntó Anna a Tiziana, que se había sentado con ella.

—Hace horas que está ahí —respondió en voz baja y con un movimiento de cabeza hacia el camarote—. Vete a descansar —le aconsejó después de una

pausa—. Hoy no acabaremos hasta las doce y si no duermes un poco ahora, estarás muerta.

Anna le hizo caso. Entró en el camarote donde Tony llevaba ya un par de horas haciendo la siesta. Se tumbó en su litera y no fue capaz de leer ni una sola página de su libro, se durmió al instante. Una hora después volvía a la carga. Le habían quedado por hacer un par de lavadoras. A eso se unió enseguida una petición de alguna de las señoras para que le trajera una Coca-Cola Light o unos cacahuets o patatitas para picar, una orden de la boca suave de Ramón para que limpiara los ceniceros, y luego ya la urgencia de poner la mesa, doblar la ropa, cenar, poner la mesa a las señoras, sacarla, abrir las camas, poner agua en los termos... A las once y media se dejaba caer de nuevo en los asientos de la sala.

Por suerte, ese había de ser el día más largo con la jefa. A partir de entonces ella y sus amigas no volverían a cenar más en el barco porque al levar el ancla al día siguiente el mecanismo se rompió, haciendo imposible su utilización durante varios días, hasta que viniera algún profesional a repararlo. Tony declaró que él no sería capaz de hacerlo. Eso quería decir que no podrían fondear, de manera que cada atardecer de los días siguientes volverían al puerto a atracar y las señoras saldrían a cenar fuera, ahorrándole a Anna un par de horas de trabajo. Sin embargo, el trabajo de más le salió por otro lado. Por la mañana la jefa le informó de que dos invitadas más llegarían esa tarde y tendría que pasar las sábanas de la cama de una de las señoras al camarote de la otra para que las dos nuevas estuvieran juntas en un camarote.

La aparición de las otras dos señoras las alteró a todas mucho. Eran mujeres de una media de cincuenta o sesenta años, pero se comportaban como jovencitas excitadas. Anna imaginó que no podían permitirse escapar de sus maridos, hijos y responsabilidades para disfrutar de unas vacaciones en un velero de lujo con mucha frecuencia. Algunas eran abuelas, como la propia jefa, que estaba a punto de serlo por segunda vez, pero hablaban poco de los nietos o de los hijos. Los temas de conversación preferidos, que Anna no podía evitar oír mientras les servía los continuos aperitivos, comidas y sobre todo botellas de champán, giraban en torno a gente famosa. La estrella de cada día se llamaba Letizia, la prometida del príncipe, que se iba a casar al cabo de pocos días. Desde la llegada de la segunda señora, una mujer muy morena con una gran barriga (la que había llegado con la jefa y tenía insomnio), circulaba por el barco un impreso de un mensaje electrónico que delataba los trapos sucios del pasado de la futura princesa. Eso les dio mucho que hablar, y nada

era bueno. La jefa solía escuchar y sonreír, divertida, ante las divagaciones y presunciones de sus amigas. La Leti, como la llamaban, era la más criticada, pero nadie que saliera en las revistas o programas del corazón se libraba.

—La novia del hijo del Aznar, el que está estudiando en Estados Unidos, no está enamorada —sentenciaba una—. Está con él por las influencias, es más que evidente.

—Ya me dirás tú qué influencias le quedan.

—En Estados Unidos muchas.

—La Preysler está super operadísima —decía otra—. Así cualquiera.

—El otro día conocí a Tim Robbins —alardeaba una tercera, captando toda la atención al tratarse ya de un cotilleo internacional—. Estaba comiéndose un *hot dog* e iba vestido con una camiseta vieja, tejanos y una gorra, así que al principio no le reconocí. Pero luego sí, sí era él. Pues un poco antipático, la verdad.

—¿Sabéis quien se ha operado del estómago? —era una de esas preguntas para captar el interés.

—¿Quién, quién, quién? —exclamaban las otras, acercándose más y riendo nerviosamente. La jefa no se movió y aún con esa media sonrisa escuchó sin inmutarse el nombre de la operada, un nombre que Anna no conocía. Luego dijo:

—¿Sabéis quién se lo va a hacer también? —su pregunta también era para mantener el suspense. Después de formularla se metió un puñado de patatas fritas en la boca, y con un gesto facial dio a entender que se refería a ella misma. Las otras estallaron en exclamaciones de júbilo y felicitaciones. Solo una mostró su preocupación con un «¿estás segura?». Las demás quisieron saber «¿cuándo, cuándo?».

Anna veía ahora que la jefa estaba, en efecto, más que obesa. El primer día la ropa que llevaba había disimulado bastante sus grasas porque era cierto que tenía clase para vestirse y sabía lo que le sentaba bien. Pero en traje de baño se la veía enorme.

—¡Qué pesadas están las señoras! —exclamaría Igor más tarde—. Hay una que no hace más que hablarme de la novia del príncipe. ¡No sé qué decirle!

Tiziana compró galletas danesas de las que vienen en una caja redonda de metal. Estas venían con la imagen de la pareja real en la tapa. Anna las sacó por la tarde cuando alguien le pidió una galletita o algo para picar, lo que provocó el gran regocijo de las señoras.

En total las invitadas estuvieron a bordo cuatro días de intenso trabajo para Anna, que se hartó de perseguirlas por el barco sirviéndoles o estando simplemente visible, por si la necesitaban.

—¿No tienen una campanilla para que la pueda avisar cuando la necesite?
—le preguntó la jefa.

—Anna, ve a preguntarles si quieren tomar algo —le decía Igor, a los cinco minutos de que las señoras hubieran cambiado de ubicación para tomar el sol.

Salían a navegar cada día y regresaban al atardecer. Después de que las señoras hubieran comido, hacia las cuatro o cuatro y media, Anna encontraba el primer momento de descanso en todo el día. Una tarde, a esa hora, no queriendo estar más en el interior, se sentó en cubierta, detrás de una de las ruedas del timón, para disfrutar de la brisa y la travesía. Las señoras estaban todavía sentadas a la mesa, en la bañera, aunque Anna lo había retirado todo ya y les había traído vasos limpios y una jarra de agua fría por si tenían sed. Ramón estaba de pie detrás del timón y a Lola hacía dos horas que no se la veía, a pesar de que Ramón había ido a avisarle de que iban a izar las velas. Al poco rato de sentarse, Anna sacó el libro que había llevado debajo del jersey y lo abrió por la página que marcaba el punto. No pudo leer ni dos páginas. Notó enseguida las miradas de incomodidad que le echaba el capitán y que ella intentaba ignorar. Hasta que él no aguantó más y le dijo:

—Anna, deja el libro y mira cómo subimos la vela, así te quedas con todo y aprendes, ¿vale?

Anna obedeció y no se le notó nada el fastidio y la sorpresa que le provocaron las palabras del capitán. Había visto izar las velas ya al menos cuatro veces y no creía que con una vez más fuera a aprender algo nuevo. Aun así, sabía de sobras que nunca tendría que aprender a apretar los botones del velamen, como hacía Lola, porque eso Ramón no tenía pensado enseñárselo. De hecho, no había aprendido nada nuevo en cuanto a navegación se refería desde hacía más de una semana y ya dudaba de que fuera a hacerlo. A partir de ese momento nunca más volvió a pensar que el capitán fuera un buen tío. Le dio rabia que no fuera capaz de decirle que no quería verla leer y hubiera tardado unos minutos en encontrar una excusa bañada de caramelo para que dejara el libro. A partir de ese momento tampoco volvió a engañarle la ilusión de que le caía bien al capitán. Se había abierto una pequeña brecha entre los dos que ya no se cerraría. Observó la vela subir durante unos minutos con la certeza de estar perdiendo un tiempo valioso que pertenecía a sus pocas horas

de descanso, y aprovechó un momento en que Ramón se acercó a proa para escabullirse de nuevo al interior. Encontró a Tiziana en la sala de la tripulación. También ella acababa de sentarse a leer un libro después de haberse pasado el día entero cocinando y preparando sus delicias. Anna le contó lo ocurrido.

—Es su manera de decirte que no quiere que leas o que parezca que no haces nada delante de las invitadas —opinó Tiziana—. Lo de la vela es una excusa *e* una tontería. El capitán no quiere que aprendas *nada* —remarcó esta palabra—. Ni tú ni ninguno de nosotros. Igor es en teoría el marinero, pues ni a él le enseña nada, solo al mimado del ingeniero. Igor no se queja nunca, pero en verdad está muy desanimado *perche* después de todo estamos aquí para aprender *e* el capitán solo le hace hacer el trabajo sucio. ¿*E* que nos haga salir a nosotras para colgar *e* subir las defensas...? ¡Eso es otra chorrada! ¡Pues que lo haga su mujer, que no hace nada! A mí es que me da vergüenza estar allí *e* que no podamos ni tirar un cabo cuando llegamos al muelle *e* que Igor tenga que ir corriendo de uno a otro... Tiene los trabajos muy separados cuando lo normal en un barco es que todo el mundo lo sepa hacer todo, por si pasa algo. Si le pasara algo al capitán en este barco, ¿qué haríamos? ¡Si no quiere que aprendamos nada que se salga del trabajo de cada uno!

La tarea que más odió esos días fue limpiar los ceniceros. Eran tres recipientes metálicos con una tapa de dos partes que se abrían al presionar con el cigarrillo o con una palanquita lateral. Les ponían agua para que el cigarrillo se apagara al instante al caer dentro. Ramón y Lola habían estado usando dos de ellos, uno para cada uno, y era Lola quien los limpiaba los dos. Cuando llegaron las invitadas, sin embargo, el capitán y su mujer tuvieron que conformarse con compartir el mismo cenicero, los otros dos eran para las señoras, y el vaciado y limpieza de los tres pasó a ser responsabilidad de Anna.

—Aún has tenido suerte de que cuando están ellos solos los limpia *ella* —le dijo Tiziana, que había empezado a evitar pronunciar el nombre de Lola—. Cuando empezamos, en febrero, me los hacían limpiar a mí. Hasta que un día no me dio la gana de limpiarlos *e* se quedaron los putos ceniceros tres días aquí *sulla* mesa, sucios. Vino la Lyn *e* dijo: ¿*e* esto? *Io* le dije, mire, ¿por qué tengo que limpiarlos *io* si son ellos los que fuman? Me dijo que tenía razón, claro, *e* a la mujer del capitán le dijo que los limpiara ella. ¡No me habló durante una *settimana*!

—¡Pues le voy a pedir que los siga limpiando ella!

Tiziana se lo desaconsejó, pero Anna no pudo resistirlo. El olor que le quedaba en los dedos después de limpiar cada cenicero la ponía de un humor que ella misma no podía soportar.

—Lola —le dijo con firmeza—, yo te lo digo y si me dices que no es que no, pero tengo que decírtelo —Lola la miró alarmada—. Los ceniceros, ¿podrías limpiarlos tú? Es que a mí se me quedan las manos apestosas aunque me las lave cinco o seis veces cada vez que limpio un cenicero, y tú... como también fumas...

—Mira, a mí no me importa hacerte este favor —respondió ella, y Anna no le creyó desde la primera palabra— pero me tienes que prometer que Ramón no se va a enterar, porque como se entere de que yo tengo que limpiar los ceniceros voy a tener bronca con él y no quiero, no quiero pelearme.

—No le diré nada —prometió Anna.

Sin embargo, Lola no limpió ni un solo cenicero mientras hubo invitados que fumaran a bordo. Al día siguiente, salió en su paseo de compras diario y regresó con tres paquetes de guantes para Anna.

—¡Problema solucionado! —exclamó.

Ese mismo día otro incidente puso más en órbita a la mujer del capitán, elevándola por encima del resto de la tripulación. Tiziana, Anna, Tony e Igor habían conseguido sentarse a comer juntos sin que las necesidades gastronómicas de las señoras amenazaran con manifestarse pues habían desayunado tarde, hacía apenas dos horas. Las señoras charlaban animadamente en la bañera, mientras navegaban, y hablaban y fumaban tanto que lo que sí sintieron fue sed. Como Ramón y Lola eran los únicos tripulantes que se encontraban en cubierta, la jefa le pidió a Lola, con toda su inocencia:

—¿Nos podría traer una botella de champán, por favor?

Los comensales la oyeron trajinar en los armarios del comedor para poco después verla entrar en la cocina con el cubo y llenarlo de agua y hielo, abrir la nevera y sacar una botella de champán, abrirla, y volverla a oír en el comedor con un repiqueteo de copas. Anna no daba crédito a lo que veía y oía, hacía días que no veía a Lola mover un dedo y nunca la había visto servir nada que no fuera para su marido. Hasta le sorprendió que supiera dónde se encontraban las cosas. Los cuatro intercambiaron miradas, comprendiéndose sin decir nada y continuaron comiendo tranquilamente. Al poco rato, y cuando el champán ya debía de estar servido, apareció el capitán en la sala.

—Buen provecho —dijo, algo que no dejaba nunca de desear, ni el buen provecho, ni los buenos días, ni las buenas noches ni todas las fórmulas de cortesía verbal de uso frecuente en castellano.

—Gracias —contestaron los cuatro al unísono.

—A partir de mañana hacéis dos turnos para comer, ¿vale? Para que esto no vuelva a pasar.

No valía, pero nadie dijo nada. Se quedaron los cuatro parados, Tony sintiéndose ridículo con el tenedor apesando dos raviolis a medio camino entre el plato y su boca abierta. Sus expresiones preguntaban por qué.

—Porque no quiero que Lola tenga que servir el champán. Anna y Tony coméis primero y luego Tiziana e Igor, así cuando Anna esté comiendo, tú, Igor, estás de guardia, por si necesitan algo.

Se fue sin esperar respuesta, ni siquiera dijo «¿vale?» y dejó en sus oyentes un fuerte sentimiento de desprecio que se añadía al resentimiento que iban acumulando los tres que más trabajaban. Tony seguía sintiéndose bastante ajeno a lo que juzgaba como trifulcas insignificantes, pero le sabía mal no poder compartir la comida los cuatro juntos, algo que ya hacía días que no hacían.

El día que las invitadas de la jefa se iban a marchar estaban todos muy animados. La señora Robredo se había ido ya el día anterior. Por la mañana Lola le dijo a Anna que había llamado Cassandra para confirmar que ella y su marido vendrían a pasar el fin de semana con su madre.

—También vendrá David, el hermano pequeño, con su mujer. Así que mañana tendrás que cambiar y lavar todas las sábanas.

Todavía no se había levantado ninguna de las invitadas, así que Anna no había hecho aún las camas ni limpiado los camarotes.

—Si esta noche ya no van a dormir las señoras es absurdo volver a hacer las camas para deshacerlas y cambiarlas mañana —dijo Anna—. Voy a cambiarlas esta mañana.

—No, porque igual hacen la siesta —respondió Lola, y al ver la cara de asombro de Anna añadió—: Ya sé que no la han hecho ningún día, pero podría ser que hoy sí la hagan.

Como si no tuviera suficiente trabajo, se cree que encima voy a perder tiempo poniendo y sacando sábanas y colchas; la tía esta o es tonta o me toma a mí por tonta, pensó Anna y decidió no hacerle caso ni disimular su licencia.

Si deciden hacer la siesta, tendré que volver a cambiar las sábanas, pero creo que puedo correr ese pequeño riesgo.

No hicieron la siesta y aunque hubieran querido no habrían podido porque tenían compras que hacer y un tentempié que tomar antes de coger el avión esa tarde. Lola no dirigió la palabra a Anna, y menos aun la mirada, en tres días.

Saltaron todos al muelle para despedirlas. Tiziana y Anna estaban contentas y Tony e Igor se contagiaban de ese buen humor. Sin embargo, a Tony no le iba a durar mucho. Por la mañana habían salido a navegar como cada día, pero solo a motor porque el mar estaba muy picado y los cabeceos habían sido constantes aunque no suficientes para que algún tripulante llegara a encontrarse mal. Las señoras, sin embargo, estaban menos acostumbradas a los tumbos. Una de ellas había ido corriendo a vomitar a su camarote y lo había hecho en el lavabo. Sin querer decir nada a nadie, abrió el grifo para limpiar los restos de comida y observó alarmada como su vómito regurgitaba y la taza del lavamanos se inundaba de agua y comida. Tuvo que confesarle a Tiziana que había devuelto su ensalada de aguacate con fresas a la vinagreta de menta, el pollo relleno y el pastel de chocolate, además de las galletitas, el café y las copas de la tarde, y lo había dejado todo en el lavabo, que se había embozado. Tiziana disfrutó con una malicia de niña traviesa dándole la noticia a Tony.

—Tienes trabajo esta tarde, querido niño mimado —le dijo—. Te espera la cena en el filtro del lavabo de estribor.

—¿A quién se le ocurre vomitar en el lavabo? —contestó él—. ¿Por qué no lo hacen en el váter?

—Como les dijimos que en el váter solo se podía echar papel... —rio Anna.

—Bueno, ¿y dónde hacen caca?

—Cuando acabes de limpiar *sería interesante* —imitó Tiziana al capitán— que junto al cartelito de «*Gentlemen, please sit down*» del váter pusieras otro que diga «*Ladies, please, vomit here*».

Estallaron los cuatro en carcajadas.

—Tú no te rías tanto, Anna, que te han dejado el souvenir de una toalla empapada de vómito en la ducha. Por lo visto, cuando ha vuelto a salir todo, lo ha limpiado con eso.

Tony se metió en las entrañas del barco y estuvo una buena hora limpiando el filtro, pero Anna ya se encargaría de lo que le tocaba al día siguiente. Durante el resto de la tarde y noche, todo el mundo siguió de buen humor, ni siquiera otra sorpresa desagradable por parte del capitán arruinó el ambiente.

Estaban riendo a costa del vómito y el filtro todavía, cuando Ramón apareció en la sala como solía hacer cuando tenía algo importante que decirles.

—Las invitadas nos han dejado propina... ¿De qué reís tanto? —sonrió tímidamente, en realidad no quería saberlo.

La mención de la propina había apagado las risas y los había llenado de expectación.

—Pero no es mucho... El año pasado éramos cuatro y cada vez que un lote de invitados se iba lo repartíamos en el momento, pero este año somos más... Cien euros a repartir entre seis no es muy conveniente, así que lo voy a guardar en una caja y cuando tengamos un poco acumulado lo repartiremos, ¿vale?

—Bueno —dijeron todos menos Anna.

—Te has quedado alucinada —observó Tiziana cuando estuvieron solas.

—Pues sí. Estaba convencida de que la propina sería a repartir entre cuatro.

Tiziana le dio varias palmaditas de empatía en la espalda y caminó unos pasos hasta la cocina, dejándola aún con la mirada perdida, en la sala de la tripulación. Entró Lola en la cocina y empezó con Tiziana una de esas divertidas charlas privadas que tanto le gustaban, a juzgar por sus estruendosas carcajadas. Anna ya no se sentía tan intimidada por ella como en los primeros días, así que se unió a la conversación, aunque Lola seguía contándole cosas a Tiziana solo y mientras lo hacía iba comiendo galletas, las mismas que Tiziana había servido para el aperitivo de la tarde de las señoras.

—¡Qué buenas están estas galletitas! —exclamó riendo a más no poder.

Anna probó una. Sí que estaban buenas y claro que fascinaban a Lola, porque estaban rellenas de queso, que era una de las pocas cosas de las que se alimentaba.

—Qué raro que tengan crema de queso dentro y vayan fuera de la nevera... —comentó Anna mirándose la caja—. A ver qué ingredientes llevan...

—¡Oh, no! ¡Es una enferma! —exclamó Lola, apartándose un poco—. Una de esas obsesas de la alimentación que se miran las calorías y los ingredientes, ¡está loca! Lo importante es que están buenas y ya está.

—Estarán sabrosas pero, en efecto, esto no es queso, sino un conjunto de aditivos y conservantes —replicó Anna, consciente de estar provocando más a la otra.

—¡Está enferma, está enferma! —Lola parecía de verdad alarmada, aunque fingiera.

Tú sí que estás enferma, gilipollas, pensó Anna y se metió en la boca un par de galletitas rellenas de imitación de queso.

Cuando la jefa regresó de haber acompañado a sus amigas al aeropuerto, declaró que esa noche no cenaría, con las tapas que había preparado Tiziana antes ya había tenido suficiente. Tampoco requeriría ningún servicio más hasta pasado mañana.

—Mañana no hace falta que entre en mi camarote —le dijo a Anna—. Ya me haré yo la cama y comeré y cenaré fuera, con mis hijos, que llegarán hacia las nueve.

—Como quiera... —contestó Anna sin esconder su sorpresa.

—Así el capitán puede darles el día libre —aclaró la jefa.

—Ah —respondió Anna, comprendiendo—. Gracias, pero no creo que nos vaya a dar el día libre —dijo lo suficientemente alto como para que Ramón la oyera.

—No —corroboró el capitán con sequedad y sin sonreír—. No hay día libre.

—En el Cassandra sí teníamos un día libre cuando el jefe o la jefa se quedaban un día solos, sin invitados —le explicó más tarde Tiziana—, pero ya sabía *io* que este año no pasaría. En este barco hay muchas cosas diferentes.

Después de esos días Anna supo que no iba a aguantar en el Anaketa hasta finales de agosto o cuando fuera que el barco regresara a Barcelona. Quería quejarse a Lyn de la gran cantidad de trabajo que había, pero no sabía cómo hacerlo ni si encontraría la manera adecuada. Por otro lado, no quería precipitarse a tomar decisiones de las que podría arrepentirse. Mentalmente, tomó la determinación de permanecer allí hasta el 31 de julio. Daría un mes de preaviso para que tuvieran mucho tiempo de encontrar a otra azafata. Estuvo contenta con esta decisión, que se guardó mucho de compartir con nadie, pero había días en que no creía que pudiera seguir ese ritmo durante dos meses y medio más.

A pesar de todo, ese viernes en que no hubo invitados durante el día ni salieron a navegar notó un gran alivio. Trabajó todo el día, pero lo hizo a un ritmo más pausado y no le quedó nada por hacer en otro rato o al día siguiente. Limpió su camarote a fondo, que llevaba un par de días sin repasar por falta de tiempo. Por la tarde estuvo leyendo y escribiendo un buen rato e incluso tuvo tiempo de jugar al Scrabble con Tony, que acababa de recibir el juego.

—Sienta bien pensar un poco —le dijo—. ¿Tú piensas cuando haces tu trabajo?

—Sí, claro —contestó Tony—. Pienso mucho. Menos cuando tengo que limpiar vómitos o pelos de los filtros, me paso todo el día pensando, intentando solucionar problemas.

—Qué suerte. Yo no tengo que solucionar ningún problema. El trabajo de chacha es tan poco cerebral... Claro que se me va la cabeza pensando en mis cosas y eso no está mal, pero si me descuido me quedo parada soñando despierta y voy más lenta, así que no me lo puedo permitir.

Tony le ganó la primera partida, y en sucesivas tardes y hasta noches que jugaron le ganó más veces. Anna se quejaba porque Tony utilizaba palabras que ella desconocía y no tenía manera de saber si se las inventaba porque no tenían diccionario y Tony solo quería jugar en inglés. Al tercer día, sin embargo, Anna ganó la partida, y también al cuarto, iniciando así una dura competencia.

—¡Sí que tenéis afición! —exclamó un día Ramón.

Igual que tú al pulpo, pensó Anna, a quien obsesionaba la visión de Ramón alimentándose de carpaccio de pulpo cada día.

Por la noche llegaron los hijos con sus parejas, tan tarde que la tripulación ni los vio. Los primeros en levantarse por la mañana fueron Cassandra y su marido, y Anna se dispuso a reanudar la rutina de limpiar váteres y aspirar pelos del suelo de cada baño, hacer cada cama, etc.

—¡No veas el ambiente que había en la panadería! —exclamó Lola cuando regresó con media docena de barras de pan y dos bolsas llenas de pastas para el desayuno—. Todo el mundo opinando sobre la boda, quejándose del dinero que se gastan de los contribuyentes... Pensaba que se iban a pegar. A mí me da igual, que se casen o no se casen o se gasten lo que quieran, no me interesan estos temas... ¡Pero es que no me daban el pan!

Claro que te da igual, pensó Anna con inquina, porque tú contribuyes con dinero que no es tuyo. ¡Quién cobrara un sueldazo como el tuyo por ir a comprar el pan!

Después de desayunar, Cassandra y su marido se arremolinaron en el sofá delante de la gran pantalla para ver desfilas a los invitados a la boda real que se celebraba ese sábado. Cassandra ayudaba a los locutores con sus comentarios:

—La Rania de Jordania sí que está guapa. ¿Y el marido de la Carolina

dónde estará? ¿Se habrán peleado?

A media mañana el capitán anunció que salían a navegar y una vez más se requería la presencia inmediata de la tripulación en cubierta. Anna solo tenía que interrumpir la limpieza de los camarotes, que continuaría luego en movimiento, pero Tony se encontraba en la sala de máquinas. Salió vestido con el mono blanco.

—¿Por qué le costará tanto avisarnos con un poco más de tiempo? —refunfuñó—. ¿Se cree que no estamos haciendo nada?

—Dímelo a mí —contestó Anna—. ¿Por qué tengo que ir yo a cubierta a perder media hora para que luego se me eche una cosa encima de otra y no tenga tiempo para nada?

Soltaron un bufido conjunto. Al menos se tenían uno al otro para criticar y quejarse. Anna aún tardó un rato en salir a cubierta, entretenida en trincar todos los objetos que pudieran caer. Tony tuvo que volver a buscarla.

—Ramón dice que qué pasa que no sales.

Antes de que Anna pudiera responder aparecía Tiziana con el mismo mensaje de parte del capitán. Salió a toda prisa y ella misma le explicó el motivo de su tardanza.

—Ah... bueno —respondió él con humildad.

Ninguno de los invitados salió a disfrutar de los placeres de la navegación. El día estaba nublado y todos estaban interesados en la boda. Anna miraba la gran pantalla desde el umbral de la puerta movediza que separaba el salón de la cocina. Ningún miembro más de la tripulación seguía el acontecimiento. A la hora de comer Tiziana y Tony se burlaron de Anna.

—Es un hecho histórico —se defendió ella.

—¿Seguro? —desconfió Tony—. Deja de soñar, Anna, tú podrías haber sido reina pero ya no, perdiste tu oportunidad.

—Por eso a todo el mundo se le cae tanto la baba —dijo Tiziana—. Todas las españolitas piensan: oh, el príncipe azul se casa con una periodista, ¡podría haber sido *io*!

—En cambio, mírame a mí, limpiando váteres —se rio Anna.

—Como Cenicienta —observó Igor—. Igual te casas con otro príncipe.

O como Terenci Moix, pensó Anna. Él también limpió váteres y también franceses, él mismo lo contaba en sus memorias.

—¡No, que Anna ya tiene novio! —Tiziana le dio un manotazo.

—Oye, y ¿por qué me pegas? ¿Estás deficiente? —Igor siempre usaba esa expresión con Tiziana, en sus pequeñas discusiones.

—Bueno, perdona, ¡que no te he pegado! ¡Qué sensible eres!

En situaciones así Tony se encogía de hombros y levantaba su libro de informática a la altura de los hombros hasta que le cubría la cara, o a falta de libro, se iba encogiendo poco a poco hasta que el cuello le llegaba a la mesa y amenazaba con desaparecer debajo de esta. Le daban mucha vergüenza las situaciones de pareja.

—No me gusta nada trabajar con parejas —le había dicho a Anna—. No solo por las discusiones, que es lo que menos me gusta. Con el tema del ancla y la distancia entre Lola y Ramón hay mucha tensión y yo siempre estoy en medio. Ramón actúa como el típico marido que cree que su mujer no es capaz de hacer nada fuera de la cocina y Lola, como está tan insegura, lo hace todo mal, dándole más razón a él para desconfiar. Pero también porque las parejas se ayudan con sus trabajos. Lo he vivido en otros barcos y en este también pasa con Tiziana e Igor. Igor ayuda a preparar la comida a Tiziana cuando ella necesita una mano y viceversa, muchas veces Tiziana se pone a baldear el barco con Igor cuando ya es tarde. Yo los veo pero no quiero ayudarle también porque considero que es su trabajo y yo tengo el mío. Pero entonces quedo mal, como si no ayudara nunca a nadie, que de hecho es verdad, yo hago mi trabajo y ya está.

Anna no tenía opinión al respecto pero recordó días anteriores en que Igor le había ayudado con la mesa, sin que ella se lo pidiera. Ella le ayudaba a él en cubierta cuando lo necesitaba, pero no se ofrecía a menos que él se lo pidiera porque no tenía tiempo ni para acabar con su propio trabajo.

Los hijos se iban a quedar todo el fin de semana; David y su mujer se marcharían el lunes a las cinco de la mañana. Como el ancla seguía averiada, saldrían a cenar también cada noche, pero los almuerzos eran todos a bordo. Aparte de los cinco que eran ellos, los hijos tenían amigos en Mallorca a los que invitaron al barco para salir a navegar y comer. El sábado fueron siete y Anna tuvo que servirles el aperitivo y la comida sin que Lola moviera un dedo por ayudarla. A la jefa se la notaba más contenta con la compañía de los hijos, y hasta más joven. Estos sobrepasaban ya los treinta años pero seguían teniendo una manera de hablar y de estar muy informal y juvenil. Si en su trabajo de cada día en la empresa del padre iban vestidos con ropa de despacho y eran gente formal y profesional, también sabían relajarse cuando

tocaba, dejando las preocupaciones de cada día atrás. El trabajo no fue un tema de conversación en ningún momento; el tema estrella siguió siendo la ya princesa de Asturias.

El domingo volvieron a salir a navegar y la familia y amigos se acomodaron de nuevo en el sofá, a ver las carreras de motos, esta vez. Solo la jefa y dos chicas se tumbaron a tomar el sol, que asomaba un poco, en la popa. Tony no salía de su asombro.

—¡No tienen ningún interés por el barco! —exclamó.

—Deben de estar acostumbrados al lujo desde pequeños —reflexionó Anna, antes de salir a cubierta con vasos y una botella de agua fresca para las señoras.

Al llegar a la popa se encontró a la jefa con las piernas flexionadas, agarrada de los dos brazos a cada una de las dos chicas, que la estiraban con fuerza para ayudarla a levantarse. Anna se quedó parada de repente y controló a tiempo el impulso de dejar los vasos y el agua y empujar a la jefa por la espalda. El gran esfuerzo de las tres duró aún varios segundos y como que la jefa no la había visto aparecer, Anna decidió volver atrás, contar a diez y volver a aparecer como si fuera la primera vez. Entonces la jefa ya estaba en posición erecta.

Durante la comida de nueve invitados, que transcurrió mientras Lola hacía la siesta, Cassandra se mareó.

—A mí esto de navegar no me va —declaró.

El barco estaba bastante escorado porque el capitán había tenido el capricho de alzar la vela mayor. A Anna le daba la sensación de que lo hacía para alardear delante de los invitados, aunque estos no mostraran ninguna admiración.

—A mí sigue gustándome más el Cassandra, qué queréis que os diga —dijo la madre—. Tendríais que convencer a vuestro padre para que no lo venda y nos lo dé a nosotros, y que él se quede con este.

—Ah, no, no —contestó Cassandra—. Yo ya no me meto más entre vosotros. Ya dije la mía. Os arregláis solos.

—*Anna, sisplau, em podries portar una altra Coca-Cola?* —preguntó el marido de Cassandra, que desde el primer día se había dirigido a Anna en catalán.

—¿Tú eres catalana, Anna? —preguntó la jefa con mucho asombro—. ¡No te había oído hablar catalán!

Anna estaba sirviendo el vino. En el momento de la pregunta de la jefa estaba por la labor de llenar la copa de la mujer de David. Se apresuró en contestar y, entre los nervios ante la primera y única pregunta de interés personal que le hacía la jefa y delante de tanta gente, y el balanceo del barco, se le fue el morro de la botella fuera del vaso. Un chorro de vino fue a parar a los pantalones de color beige de la chica, que ni se sobresaltó ni se quejó. Anna se puso colorada como un tomate mientras explicaba que sí, que era catalana.

—Ramón y Lola también son catalanes —continuó la jefa, que no se había percatado del accidente con el vino—. ¿No hablas catalán con ellos?

—No... No sé si ellos lo hablan... A mí nunca me hablan... ejem, en... catalán.

Anna echaba de menos hablar el catalán, pero a esas alturas ya no iba a fingir simpatía con el capitán y su mujer y proponer un cambio de lenguaje en comunicación, aunque el castellano no les funcionara muy bien.

Cuando se hubo calmado un poco, en la cocina, volvió a salir rápidamente.

—Si quiere luego me da los pantalones y se los lavo —le dijo a la chica, que tendría su misma edad.

—¡Vale! —aceptó ella como diciendo, qué buena idea, y aunque no se los dio, Anna se quedó más tranquila.

Tampoco hubo día de descanso entre la visita de los hijos y el turno siguiente de visitantes. Esta vez eran tres parejas mallorquinas de la edad de la jefa pero con aspecto campechano, de las cuales solo dos se quedaron a dormir porque no había sitio para más. Anna se pasó otra mañana quitando y poniendo sábanas y toallas limpias y lavando las viejas, y estaba en eso cuando Igor la fue a buscar porque el capitán había dado su aviso repentino de salida y requería la presencia de toda la tripulación en cubierta al instante.

—¿Puedes preguntarle a Ramón si yo me puedo quedar aquí? Es que mira todo el trabajo que tengo aún por hacer... y luego se me acumula todo.

Igor hizo un gesto de comprender. Después de unos segundos de reflexión, dijo:

—Yo se lo pregunto, pero... no sé si querrá.

Igor volvía al cabo de unos minutos.

—No, dice Ramón que subas inmediatamente.

Anna obedeció intentando adoptar una expresión que no denotara nada

cuando pasó por delante del capitán. Este miraba al horizonte, con su sonrisa plácida, evitando la mirada de Anna.

Se pasó veinte minutos en cubierta sintiéndose casi inútil. Tiziana parecía sentirse de la misma manera. Por primera vez Anna vio a Lola hacer algo más que pelearse con el ancla y amorrarse al walkie-talkie. Estaba peleándose con unos cabos, ella sola.

—Normalmente le ayudo —le dijo Tiziana señalando a la otra con un movimiento del hombro—, pero ya no tengo ganas. ¡Que lo haga ella sola!

Media hora más tarde las dos chicas volvían al interior para reanudar sus tareas. Lola había bajado antes que ellas y se las encontró en las escaleras del puente, cuando volvía a salir.

—Anna, se ha caído el jarrón de las flores —dijo con una voz neutra, sin atisbo de acusación; más bien, total indiferencia.

Lola había tenido el detalle de recoger el jarrón y volverlo a colocar en el mueble del que había caído. Anna lo puso en el fregadero y tapó con varios trapos secos la alfombra empapada, cambiándolos un par de veces. Trincó los demás objetos que pudieran caer y causar daños.

—¿Has cerrado los portillos? —preguntó Ramón al pasar por delante suyo y encontrársela arrodillada en la alfombra.

—Están todos cerrados —respondió Anna— menos el de mi camarote, que lo abre siempre Tony y a mí me cuesta mucho cerrar. ¿No lo podría hacer él?

—Bueno —respondió el capitán algo sorprendido por el tono rebelde de Anna—. Si Tony no está ocupado haciendo otra cosa, sí, le puedes pedir que lo cierre él.

Anna se esperó a que el capitán la dejara sola para soltar un resoplido de exasperación. Para cuando hubo dejado la alfombra casi seca y pedido a Tony que cerrara el portillo que él mismo había abierto, había perdido una hora y le quedaba menos de otra para hacer todos los camarotes y lavar todas las sábanas y toallas antes de poner la mesa, comer a toda prisa y servir la comida a los huéspedes. Hacía ya días que la limpieza de los camarotes la hacía más por encima que de costumbre. El polvo, por ejemplo, ya no lo quitaba cada día, como insistía que hiciera Lola.

Tiziana hacía también días que no se sentaba a comer con sus compañeros porque no tenía tiempo. Sin embargo, Tony creía que se había engordado y era probable que así fuera porque de no sentarse a la mesa, picaba todo el día. Anna, en cambio, era a Lola a quien notaba más gorda, lo cual tampoco era de

extrañar porque no se movía y seguía alimentándose solo de bocadillos o la variante de pan y queso. Igor se sentaba a comer cuando podía. Casi siempre conseguía sentarse y empezar el almuerzo, hasta que Ramón bajaba a buscarle y sin permitirle a que terminara, lo hacía subir para apostarse detrás del timón.

—¿Igor no va a comer? —inquirió Anna un día después de que su plato a medias llevara más de tres cuartos de hora enfriándose.

Tiziana se encogió de hombros.

—El capitán quiere que esté arriba —contestó con retintín— y mientras, el ingeniero, ¿dónde está?

Anna entró un momento en su camarote. Estaba oscuro y Tony dormía en la litera de arriba. Juzgó prudente no decirle a Tiziana dónde estaba el ingeniero, pero salió al puente y dijo, haciéndose la tonta y lo suficientemente alto para que Ramón y Lola la oyeran:

—Igor, ¿que no comes? Tienes la comida encima de la mesa desde hace rato.

Él se encogió de hombros, pero el capitán dijo:

—¿Tony ya ha acabado de comer?

—Sí, está haciendo la siesta.

—Que suba. Y tú, Igor, baja a comer.

Después de diez días de trabajo intenso había mucha tensión entre la tripulación del Anaketa. Igor hacía días que no sonreía, aunque nunca se quejaba de nada. Como Anna, terminaba de trabajar más tarde de las diez cada noche porque después de cada salida se quedaba solo baldeando el barco mientras el capitán y su mujer se iban a la ciudad. A las ocho de la mañana estaba en pie como todo el mundo, pero también él era el primero en ponerse a trabajar. Como siempre estaba en cubierta, muchas veces entablaba conversación con marineros de otros barcos o los muchos que pasaban por allí con currículums en mano, buscando un empleo.

—Cuando les digo que soy el único marinero en un velero de cuarenta metros nadie se lo cree —le había dicho a Anna—. A mí hasta me da vergüenza, porque deben de pensar que soy tonto por aguantarlo.

No obstante, a Igor seguía dándole más miedo perder su contrato que el exceso de trabajo. Y aguantaba. Aunque eso a veces se reflejara en su relación con Tiziana, que también sufría un exceso de trabajo. Sus roces, aunque no constantes ni mucho menos insoportables, crispaban a Tony. Tiziana, además,

la había tomado con «el ingeniero», más de lo que ya la tenía tomada, cuando el inodoro de su camarote se atascó y Tony no fue capaz de arreglarlo enseguida.

—¡Ya me cuesta ir al lavabo, y encima con esto tengo un cólico que no me aguanto! —increpaba a Tony—. ¿Cuándo me vas a arreglar el váter?

—Hago lo que puedo... —se defendía poco Tony, consciente de su papel de mimado del capitán.

—Anoche me pasé hasta las diez y media intentado arreglarlo —le explicó a Anna cuando Tiziana se fue echando humo a usar el baño situado entre el comedor y la cocina, en teoría de uso para invitados solo— y esta mañana estaba reventado. Nunca más. A partir de ahora voy a hacer mis horas de trabajo y ya está, nada de trabajar todo el día, hasta la noche. No sé como tú puedes.

—Gracias, hombre. Me parece que no tengo otro remedio, ¿no? O apechugo o me voy.

Todavía no se había acabado el mes de mayo y Anna ya dudaba incluso de permanecer allí hasta finales de julio. Un mes más le parecía una eternidad.

Tiziana y Anna se habían hecho buenas amigas de circunstancias y las confesiones íntimas que a Lola le gustaba mantener con la cocinera se habían hecho más esporádicas, quizás como respuesta a la creciente amistad entre las dos trabajadoras. La última de las conversaciones privadas había sido la que precedió al episodio de las galletitas de queso.

—*Io* paso de lo que me cuenta esa zorra —confesó Tiziana—. Le sigo el rollo porque no quiero problemas y porque aún nos queda todo el verano por aguantarnos, pero no me interesan nada sus cuentos chinos.

De sorpresa, una noche Lola eligió a Anna como víctima de sus monólogos eufóricos. Era ya tarde, pero Anna justo acababa de terminar su trabajo, cuando Tiziana e Igor ya se habían retirado y Tony había salido a telefonar a su mujer en Cuba. Captó la atención de Anna hablándole de libros, sabiendo de sobra que era el tema de conversación preferido de la azafata. Le soltó tal discurso, sazonado con lecturas recomendadas, que Anna no acertó a dar su opinión siquiera, pero en cuanto la otra la dejó, se apuntó las recomendaciones, por si acaso. Al día siguiente le comentó el episodio a Tiziana.

—¿Cuándo fue? —preguntó esta—. ¿Por la noche? Claro, no falla: te pilló justo después de haber vuelto de cenar y haberse zampado una botella de vino

entre los dos. Lo hacen cada noche, y eso con las pastillas... ¡La mujer más feliz del mundo!

El capitán, por su parte, seguía tomándose un par de vasos de whisky cada noche, quizás más. Y si estaba Tony por allí, que era casi siempre, esperando a Anna a que terminara con su tarea de abrir las camas y llenar los termos para jugar una partida a Scrabble, le ofrecía una copa que Tony siempre declinaba.

—¡Si aceptara todas las copas que me ofrece iría todo el día borracho! —exclamaba sin acabárselo de creer.

Tiziana hablaba mucho sobre Vanuatu, pues había vivido allí cinco años y había muchas experiencias diferentes de las que hablar y Anna a veces le contaba cosas sobre Australia. Una vez Tiziana le preguntó cómo lo había hecho para conseguir la residencia, porque sabía que era muy difícil.

—No, fue muy fácil —contestó Anna, y ante la mirada incrédula de la otra, añadió—: Pero no te lo puedo decir, es un secreto.

—Ah, pues no me lo digas, no —Tiziana fingió ofenderse.

Anna se lo contó todo y Tiziana, igual que Tony, lo encontró muy raro.

—Pero si Igor salía con una chica en Ibiza el año pasado *e* mientras estuvimos allí él dormía en su casa cada noche *e* nunca nadie le dijo nada... Ramón también dormía fuera cada noche cuando estábamos en Ibiza. Lola estaba de baja pero vivía con su hermana en Formentera *e* Ramón se iba cada tarde en la lancha *e* ya no volvía hasta el día siguiente... Puede que te lo dijera por eso la Lyn.

—El año pasado éramos solo cuatro *e* había menos trabajo —continuó Tiziana después de una pausa—. Teníamos un trozo en cubierta que era nuestro, donde nos poníamos a tomar el sol por la tarde *e* nos bañábamos *nel* mar... Ramón hacía su trabajo *e* el del ingeniero. Para mí es una persona diferente cuando está con su mujer; *io* solo lo había conocido estando solo, con ella es peor.

—¿Y la azafata?

—¡Buf! ¡Me llevaba fatal con ella! Era insoportable. El último día casi nos pegamos. Tuve que aguantarla toda la temporada porque Ramón dijo que si la echaba a mitad de verano sería muy difícil encontrar a otra... No es verdad porque todo el mundo es reemplazable, *ma* este año quería volver a llamarla *e* *io* le dije que si Marta volvía *io* me iba.

—¿No se llamaba Elisabet?

—No, esa era otra. ¡Es que ha habido muchas! —le habló de al menos seis o siete azafatas con las que había tenido que convivir en los diferentes barcos en los que había trabajado.

—No parece un trabajo muy estable el de azafata —observó Anna, con una nueva seguridad al ver que el poco aguante que le quedaba no era solo cosa suya: el empleo era demasiado exigente para muchas otras.

—Es que el trabajo de azafata quema mucho.

—¿Y el de cocinera no?

—No tanto —después de dudar un momento, añadió—: Aunque en el Anaketa sí.

—Se te ve cansada, Tiziana —dijo el capitán esa misma noche, de buen humor, después de haber cenado en su restaurante de marisco favorito.

—Estoy hecha polvo —Tiziana no desaprovechó la oportunidad.

Ramón pareció sorprendido y ella, a su vez, se sorprendió de su sorpresa.

—¡Hoy he pasado nueve horas de pie! —exclamó—. ¡Nueve horas seguidas, cocinando sin parar! Si te digo la *verità* estoy pensando dejarlo aquí mismo, en Mallorca. Es que no hemos parado... Igor está también cansadísimo.

—¿Y Anna? —preguntó él con alarma.

—Pues también está exhausta. ¡Lo estamos todos! ¡No hemos tenido un día de fiesta en casi dos semanas!

Si Tiziana esperaba asustar al capitán, lo consiguió, aunque Anna siempre pensó que había sido sincera al amenazar con dejar su puesto en Mallorca mismo. El día siguiente de esa conversación era martes, el último de estancia de la jefa y sus amigos de parejas mallorquinas. El capitán, que tenía planeado hacer la travesía de Mallorca a Alguero en tres días a vela, se vio con la urgencia de escamotear un par de días de algún sitio para cedérselo de descanso a la tripulación. La jefa fue su primera víctima. Le propuso, afectando su más dulce voz y sonrisa, que no salieran a navegar el martes y que se fuera a comer fuera con sus amigos con la excusa verdadera de que la tripulación estaba rendida. Ella se negó, molesta:

—¡Tengo derecho a tantos días en el barco y los voy a disfrutar! Que la tripulación esté cansada es problema suyo. ¿Por qué no les dio fiesta cuando les correspondía?

El capitán probó suerte entonces con el jefe. Le llamó a su despacho de Barcelona. Hacía más de dos meses que Lyn, el jefe y cuatro invitados habían

programado volar a Alguero aquel sábado para embarcarse en el Anaketa, que debía estar ya allí. Ahora el capitán le pedía que postpusieran ese viaje dos días, para llegar el lunes, y volvió a exponer el problema del cansancio de los tripulantes. El jefe se negó en redondo. Llegarían el sábado por la tarde, tal como estaba previsto. Los invitados tenían que volver a Barcelona el martes y habría sido desconsiderado hacerles retrasar el vuelo de ida para estar en el barco solo un día.

Anna no tenía ni la más mínima idea sobre la naturaleza de la relación entre el capitán y el jefe, pero encontró las peticiones del primero de una familiaridad extraña. Aun así, estaba contenta de que Tiziana hubiera hablado con él de aquella forma, quizás a partir de ahora tendría más cuidado antes de agotar a la tripulación. Pero cuando se enteró de que el viaje a Alguero iba a durar tres días, tampoco lo pudo creer.

—¡Tres días! —exclamó—. ¡Pero si está aquí al lado!

—Eso es lo que te parece —contestó Ramón—. Lleva tú el barco, a ver cuánto tardas. —Lo dijo con su dulce sonrisa, así que Anna pensó que era de buen talante, aunque siguió convencida de que no se necesitaban tres días para llegar a Cerdeña.

—Lo que Ramón no te ha dicho —le explicó luego Tony— es que quiere ir a vela. Si vamos a motor no tardamos tres días.

La jefa cambió de opinión y a Anna le gustó pensar que lo hizo por compasión hacia los trabajadores del barco. Sin duda se habría dado cuenta de que no todos se afanaban por igual y los que lo hacían más estaban al límite. El martes por la mañana le comunicó al capitán su decisión de ir a pasar el día por la isla con sus amistades. La tripulación trabajó igual pero Ramón les dio permiso para salir por la tarde, siempre y cuando quedara uno para hacer guardia.

—Tiziana, Igor y Anna, os turnáis como queráis para hacer guardia.

—¿Y Tony? —inquirió Tiziana con provocación.

—Tony puede salir toda la tarde, él no puede servir un café a la jefa o lo que le pida —contestó Ramón con un tono que quería decir que eso era obvio y que había sido una pregunta tonta—. Y por cierto, no *quiero* —remarcó la palabra con un dedo levantado— volver a ver a la jefa intentando hacerse un café ella sola.

Tiziana, Igor y Anna se unieron en un silencio hermético que rompió Tony con un «bueno» casi inaudible. Ramón sonrió sin despegar los labios,

haciendo aparecer las patas de gallo que rodeaban sus ojazos de inocentón engrandecidos detrás de las gafas, y se marchó fingiendo tranquilidad.

Acordaron los turnos de la guardia, Igor sería el primero, seguido de Anna y Tiziana. Eran las tres de la tarde y Anna se dio prisa en cambiarse para ir a coger el autobús a Palma.

—Qué pena —le dijo Tony—, con solo un par de horas no vale la pena coger el bus turístico, ¿no?

Durante su día de fiesta por Palma, hacía ya casi dos semanas, Tony y Anna habían acordado que en su próximo día libre iban a coger el autobús turístico, que hacía recorrido no solo por Palma sino por otros puntos de interés de la isla. No habían sospechado entonces que no habría próximo día libre en Mallorca.

—Tú sí que tendrías tiempo.

—No es lo mismo. No es tan divertido hacerlo solo.

El miércoles por la mañana zarparon con rumbo a Alguero, una pequeña ciudad catalana en la costa oeste de Cerdeña donde Anna había comprobado cinco años antes que desde la llegada de Pere III el Ceremonioso, siete siglos atrás, hasta hoy muy poca gente hablaba ya el catalán.

Desayunaron hacia las ocho, como solían hacer, y a las nueve salían. El capitán organizó los turnos para hacer guardia.

—Tiziana e Igor haréis de cuatro a ocho, tanto de la mañana como de la tarde, Tony y Anna, de doce a cuatro, Lola y yo haremos de ocho a doce y además yo estaré siempre por aquí durante vuestras guardias, para cualquier cosa, ¿vale?

—¿Guardias de cuatro horas? —se quejó Tony—. ¿No sería más interesante hacer de tres?

Había sido Anna quien días antes le había hecho notar a Tony la manía del capitán por empezar las frases con un «sería interesante», pero solo las que iban dirigidas a Tony, y de ahí que Tiziana se hubiera burlado de él aprovechando el incidente del vómito en el lavabo.

—A mí me da la orden, sea interesante o no, pero todo lo que tienes que hacer tú parece ser muy interesante.

Tony se había reído de buena gana, dándose cuenta de que era verdad. Ahora se atrevía a robarle la muletilla al capitán y usarla de la misma manera vacía, quitándole todo lo de interesante que pueda tener la palabra interesante.

Anna le lanzó una mirada de alarma, ella no se habría atrevido a reírse así del capitán. Pero Tony se limitó a guiñarle un ojo como un niño travieso y sonrió. Ramón, de todos modos, no se había dado cuenta.

—No —contestó él—. Cuatro horas, eso es lo que se hace, ¿vale?

A Anna no se le escapó el detalle de que la guardia de Lola fuera siempre durante el día, sin que se alterara para nada su horario de sueño, ni siquiera la siesta de la tarde de dos o tres horas.

—Es absurdo —dijo Tiziana cuando Ramón hubo vuelto a cubierta para hacer la guardia con Lola—. Lo que de verdad *se hace* es que por ejemplo Igor *e io* empezamos a las ocho, *io* a las diez me voy *e* entra Anna, a las doce sale Igor *e* entra Tony, a las dos sale Anna *e* vuelvo a entrar *io*, etc... Así siempre hay uno que está más fresco, sobre todo por la noche, *e* además no estás aburrido durante cuatro horas con la misma persona.

Pero... se encogieron de hombros, el capitán mandaba.

Una hora después de salir, por fortuna, ya habían digerido el ligero desayuno. Cualquier deseo que aún le quedara al capitán de desplegar las velas se esfumó en cuanto penetraron una tormenta. La noche anterior había declarado que arribarían a Alguero el jueves al atardecer. Así, sacrificaba él sus propias ganas de navegar a vela para poder conceder el jueves por la noche y y todo el día del viernes libre a la tripulación.

El cielo se cubrió de nubarrones y empezó a caer una llovizna que se hacía más intensa a ratos. A las doce Tony y Anna salieron a cubierta abrigados con jerseys e impermeables rojos de pantalón, chaqueta y capucha para empezar su primera guardia. El viento venía de proa y era tan fuerte que tenían que gritarse para oírse. Los bandazos del Anaketa hacía rato que habían empezado a marear a Anna.

—Lo bueno de esta guardia es que dentro de una hora bajaremos a comer —dijo Tony, complacido.

—Yo no creo que pueda —gritó Anna, con gran esfuerzo y la cara pálida.

Los primeros cuarenta y cinco minutos se le hicieron eternos. El frío le penetraba todas las capas de ropa y de piel y la lluvia no cesaba. A la una menos cuarto bajó, a duras penas, para poner la mesa, pero cuando Tiziana la vio la hizo marchar de nuevo.

—¿Tú vas a comer?

—¡No! —exclamó Anna—. No podría. Creo que voy a vomitar.

—Me lo imaginaba. *Io* tampoco puedo comer. Igor está igual. Así que estará

el ingeniero solo, no hace falta que pongas la mesa.

Anna volvió a salir y estuvo un rato sola mientras Tony se zampaba un plato de salmón a la plancha con patatas y verduras. Ramón insistía en que se tomara una pastilla para el mareo, con cafeína para no dormirse, pero ella se negó. No consiguió aguantar hasta las cuatro; a las tres y media dejó a Tony solo. De todos modos, hacía ya más de una hora que tenía la vista fija en el horizonte, pero sin ver nada, su guardia no era de mucha eficacia. él aceptó su deserción de mala gana porque no tendría a nadie con quien hablar, aunque Anna no estuviera en condiciones para ello.

Los cabeceos del barco eran ahora de tal magnitud que con cada uno se perdía la vista del horizonte. En el interior, Anna tenía que ir agarrándose de todo mientras luchaba contra las ganas de vomitar.

—¿Siempre es así? —le preguntó con un hilo de voz al capitán.

—Sí —sonrió él—, esto no es nada. Ya te acostumbrarás, aunque a veces depende de la gente. Yo y Lola no nos mareamos nunca, pero el jefe, que lleva treinta años navegando, siempre se marea a principios de temporada.

Anna comprobaría más tarde, cuando volvieran a hacer travesía, que no siempre era así ni mucho menos. No sabía por qué el capitán tenía que mentir sobre una cosa así, pero vería que mentía sobre muchas cosas, a veces sin necesidad, quizás por vicio.

—Estírate en una de las cabinas de los invitados —le dijo con amabilidad—, ahí hay menos movimiento. Y tómate una pastilla, ¿vale?

Por fin Anna vomitó, aunque solo fuera ácido líquido: no tenía nada más en el estómago. E hizo caso al capitán: se estiró en una de las camas del camarote de estribor y se tomó una pastilla, pero sin cafeína. Durante toda la tarde y noche, hasta las doce, durmió y a ratos se despertó, sin levantarse. Pensando que se encontraba mejor, se atrevió a tomar un zumo, que devolvió poco después. Tony les había insistido a todos en que deberían comer algo, que les ayudaría a combatir el mareo, pero no se veían capaces. Anna llegó a creer que no podría volver a probar bocado nunca más. Tiziana vomitó solo una vez, pero Igor, el marinero, lo hizo tres veces, y el capitán declaró estar muy sorprendido, ¡pero si eso no era nada! Tony fue el único que resistió, aunque también estaba pálido.

A medianoche le despertó la voz del capitán, animándola a levantarse para el cambio de guardia.

Fue menos pesada de lo que había supuesto. Seguía lloviendo y soplando el

viento, y el mar estaba tan encrespado como antes, pero Anna no se encontraba ya tan mal. La noche era del todo negra, así que enseguida vieron una luz a lo lejos; Anna pensó que era una luciérnaga, a lo cerca. Se trataba de otro barco, que no llegaron a ver de cerca, pero sí en el radar. No fue necesario despertar a Ramón, que roncaba plácidamente estirado en los sillones del puente. Ese fue el único aliciente de toda la noche, pero pasó rápida porque jugaron a hacerse adivinanzas y cuando agotaron todos los juegos de palabras que sabían, hablaron. Solo tenían oportunidad de hablar tan largo y tendido cuando salían a disfrutar de un día de fiesta, y el último había sido dos semanas antes, que se les antojaba como tres meses antes. Eso dijo Tony, porque a Anna, el tiempo, le estaba pasando de manera diferente.

—Muy rápido, demasiado. Más que rápidos, mis días son monótonos. Aparte del mundo que me pueda aportar el libro que me esté leyendo en estos momentos, al final de cada día pienso, ¿qué he hecho hoy que sea excitante o diferente de ayer? Nada. Cada día es lo mismo. Limpiar y limpiar. Cuando viajaba, cada día estaba en una ciudad distinta, conocía a gente nueva, me pasaban cosas diferentes... y el tiempo me cundía mucho. Aquí me pasa al revés y te digo, porque sé que tú no vas a decir nada, que no voy a aguantar hasta final de verano. Llegará un punto en que lo único que me aporte este trabajo será dinero, y no podré seguir haciéndolo porque esto no es solo trabajar, es vivir. No quiero que un trabajo me robe un verano.

—Te entiendo. En este barco, además, hay muy mala organización. Aunque yo estoy bien, como soy el niño mimado...

Cuando atisbaron la luz ya solo les quedaba una hora de guardia. A las cuatro menos diez, Tony fue a despertar a Tiziana e Igor.

Anna volvió a tumbarse en la cama de invitados y a las cuatro y diez ya dormía. Despertó a las ocho y media de la mañana con una sensación de anormalidad: el barco apenas se movía. Se puso los pantalones largos del uniforme y un jersey y salió a cubierta. Ramón y Lola estaban con la vista puesta en el horizonte, fumando. Hacía poco que se habían levantado.

—¡Buenos días! —exclamó Ramón sonriente.

El día no era bueno, todavía estaba nublado, pero la calma del mar, después de la tormenta de las últimas veinte horas, era tal que a Anna le costó creer lo que veía. Nunca lo había visto tan plano, y seguían en alta mar. Se puso de muy buen humor.

Se atrevió a desayunar, hacía justo veinticuatro horas que no comía y por

prudencia se tomó solo una tostada. Pasó el resto de la mañana leyendo y escribiendo en su ordenador portátil, esperando a que Tony se levantara para ducharse y cambiarse de ropa. A las once y media el capitán llamó a la tripulación, estaban a punto de llegar. Anna salió a respirar el aire limpio de la brisa marina y se sintió feliz por primera vez en muchos días. Navegaron media hora más con los riscos de la costa sarda a estribor hasta que a lo lejos avistaron Alguero, manchado de puntos del color violeta de las flores. A mediodía entraban en el pequeño puerto pesquero y relucía el sol. La arribada del Anaketa causó gran admiración, su casco y mástil mayor, de cuarenta y nueve metros de altura, aparecían gigantes comparados con las barquitas que adornaban el puerto como en una postal. La travesía había durado veintisiete horas a una velocidad media de once nudos a motor, con viento de proa.

El capitán manda



La tripulación salió a explorar Alguero tan pronto como hubieron comido y retirado la mesa. Cada uno se fue por su cuenta, ni a Anna ni a Tony se les ocurrió proponerse pasar el resto del día juntos. Ella, al menos, necesitaba pasar un día de completa soledad después de haber pasado tantos encerrada en el barco.

Caminó por el casco antiguo, rememorando su viaje a la bella ciudad catalana cinco años antes. Nada había cambiado, solo que quizás ahora había más banderas catalanas. No recordaba si el *treno catalano* estaba antes o no, creía que sí. Los nombres de las calles estaban escritos en italiano y en catalán, a veces las traducciones no coincidían en nada. Había también una escultura, dedicada a la unión de la lengua, que no recordaba haber visto en su viaje anterior. Cuando se cansó de caminar por las callejuelas antiguas se dirigió a la zona comercial. Todas las tiendas estaban cerradas. Los cartelitos que colgaban en las puertas indicaban el horario de apertura: de 9 a 13:30 y de 17 a 20:30, con pocas variaciones. La hora de la siesta, que corría peligro de extinción en Barcelona y tantas ciudades españolas, se seguía aquí a rajatabla. Alguero parecía a esa hora una ciudad fantasma.

No tuvo paciencia para esperar hasta las cuatro y media o cinco a que abrieran los establecimientos y decidió alquilar una moto para aventurarse por la carretera y descubrir otros pueblos. Por el camino encontró un quiosco abierto, el único de los muchos que había visto cerrados. Compró chicles o cualquier cosa con la mera excusa de hablar con algún nativo del lugar.

—*Parla català?* —empezó.

—*Un poc* —respondió el buen hombre.

Anna continuó hablando catalán, contándole que trabajaba en un barco, que iban a pasar allí algunos días... cualquier cosa para mantener una conversación en su lengua materna, que no hablaba desde hacía tres semanas. El hombre la entendía a la perfección y se expresaba con una mezcla de italiano y catalán. Resultaría ser la persona que más catalán le hablara de todas con las que probó. En todas partes le aseguraban que la entendían, pero como le contestaban en italiano, Anna se veía forzada a intentar expresarse también en esa lengua.

En la moto cruzó campos de cultivo a través de carreteras larguísimas y dio gas, poniéndola a la máxima velocidad. Sentir el viento chocarle contra la piel, tan rápido, le daba una gran sensación de libertad. Para su sorpresa, los pueblos de los alrededores eran más pequeños aun que Alguero y no tenían nada abierto, ni siquiera un bar para sentarse a tomar una cerveza.

Fue a la playa y caminó largo rato, pero atardecía ya y hacía fresco. Tenía que devolver la moto antes de las ocho y media. Después de eso aún le quedaban al menos tres cuartos de hora de luz, quizás más. No tenía ningún deseo de volver al barco pero tampoco sabía qué hacer ahora. Las tiendas habían vuelto a cerrar, los restaurantes hacía rato que habían abierto. No tenía obligación de ir al barco a poner la mesa ya que estaban de fiesta, así que decidió ir a un restaurante, aunque tuviera que cenar sola.

Entró en el primero cuya carta le pareció más o menos bien y le pidió al joven camarero, medio en catalán medio en italiano, un cuarto de litro de vino, una ensalada castrense y una tapa de pulpo a la sarda. Ver a Ramón consumir carpaccio de pulpo día sí y día también le había dejado con el antojo.

El pulpo a la sarda estaba bueno, pero no tenía nada que ver con el de Ramón. Durante la cena recibió una llamada de Martin en su móvil, así que la velada no transcurrió del todo sin compañía. Después de cenar aún paseó un rato más por el pueblo y por fin decidió volver a «casa», mañana sería otro día de fiesta.

Durante el desayuno hablaron de lo que habían hecho el día anterior. Tiziana e Igor habían alquilado un coche para dos días. Tony se disponía a alquilar hoy una moto. Anna volvería a pasear por la parte vieja de Alguero, disfrutando del ambiente tranquilo de la ciudad-pueblo y de la tierra firme.

—Si te apetece podemos cenar juntos. Invito yo —le propuso a Tony sin habérselo planteado antes, le salió como un impulso—. Ayer vi un restaurante que parecía muy bueno pero estaba lleno, puedo pasarme luego y pedir mesa.

Tony aceptó sorprendido y encantado y quedaron en encontrarse delante del restaurante a las ocho y media.

Anna volvió a pasar el día paseando y sentándose a descansar de vez en cuando en alguna terraza, viendo a la gente pasar. El paseo marítimo estaba flanqueado por muchas de estas terrazas, que por la noche se convertían en bares con mucha animación. Alejándose de la parte antigua, eran grandes villas con jardines cubiertos de esas flores violetas que había visto desde el barco y que conferían a la ciudad una belleza única las que flanqueaban el paseo, elevado varios metros sobre el nivel del mar. Desde allí arriba fue la admiradora única de un submarinista que acababa de pescar un pulpo con un arpón y que le enseñó su presa con orgullo.

Tony llegó tarde a su cita, pero cuando apareció pidió disculpas a la manera profusa de los británicos. Venía recién duchado y arreglado con la camisa que se ponía para salir en ocasiones especiales. El hecho de haber quedado en el restaurante confería a la cita algo de especial, como si de verdad fuera una cita, cuando en realidad Anna lo había invitado por no volver a cenar sola ni tampoco en el barco.

Cuando se sentó —Anna le esperaba ya sentada— la saludó con nerviosismo y por un momento no supieron qué decirse, como si no se conocieran.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Anna con una risa también nerviosa. Le había desconcertado la incomodidad de él y quería romper el hielo.

—No lo sé. ¿Tú qué quieres?

—Vino —ella no dudó y continuó sonriendo.

La camarera entendía el catalán y Anna pidió por los dos. Bebieron, comieron y charlaron. Después de cenar pasearon juntos casi hasta el barco. Solo en el último momento Anna le pidió que se adelantara porque ella quería llamar a casa antes de dar por finalizado el día.

—Gracias por la cena —repitió una vez más Tony, todavía conmovido—. Ha sido muy agradable.

—De nada, hombre. Seguro que lo volvemos a repetir.

Quizás ninguno de los dos sospechó entonces que solo lo repetirían una vez más. Quizás pensaron que habría muchas más cenas porque con cada día libre

que el capitán les concedía de vez en cuando se hacía más inevitable que terminaran ellos dos en compañía ante los círculos cerrados de las dos parejas.

La tarde del sábado se produjo la esperada llegada del jefe y de Lyn con sus invitados.

—Lo malo es que no sabemos cuánto tiempo van a estar —comentó el capitán—. Esperemos que no sea más de una semana.

Por la mañana había telefoneado Lyn y después de cruzar unas pocas palabras con el capitán pidió hablar con Anna y luego con Tiziana. El día anterior había llamado varias veces y nadie había cogido el teléfono.

—¿Dónde estábais? —le preguntó a Anna.

—Fuera... teníamos fiesta.

—¿Y no había nadie de guardia?

—Pues... Ramón y Lola están siempre por aquí, entran y salen, no sé... —no se atrevía a decirle, por teléfono y después de casi un mes sin hablarse que no, no había guardia en los días de fiesta, a veces ni siquiera cerraban la puerta con llave.

—Pues esto mi marido no lo sabe —dijo Lyn como si hablara más consigo misma—. Bueno, te llamaba para que me digas qué pantalones tengo ahí, es que no me acuerdo y me estoy haciendo ahora la maleta.

Anna fue al camarote con el teléfono pegado a la oreja. Abrió el armario y le hizo una descripción rápida de todos los pares de pantalones colgados en él.

—Vale, ya me hago una idea... ¿Todo bien cuando estuvo Chantal allí? ¿Cambiaste la ropa de sitio? ¿Durmió en la cama de mi marido?

Anna la reconfortó con respuestas positivas, asegurándole que todo había ido bien.

—¿Y a ti como te fue? —la pregunta no fue formulada por pura cortesía. Anna notó en el tono de voz de Lyn que tenía sus sospechas sobre lo que había pasado esos días en el Anaketa.

—Es mucho trabajo —respondió con cautela.

—¿Cómo, mucho? —algo de sorpresa en la voz.

—Como catorce horas diarias.

—¿No me digas! ¿Y por la tarde no descansáis?

—Sí, pero... —no se atrevía a contarle por teléfono que el problema era de organización más que de cantidad, y mucho menos se atrevía a mencionar a nadie. El teléfono era un móvil por vía satélite y Anna tenía la certeza de que cualquiera podía levantar un auricular de los muchos que había por el barco o incluso oírla a ella de viva voz, pues aun encontrándose en el recogimiento relativo del camarote de Lyn, cualquier conversación era audible en una vivienda como esa, de cámaras y conductos encontrados.

Lyn debió de notar su aprensión porque dijo:

—No te preocupes, ya verás como a partir de ahora no habrá tanto trabajo. Luego hablaremos.

Volviendo a la cocina Anna le pasó el teléfono a Tiziana y dijo, con cuidado:

—La Señora quiere hablar contigo.

Por las palabras de Tiziana a continuación adivinó que Lyn le preguntaba por la situación a bordo.

—Bueno, no es como en el Cassandra, no. Hay muchísimo más trabajo. Sí, sí... —pausa—. Digamos que tres trabajan *e* tres están de vacaciones —elaboró, poniendo una cara de misterio que solo Anna podía ver—. Con eso se lo digo todo —pausa más larga esta vez—. Sí, bueno, pues ya hablaremos. ¿Quieren algo de aperitivo para cuando lleguen? Sí, ya, usted siempre me dice que no quieren nada, *ma* luego su marido me lo pide... Vale, me espero —apartó el móvil de la boca y tapándolo con una mano, dijo en voz baja—: Se lo está preguntando —y reanudando enseguida la charla—: Vale, una botella de champán *e* algo para picar de bolsa... cacahuetes *e* eso... Bien, hasta luego —apretó el botón de colgar.

Anna todavía la miraba, con esperanza en los ojos.

—Parece que las cosas van a cambiar.

—Ya veremos, ya veremos —respondió Tiziana, escéptica, y volvieron las dos a su trabajo.

Anna había terminado de dejar todos los camarotes en condiciones, con sábanas y toallas limpias. Solo le quedaba hacer la cama del jefe, que había dejado para el final. Recordó su primer día de trabajo, cuando había tenido tantas sábanas que planchar para el Cassandra y Lyn había comentado la suerte que tenía de no tener que planchar sábanas en el Anaketa. Excepto las de su marido. Las sábanas del marido, a la fuerza, debían de ser diferentes, aunque nadie le había dicho nada al respecto.

—Lola, ¿las sábanas del jefe tienen algo de especial? —preguntó, por si acaso.

—Sí, ¿no le has hecho nunca la cama?

—No. No ha dormido nunca aquí mientras yo he estado.

Sin contestar Lola sacó un juego de sábanas blancas de algodón muy suave con el nombre de Anaketa bordado de un armario que Anna no había abierto nunca.

—El jefe odia las sábanas nido —dijo a modo de explicación.

—Gracias por decírmelo —contestó Anna sin querer pensar en lo que habría pasado si le hubiera hecho la cama normal, como las otras.

Hacia las cinco y media el capitán envió a Igor y Anna al extremo del muelle, al lugar donde el año anterior había atracado el Cassandra. El jefe y los invitados irían allí, sin saber que el Anaketa, al ser diez metros más grande, no había cabido y estaba más apartado. Igor y Anna esperaban pacientes la llegada de los dos taxis, los dos debidamente vestidos de azul, pues ese día tocaba polo azul y pantalón azul. No tardaron mucho y, incluso antes de que se detuvieran, Anna vio a través de los cristales las sonrisas felices de Lyn y del jefe. Igor guió los taxis hasta donde se encontraba el Anaketa, que tocaba al muelle de popa, con la pasarela y una plataforma preparadas para hacer el ascenso más fácil. El resto de la tripulación estaba también esperando, con las manos a la espalda. Los jefes y sus invitados se deshicieron en una profusión de saludos alegres. Esta vez Anna recibió besos de todos y la suavidad de la piel bien afeitada del jefe se le quedó grabada en la memoria para siempre.

—Nunca había visto al jefe de tan buen humor —comentaría más tarde Tiziana—. ¡Nunca antes nos había besado!

Anna tampoco lo había visto nunca en ese estado, pero solo lo había visto dos veces y muy breves... Por la noche saldrían a cenar, pero en todo lo que quedaba de tarde su humor siguió igual de alegre. Anna podía adivinarlo por los piropos que regalaba.

—¡Pero qué bella estás! ¿Te has hecho algo en el pelo? —le dijo a Lola.

—Me lo he cepillado —contestó ella con una risa que no era tan estrepitosa como solía ser.

—¡Tiziana, la mejor cocinera del mundo! ¡Tony, mi ingeniero favorito! —exclamó a modo de saludo mientras le estrechaba la mano con fuerza y le aguantaba el codo para reforzar el gesto de amistad.

—¿Te das cuenta de la ironía con que lo ha dicho, no? —le susurró Anna, con la malicia de quien no había recibido ni un piropo—. Porque eres el único ingeniero que hay.

—Ya, ya... —aceptó Tony divertido—. ¿Quieres decir que del jefe no soy el niño mimado?

—¿Cómo es que estás tan blanca, Anna? —observó Lyn—. Lola y Tiziana están morenas.

—Porque yo no veo la luz del sol y Tiziana es morena por naturaleza.

Solo Tiziana captó el sarcasmo escondido en la respuesta de Anna y las dos intercambiaron una mirada.

—Em... perdone —intervino Lola con ese servilismo en la voz cuando se dirigía a Lyn—, le he dejado en su mesilla de noche todas las combinaciones de números que hemos probado para la caja fuerte. Ninguna funciona.

—Ah, gracias, Lola, luego lo miraremos.

Anna no sabía de lo que hablaban. Solo más tarde se enteraría de que a «alguien» —tanto el jefe como Lyn se autoculpaban en conjunto— se le había olvidado la combinación para abrir la caja fuerte. Sería trabajo de Tony intentar abrirla, probando una y otra vez la lista de posibles números, auscultándola, investigando en internet, hasta que por fin tuviera que darse por vencido y el jefe ordenara llamar a un cerrajero.

El jefe enseñó orgulloso el velero por dentro a las dos parejas de invitados, como había hecho el día de la reunión con sus colegas brasileños, mientras Igor y Anna atendían con el equipaje todavía en las manos.

—¡Valeiro! —exclamó el jefe—. ¿Qué camarote quieres tú? Son los dos iguales.

—Entonces, cualquiera. Este mismo.

Valeiro. Fue así como Anna comprendió que este era el dueño de la cadena de restaurantes a través de la cual había encontrado el trabajo. El jefe de José Luis, el que necesitaba una secretaria después de la mudanza. José Luis no la había vuelto a llamar, quizás notara que no estaba interesada aunque hubiera intentado ocultarlo. Anna pensó que a lo largo de los cuatro días que el Señor Valeiro y su esposa iban a pasar a bordo le preguntaría por José Luis o haría algún comentario para recordarle quién era ella. Cuando habían hecho las presentaciones, Lyn la presentó como Anna a secas, sin mencionar que era la misma Anna que ellos habían encontrado. ¿Lo habrían olvidado?

Poco más tarde se sentaban ya con ropas más frescas en cubierta y Anna les

servía el champán. Lyn apenas sorbió un poco de su copa y se volvió a levantar. Era la única que todavía no se había cambiado y si se había sentado a brindar había sido por insistencia de su marido. Nada más llegar se había puesto a inspeccionar el interior del barco como un sargento y había encontrado las tres o cuatro manchas que la exjefa y sus invitados habían dejado como huella en la alfombra durante los días pasados. Anna conocía la existencia de las manchas, se las había hecho notar a Lola y esta se había apuntado en su larga lista mental de cosas por hacer el quitar las manchas con un producto especial que Lyn compraba en Estados Unidos. Las manchas, sin embargo, seguían allí. Lyn llamó a Anna y le mostró la primera que encontró, en el puente.

—Sí, esta es de sobrasada. Se le cayó a Chantal una tostada y según la ley de Murphy... cayó por el lado de la sobrasada.

—¿Sobrasada? —Lyn estaba horrorizada.

Anna creyó conveniente hablarle de todas las demás, antes de que las descubriera ella misma.

—Esta del salón —dijo señalando una que había sido negra pero que Lola había conseguido enpalidecer hasta dejarla gris— es de ceniza, de la vela. Chantal la encendió una noche y al apagarla se debió de caer un poco de mecha.

—No —respondió Lyn tajante—. Esto no es de la vela. ¡Esto es que fumó! ¿Cómo se atreve? ¿Es que fumaban dentro?

—No... que yo sepa.

Una de las invitadas, la Señora Robredo, sí había fumado un cigarrillo en el cuarto de baño de su camarote, pero Anna prefirió omitir ese detalle porque solo había sido una noche y un cigarrillo. Mejor distraer la atención de Lyn hacia otro lado:

—Los que fuman dentro son otros...

—¿Qué me dices?

—Que cuando entramos en la cocina y en la sala de la tripulación por la noche se nota un pestazo... y que no se dan cuenta de que el sistema de ventilación conecta nuestros tres camarotes y acabamos respirando todos su humo.

—¡Será posible!

—En su camarote hay otra mancha —dijo Anna después de un silencio en el que Lyn trataba de controlar la rabia—, se la enseño.

—Sí, vamos.

—Creemos que es de pintalabios —Anna levantó la alfombra que había puesto encima para tapar la mancha— o eso dijo Lola.

—Hablando de pintalabios, ¿se sentaba en esa mesa para maquillarse? — señaló el escritorio de detrás del dormitorio, en el corredor que conducía al cuarto de baño y que Lyn llamaba «el despacho de mi marido».

—Sí —respondió Anna con sorpresa, ¿cómo lo sabía?

—Es que hay otra mancha —Anna no la había visto—. ¿Ves? La próxima vez que tenga que venir ella, pon una toalla encima del asiento y si te pregunta para qué es le dices que para que no te la manche de pintura. ¿Ha abierto los cajones? —se refería a los del escritorio.

—No lo sé. Yo no la vi. Sé que se maquillaba aquí porque dejaba los coloretes y demás encima de la mesa, aunque no la vi hacerlo.

—Bueno... Ah, y... las banderas, ¿qué? No quitarían la canadiense, ¿no?

—No, no. La canadiense se quedó donde estaba. Subieron la francesa, pero sola.

—Ah, menos mal.

Hasta entonces el tono de Lyn había sido demasiado acusatorio como para que Anna se atreviera a hacerle ninguna conferencia, pero ahora se suavizaba.

—Bueno, ahora dime, ¿qué está pasando aquí? —le preguntó casi en un susurro.

Anna soltó un bufido antes de empezar a contarle cosas, incidentes, comentarios, actitudes... todo sin seguir ningún orden.

—El trabajo de Lola, ¿cuál es exactamente? Porque es que no hace nada, ni siquiera decirme a mí lo que no hay manera de que sepa si no me lo dice ella, como por ejemplo el tema de las sábanas de su marido.

—Esto se va a acabar, esto se va a acabar. —Lyn parecía meditar—. Mañana tendremos una reunión. Aquí hay un problema de desorganización enorme.

La secretaria del jefe había hecho una reserva en un restaurante de Alguero desde Barcelona y los tripulantes, a excepción del capitán y su mujer, que habían salido hacía rato, esperaban a que se fueran para poder salir ellos también. El capitán les había informado de que al día siguiente partirían a las nueve de la mañana tanto si los invitados estaban levantados como si no, con rumbo a Porto Cervo, situado en la costa este de Cerdeña.

Mientras tanto, Lyn continuaba inspeccionando el barco, encontrándole pegas a todo.

—Estas flores... —la oyó musitar Anna, a nadie en concreto— qué feas que son...

—Se preocupa mucho por lo que puedan pensar los invitados —había dicho Tony—, por que no haya polvo en el mando de la tele y cosas así.

Hacía días que lo había dicho, así que Anna se aseguraba siempre de limpiar ese polvo que se acumulaba entre los botoncitos de los mandos y que era tan engorroso.

—¿Dónde está Lola? —preguntó Lyn, entrando en la cocina y llegando hasta la sala de la tripulación, donde estaban los cuatro sentados.

—Ha salido. —Tiziana se encogió de hombros.

Lyn se sentó con ellos sin que nadie la invitara. Llevaba una blusa rosa oscuro que le hacía juego con el pintalabios y le favorecía mucho. Se había puesto también sombra de ojos y rímmel. A Anna le asombró su belleza, pero no se atrevió a decir nada.

—¿Y vosotros, vais a salir?

—Eeem.. sí —contestó Tony, que estaba pensando en la próxima combinación de letras para poner en el tablero magnético del Scrabble. Levantó la cabeza y la miró.

—Os puedo recomendar un restaurante muy bueno.

—No, ya hemos cenado —intervino Igor—. Saldremos solo a dar un paseo y a tomar algo.

—Qué guapa que estaba, ¿verdad? —dijo Tony cuando Lyn se hubo ido.

—Sí, yo también lo he pensado —ratificó Anna.

—Deberíamos habérselo dicho.

—La próxima vez.

Media hora más tarde salían los cuatro, cinco minutos después de que lo hicieran los jefes. Ramón y Lola no habían vuelto y el Anaketa se quedó solo. Caminaron por el pueblo mucho rato, intentando evitar los lugares por donde Tiziana creía que pudieran estar cenando tanto Ramón y Lola como los jefes. Por fin, se sentaron en una terraza y tomaron una copa. Hacía una noche estival y estaban un poco tristes por no pasar más tiempo en Alguero, pero se reían. Anna se dio cuenta de que era la primera vez que salían los cuatro juntos, pero lo que los había unido más allá de los confines del barco no era otra cosa que

el rechazo que sentían hacia Ramón y Lola. Ellos se habían convertido en el tema principal de sus charlas, risas e ironías.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —propuso Tony—. Ya que ahora no estamos trabajando, hablemos de algo que no tenga que ver con el trabajo.

Los demás estuvieron de acuerdo, pero nadie supo de qué hablar y se quedaron un buen rato callados.

Por la mañana el jefe fue el primero en levantarse y Lyn la última. Después de desayunar él solo, se sentó en el puente a leer los periódicos. Anna procedió a realizar su rutina y a las once y media había terminado todo menos el camarote de Lyn, que aún no se había levantado. Salió a cubierta, donde los invitados estaban ya disfrutando de la travesía. Hacía un día espléndido y respiró hondo para llenarse los pulmones de la brisa marina. Al poco rato vio a Lyn aparecer por la sala-comedor y meterse en la cocina para prepararse ella misma un té. Se apresuró hacia allí pensando que Tiziana no estaba.

—Deje, deje, ya se lo preparo yo.

—Ah, Anna, no, no te preocupes, pero oye —la tomó de un brazo y entonces Anna vio su mirada de alarma, aunque su tono era apacible y el volumen de su voz muy bajo, seguramente porque su marido estaba dentro del campo auditivo —: El armario de la ropa sucia no se ha tocado.

Más que un enunciado parecía una pregunta, con el por qué implícito. Anna tardó en responder porque no sabía de lo que le estaba hablando.

—¿El armario de la ropa sucia? No sé qué es...

—Ven —casi la cogió de la mano.

Anna la siguió. Entraron en su camarote y de pasada Lyn señaló un montón de ropa tirada en el suelo.

—Bueno, ahora mi marido la ha dejado aquí. Si la ves en el suelo es para lavar, pero es que además tenemos... —subieron las escaleras que llevaban al despacho y al cuarto de baño, allí Lyn abrió un armario de los muchos que había— esto. Es el armario de la ropa sucia y estaba todavía lleno de la última vez que estuvimos aquí, ¡hace más de un mes!

Anna se quedó tan alucinada como ella. Por descontado, ni Lola ni nadie le había hablado del armarito y hacía más de un mes ella ni siquiera estaba en el Anaketa. El incidente les dio arranque para seguir con los cuchicheos del día anterior. Anna sentía la confianza en Lyn renovada y sabía que la tenía de su lado. Ahora veía que se había equivocado al suponer que desde el viaje de

avión que compartieron, Lyn nunca más volvería a interesarse por ella. No era así. Volvió a prometerle que las cosas iban a cambiar y que tendrían una reunión. Anna suponía que aún no había tenido tiempo de hablar con su marido, pero confiaba en que la oportunidad surgiera a lo largo del día y la reunión se produjera esa misma tarde. Estaba contenta. Si los jefes ponían orden y fin al sistema feudal del barco, no volvería a pensar en abandonar antes del fin de su contrato.

Tuvieron que interrumpir la charla abruptamente ante la irrupción del jefe en el camarote, que iba a buscar alguna cosa. Lyn cambió de tema con una habilidad que sorprendió a Anna, que no fue capaz de seguirla con tanta naturalidad. En vez de eso, carraspeó y murmuró alguna palabra de acuerdo.

—Entonces quedamos así. —Lyn dio por zanjado el tema—. ¿Qué tal? —sonrió a su marido.

La dejaron sola y Anna aprovechó para llevar a cabo la limpieza de la única cámara que le quedaba. Lyn volvía a buscarla al cabo de media hora, cuando ya estaba casi acabando.

—Anna, sal a cubierta, no te lo pierdas, ¡hay delfines! —Lyn gritaba y había llegado corriendo y dando saltos de alegría.

Anna la siguió, corriendo también. Todos los pasajeros del barco estaban ya en cubierta, con cámaras de fotografiar y de vídeo en mano. El espectáculo con que se encontró Anna era asombroso: docenas y docenas, quizás llegaba a haber hasta cien, de delfines saltarines rodeaban al Anaketa por todas partes. Hacía tres horas que habían salido del puerto y navegaban a vela y alguno de los invitados dijo que a los delfines les atraían los veleros. Esa belleza alimentó el ánimo de todos. Igor y Anna grababan vídeos con sus cámaras, cerca de donde el jefe abrazaba a Lyn, que seguía soltando grititos de niña ilusionada.

—¿Habéis captado ese? —les preguntó el jefe, señalando a un delfín que ya volvía a estar sumergido.

Anna tuvo por primera y última vez la sensación de estar todos en el mismo barco.

La única que no parecía conmovida por la escena, que se prolongó hasta una hora sin que nadie más se cansara, fue Lola. Llevaba la expresión que usaba cuando decía que algo le era indiferente y se había quedado junto a Ramón, que sonreía sin despegar los labios, estirando el cuello para ver por encima del timón. Pronto se retiraría con sigilo para no faltar a su cita diaria con la

siesta de dos horas, sin haber dirigido la palabra a nadie en todo el día, algo nada inusual como para levantar la alarma. Pero a medida que fueran pasando los días y su humor fuera empeorando se haría imposible ignorarlo. Tiziana lo notó enseguida y esa misma tarde se lo hizo ver a Anna cuando esta le preguntó, con la esperanza aún iluminándole los ojos:

—¿Crees que estarán hablando ya? Se han encerrado los dos en el camarote.

—Estarán haciendo la siesta... Lo que no me extrañaría es que Lyn le hubiera dicho algo a la tía esa, o al capitán. ¿Has visto qué cara lleva?

—La de siempre, ¿no?

—¿A ti te habla?

—No, pero eso es normal.

Tiziana estaba menos acostumbrada.

No tenían manera de saber si Lyn le habría llamado la atención a Lola, pero Anna no lo creía. Lo más probable fuera que tuviera sospechas, con todo fundamento, porque Lyn no solo se había confabulado con Anna, sino también con Tiziana. Habían hablado ellas dos solas y también las tres juntas, e incluso había apartado a Igor a un lado para sonsacarle sus propias quejas, que por sí solas no habrían salido. Y en el Anaketa ninguna conversación privada escapaba de ser notoria.

Anna comprendió mejor la actitud de Lola cuando Tiziana le explicó que dos meses antes, cuando aún se encontraban en el puerto de Barcelona y la azafata era la otra Anna, la peluquera, Lyn tuvo un desacuerdo con el capitán y su mujer que los mandó a los dos a hacerse la maleta. A diferencia de Anna, que había llegado allí entrevistada por José Luis del Grupo Valeiro y luego por la propia Lyn, la peluquera había llegado por vía de Ramón, igual que Tony. Esa era una diferencia importante porque hacía que Tony considerara a Ramón como a su jefe e incluso a veces se refería a él como al «jefe», confundiendo mucho a Anna y Tiziana, para las cuales Ramón era «solo» el capitán. Para Anna la jefa era Lyn, y Ramón era un aprovechado. Ramón, asimismo, era consciente de que la Anna actual se le escapaba un poco de las manos porque era evidente que Lyn la había convertido en su protegida. La chica empezaba a parecerle impertinente, quizás influenciada por Tiziana, que no tenía reparo en decir: «esta boca es mía». La peluquera no, la peluquera la había encontrado él, y el problema surgió cuando Lyn le mandó limpiar el Cassandra, que también se encontraba en el puerto de Barcelona. A la

peluquera la habían contratado para ser azafata del Anaketa y por consiguiente, se negó a pisar el Cassandra, quejándose directamente al capitán. La discusión fue entonces entre él y Lyn. No era un asunto tan grave, al menos no algo que no se pudiera resolver con un diálogo, pero a menudo las grandes peleas prenden fuego con la mecha de los asuntos más nimios que no son sino la excusa. El jefe no estaba a bordo en esa ocasión, y Lyn, que temía su reacción, corrió al coche para llamarlo por teléfono desde su móvil. El resultado de la conversación fue humillante para ella. El jefe no podía permitirse perder al capitán y no le importaba qué desaveniencias pudiera tener con su esposa. Ella tendría que volver al barco con la cola entre las piernas y disculparse. Así que el acatamiento que Lola seguía afectando en torno a Lyn quedaba ahora más manifiesto a ojos de Anna. En realidad no se llevaban bien, pero ambas, como todos, en el fondo, aspiraban a la armonía a bordo y a evitar problemas.

—¿Vosotras os lleváis bien? —le había preguntado Lyn a Tiziana, juzgando que era más importante que los tripulantes sí lo hicieran. Había hecho la pregunta hacía más de un mes y Tiziana había respondido:

—Bueno, de aquella manera. *Credo* que ella no se ha curado aún de su depresión.

Si se la hubiera hecho hoy, habría respondido: ni bien ni mal, no nos llevamos. Que acaso sea peor que mal.

Los delfines desaparecieron antes de cruzar el estrecho de Bonifacio. Anna pasó mucho rato sentada en cubierta, sin atreverse a sacar un libro pero sentada, al fin y al cabo, sin hacer nada, mientras las señoras estaban de tertulia no muy lejos. Después de servirles la comida y dejarlo todo recogido se había ido a tumbar un rato en la cama a leer y dormir los diez o quince minutos que le daban un brote de energía necesaria para seguir hasta la noche. Una hora más tarde se encontraba con que seguía teniendo tiempo libre. Cuando la exjefa y sus consortes estaban a bordo tanto rato de sosiego hubiera sido impensable. Estos invitados no solo no importunaban con caprichos comestibles o bebibles cada menos de dos horas sino que no precisaban de nada. Siguiendo los cánones, Anna se había ofrecido a hacerles un café a media tarde o una ligera merienda. Lo declinaban todo con sonrisas sinceras. El Señor Valeiro le cayó especialmente simpático, y su esposa también lo era. Alguna vez estuvo tentada de identificarse, de preguntar por José Luis y de interesarse por su nueva secretaria, si es que ya tenía una. Pero no lo hizo y

más tarde se alegraría de haberse contenido. Ramón también estaba sonriente y no objetó contra su presencia ociosa por allí. Ella, por si acaso, echaba vistazos a la vela de vez en cuando y estuvo muy pendiente cuando él mandó que la arriaran. Cuando Lyn se levantó de su siesta fue a buscarla con un pequeño trabajo que a medida que fueran pasando los días se haría más y más grande, aunque en ese momento no le importó.

—Cuando puedas me repasas estas camisas y pantalones —le dijo entregándole dos pares de pantalones y dos camisas a juego, una de las cuales era la rosa que había llevado la noche anterior—. Una repasada solo.

Para Anna el concepto de una repasada solo no existía, todavía no dominaba la plancha con destreza y quizás nunca lo haría. Pasaba y repasaba una y otra vez, lo rociaba con Toke y todavía no quedaba el trapo plano. Cuando por fin se daba por satisfecha habían pasado ya dos horas y odiaba la plancha.

Arribaron a Porto Cervo a última hora de la tarde. A los invitados se les notaba ansiosos ya por pisar tierra y Anna recordó sus propias urgencias por salir del barco durante sus dos primeros días de trabajo. Ahora ya no las tenía: podía pasar días sin pisar el muelle sin que eso la afectara.

Mientras los invitados se duchaban y arreglaban para salir a cenar en alguno de los carísimos restaurantes, los cuatro tripulantes se disponían a cenar. El capitán y su mujer habían salido ya, ellos no perderían nunca esa urgencia por abandonar el barco en cuanto atracaran.

Lyn volvió a presentarse en la cocina luciendo su elegancia y esta vez Anna no perdió la oportunidad de alabarla. Ella sonrió complacida pero parecía algo abstraída. ¿Habría hablado ya con su marido? Les preguntó sobre sus planes para la noche, pero no mencionó la reunión. Hoy seguro que ya no iba a ser.

—Ah, una cosa os quería preguntar —dijo como recordando algo de repente—. ¿Por qué vais siempre todos vestidos igual?

—Órdenes del capitán —respondió Tiziana levantando un brazo para señalar el cartel que colgaba a su espalda—, ahí está el *roster*.

Lyn se quedó con la boca abierta.

—¡Pero si os compré tres colores diferentes precisamente para que no fuérais todos iguales! —soltó un soplido y añadió, como hablando sola, como solía hacer—: Y encima no voy a poder decir nada porque aun se pensarán que cuestiono su autoridad...

Anna no tenía ningún plan para la noche. Para cuando los señores hubieron desembarcado ya eran las nueve y media. Tuvo que quitar las colchas de todas las camas y abrirlas, llenar los termos y dejar bebidas preparadas para cuando volvieran de cenar, y entonces ya eran las diez. Los demás habían salido. Sin quitarse el uniforme saltó al muelle a través de la pasarela y echó a andar sin saber bien adónde iba. Cruzó un puente de madera que parecía sacado de un cuento y siguiendo un camino llegó a la zona de restaurantes y boutiques caras, todas cerradas, que eran la mayor atracción de Porto Cervo. Volvió al barco y se acostó. Mañana le esperaba otro día de trabajo y ya tendría tiempo de explorar el pueblo con más detenimiento otro día.

Al día siguiente iban a salir a navegar por los alrededores. Por la mañana Tiziana estaba echando humo. Le mostró a Anna unos paquetitos de plástico con un croissant dentro cada uno, que Lola había comprado hacía dos días.

—¡Pretende que les ponga esto para desayunar! —exclamó furiosa—. Dice que *nel* pueblo no *c'è pasticceria* e que tendría que coger la *macchina* e ir a otro pueblo. ¡Es que me toma *in giro*!

—¿Qué?

—¡Se piensa que *sono imbecille*, la zorra! ¿A ti te ha vuelto a decir algo? Porque a mí ni los buenos días... Se lo dice a la Lyn que no hay *pasticceria* y la Lyn me viene a mí e me dice ¿qué? Como *io* estuve aquí *l'anno* pasado... ¡Claro que hay *pasticceria*! ¡A dos minutos de aquí! ¡Es que ni el poco de trabajo que tiene lo hace bien!

Tiró sobre la encimera uno de los paquetitos que había estado aguantando en el aire con dos puntas de los dedos como si temiera infectarse, entró en el camarote, volvió a salir con el bolso colgando del hombro y salió del barco con paso ligero. Anna la vio cruzar la pasarela por la pantalla que les devolvía las imágenes que captaba la cámara oculta. Al cabo de un cuarto de hora regresaba con croissants y otros bollos frescos. Ramón, que la vio entrar y desconocía de qué iba el asunto de los croissants, dijo:

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes algún problema con lo que compra Lola?

—No, es que Lola no conocía la *pasticceria* que le gusta a Lyn. —Fue benévola, por una vez, Tiziana.

A la hora de comer Anna sirvió el almuerzo fuera, en las dos bañeras, estando fondeados. Eso suponía un exceso de trabajo porque los viajes desde la cocina hasta allí eran largos y tenía que subir y bajar escaleras. En una

ocasión se le cayó una taza, vacía de líquido, pero con la bolsita de té mojada, que fue a parar a la alfombra. Se apresuró a limpiar la mancha, pero el incidente no escapó a la mirada de Lyn, que optó por cerrar los ojos. Lyn se preocupaba tanto por los detalles que Anna, que había llegado al Anaketa sin ninguna experiencia previa pero que había alcanzado confianza después de tres semanas en él, la estaba perdiendo. Volvía a temblar al servir el vino. El chorro caía o demasiado caudaloso o demasiado poco. El resultado final era que siempre acababa derramando un poco. A la hora de retirar los platos, Lyn se levantaba y los recogía ella misma para dárselos a Anna ya en una pila. Anna sospechaba que ni lo de apilar platos hacía bien. Y es que en el fondo no tenía madera de criada.

Las comidas tenían de bueno los casi monólogos del jefe. Él era siempre el centro de todas las conversaciones, que monopolizaba sin ningún escrúpulo. Y se salía con la suya porque lo que decía era interesante hasta para Anna, que tenía que conformarse con oír solo los trozos de locuciones que se pronunciaban en el momento en que estuviera retirando un plato o trayendo el siguiente. A menudo los temas que tocaba eran verdes; le gustaba hablar de los escauceos amorosos de gente desconocida siempre y cuando fueran escandalosos y hacer bromas inofensivas de carácter sexual, pero también sabía ponerse serio y ser un gran hablador.

—Anda, Carmina, no te me desnudes aquí o nos vamos los dos a mi habitación —le decía a una de las invitadas, delante de todos: el marido, su propia mujer... él reía y los demás le imitaban de buena gana.

—Yo creo que en Canadá triunfaría —diría otra vez—, con el dinero de Lyn y con mi simpatía... —provocando más risas de todos.

Por la tarde no hicieron la siesta, se fueron de compras. El jefe apremiaba a Lyn para que se comprara ropa, bolsos y zapatos nuevos, este era el lugar idóneo para encontrar las mejores marcas. Se fueron ya duchados y para no volver hasta después de la cena. Así Anna tuvo la oportunidad de ir a dar un paseo más largo por el pueblo y verlo bajo la luz del día.

Tenía una arquitectura singular, una mezcla de ibizenca y modernista. Todas las casitas eran iguales, forradas de yeso blanco con formas que parecían erosionadas. El pueblo entero lo había diseñado un solo arquitecto; era un lugar hecho expresamente para acomodar a gente pudiente. A Anna le sorprendió encontrarse, en su largo paseo, a muchas familias con niños, pero no dejaban de ser familias ricas. Caminó hasta la iglesia, construida hacia

pocos años y fiel al estilo del resto de casas. Desde el otro lado del puerto, en una colina, vio al Anaketa destacar con su alto mástil, atracado junto a otro velero más pequeño. Pero cuando volvió para poner la mesa para la cena, otra embarcación estaba arribando, de tamaño tan descomunal que el Anaketa apareció de repente pequeño, muy pequeño. Amarró a su lado y el resto de tripulantes del Anaketa saltaron a tierra para admirarlo. Anna lo reconoció: era el yate de casi setenta metros de eslora de un famoso golfista australiano. Su presencia, sin embargo, no hizo minvar la expectación que provocaba el Anaketa allá donde fuera. La enorme bandera española que ondeaba siempre en la popa atrajo a un grupo de chicas mexicanas que quisieron creer que el Anaketa era propiedad del príncipe y que se escondía allí, durante su luna de miel. Lejos de ahuyentarlas, Igor se divertía con el equívoco y les daba largas no muy convincentes.

—¡Dile que es muy guapo! —exclamaba una—. ¡Que nos gusta mucho! Mira, le hemos traído una revista donde sale muy bien.

Igor aceptó la revista que todavía hablaba del banquete de boda y que más tarde divertiría mucho a las señoras invitadas por la manera de expresarse mexicana.

—¿Cuándo va a salir? —preguntaba otra.

—Pronto, pronto —concedía Igor mientras baldeaba y reía entre dientes.

—Qué malo eres —le susurró Anna al pasar por su lado—, no lo esperaba de ti —bromeó. Era verdad que Igor a veces le parecía un santo, pero por tener chicas cerca era capaz de saltarse las normas.

Las dos parejas de invitados volaron de vuelta a Barcelona a primera hora del martes. Lyn y el jefe los acompañaron hasta el aeropuerto en un monovolumen alquilado y toda la tripulación salió a cubierta para despedirles con la mano. Cuando Lyn regresó lo hizo con una agradable sorpresa. Entregó un sobre cerrado a Tiziana.

—La propina —le dijo—, a repartir entre vosotros cuatro.

—*Ma...* ¿Ramón e Lola? —Era la primera vez que la propina no le llegaba de mano directa del capitán y entendía que Lyn lo estaba excluyendo a él y a su mujer.

—No te preocupes por ellos. Esto es para vosotros.

No llegaron a saber si con esas palabras Lyn quería decir que ellos ya habían recibido su parte o que no había parte para ellos. El sobre contenía

trescientos euros, que Tiziana dividió en cuatro partes iguales. Cuando le entregó su parte, Anna no podía creer que todo ese dinero fuera para ella, ¡era una barbaridad! Saltaba de alegría.

La alegría que reinaba en el barco siempre que se iba un grupo de invitados se acentuó cuando Ramón anunció, a última hora de la tarde, que al día siguiente tendrían asueto Tony y Anna, y al otro Tiziana e Igor.

—¿Fiesta? —a Anna le extrañó, tan pronto no tenían fiesta durante semanas como cada cuatro días—. ¿Y qué haremos? En este pueblo no se puede hacer nada por menos de cien euros la hora...

—Podríamos alquilar un coche —propuso Tony sin levantar la mirada del tablero de Scrabble.

—Yo tengo un amigo que alquila coches —dijo Ramón, que estaba especialmente simpático.

Acordaron llamarle y alquilar un coche para dos días, a repartir los gastos entre los cuatro. Con su italiano correcto pero sin la musicalidad que acompaña a los que lo tienen como lengua nativa, Ramón convino por teléfono el precio y la hora con su amigo, que lo traería al muelle al día siguiente.

—Os he conseguido un descuento —añadió, y ellos se lo agradecieron.

Tony y Anna estaban jugando una partida de Scrabble especialmente controvertida porque Tony había utilizado en dos ocasiones seguidas palabras que Anna no conocía o no podía dar por válidas. Una era *lees* —poso, del café o el vino, por ejemplo— y la otra *vet* —veterinario, en su forma corta, más usada en inglés por la pereza de los parlantes o su propia dificultad en pronunciarla. Anna no aceptaba palabras decapitadas y en cuanto a *lees* la duda estribaba en que el propio Tony no estaba convencido de su ortografía. Él acababa de poner sus fichas en el tablero cuando irrumpió Lyn en la sala, preguntando por Lola. Anna se encogió de hombros, no la había visto. Lyn golpeó suavemente en la puerta de su camarote a la vez que la llamaba. Poco después se abrió la puerta. La expresión de mala sombra que tenía Lola asustó a Anna.

—¿Vamos a comprar las flores? —le propuso Lyn.

Lola respondió con un gruñido que no era ni que sí ni que no.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Lyn con suavidad, era evidente que Lola se acababa de despertar—. Si te encuentras mal ya voy con Anna, no te preocupes.

Lola seguía sin decir nada. Con otro gruñido, bajó la cabeza y desapareció

en el camarote en busca de su bolso.

Anna contemplaba la escena sin dar crédito a lo que veían sus ojos: Lola se comportaba con Lyn con total desconsideración haciendo uso del mismo desdén que les dedicaba a los tripulantes, ¡qué mujer tan desagradable!

Mientras esperaba, aun sin saber qué se proponía hacer Lola, Lyn se giró para dar la cara a Tony y Anna, se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Vamos, Anna, iremos las tres —dijo cuando vio que Lola salía con el bolso.

Tony hizo una mueca de fastidio a la espalda de Lyn. ¡Ahora que la partida estaba tan interesante le secuestraba a la contrincante!

Anna se sentó en el asiento de atrás del monovolumen. Lola, en el asiento de al lado del conductor, no pronunció ni una sola palabra en todo el trayecto, contestaba a lo que Lyn tenía que decir con monosílabos que le salían como ladridos. Al llegar a la floristería Lyn le pidió que saliera del coche para guiarla en el aparcamiento.

—Yo no quería que viniera —le dijo a Anna una vez se quedaron las dos solas en el interior del coche— pero ella me había insistido en que quería venir. Es que tengo que comprar más flores porque las que compró ella son horribles... ¿Dónde se ha metido? Anna, por favor, sal tú, mírala, se ha ido allá abajo... ¿Qué hace?

Anna saltó del coche y la guió con una mano para que Lyn siguiera dando marcha atrás, tenía mucho espacio. Lola se había quedado detrás suyo con la mirada perdida, plantada como una farola.

Estuvieron un buen rato en la floristería. Anna curioseó entre las flores y no se aburrió, pero no entendió ni por qué Lyn había querido que la acompañara (no había hecho ninguna falta) ni por qué Lola había insistido en ir, ya que no dio su opinión en nada. Lyn escogió todas las flores que quiso y Lola se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

—¿Quieres que las ponga yo? —le preguntó Lyn en el coche.

—No, no, ya las pondré yo —respondió Lola, lo único que dijo en todo el episodio de las flores.

Tiziana tenía razón: Lola hacía muy pocas cosas y las pocas que hacía las hacía mal. Bien seguro que se había dado cuenta y había visto sus pequeñas tareas amenazadas de serle robadas. Quizás por eso había insistido en seguir teniendo un papel en la compra y colocación de las flores. ¿Pero entonces por

qué había dejado de colocarlas en el fregadero cada vez que zarpaban? Esa tarea se la había delegado a Anna un día, sin decirle nada, claro.

Al día siguiente el coche alquilado se hizo esperar. A las diez menos cuarto todavía no había llegado, y eso que habían quedado a las nueve. Pero cuando lo hizo, diez minutos más tarde, Anna y Tony no perdieron tiempo. Iban vestidos con ropas veraniegas y con lo imprescindible para la playa. Anna firmó los papeles y se hizo al mando del volante, poniendo a Tiziana como a segunda conductora, a pesar de que en la discusión de pareja de la noche anterior, Igor había insistido en conducir él. Tiziana había argumentado que cuando estuvieron juntos en Bulgaria él no le dejó tocar el volante para nada y que era justo que ella llevara las riendas en Italia, su país. A Anna le valía ese argumento aparte de muchos otros que en el tema de la conducción hacían pesar mucho más la balanza de las mujeres. Tony, diplomático como siempre, no había querido entrar en la discusión. Se alegraba con el papel de navegante, en poder del mapa, que secretamente juzgaba como un objeto que perdía valor en manos de algunas mujeres.

—Traigo el Scrabble —dijo mientras ponían las cosas en el maletero y Anna se maravillaba de la cantidad que aportaba él: toallas, ropa de vestir, un par de zapatos, un par de libros...—, nunca se sabe en qué momento y lugar nos puede apetecer una partidita.

Tomaron rumbo hacia el norte y su primera parada fue en un pueblo llamado Palau, que desde el coche les pareció encantador, pero una vez hubieron caminado por las calles lo tacharon de trampa turística. El idioma que más se oía en boca de los viandantes era el inglés, y el acento, americano, que no acababa de gustar a ninguno de los dos. En el puerto comprobaron que un viaje en ferry hasta la isla Maddalena era demasiado caro y mientras pensaban en su próximo paso se sentaron a tomar una cerveza que vino acompañada de cacahuètes, patatas y aceitunas que no habían pedido.

—¿Nos las harán pagar? —preguntó Tony mientras dudaba entre coger una patata o no.

—Claro que no, no las hemos pedido. Son tapas, están cubiertas en lo que pagues de la bebida.

—¿Seguro? —era difícil de creer, pero decidió arriesgarse y comió todo lo que pudo, luchando contra el viento que se llevaba las patatas volando.

De vuelta en el coche siguieron hacia el norte hasta llegar a Capo d'Orso, un

conjunto de rocas famoso por sus formas espectaculares. A alguien una de ellas le había recordado a un oso, de ahí el nombre. Escalaron las rocas, que se distinguían perfectamente desde el mar, y una vez arriba tuvieron que volver a luchar contra el fuerte viento. Una hora más tarde volvían a estar en el coche y a sentir hambre. Se detuvieron en una cala que al principio temieron que fuera privada, de lo reclusa que estaba. La sonrisa de un camarero en el café-restaurante de la terraza que parecía un patio particular los quitó de dudas. Se sentaron a una de las mesas redondas de piedra. El resto de mesas estaban libres a excepción de una, ocupada por una pareja joven con un niño de menos de dos años. Pidieron algo de comer y disfrutaron de la vista que les ofrecía la playa y la terraza, adornada con farolas y parterres de flores rojas. Después de comer se tumbaron en la arena. El viento había amainado pero estaba nublado y no apetecía bañarse. Sin embargo, había quien sí se atrevía: niños acompañados de algún adulto de pieles muy blancas y maneras de hablar y comportarse que, según Tony, eran típicamente británicas y de clase alta.

—Es horrible, ni abandonando tu propio país escapas de ellos, ¡estos ingleses hijoputas están en todas partes! —Tony se reía incluso más que Anna.

—Yo que te he traído aquí por si añorabas a los tuyos...

—Por favor, por favor... ¿Jugamos al Scrabble y así al menos las ideas no me dejarán oírles?

Jugaron hasta que el final de la partida coincidió con el inicio de una llovizna y más viento que los hizo correr hasta el coche. Después de media hora o tres cuartos de conducción por carreteras costeras que atravesaban más calas con restaurantes, hoteles, pistas de tenis y demás instalaciones recreativas diseñadas para las familias de alto presupuesto que dominaban la fauna humana del paisaje, se detuvieron en otra de ellas a tomar un helado. Anna se entretuvo con la dueña de la heladería, que decía tener un ascendiente catalán y le contó algo de la historia de Cerdeña y la influencia catalana, mientras Tony las observaba y chupaba de su helado.

—¿De qué hablábais? —preguntó al final.

—¿No has entendido nada?

—No...

—Qué bien. Eso quiere decir que ya sé hablar italiano —sonrió satisfecha, ella que seguía inventándose las palabras que no sabía.

El resto de la tarde lo pasaron en otro pueblo de nombre largo de santa: Santa Teresa y algo más. Pasearon admirando los edificios, algunos de estilo

colonial holandés o portugués sumergiéndose en el ambiente de las calles peatonales. Se separaron para hacer sus compras particulares y hacia las ocho decidieron quedarse a cenar allí. Volvieron al coche y Tony se puso sus ropas de vestir —camisa y pantalón largo— provocando la envidia de Anna ante tanta previsión.

—Te habrás traído el paraguas también, supongo —se burló.

—No, pero te puedo dejar un jersey.

Anna aceptó. Hacía fresco, pero ya no llovía.

Cenaron muy bien y brindaron por el magnífico día del que habían disfrutado en compañía. No es que hubieran hecho nada del otro mundo, pero el mero hecho de salir del Anaketa, conducir kilómetros sin rumbo fijo y tumbarse a tomar un sol que no se atrevía a salir dejaba la vida en el barco en un pasado que se les antojaba remoto, aunque solo hiciera unas horas que hubieran salido de él y mañana volvieran a la rutina.

De vuelta a casa Anna condujo durante casi tres horas en la oscuridad. Llegaron casi a medianoche sin estar cansados. Lyn estaba despierta en el salón, el jefe roncaba suavemente a su lado, en la silla eléctrica.

—¿Os lo habéis pasado bien? —susurró ella.

—Muy bien —contestaron los dos en el mismo susurro. La alegría se les notaba en la cara.

—Llegasteis muy tarde, ¿no? No os oí llegar —le dijo el jefe por la mañana.

—No muy tarde, usted estaba durmiendo y no le quisimos despertar —contestó Anna. El jefe se había levantado muy pronto por la mañana.

—Qué raro, es que normalmente me despierto...

—¿Quiere un café? —se ofreció ella. Tiziana e Igor no habían salido todavía pero era su día de fiesta y Tiziana no tenía por qué servir el desayuno. El jefe lo aceptó y al poco rato Anna le traía un cortado descafeinado, que era lo que siempre tomaba después de las comidas.

—Ah... —se sorprendió él—. Es que para desayunar tomo café con leche.

—Oh, lo siento mucho, no lo sabía, ahora mismo se lo hago.

—No, no importa. Ya me lo tomo y luego cuando hagas el desayuno ya me tomaré un café con leche.

—De acuerdo —respondió Anna con un hilillo de voz. Así era como se

enteraba de que ella tendría que hacer el desayuno. ¿Y qué les haría? Nadie le había dicho nada ni qué se ponía en la mesa para el desayuno. Nunca se había preocupado porque a esa misma hora tenía la tarea de limpiarlo todo y repasar los camarotes.

Lo que había prometido ser un día de trabajo ligero terminó siendo tan duro como los demás. Al día siguiente llegaban más invitados y había que dejar los camarotes listos con nuevos cambios de sábanas y toallas. Preguntó a Ramón sobre el desayuno porque Lola seguía con su humor de perros y a Anna esa actitud ya no solo le provocaba indiferencia sino rabia, había decidido ignorar a Lola como si no existiera.

—Improvisa —le dijo Ramón.

Anna improvisó con la mesa. Sacó mermeladas, yogures y a petición del jefe hizo tostadas de varios tipos de pan. Mientras se hacían, cortó varias tajadas de sandía y melón.

—Te he pedido papaya —protestó él.

—Es que no la encuentro —se excusó ella y se mordió la lengua, tendría que haber dicho que no hay y punto.

Volvió a la cocina sudando. Parecía mentira lo difícil que podía llegar a ser preparar un desayuno, con lo fácil que parecía.

—¿Me traes las tostadas? —gritó el jefe desde el comedor, sin duda pensando que se le habían olvidado.

—Ya vienen —respondió ella asomando la cabeza. El jefe estaba comiéndose la mermelada de arándanos a cucharadas.

Probó solo las tostadas de pan blanco. Cuando Lyn se levantó, el resto estaban ya frías y secas y Anna tuvo que hacer más porque Lyn comía solo pan de cereales.

Lyn entró en la cocina inquiriendo por la papaya y buscó en todas las neveras como había hecho Anna antes. No había papaya. Anna le ofreció sandía, o melón. Volvió a cortar sandía. Lyn volvió a sentarse a la mesa para levantarse poco después con los yogures en la mano.

—Es que yo estos no los puedo comer —dijo abriendo la nevera de los yogures—, solo de soja.

Mientras ponía su camarote en orden, poco después, Lyn le trajo varias camisas y pantalones para planchar, la tarea que le llevaba tantas horas de la tarde. Menos mal que la exjefa no le había hecho planchar nada. Después anunciaron que se iban a pasar el día fuera, de compras por el pueblo y a

comer, para que los tripulantes estuvieran más tranquilos y descansaran un poco. Mientras planchaba, Tony le vino a contar que había localizado por internet a un cerrajero para forzar la caja fuerte y que habían quedado en Nápoles.

—¿Entonces, de aquí nos vamos a Nápoles? —Anna llevaba días intentando saber cuál sería su próximo destino. El jefe decía que iban a Capri, pero al capitán le había oído decir que a Nápoles.

—No lo sé, nadie parece saberlo, pero en algún momento tendremos que ir allí para recoger o dejar invitados. Cuando llegemos es cuando tengo que llamar al cerrajero. Mira —le enseñó un impreso del correo electrónico que había recibido y señaló la firma: «Senior Guerrero (*Mister Warrior*)».

—Con ese nombre seguro que la abre —rio Anna, acompañando la risa entre dientes de Tony.

Lyn y el jefe volvieron enseguida: después de media hora de paseo por las boutiques cayó un chaparrón que había estado amenazando desde el día anterior. No duró mucho, pero lo suficiente para que la pareja quedara empapada en la calle y desistieran de ir al restaurante para refugiarse corriendo en el barco. Se quitaron las ropas mojadas, que pasaron a manos de Anna, y ya no salieron. El jefe entró en la cocina y declaró que él mismo se prepararía algo de embutido, queso y pan, pero la mirada censora de Ramón aconsejó a Anna no quedarse parada. Ella misma sacó los embutidos y los preparó. Además se ofreció a hacer una ensalada, lo primero que se le ocurrió. El jefe declinó la oferta pero Lyn la aceptó con cierto recelo.

—¿Y cómo haces tú las ensaladas?

Anna hubiera querido asegurarle que la cocina se le daba mejor que la mesa, pero se contuvo por miedo a que le cayera más trabajo.

—Les pongo de todo —contestó.

—Yo también. Pues va, hazme una, sí. Ah y... perdona, ¿eh?, no teníamos intención de quedarnos a comer pero como se ha puesto a llover... Bueno, al menos así podré ver el vídeo de la boda de la Leti, ¡que yo no la vi, como estábamos en Montserrat!

—No pasa nada —respondió Anna con sinceridad.

Estaba de buen humor porque esa noche los jefes los habían invitado a cenar fuera. Iban a ir a una de las dos pizzerías del pueblo (la otra estaba cerrada), que Lyn les había recomendado varias veces sin que los cuatro

tripulantes se atrevieran a ir porque el capitán y su mujer la frecuentaban cada noche. Ella tenía más que nada curiosidad por ver cómo se desarrollaría la velada, ¿de qué hablarían?, sobre todo con el jefe, con el que no habían hablado nunca de nada. Hacía ya dos días que estaban solos, sin los invitados, y habían tenido muchas oportunidades de reunirse, pero Lyn actuaba como si no se acordara. Quizás la cena fuera la excusa y Anna estaba impaciente por que llegara la hora.

Por el momento quienes llegaron fueron Ramón y Lola, después de otra mega compra que debía de haber dejado las estanterías del supermercado medio vacías. Según Lola, en Croacia no había supermercados y tenían que comprar todo lo imprescindible en Italia para el próximo mes. Mientras Anna acababa de preparar la ensalada para Lyn, Lola fue colocando bolsas en la cocina.

—Anna, ayuda a traer bolsas —le ordenó Ramón.

Después de haber cubierto toda la cocina de bolsas, Lola se dispuso a desembolsar los productos y dejarlo todo sobre las encimeras.

—Ya lo guardará Tiziana cuando llegue —dijo.

Anna no se dio cuenta hasta horas más tarde, cuando Tiziana ya había guardado todo (aun dentro de su día de fiesta) que Lola había dejado también toda una serie de cosas para que guardara ella: detergentes, papel higiénico y otros productos de limpieza.

—Eso te lo ha dejado para ti —puntualizó Tiziana.

—¿Dónde hay que guardar todo esto? —le preguntó Anna a Lola.

—Tú misma —contestó la otra encogiéndose de hombros.

Anna buscó huecos en los armarios de todos los cuartos de baño, incluso el suyo, y fue guardándolo todo mientras se preguntaba si la siguiente azafata lo encontraría.

A Tiziana e Igor les fastidió bastante la invitación a cenar porque eso suponía que su día de fiesta terminaba a las ocho de la tarde, la hora que Ramón les había indicado que tenían que estar de vuelta.

—Ponte el uniforme —le dijo a Tiziana, que recibió la orden con sorpresa.

—¿Tenemos que ir en uniforme? —Anna tampoco se lo creía.

—Sí —el capitán mostró esa sonrisa que Anna hacía tiempo que consideraba maliciosa aunque pareciera todo lo contrario—, así iremos bien guapos todos iguales.

Ese día tocaba todo azul.

Fueron en dos coches, los cuatro tripulantes en el que habían alquilado y no tenían que devolver hasta la mañana siguiente, y el capitán y su mujer con los jefes en el alquilado por ellos hacía días. Al llegar al restaurante los cuatro siguieron tan pegados unos de otros como cuando habían salido del barco. Durante el corto trayecto a pie, Anna oyó a Lola decir las únicas palabras que le había oído desde hacía cuatro o cinco días.

—Es una pizzería pero tiene bastante renombre, ¿no? —había preguntado el jefe—. Vosotros que estáis tan enterados de estas cosas...

—Sí, está muy bien, nosotros venimos cada noche —respondió ella—. El rey ha reservado mesa para el día 18 —añadió afectando no darle importancia.

—¿El rey? ¿De España? —a Lyn le costaba creerlo.

—Sí, sí.

—¿Y ella qué sabrá? —le susurró Tiziana a Anna.

—Seguro que se lo ha inventado —respondió Anna con el mismo desprecio.

En el momento de sentarse a la mesa Anna tuvo la sensación de estar jugando al juego de las sillas musicales. Al principio nadie se atrevía a escoger el primer sitio donde sentarse, pero en cuanto Lyn y el jefe se situaron a cada lado de la mesa, los cuatro corrieron a sentarse a un lado de ellos, usándolos como frontera que los separara del capitán y su mujer. La maniobra fue tan evidente que Tony no pudo por más que coméntarsela a Anna en un susurro.

—Lo hemos hecho así porque ellos fuman —le devolvió el susurro— y ya que los jefes lo permiten, pues que lo aguanten ellos.

En realidad, el jefe se había pasado esa mañana más de media hora intentando convencer a Lola y Ramón para que abandonaran su vicio.

—¿No lo piensas dejar nunca? —le había preguntado a Ramón.

—No —respondió él tajante— y Lola tampoco.

Esa cena debía de ser también algo difícil de superar para Ramón, quien se negaba siempre a sentarse a la mesa con la tripulación o incluso a tomarse esa copa de la noche con Tony, sin dejar de ofrecérsela. Según Tiziana, tenía algo de pánico al trato social. De todos modos, en la esquina de la mesa rectangular que ocupaba estaba bastante resguardado, con Lola delante y Lyn a su derecha. Anna estaba a la derecha de Lyn, cuya altura y volumen (tanto de decibelios como de espacio) eran mucho más corpulentos que los de Ramón, a quien ni

vio ni oyó en toda la noche.

El jefe estaba de espléndido buen humor y empezó a ser el que dominara la mesa y la charla, como Anna había presenciado en cada comida y cena que se celebraba a bordo. Sin embargo, Lyn, que con los invitados y ante la presencia dominante de su marido estaba siempre como rezagada, esta noche estaba tan animada y parlanchina como él. Mientras él se encargaba de pedir los vinos, asegurarse de que todos estaban conformes con un *antipasto* de embutidos para picar y apremiarles a que se miraran las cartas, Lyn dedicaba un comentario a cada uno de ellos, para hacerles sentir a gusto.

—Igor, sí que te has puesto lejos, ¿no te veo!

Igor se había sentado a la derecha de Anna. A lo largo de la cena apenas bebió, a pesar de las constantes palabras de apremio del jefe, y se mostró más tímido de lo que era en presencia de sus compañeros. Anna también permaneció poco habladora y muy observadora. Quien parecía estar más en su elemento era Tony, que hablaba con la misma naturalidad de siempre y llamaba a Lyn por su nombre sin titubear. Anna le lanzaba miradas de alarma cada vez que oía el nombre de Lyn salir de sus labios, pero él sonreía sin preocuparse y Anna comprendió, tanto como él sabía ya, que al ingeniero nunca le llamarían la atención por tomarse esa libertad.

—¿Hablas con tu mujer cada día? —le preguntó Lyn, mostrando mucho interés—. ¿Dónde está ahora?

—No, solo una vez por semana, es muy caro llamar a Cuba.

La pregunta desencadenó una serie de muchas otras, también por parte del jefe, que bromeó sobre el matrimonio.

—Tony ya está entrenado, es su segunda mujer —se rio Tiziana.

Lyn fue la única que siguió haciéndole preguntas serias, como si se preocupara. A Anna, que se sentaba a su lado y callaba, no podía preguntarle nada sobre Martin, claro. Ella permaneció en silencio y sintió una punzada de resentimiento, ¿por qué estaba en una reunión así, como si todos fueran iguales, cuando no podía ni mencionar a la persona más importante de su vida? Todos allí tenían a su pareja o hablaban de ella, pero la vida sentimental de Anna era tabú. Se preparó una respuesta mental que le daría al jefe si se le ocurría interesarse por su vida amorosa con alguna de sus preguntas jocosas. Pero el jefe no le preguntó nada porque daba por hecho que estaba soltera y sin compromiso, tal como él había exigido.

Los embutidos tardaban en llegar y Tiziana e Igor, que estaban muy

hambrientos, se habían acabado entre los dos la bolsa de palitos de la cesta del pan. Delante de Lyn había otra cesta igual, y una tercera a su izquierda. Ella la había abierto, se había comido un palito y había dejado la bolsa abierta junto a su cubierto. Anna, que también empezaba a tener hambre y no quería beber con el estómago vacío, tomó la bolsa y sacó varios palitos, no sin musitar «permiso».

Por fin llegaron los embutidos y se lanzaron a ellos no sin antes brindar una vez más.

—¡Probad este, probad este! —exclamaba el jefe—. Esto es un *prosciutto* divino. Comedlo con una tostadita de estas y está para chuparse los dedos.

—¡Mirad a Anna! —se rio Lyn, señalando el plato de la mentada. Se había colocado tres tipos de embutido diferentes sobre las tostadas, a modo de canapé, mientras que el resto de comensales cogían el jamón o salsichón con los dedos, lo ponían sobre la tostada y lo llevaban directamente a la boca, sin parada previa en el plato—. ¿Sabéis que las maneras en la mesa dicen mucho de la personalidad de una persona? Anna de pequeña era la típica niña que se pone a jugar con la arena de la playa a hacer castillos y no permite que ningún otro niño se acerque —rio y todos la imitaron—. Pues mira, como que antes me has robado los palitos, yo ahora te robo una tostada —añadió y cogió uno de los canapés tan cuidadosamente preparados del plato de Anna.

—¿Sabéis ya lo que queréis? —les urgió el jefe—. Tony, ¿tú qué pides? Tengo entendido que el jabalí es muy bueno. Pídete lo más caro de la carta, ¡que pago yo! ¿Y vosotros, qué vais a comer?

Se habían decidido todos por pizza. Tiziana, Anna e Igor tomarían también un primer plato de pasta para compartir. Tony fue el único que aceptó la oferta del jefe: pidió dos platos, de los más caros de la carta. Lyn y el jefe pidieron solo pizza, y la mitad de la del jefe iría a parar al plato de Tony.

—Hablando de modales en la mesa —continuó diciendo Lyn después de haber masticado y tragado la tostada—. ¿Os fijásteis en que la Leti fue la única durante todo el banquete que puso los codos encima de la mesa?

Nadie contestó pero como un acto reflejo las miradas de los cuatro de esa parte de la mesa se fueron a sus propios codos. Por suerte, nadie los tenía encima de la mesa. Anna sonreía a Lyn ampliamente, sintiéndose algo incómoda al ver las expresiones de Tony y Tiziana, a quienes tenía delante: eran de total indiferencia, ese asunto no les importaba nada. Lyn continuó hablando sin esperar esa respuesta —nadie se había fijado porque nadie había

visto el banquete o la ceremonia excepto Anna, que había vislumbrado trozos y tampoco se había fijado en el detalle— y sin darse cuenta de las pocas ganas que Tony y Tiziana tenían de hablar del tema.

—Incluso salió en las portadas de las revistas, todo el mundo correctamente sentado y ella, ¡plas!, codos encima. Hasta la madre, que se ve un poco vastilla, estaba más correcta que ella. Es que he estado mirando el vídeo, ¿sabéis? Y me he fijado en otra cosa... —hizo una pausa y levantó un dedo.

Ahora por suerte el jefe, que había estado hablando antes con Lola, le prestaba atención a ella, así que indiferencia ya no era lo único que recibía.

—Es que el que está enamorado es él, ¿eh? Ella no está enamorada, no señor —hizo que no con ese dedo levantado, como se le hace a un niño—. Ella es ambición pura.

—Todo el mundo la critica a la chica esta —intervino el jefe—. ¿Qué más da que esté enamorada o que no o que lo haga por ambición?

—¡No me digas, amor, que no está claro! —interrumpió Lyn—: Una periodista a la que nadie conocía de repente salta a la fama por haberse casado con el príncipe. Es el cuento de la Cenicienta, esta no va a volver a lavar un plato en su vida.

—La vida de princesa no es tan maravillosa. No limpiará un plato pero tendrá muchas otras exigencias. A mí me parece que no sabe muy bien donde se ha metido —intervino Anna para salvar la vergüenza ajena que sentía por todos. Los demás seguían mirándola sin opinar nada; como no cambiaran pronto de tema empezaría a bostezar. Afortunadamente, al jefe tampoco le interesaban las cuestiones de la corte y la charla se fue por otros derroteros.

—Lyn, ya empieza a írsete la erre —rio el jefe.

—¡No es verdad! —se defendió ella.

—Que sí, que sí, no falla, con una copita de vino ya te sale el acento —el jefe se puso a imitar un acento anglosajón que Lyn no tenía, pero Tony sí, provocando las risas de todos, incluida la de Lyn, que seguía negándose a aceptar que ella tuviera algo en la voz que la delatara como a una no nativa de la lengua castellana.

—Llevo aquí desde los catorce años. Mi hermano sí que tiene acento porque mi madre nos llevó a un colegio inglés y él se relacionaba solo con niños ingleses, pero yo no, yo no. Como me gustaban tanto los caballos, me apunté a un club para seguir montando y allí tuve que relacionarme con niños españoles, así que a la fuerza aprendí. La erre la digo perfectamente. A ver tú,

Tony, ¡di erre!

—Rrrrrr... rrrrrrr, errrrrrrrrrrrre —se pusieron todos a emitir el sonido entre risas.

—A mí la que más me cuesta es la jota —dijo Tiziana.

—Sí, sí, a mí también —dijo Tony.

—Pues hablando de la jota —intervino el jefe—, teníamos un cliente, Jjjjjacinto de nombre, que pronunciaba la jjjjjjjota muy así, muy fuerte y me hacía sufrir con cada jjjjjjjota porque me pensaba que se quedaba allí... Yo lo jjjjjjjaleaba para que diggggggera lo que fuera, Jjjjjjacinto...

De ahí pasaron a hablar de refranes. El jefe lamentaba que estuvieran cayendo en desuso, en su época se usaban mucho más. Los jóvenes de hoy en día ni siquiera conocían el significado de muchos de ellos. Para confirmarlo hizo la prueba, cuestionándoles a ellos.

—El ojo del amo engorda al caballo —después de una pausa sin que nadie dijera nada, añadió—: quiere decir que para que un negocio o una empresa funcione tiene que estar el dueño, si la deja en manos de otros es fácil que se vaya a pique.

—Es bien cierto —opinó Tony.

—Aplíquese el cuento —susurró Tiziana sin que el interesado la oyera.

—Venga, pues a partir de mañana os voy a dar un refrán cada día, para que lo aprendáis. Igor, ¿más vino? ¡No has bebido nada!

—No, no, ya tengo suficiente.

—Bueno, pues yo también. No me quiero pasar porque a mí me gusta mucho beber, pero lo hago siempre con moderación. Nunca me paso. Solo una vez, ¿te acuerdas, Lyn? Me paró la policía y yo había bebido más de la cuenta. Me quisieron hacer soplar, ¡a mí, con lo mayor que soy! Y se lo dije: miren que yo ya tengo muchos años... Pues no hubo manera, ¡y salió positivo! Total, que tuve que aparcar el coche y llamar a Lyn, a las tantas de la madrugada para que me viniera a buscar.

Lyn rio al recordarlo, no debía de haber pasado mucho tiempo.

Nadie quiso postre a excepción de Tony, que animado por el jefe una vez más, pidió tres bolas de helado.

Cuando se levantaron para regresar a los coches, habiendo consumido bastante vino entre todos y habiendo pasado una velada agradable y divertida, Anna pensó que algo había cambiado para mejor en su relación con los jefes.

Los notaba más cerca, sobre todo a él, que había sido el que había estado lejos. Pero tuvo la sospecha de que Lyn no le había comentado nada sobre las quejas de la tripulación. O eso o él actuaba como si no las hubiera oído. Anna se había formado ahora una vaga idea sobre la personalidad del jefe, un hombre audaz e inteligente, pero además, buen conversador, o al menos orador, y con el buen humor de los hombres que a pesar de poder tener todo lo que el dinero les da, viven felices con las pequeñas sencilleces de la vida.

—Si tuviera que resumirlo en una palabra diría que es un cachondo —le dijo a Tony, cuando al día siguiente durante el desayuno hacían una valoración de la cena.

—Sí, es un buen tipo, ¿eh? Pero creo que tiene un lado desagradable, que no me gustaría ver.

Anna estuvo de acuerdo. Para llegar donde había llegado seguro que tenía algo feo en su personalidad, no creía que la gente cien por cien bondadosa pudieran llegar a ser presidentes de una gran empresa o un país. Pero esperaba no ver nunca ese lado malo, o parte de él.

—¿Cuántos años crees que debe de tener?

—Más de sesenta.

—Seguro. Hasta más de sesenta y cinco.

Ramón entraba en esos momentos en la sala de la tripulación y se lo preguntaron a él: sesenta y ocho.

—Y Lyn tiene cuarenta y seis —dijo Anna—. Así que se llevan veintidós años. Si es verdad que a un hombre a partir de los sesenta y cinco la libido ya le deja pocas ganas de trote... ¿Cuánto tiempo crees que le queda a Lyn de satisfacción sexual?

—Si es que le queda algo —respondió Tony con toda naturalidad—. ¿Y Ramón y Lola crees que lo hacen? —Levantó la mirada de su bol de cereales.

—No sé. Yo no les he oído, ¿y tú?

En esos momentos oyeron a Ramón sonarse los mocos en la ducha, como hacía cada mañana. Ahora ya no les hacía la gracia que les hizo la primera vez.

—Me gustaría que no hiciera eso —gruñó Tony.

—Suena bastante cascado, ¿eh?

—Lola se preocupa mucho por él, ¿te has fijado? Siempre le está haciendo mirarse la presión.

—Sí, con él es muy cariñosa. Es a nosotros a quien no nos traga.

—Es verdad, yo también he notado que desde que llegaron los jefes está muy descontenta. Pero lo que quería decir es que ella depende de Ramón en todo. Si Ramón se quedara sin trabajo por lo que fuera, ¿ella qué haría? ¿Y si a Ramón le pasara algo? Ella no es nada. No se va a embarcar sin él en ningún sitio. Por eso se preocupa tanto, creo.

—Es normal que se preocupe, es su marido.

—¿Crees que le quiere?

—¡Yo qué sé, Tony! ¡Qué filosófico estás! Pues claro que le debe de querer, aparte de depender de él económicamente. Vamos, no creo que se preocupe por él por el dinero.

—Sí —se quedó pensativo—, seguro que tienes razón.

Cuando Ramón salió del camarote, recién duchado y dispuesto a prepararse el café de la mañana para luego dejar la taza en el fregadero y que la recogiera alguien que no fuera él, les deseó los buenos días y el «que aproveche» de siempre.

—¿Es normal esto de decir tanto «buen provecho»? —preguntó Tony cuando Ramón hubo salido ya a cubierta a tomarse el café y fumar. En inglés no existe una expresión equivalente y no es costumbre decir nada.

—No, no es normal. Es una forma de cortesía que usas por ejemplo cuando llegas a un restaurante y la gente de la mesa de al lado ya están comiendo o cuando te vas. Pero entre amigos o gente que se ve cada día, qué va. Es un poco asfixiante, si me lo preguntas, y más cuando hemos llegado casi al punto de que es lo único que nos decimos con él. Menos mal que Lola no tiene ningún interés en que nos aproveche la comida, si no ya sería el colmo de la hipocresía.

—Es que no puedo ponerme ni un trozo de pan en la boca sin oír la voz de Ramón: ¡buen provecho! —dijo Tony, algo aliviado al descubrir que se trataba de una peculiaridad del capitán.

El jefe se levantó antes que Lyn, como siempre, y al devolverle los buenos días a Anna fue menos seco que otros días, más cercano. Aun así, Anna no se atrevió a pedirle el refrán diario que les había prometido porque quizás prolongar la camaradería de anoche hasta la mañana habría estado fuera de lugar. Prefirió esperar a que él lo recordara, pero no lo hizo ni ese día ni nunca más.

Fue un día de trabajo normal. Había que volver a dejar el barco limpio y en condiciones para recibir al siguiente lote de invitados, que tenían la llegada prevista para las dos y media de la tarde. A las dos Anna se encontraba aún preparando cosas en el interior: se aseguró de que hubiera toallas limpias en todos los camarotes, dio un repaso al polvo y trincó todos los objetos del salón. Esa tarde iban a salir a navegar después de no haberlo hecho durante tres días a causa del mal tiempo.

—Anna, sal a cubierta, tú tienes que salir a recibir a los invitados, no se te tiene que ir a buscar. —Ramón la sobresaltó, aunque no levantara la voz.

Comprobó con sorpresa su reloj: no eran las dos y media todavía, los invitados se habían adelantado. Sintió entonces rabia contra ese hombrecillo feudal; aun así, salió a hacer su trabajo. Igor y hasta Tiziana estaban ya cargando maletas. Lola solo estaba. Los invitados eran otra vez dos parejas joviales y simpáticas como las anteriores. Lyn y el jefe, que habían estado algo apagados durante la mañana, volvieron a animarse con la llegada de los amigos. La tripulación volvía a estar en el plano relegado a los servidores. La noche anterior le parecía a Anna extraña y ya muy lejana.

Les sirvió un aperitivo abundante a base de pan con tomate, jamón, queso, salmón y otras tapas que preparó Tiziana, acompañado de champán, que consumieron en cubierta. Apenas se hubieron metido el último bocado en la boca el capitán anunció que zarpaban. Navegaron toda la tarde y fondearon en Cala di Volpe.

—Significa Cala de Zorra —explicó Tiziana—. Cala de la zorra que tenemos a bordo. Podríamos echarla aquí e toda la cala para ella... Dicen que una de esas casas es de Berlusconi.

Anna siguió la dirección del dedo de Tiziana. En la costa había algunas casas, no muchas, enormes. Y en la propia cala, fondeadas como el Anaketa, embarcaciones de lujo como las que se habían acostumbrado a ver en cada puerto.

—Esperemos que no se haya reunido aquí con Bush. —El día anterior el repudiado presidente americano había llegado a Roma para entrevistarse con el primer ministro italiano, causando gran revuelo en toda Italia.

—No, si estuvieran aquí estaría toda la cala infestada de *carabinieri* —respondió Tiziana con seriedad. La calma en la cala era total.

La cena de esa noche fue interesante. Por una vez no hablaron de gente

famosa sino que el tema principal fue la lengua y la eterna controversia entre el castellano y el catalán en Cataluña. Anna tuvo que morderse la lengua más de una vez, recordando que ella no estaba invitada a la mesa y que no era más que la criada. La discusión empezó cuando uno de los señores usó la palabra «padecer».

—¿Padeciste?! —exclamó Lyn—. ¿Eso es castellano? ¿No es una palabra catalana, de *patir*? En castellano es sufrir, ¿no?

A Anna le sorprendió no que Lyn desconociera la palabra en cuestión —por supuesto que es una palabra castellana, hubiera querido decir, de uso muy común, además— pues no había que olvidar que su lengua nativa era el inglés, sino que los demás presentes también la cuestionaran hasta el punto de que quien la había usado tan correctamente llegara a aceptar que quizás fuera un barbarismo de los que el catalán y el castellano de Cataluña están tan plagados.

—¡Yo soy catalán! —manifestó el jefe durante uno de los viajes de Anna al comedor; la discusión ya hacía minutos que se acaloraba—. Nací en Galicia, pero llevo la tira de años aquí, por tanto me considero catalán y hablo catalán. Y cuando vivía en Venezuela era venezolano y ya está. Respeto a la gente que hable lo que hable. Entiendo que Lyn se enfade a veces cuando alguien le habla en catalán si ella ha preguntado en castellano y ven que no habla catalán, yo eso no lo hago...

—Bueno, pero si vives en Cataluña... —se atrevió a decir una de las señoras muy tímidamente.

—Pero ellos no lo saben si vivo o no, podría haber llegado hace dos semanas y de verdad no entender el catalán ¡y la gente sigue con el catalán!

—Tienes razón, Lyn, tienes razón —decía el jefe—, en eso sí. Pero si lo llevaras escrito en la frente que llevas treinta años aquí... Chantal y Lyn son parecidas —añadió mirando ahora a los invitados, que no pudieron reprimir una carcajada—. Bueno, quiero decir en este sentido, no te enfades Lyn —le dedicó una sonrisa amorosa—. En el sentido de que ella también lleva años viviendo en Cataluña, entiende el catalán perfectamente, sus hijos lo hablan... pero ¡ella se niega a hablarlo! En cambio el castellano lo aprendió y lo habla perfectamente. Igual que Lyn. Me parece un dato curioso, eso es todo.

Anna no se podía entretener para escuchar la defensa de Lyn, si es que pensaba defenderse, se habría notado mucho. Además, era duro tener que oír tantas cosas de un tema que la fascinaba y no poder opinar nada. Para

desahogarse llevó el tema a la cocina contándole a Tiziana de lo que se hablaba esta noche en el comedor. No se le había ocurrido prever que Tiziana pudiera ser una de los muchos no catalanes que vivían en Cataluña a quien les molestaba que se les hablara en catalán.

—A mi médico le he dicho un montón de veces que no me *parle en català*, que no le entiendo *e* el tío dale que te pego. ¡Es que *mi dà ai nervi!*

—¿Pero de *verità* no le *capiscas*? Me cuesta de *credere, la verità*, ¡si hay muchas palabras que son como en italiano! —Anna hacía intentos, a ratos, de hablar en italiano desde que llegaran a Italia, fiel a su lema de que hay que expresarse en el idioma autóctono en la medida de lo que se pueda.

—Ya, pero ¡es igual! Es un maleducado, si *io* le hablo en castellano *e* él habla castellano, pues que me conteste en la misma lengua, ¿no?

—No. Si *vole parlarti en catalano e* tú encima le *capiscas*, él está en *tutto il deretto*, es su lengua y su país, perdona, ¿eh? Si estuviéramos en Castilla vale, pero estando *en Cataluña*... —Recalcó las palabras pero intuyó que no podrían seguir por allí o la discusión se calentaría tanto como la paralela que estaba teniendo lugar en el comedor.

—*Si dice diritto, non «deretto»*. —Tiziana se reía a cada palabra italiana que decía Anna.

—*Tu ja m'entens* —contestó la otra, rebelde, y Tiziana levantó una ceja.

—Bueno, es que no me gusta nada como suena el catalán —sentenció.

—Eso es otra cosa y como dicen: sobre gustos no hay nada escrito.

—*E* tú, si tan defensora de la lengua eres, ¿*perquè no parles català*?

—*Doncs, mira, deuria fer-ho*... Ahora porque no estamos en Barcelona, pero si algún día te encuentro por allí...

—Pues no te contestaré, ¿eh? —rio Tiziana—. Oye, quizás por eso no nos habla la zorra, porque no le hablamos catalán.

—Lo dudo —respondió Anna, riendo también.

A la mañana siguiente los dos invitados varones inauguraron el inicio no oficial del verano lanzándose al mar. Era un día de mucho calor, un calor que se iba a intensificar a medida que fueran avanzando hacia el sur. La cubierta del Anaketa se convirtió en un campo de gritos de júbilo.

—¡Venga, chicas, baños! —animaba el jefe, aunque él no lo hizo.

Nadie más se atrevió a tirarse como lo habían hecho los dos hombres,

ambos en sus cuarenta y pico. Las señoras prefirieron ir a tierra firme en la lancha conducida por Ramón. Regresaron dos horas más tarde cargadas de compras: ropa y accesorios. Anna fue a recibir las para ayudarles con las compras, bolsos y aletas y gafas. Más tarde Ramón la felicitó por ello, gratamente sorprendido de que el gesto le hubiera salido espontáneo, sin que él tuviera que ir a buscarla.

—Después de comer os podéis dar un baño, ¿no? —le dijo Lyn a Anna, mientras ella sacaba la mesa.

—No creo —respondió sorprendida—. No tendremos tiempo.

En efecto, Ramón les robó una vez más su rato de descanso: saldrían tan pronto como los jefes y compañía hubieran terminado su almuerzo. Esta vez llevar el ancla no fue trabajo exclusivo de Igor y Lola.

—Anna, a partir de ahora tú y Tiziana estibaréis la cadena. Hoy lo harás tú —dijo el capitán.

Siguiendo instrucciones de Igor, se metieron los dos en un pañol de proa. Desde allí tenían acceso a la caja donde se almacenaría la cadena. Fuera, Lola apretó el botón y la cadena empezó a moverse, levándose del agua y cayendo en la caja a través de un escobén.

—Ponte los guantes y sobre todo no pongas nunca las manos dentro de la caja —instruyó Igor—. Con este tenedor gigante le vas dando golpes para que no se apile, ¿ves? Primero puedes tirar hacia aquí, luego allá... que se reparta, porque si cae toda en el mismo sitio se bloquea y se rompe, que es lo que pasó el otro día.

A Anna le gustó el trabajo. Los últimos cinco minutos se hicieron pesados, pero se alegraba de haber aprendido algo nuevo en cubierta, por fin. Aun así, no entendía por qué Ramón se lo hacía hacer a ella. El tiempo libre no le sobraba y de hecho esa nueva tarea le iba a quitar más tiempo para otras tareas que tendría que hacer por encima o no hacer.

—Era mi trabajo —le explicó Igor—. El otro día, cuando se rompió, fue porque la cadena se lió con un cabo y Lola no lo vio a tiempo. Tuve que salir yo a arreglarlo y al quedarse la cadena sin estibar fue cuando se acumuló y se bloqueó —se encogió de hombros—. Ahora tú estibarás y yo vigilaré los cabos.

¡Realmente Lola no sirve para nada!, pensó Anna sin acabar de creérselo.

Iban a estar navegando toda la noche y parte del día siguiente y el capitán se

presentó en la sala de la tripulación para dictar las guardias.

—Anna y Tiziana no haréis guardia porque vais a tener trabajo con los invitados. Tony e Igor la tendréis que hacer solos, como la otra vez: Tony de doce a cuatro y tú Igor, de cuatro a ocho.

—¿Cómo? ¿Yo tengo que hacer la guardia solo? —Tony fruncía el ceño.

—Sí, claro. No querrás que Anna esté trabajando hasta las once, haga guardia contigo y tenga que volver a trabajar a las ocho.

Tony no dijo nada pero siguió refunfuñando. Anna le dedicó una mirada asesina, pues estaba claro que la lógica del capitán, que por una vez tenía consideración por su cúmulo de trabajo, no acababa de convencer al ingeniero.

—No me mires así —dijo él por fin, cuando Ramón ya se había ido—, es que no voy a tener a nadie con quien jugar a las veinte preguntas.

—Puedes hablar solo, nadie te oirá.

—Sí, bueno, Ramón estará por ahí, así que a la más mínima le despierto.

No había bromeado. A la mañana siguiente le confirmó con su risita característica que le había despertado tres veces sin verdadera causa aparente. Anna dudó que Ramón hubiera encontrado eso nada *interesante*. Tony continuaba siendo el niño mimado aunque la mala influencia de los otros lo estuviera convirtiendo algo díscolo o como mínimo protestón.

Terminaron la travesía cerca de la isla de Ischia, donde anclaron de nuevo para que los invitados se dieran otro chapuzón. Después de comer emprendieron camino hacia Capri. Anna volvió a estibar la cadena, esta vez ella sola y con los invitados como público lleno de admiración. La entrada en el puerto de Capri no fue fácil debido a la gran cantidad de barcos turísticos que entraban y salían a toda velocidad. El atraque fue aún más complicado. Algo se lió, un cabo con un muerto o alguna otra cosa. Anna no lo supo bien porque ella se encontraba en la popa, junto a Tiziana, preparadas cada una con una defensa gigante por si eran necesarias. Desde allí oían los gritos algo desesperados de Igor guiando al capitán y veían a Lola, con el rostro desencajado que ponía en situaciones de estrés. Verla a ella así no era anormal, pero los gritos de Igor eran más alarmantes. Parecía estar intentando solucionar una situación en la que Lola estorbaba.

—¡Anna, rápido, tráeme el bichero! —exclamó.

Anna dejó caer la defensa y corrió a toda prisa hacia los pañoles de proa. Todos los invitados estaban ahora enterados de la situación de alerta, se

habían quedado inmóviles, contemplando con los ojos abiertos como platos como se arreglaba aquello. Anna tuvo la horrible consciencia de ser observada cuando de repente se dio cuenta de que no recordaba dónde se guardaba el bichero. Lo había tenido que sacar solo una vez antes, hacía semanas. Abrió el pañol de babor y no lo encontró allí. Entonces vio que Tiziana se acercaba, también corriendo, para sacarla del apuro. Por suerte, no llegó a tiempo, lo último que deseaba Anna era aparentar ser una inútil como Lola. Abrió entonces el de estribor, con tanta prisa y nervios que le costó levantarlo. Uno de los invitados la contemplaba de cerca, sin atreverse a ayudarla. Por fin lo consiguió, extrajo el bichero, no tan rápido como a Igor le hubiera gustado, pero lo hizo y se lo entregó en mano. Se salvó la situación, Ramón terminó la maniobra y Anna y Tiziana volvieron a popa para calcular la distancia hasta el muelle.

—¡Tienes tres metros! —exclamó Tiziana.

Lola, con la cara más roja que nunca, corrió a popa para cerciorarse personalmente de que la distancia era segura.

—¡Vale, tienes sitio! —gritó, ignorando el aviso que Tiziana acababa de dar.

Mientras Lola bajaba la pasarela y se calmaban los ánimos, el jefe fue a felicitar a Igor, como hacía siempre después de la maniobra y el amarre en el que Igor aparentaba ser el único que trabajaba. Luego, se dirigió a Anna y apretándola fuertemente por los hombros, la felicitó también.

—Muy bien, muy bien —dijo.

Anna sonrió, algo abrumada, pero sintiéndose enormemente reconocida. El jefe desde luego sabía hacer bien su trabajo de jefe.

Pasarían solo una noche en Capri. Al día siguiente por la mañana debían ir a Nápoles a desembarcar a los invitados, que tomarían un vuelo regular desde allí. Por lo visto, debían haber ido directamente a Nápoles pero al capitán se le olvidó llamar con tiempo para reservar un amarre, que no le concedieron hasta el mismo día en que marchaban los invitados.

—Y luego ha caído porque le he recordado que hemos quedado con el Señor Guerrero para abrir la caja fuerte —dijo Tony, mientras se sentaban los cuatro a tomar algo a la mesa de la sala de la tripulación.

—Últimamente se le olvida todo —corroboró Igor.

—Alguien tiene que quedarse a hacer guardia —dijo él, apareciendo como solía hacer, con sigilo—. El jefe no quiere que se quede el barco solo.

Anna se ofreció para hacer la guardia esa noche. Estaba cansada después de haber trabajado todo el día. Ahora incluso tenía más trabajo que antes, con cada pequeña tarea nueva que le asignaban y los montones de ropa que Lyn continuaba dándole para planchar. Además, después de Nápoles volverían a Capri, así que ya tendría oportunidad de visitar la isla otro día. Eso fue lo que pensó en esos momentos, sin sospechar que el Anaketa y su tripulación volverían a Capri pero ella ya no.

Como si Lyn le hubiera leído el pensamiento, entró en la sala con dos camisas más. La encontró sola porque los otros tres se habían ido a duchar y cambiar para salir. Anna acababa de recoger la mesa y se disponía a leer. Los jefes y los invitados habían salido a pasear por la tarde y ahora se estaban preparando ya para salir a cenar. Anna estaba un poco decepcionada con Lyn porque no había vuelto a hacer mención de la prometida reunión que Anna estuvo esperando durante días, haciendo caso omiso de la advertencia de Tiziana de que no se hiciera ilusiones. Hasta esa misma tarde no había sabido que Lyn había hablado con Tiziana e Igor al respecto. A ellos les había dicho que «lo había intentado» (había hablado con su marido) pero que no podía hacer nada, el jefe no podía permitirse una confrontación con el capitán a mitad de temporada porque el riesgo de perderlo sería demasiado grande. Era el capitán quien tenía la sartén por el mango y ni siquiera parecía temer perder su trabajo.

—Lo siento por vosotros —le había dicho Lyn a Tiziana e Igor.

A Anna no le había dicho nada, pero cuando se lo contaron, pensó que ella lo sentía por los jefes: actuando de esta manera seguro que perderían a Tiziana, que valía de verdad, y a Igor si no lo perdían sería por la injusticia de depender del contrato para mantener su residencia. A ella desde luego que también la perderían —el 31 de julio seguía siendo su fecha límite— pero ella era más fácil de sustituir y Lyn había sabido desde el principio que solo podría contar con sus servicios durante una temporada.

Anna se sintió mejor al comprender que si Lyn no había hablado con ella antes era porque no había encontrado el momento propicio. Una segunda vez el jefe las había sorprendido en plena cháchara en su camarote —Lyn le había preguntado por Martin— y otra vez había tenido que cambiar de tema abruptamente; no se podían correr riesgos. Ahora estaban solas —el capitán y su mujer habían salido hacía rato— y Lyn aprovechó la ocasión.

—Mi marido se ha dado cuenta, no te creas que no lo sabe, pero ahora no

puede hacer nada. Cuando termine la temporada... También hay que tener en cuenta que Ramón y Lola llevan muchos años trabajando con mi marido, y han trabajado mucho. Es el primer año que sois seis tripulantes. Durante años Lola hizo el trabajo de marinera ella sola...

Anna no podía creer que los estuviera justificando así. Estaba convencida de que ella misma no creía en sus propias palabras.

—No sé cómo eran las cosas antes, pero me da la impresión que precisamente porque llevan tantos años trabajando para su marido se han relajado hasta el punto de abusar de su confianza. Yo me quejo porque a mí también me afecta, y a Igor y Tiziana, y porque ellos hayan trabajado duro en años anteriores no me conformo con tener que pagarlo nosotros.

—Ya, si tienes razón, pero es una cuestión delicada. Se mezcla el factor humano: los dos están muy mal de salud, tienen la presión alta, a Lola le extirparon el útero y tuvo una depresión muy fuerte.

Claro, se mezclaba la compasión. El jefe sería un déspota de sangre fría si los echara, los pobres estaban enfermos.

—Sí, ya lo sé —respondió Anna, dándose por vencida— pero no me extraña nada; no se cuidan nada, comen fatal, fuman, beben, no hacen nada de deporte y ya no son jovencitos... Es lo que pasa, ¿no?

—No solo eso —contestó Lyn, animándose al ver que Anna se resignaba—, comen mal porque no se interesan por nada, son de esta gente que no probarían cosas nuevas, no les interesa lo que pasa en el mundo, todo les da igual. Por ejemplo, cuando pasó lo del 11-M les dimos el día de fiesta para ir a la manifestación y Lola dijo que para qué, ya estaba hecho y eso no iba a arreglar nada, con lo de la guerra lo mismo, no tienen opinión. En todo son así, apáticos.

—Personalmente preferiría que se quedaran en su casa, con baja de invalidez permanente, así seguiríamos costeándoles pero quizás no lo sabríamos, al no verlos.

—En fin. Paciencia. Tú intenta pasártelo bien. Recuerda que estás aquí para vivir una experiencia, aprende todo lo que puedas.

—¡Lyn! ¡Venga, que nos vamos! —era la voz del jefe desde el salón.

Se había sentado de rodillas sobre uno de los asientos de alrededor de la mesa, frente a Anna. Ya se levantaba cuando se abrió la puerta del camarote de Tony y Anna. Apareció él, duchado y vestido para salir.

—Ah, Tony, contigo también quería hablar: la lámpara de mi mesilla de

noche está floja. Cuando puedas le echas un vistazo.

—De acuerdo —contestó él, afable, pero cuando Lyn se hubo marchado exclamó—: ¡Siempre me pide que le arregle las cosas por la noche!

—Te ha dicho cuando puedas, no te agobies, no tienes por qué hacerlo ahora.

Aun así, Tony fue a comprobar el estado de la lámpara. Cuando volvió a la sala, donde Anna leía, ya no quedaba nadie más en el barco y pasaban de las nueve y media.

—Bueno, ahora sí que me voy. Si suena alguna alarma, la paras y luego me dices qué era, pero no tiene por qué sonar nada, los niveles de agua y fuel están bien. Si salta la alarma de incendio, sal corriendo.

—Entendido —sonrió Anna.

No se quedó sola mucho rato: Ramón y Lola regresaron pronto y Ramón la animó a que saliera si le apetecía, se había terminado la guardia. Anna decidió entonces ir a dar un paseo, aunque fuera solo para estirar las piernas. Para visitar la ciudad de Capri había que coger un autobús o un funicular, ya que se encontraba en lo alto de la colina. Anna prefirió posponer la visita, esta noche daría solo un paseo por el puerto, flanqueado por las casas de colores que habían visto al llegar. A esa hora estaba todo bastante calmado y apenas había gente, por eso no le costó ver a Tony, caminando a lo lejos hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, sorprendido y alarmado, no habían pasado ni quince minutos desde que se despidieran en el Anaketa.

—Nada, ha habido fuego y he corrido, como me has dicho —bromeó.

Fueron a tomar algo a una terraza llena de turistas americanos y luego regresaron juntos al barco. Tony tampoco había ido a la ciudad, se le había hecho demasiado tarde. Pero él sí tendría oportunidad de verla al cabo de unos días.

Llegaron a Nápoles al mediodía del día siguiente, en plena comida. El jefe daba prisa a los invitados por comer o no tendrían tiempo de ducharse, acabarse de hacer la maleta y correr al aeropuerto. Arribaban a puerto y todavía no habían terminado el segundo plato. Anna esperaba impaciente porque sabía que en cualquier momento Ramón le amonestaría a dejarlo todo para concentrar su atención en el arribo y atraque. El aviso llegó en el momento más inesperado: habían terminado ya la carne y Anna vio que tenía tiempo de retirar la fuente y todos los platos sucios, aunque el postre tendría

que esperar hasta que estuvieran ya amarrados. Así pues, amontonó todos los platos y cuando se disponía a desaparecer con ellos hasta la cocina, oyó a sus espaldas la exclamación de alarma del capitán, dándole un susto de verdadera alarma, ya que no se había acostumbrado aún a esa exageración suya.

—¡Anna, deja los platos! —lo dijo como si el peligro estuviera en ellos—. ¡Que ya llegamos!

—Pero... si solo es llevarlos... tardaré un minuto. Es para que no se queden por aquí...

—No. Deja los platos —insistió él con rotundidad—. Cuando hacemos la maniobra todo lo demás es secundario, ¿vale? Incluso los jefes, todo se para.

Anna dejó los platos sin discutir más y se dedicó a observar la entrada en el puerto, como estaban haciendo tanto tripulantes como invitados. Ya habían preparado antes las defensas y solo le quedaba apostarse en popa con una de más, por si hacía falta. Por suerte, los jefes no habían oído que ellos y su almuerzo habían pasado a segundo término, en parte porque Ramón lo había dicho en su tono habitual de bajo volumen y en parte porque sus propios gritos de admiración y envidia habían apagado la voz del capitán. Se acercaban ya a su hueco asignado, donde deberían amarrar entre otros dos veleros, uno de los cuales era el *sloop* más grande del mundo. Lo habían reconocido desde lejos, no en vano su mástil sobrepasaba al mayor del Anaketa por cuarenta metros. Se levantaron de la mesa y ese era el momento en que Anna quiso aprovechar para retirar los platos.

—¡Es el Mirabella V! —exclamó uno.

—¡No puede ser! ¿Estás seguro?

—Sí, sí, seguro, ¡el más grande del mundo!

—¿Un barco más grande que el nuestro? ¡No puede ser! ¡Vámonos a otro puerto! —bromeó el jefe.

—¡Es amigo mío! —gritó Lyn, más excitada que nadie—. ¡En serio, en serio, yo conozco al dueño!

El jolgorio se calmó cuando hubo que hacer la maniobra, que no revistió gran dificultad a pesar de la solemnidad con que el capitán insistía en hacerla. La tripulación del velero a babor asistió a la del Anaketa en la posición exacta de las defensas y Anna, aburrída de no hacer nada, entabló conversación con uno de los marineros. Cuando creyó que podía ya excusarse, fue a acabar de retirar los platos y servir el postre, pero Lyn se le había adelantado.

Los invitados no tardaron mucho más en estar listos para desembarcar y la

tripulación sentía ya esa euforia que siempre precedía a la marcha de los invitados y que se mezclaba con el alivio y la esperanza de algo de descanso. Era el día noveno del enfurruñamiento de Lola. Todos esos días la tensión que se respiraba cuando ella estaba presente era tan densa que pudiera haberse cortado con un cuchillo. Las ocasiones en que ella estaba delante no habían sido muchas, pero cuando las había habido, Anna había actuado de la misma manera que ella, como si no la viera. Pero en este día ocurrió algo insólito. Lola, más que nadie, era víctima de esa euforia desaforada que precedía a la marcha de los invitados. Se levantó deseando los buenos días a todos y cada uno de ellos. Reía y hablaba como Anna la había visto hacer al principio de su estancia en el Anaketa, de aquella manera que rozaba la histeria. Tony se clavó un cristalito en el pie y Lola casi se tiró al suelo para curárselo. La imagen del ingeniero sentado en la sala de la tripulación y Lola arrodillada ante él con el pie entre las manos y un cuidado de madre se le quedó a Anna grabada como una alucinación. Después, cuando Anna sacaba las sábanas limpias de la lavadora y se disponía a doblarlas, Lola se acercó y dijo: ¿Te ayudo? y no esperó respuesta: la ayudó. Era la primera vez que ocurría algo así en los treinta días que llevaba a bordo. Anna se asustó, Lola estaba de veras enferma. La felicitó también por el trabajo de estibar la cadena que había hecho los días anteriores. Todo en ella era simpatía y buen humor. Quiso ayudarla en muchas otras cosas y Anna recibía sus iniciativas con estupor y casi deseando que volviera la Lola de antes porque no sabía cómo actuar con esta.

Aprovechó la tarde para planchar. Por la mañana Lyn había rescatado un par de camisas del armario del jefe, que Anna ya había planchado, además de varias otras que llevaban meses en el armario. Le había hecho ver que las que había planchado no estaban del todo tiesas y a las otras no sería mala idea hacerles un repaso. Volvió a estar un par de horas peleándose con las camisas, pulverizando Toke por todas partes, hasta que las piernas le flojearon. Lyn se había ido a la peluquería y a hacerse un masaje, pero el jefe estaba por allí, practicando sus dotes de cantante con el Karaoke que tenía conectado a la gran pantalla del salón. Anna lo oía divertida desde el camarote de babor donde solía ponerse a planchar. La verdad es que no lo hacía nada mal. En uno de sus viajes al camarote el jefe reparó en ella.

—¿No estás aburrída aquí sin música? —exclamó en un tono muy jovial.

—Bueno... es que... no sé cómo funciona.

—Ah, pues yo te enseño —se pasó un buen rato explicándole para qué servía cada botón del aparato que conectaba con la gran cantidad de discos

compactos que tenían.

Anna estaba agradecida, el jefe hacía mucho por que se sintiera cómoda y apreciada. Sabía que, como Lyn le había dicho en su primera entrevista, se había ganado también su corazón.

Después de guardar la ropa planchada en los armarios y la que aún le quedaba por planchar en el montón de espera, fue a la sala de la tripulación, donde Tiziana e Igor parecían estar esperándole. Estaban los dos de pie, con caras aún de asombro.

—Abre tu sobre, a ver qué tienes tú —dijo Tiziana poniendo un sobre de color marrón encima de la mesa.

Alguien había escrito su nombre con caligrafía de colegial. Anna supuso que sería la letra de Ramón, era la primera vez que la veía. Sin preguntar supo que se trataba de la propina, pero ¿por qué tanta expectación?

—Es que a mí me ha puesto ciento cincuenta euros e a Igor ciento cinco —explicó Tiziana—. Creemos que se ha equivocado pero no sabemos cuál está mal. A ver si a ti te ha dado ciento cincuenta o ciento cinco.

Anna abrió su sobre y contó los billetes a toda prisa, también había monedas.

—Noventa y tres —dijo y se quedaron los tres con los ojos muy abiertos, mirándose sin comprender, en silencio hasta que Anna lo rompió—. ¿Y Tony?

—El sobre está aquí, él está en la sala de máquinas. —Tiziana le tendió el sobre.

Anna no lo dudó ni un segundo.

—Lo voy a abrir —dijo.

Ya tenía sospechas de lo que estaba pasando pero tenía que cerciorarse. El sobre de Tony, como el suyo, estaba cerrado pero la cinta adhesiva era fácil de desenganchar y volver a pegar sin que se notara que había sido abierto antes. Así, lo abrió con cuidado y Tiziana e Igor vieron en su expresión de incredulidad lo que Anna vio con sus propios ojos: los dos billetes de cien euros que no veía muy a menudo.

—¡Doscientos quince! —exclamó, y se repitió el silencio anterior mientras crecía la confusión y en el caso de Anna la rabia—. ¿De qué va este capullo? Al que más cobra, más le da, y a la que menos, menos.

—¿Pero tú cuánto cobras? —inquirió Tiziana.

—Mil setecientos.

—Igual que Igor. Y a él le ha dado más.

—Voy a hablar con Lyn.

—¡Espera! —Tiziana intentó impedirselo. Si Anna le iba con el cuento a Lyn y sin saber a ciencia cierta por qué esa diferencia, se podía crear un follón parecido al que provocó que Ramón y Lola empezaran a hacer las maletas.

Anna estaba fuera de sí, ella era de las que más se dejaban la piel cuando había invitados a bordo y como compensación por eso, ¡recibía menos propina! Era inaceptable. Pero Tiziana tenía razón, tenía que serenarse y averiguar exactamente qué había pasado. Quiso esperar un rato para reflexionar, pero entonces entró Lyn en la cocina y prosiguió hasta la sala.

—Anna, tienes que buscar otro sitio para planchar, allí no tienes luz. Mira estas camisetas.

Anna miró las camisetas. Estaban fatal y tenían restos de Toke pegado. Lyn estaba siendo benévola al echar la culpa a la falta de luz. Planchar no era lo suyo, estaba claro. Pero no podía concentrarse en eso ahora.

—Tengo que decirle una cosa, no me lo puedo aguantar —dijo, y Lyn la miró con alarma, Tiziana e Igor con expectación—. El capitán nos acaba de dar las propinas y yo he recibido menos que nadie, ¿por qué?

Lyn escuchó sin decir una palabra mientras Anna le contaba los detalles, y salió corriendo de la sala, dejando las camisetas atrás. Iba a hablar con su marido. Los vieron cruzar la pasarela a tierra a través de la cámara, se fueron a dar un paseo. Al poco rato Anna se cruzó con el capitán.

—Ah, Anna —dijo él alegremente—, os he dejado unos sobres en la cocina. ¡Es la propina!

—Sí, ya los hemos visto —respondió ella sin ninguna alegría.

El jefe y Lyn volvieron y entonces fue al jefe y a Ramón a quien vieron sentados en cubierta, hablando largo rato. Al final terminaron riendo y estrechándose la mano, eso no podía ser bueno. El capitán fue a buscar a Anna y hablaron a solas.

—He repartido la propina en función al sueldo de cada uno —dijo como si fuera la cosa más obvia y natural, como si siempre lo hubiera hecho así, cuando en verdad era la primera vez— pero me he equivocado, perdona, yo pensaba que tú cobrabas menos. De todos modos solo hay una diferencia de cinco o seis euros.

—Pues los quiero y que sepas que esto me parece muy mal. O sea que yo, que a las cuatro y media de la tarde ya estoy reventada —Ramón parpadeó

ante esta información, como si le sorprendiera— y aún me quedan seis horas más cuando hay invitados a bordo, cobro la mitad que Tony, cuyo trabajo no cambia cuando hay invitados.

—Claro, él recibe el doble de propina que tú porque cobra el doble, porque su trabajo es más valioso que el tuyo —sonrió ampliamente y Anna comprendió que a pesar de sus palabras, que cualquiera se hubiera tomado como un insulto, el capitán tenía prisa por escapar de esa confrontación.

—¡Pues no estoy de acuerdo!

—Es lo que hay y es lo que se hace en todos los barcos. Hasta ahora lo hemos estado haciendo mal pero ya es hora de que hagamos las cosas bien. Yo antes me comportaba muy bien, repartía toda la propina a partes iguales entre la tripulación y no me quedaba nada para mí, pero desde que dos veces la azafata me dejara tirado un 1 de agosto me tomé mi venganza. Decidí primero quedarme la mitad y segundo repartir el dinero como más me plazca: si he visto que una persona se lo merece más que otra le he dado más a esa persona. Lo que sí que he respetado siempre ha sido cuando un invitado me ha dado un dinero específico para alguien porque les ha gustado más esa persona, eso lo he respetado siempre. En vuestro caso me he guiado por el sueldo, nada más.

—Que sepas que me parece muy injusto —repitió Anna, sabiendo que no podría hacer nada.

Él se encogió de hombros, no le importaba lo que a ella le pareciera.

—En todos los barcos se hace así —sabía que eso la haría dudar, después de todo ella no sabía nada de este mundo—. Ah, otra cosa. La próxima vez que tengas un problema no hace falta que montes este follón, ¿vale? A los armadores no les vamos a molestar con estas cosas cuando se pueden resolver entre nosotros.

Anna se encontró con Lyn en su camarote cuando devolvía las camisas. Una vez más, Lyn le confesó que no podía hacer nada. A Anna empezaba a irritarle la poca influencia que parecía tener sobre el jefe y la licencia excesiva que este le daba al capitán.

—Piensa que al principio te iban a pagar mil quinientos, por eso Ramón se ha equivocado. Yo insistí para que te lo subieran a mil setecientos, así que has estado ganando más.

—Pero si no es el dinero —a Anna le parecía increíble que Lyn no lo viera—. Si el dinero que me ha tocado ya es mucho más de lo que hubiera esperado. Es el hecho de que el capitán se quede la mitad, a saber cuánto se ha

quedado su mujer por no hacer nada y el ingeniero se queda el doble que yo, ¡cuando yo trabajo el doble de horas!

—Ya, ya... Por cierto, te voy a conseguir esa tarjeta de internet.

Lyn había descubierto hacía un par de días que solo Tony tenía acceso a internet cuando había visto a Anna escribiendo en su portátil y había pensado que estaba conectada. Anna la había oído por teléfono pedir a la secretaria del jefe una tarjeta, haciendo ver que era para su uso personal.

Se fue al camarote y se estiró en la cama a llorar de rabia. Al poco rato entró Tony y pensando que le daría una grata sorpresa, le tendió el sobre con su nombre, que ella había vuelto a cerrar y dejado en la mesa.

—¡Nos han dado la propina! Toma el tuyo.

—No lo quiero —respondió Anna malhumorada, estaba enfadada también con Tony y no le quiso dar más explicaciones. Él, contrariado, salió del camarote sin hacer ruido.

Salió al cabo de una hora solo porque había llegado la hora de poner la mesa. Durante la cena Tiziana e Igor pusieron a Tony al corriente de lo que había pasado y Anna les reprodujo, sin dejarse una coma, el diálogo que había mantenido con el capitán.

—Entonces... el año pasado tampoco nos repartía la propina a partes iguales —reflexionó Tiziana—. Si él se quedaba la mitad, ¡nos ha estado engañando todo este tiempo!

Los tres que llevaban años en este campo estuvieron de acuerdo en que el sistema de repartir la propina a partes proporcionales según los sueldos era algo que se había sacado Ramón de la manga aprovechando que Anna era novata. Pero para asegurarse acordaron llamar a sus respectivas agencias de empleo en Mallorca. Tiziana llamó a la suya desde el teléfono satélite del barco y Tony se fue a usar su propio móvil.

—No se hace —confirmó Tiziana después de colgar el teléfono— *ma* mi agente dice que los capitanes hacen lo que les da la gana.

—Mi agente dice que dónde está este capitán, ¡que van a pegarle! —rio Tony saliendo del camarote.

Anna sentía su rabia crecer, aunque no era la primera vez que comprobaba que Ramón era un mentiroso. Igor estaba también picado desde que se había confirmado que él también cobraría menos.

—¡Voy a hablar con él! —exclamó.

A lo largo de la noche y todo el día siguiente todos fueron a hablar con él,

uno por uno, y entre ellos no hablaban de otra cosa.

La euforia de Lola no había trascendido de ese día, pues sin duda estaría al corriente de lo que estaba pasando y sentía las quejas de la tripulación como ataques hacia ella y su marido.

—¡Putas, más que putas! —exclamaba Tiziana cada vez que Lola pasaba por la sala para meterse en el camarote, y siempre lo suficientemente bajo para que no la oyera—. ¿Has visto que modelito más mono nos lleva hoy? ¡Pues es mío! ¡Se lo ha comprado con mis propinas! ¡E Tony es un rácano! ¿Has visto qué contento está? ¡El cerdo! ¡Porque es un cerdo!

Anna reía. Hacía ya dos días que no limpiaba el camarote que compartía con Tony ni pensaba hacerlo. Era verdad que Tony disimulaba mal su alegría por haber cobrado más que nadie, pero en su favor había que decir que él también se había molestado por hablar con el capitán y había llamado a su agencia. Ella había decidido ya aceptar su suerte, aunque se había levantado por la mañana desmotivada y el trabajo que le esperaba se le hacía por primera vez una gran cuesta arriba. Por si fuera poco, Lyn le había propuesto que hiciera un repaso a todas las camisas de su marido que colgaban en el armario. Anna había decidido ignorar tal petición y ya solo pensaba en maneras de hacer el mínimo esfuerzo sin que se notara mucho. Hacia las once y media recibió una llamada de Martin, que solía llamarle siempre a esa hora. Cuando Anna le contó lo ocurrido, él dijo una sola palabra como respuesta: déjalo.

—No —respondió Anna—. Voy a continuar. Voy a continuar hasta el 31 de julio porque se me ha ocurrido algo mejor: voy a escribirlo todo.

Se le había ocurrido mientras limpiaba el camarote de Lyn y rememoraba lo ocurrido el día anterior y revivía la rabia de no poder hacer nada, la poca influencia de Lyn y la ceguera del jefe. ¿Que el capitán se vengaba por lo que le habían hecho otras azafatas otros años? Bien, pues ella también se vengaría, usando el arma que mejor conocía: la escritura. Sería su manera de desfogarse y quizás podría contar la historia. A partir de ese momento ya no pensó en otra cosa. Aguantaría un mes más y entonces escribiría. ¿Pero cuándo lo haría? A principios de septiembre volvería a Australia, así que tendría todo el mes de agosto para escribir. No era mucho, pero encontró consuelo pensando que si Fernando de Rojas había escrito el gran clásico de La Celestina en catorce días de vacaciones, ella también podría escribir su relato en un mes de vacaciones. Después de todo, ella contaba con la ventaja del ordenador.

Durante la cena Igor preguntó a nadie en concreto, como si hablara solo:

—¿Qué le habrá pasado a Ramón? Él antes no era así, el año pasado era una persona completamente diferente. Yo le tenía mucho respeto, le admiraba... y ahora tengo la sensación de que no le conozco.

—Que le están jodiendo —dijo Tony—. Yo no encuentro otra explicación, a él le joden y él nos jode a nosotros. La cuestión es: ¿quién?

—*Io* sé quién. ¡La zorra de su mujer!

—O los de arriba... —opinó Tony.

—¿El jefe? —preguntó Anna con sorpresa.

—Sí, igual le pagan poco y se venga llevándose nuestro dinero...

—No creo. Por el trabajo que hacen hasta el sueldo mínimo sería demasiado.

De pronto, apareció el capitán.

—Nunca me había pasado que alguien se pusiera así por las propinas —dijo sin preámbulos y sin desearles un buen provecho, algo raro en él—. Estoy alucinado. Si preferís que lo repartamos a partes iguales, lo hablamos con el jefe y lo hacemos; a mí me da igual, ¿vale?

—¡Pues sí! —exclamó Anna—. ¿Traemos los sobres?

—Un momento —intervino Tony frunciendo el ceño—. ¿Vamos a repartirlo *todo* a seis partes iguales?

—No —respondió tajante el capitán—. Lo repartís entre vosotros, yo no tengo ningún problema con mi parte.

—¿Y Lola? —preguntó Tiziana después de un silencio demasiado largo.

—Lola tampoco tiene ningún problema. Ah, y pensad que no tengo ningún inconveniente en echar a nadie, ya visteis lo que hice con la otra Anna.

Se fue dejándoles con esas palabras.

—¿No fue Lyn quien echó a la pelu? —preguntó Anna para romper el silencio.

—Sí. No deja de darnos oportunidades para que veamos lo bocas que es —respondió Tiziana.

—Bueno, pues venga, lo repartimos entre los cuatro, traed los sobres —apremió Anna.

Como era de esperar, Tony se resistió. Tiziana estaba dispuesta a hacerlo, aunque a ella también le tocara menos parte. Tony saltó del asiento para ir

detrás de Ramón. Regresaron los dos, Ramón repitiendo que nunca se había encontrado con una situación así.

—Es que no lo entendemos —dijo Igor—. Has creado un mal ambiente entre nosotros. La propina no tiene nada que ver con nuestros sueldos.

Siguió una discusión acalorada sobre los porqués de esa decisión estúpida, una explicación que Ramón debería haber dado antes de repartir los sobres y no ahora. Anna decidió intervenir lo menos posible, pero esta vez fue Tiziana quien se pasó de la ralla al preguntar:

—¿Y Lola cuánto se ha quedado?

—¡No te importa! —gritó Ramón escupiendo saliva de rabia—. ¡Que os quede claro: Lola es sagrada y no os importa cuánto gana o deja de ganar ni lo que hace o deja de hacer! —levantó un dedo para que quedaran aún más claras sus palabras.

—¿Y no podemos dividir la propina entre seis? —insistió Tony.

—¡No! —vociferó el capitán—. ¡Y no quiero volver a oír hablar del tema!

—Entonces, ¿lo repartimos entre cuatro? —propuso Anna.

—¡He dicho que no quiero volver a oír hablar del tema! ¡Se deja como está y no se hable más!

—¡Pues quiero mis doce euros! —gritó Anna a su vez—. Son doce, no cinco o seis, ¡doce!

Nunca le había levantado la voz, pero no se arrepintió. En esos momentos le odiaba.

Se quedaron los cuatro sentados en silencio, sin terminar la cena que tenían en los platos, como si de repente se hubieran quedado sin hambre. Lola entró en la sala al cabo de poco rato, envuelta en un torbellino, como solía hacer cuando estaba de mal humor. Entró y salió a toda prisa, dejando un billete de diez euros y una moneda de dos delante de Anna, sobre la mesa, con un manotazo tan feroz que debió de dolerle, y sin una palabra. Tampoco Anna le dio las gracias, ni siquiera la miró.

—Anna se va —dijo Tiziana esa noche, en la intimidad de su camarote.

—¡Qué dices! —se alarmó Igor, que no había oído nada al respecto—. ¿Te lo ha dicho ella?

—No, *ma no fa* falta. No entiendo por qué no se ha ido ya. *Io* de ella no habría aguantado tanto.

—Pero sigues aquí...

—No es lo mismo. ¿Es que no lo ves? Ella no es como nosotros. Para ella esto no es más que un trabajo temporal, igual que cuando trabajaba para el Barça. El dinero es lo que menos le importa ¡porque no le hace falta! Su marido trabaja en una plataforma, por eso está aquí, no por el dinero. Mientras él está fuera ella trabaja en cualquier cosa, nada serio, porque pronto se volverá a Australia. Y él sale de la plataforma la semana que viene.

—En el Barça seguro que le pagaban mucho —opinó Igor, sorprendido de lo bien informada que estaba Tiziana.

—No lo creo. Al menos no tanto como aquí, *ma* ni así, esto no hay quien lo aguante.

Anna y Martin habían hecho planes para encontrarse en Split o Dubrovnik. En algún puerto de alguna de esas dos ciudades el Anaketa tenía planeado arribar la semana próxima. Martin pasaría allí unos días hasta que el Anaketa zarpara de nuevo con rumbo a Corfú, y Martin haría lo propio en avión o como consiguiera llegar. Las gestiones para encontrar billetes desde Barcelona, adonde Martin volaría desde Noruega, habían sido frustrantes; incluso desde Londres no era fácil encontrar billetes de avión con tales conexiones sin dejarse el bolsillo en libras esterlinas. Anna esperaba la llamada de una agencia de viajes de Barcelona desde hacía dos días y Martin estaba pendiente de otra de Londres. Por la mañana del día siguiente a la discusión con el capitán, Martin la llamó a la misma hora en que solía hacerlo para decirle que todavía no tenía nada. Anna se encontraba en el camarote de Lyn, y después de comprobar que no había nadie cerca, le puso al corriente de la reacción de Ramón al verse presionado por toda la tripulación. La antipatía que Martin sentía hacia él no hizo más que crecer. Si pudiera decidir por ella la haría dejar el barco al momento y así de paso él se ahorraría hacer ese viaje a Croacia y Grecia, que lo tendría la mayor parte del tiempo solo porque Anna estaría agobiada de trabajo. Para Anna, en cambio, la perspectiva de encontrarse con Martin en Corfú era lo único que la mantenía en movimiento. Las tareas del barco seguían presentándosele como una carga demasiado pesada, ya no creía que pudiera volver a trabajar con normalidad. Los ánimos de Lyn la mantenían a flote, pero cada vez menos. Cuando el día anterior le hablara —para tratar de averiguar exactamente adónde irían— de sus planes de reunirse con Martin, Lyn se volcó en una oportunidad más de demostrarle que estaba de su lado y que la iba a ayudar en todo lo que fuera posible.

Comprobaron juntas el itinerario del barco, aunque Anna sabía de sobras que no podían fiarse y que todo dependía del capitán.

Justo después de que Anna acabara de hacer el camarote de Lyn, se presentó en el Anaketa el Señor Guerrero, el cerrajero que Tony había contactado por internet. Anna salía del camarote cuando el jefe, Ramón y el cerrajero se disponían a entrar.

—Anna, ve a por el aspirador, ¿vale? —casi le susurró Ramón al cruzarse los dos en el pasillo.

—¿Dónde está Tony? —inquirió el jefe.

—Está en la sala de máquinas, pero señor: Tony no habla italiano —respondió Ramón, como si eso fuera un gran problema que solo él podía resolver.

—¿Pero no fue él quien trató con este buen hombre?

Ramón se encogió de hombros.

Anna esperaba en un rincón, armada con el aspirador y con la molesta sensación de estar de nuevo perdiendo el tiempo. Los tres hombres se peleaban por un poco de espacio del poco que había delante de la caja fuerte mientras el Señor Guerrero hacía preguntas que Ramón traducía innecesariamente. Entonces apareció Lyn seguida de Tony y se pusieron a hablar todos a la vez.

—Ah, Tony, no te hemos llamado porque tú no hablas italiano —dijo el jefe en un tono preeminente.

—Oh, vaya, pues me voy —respondió Tony, sorprendido.

—*Ah, Mister Tony, nice to meet you!* —exclamó el Señor Guerrero tendiendo una mano—. *I am Mister Warrior!*

Tony rio, divertido por el fuerte acento del italiano. Anna seguía aburrida, contemplando la escena, cuando Lyn recayó en ella por primera vez.

—Anna, guarda eso, todavía no hace falta.

—Ya, lo imaginaba —respondió ella con insolencia. No conseguía esconder la rabia que sentía hacia el capitán y sus recaditos inútiles. Ahora cada pequeña cosa que salía de él la irritaba hasta sacarla de quicio. Acababa de hacerle perder otros veinte minutos del mucho tiempo que le hacía perder cada día.

No se quedó a ver cómo el Señor Guerrero perforaba la resistente caja fuerte, pero tuvo que volver una vez más al camarote a llevar las toallas que le

pedía Ramón, interrumpiendo de nuevo su trabajo mientras Lola fumaba en cubierta. Veinte minutos más tarde oía a Lola llamándola y cuando la vio llevaba esa mirada de búsqueda desesperada que afectaba tantas veces.

—Que vayas —le dijo secamente.

—Llévate las toallas al puerto —le ordenó Ramón— pero cuidado donde las tiras, están llenas de virutas. Cuando vuelvas pasas el aspirador, ¿vale?

Hacía muy buen día y recorrió sin ninguna prisa todo lo largo del muelle con una toalla enrollada debajo de cada brazo. Las espolvoreó en un container y volvió a tomarse largo tiempo en volver al barco. Eran ya casi las doce y todavía le quedaba la zona del puente por repasar. Pensaba hacerla muy por encima. De todos modos, pronto volvería a estar llena de la ceniza de los cigarrillos del capitán y su mujer.

De nuevo en el barco oyó los gritos escandalizados de Lyn, desde la cocina.

—Anna, ¿qué es esto? —exclamó señalando la lavadora, que se movía peligrosamente y parecía a punto de estallar por la presión de la espuma blanca y azul que se revolucionaba en su interior.

—¡Es mío! —respondió Lola apareciendo de pronto, mientras Anna se había quedado contemplando la lavadora sin acertar a decir nada. Las dejó solas para que resolvieran ellas el incidente. Más tarde Lyn le hizo la confidencia de que Lola ¡ponía kilos de detergente!

Lo que había provocado la espuma semi-azul eran dos alfombras que Lola no se preocupó luego de quitar de la lavadora. Eso no era ninguna novedad, pues Anna había tenido que secar y plegar su ropa incontables veces. Era de la única persona en el barco de quien tenía que recoger y guardar sus horribles tangas y sujetadores —incluso Lyn se lavaba su propia ropa interior— y sabía que no tenía porqué hacerlo. Esta vez, iba a ocuparse ella de sus alfombras.

La comida transcurrió marcada por los comentarios sarcásticos de Tiziana, que había empezado a referirse a Ramón y Lola como «la Sagrada Familia allí en lo alto», cuando lo cierto era que ambos eran muy bajitos. Igor no reía a lo que decía Tiziana, sintiéndose cada vez más estafado y enojado. Anna sentía resentimiento hacia el que consideraba su más allegado, porque dadas las circunstancias no había accedido a juntar la propina de los cuatro y repartirla de nuevo a cuatro partes iguales, algo a lo que Tiziana sí se había brindado. Tiziana no perdía tampoco oportunidad en despotricar de Tony cuando él no estaba presente. Era la una y diez y el ingeniero seguía en la sala de máquinas.

—¿Y Tony? —preguntó Igor.

—¿Y Tony, y Tony? —repitió Tiziana burlándose—. ¡No sé dónde está Tony ni me importa! Es la una, ¿no te parece que ya debe saber que es la hora de comer?

Esta vez tampoco Igor se molestó en avisarle de que la comida estaba en la mesa, como había hecho siempre que se producía esta escena. Tony subió cinco minutos más tarde, cuando los otros tres hacía rato ya que habían empezado. Terminaron la comida en silencio.

Por la tarde Lyn y el jefe fueron a hacer una visita turística de Nápoles en taxi. Cuando regresaron Lyn comentó lo fea que era la ciudad y dio una nueva pila de ropa por planchar a Anna. Al anoecer llegó un nuevo lote de invitados, dos parejas de las cuales una estaba formada por el hermano del jefe y su mujer venezolana. Igor y Anna cargaron con las maletas —una de las cuales venía con excrementos de perro pegados a las ruedas, que por suerte Igor olió a tiempo, evitando que se enmerudara toda la moqueta blanca— y ofrecieron bebidas a los invitados.

Ramón y Lola salieron a cenar fuera como hacían siempre, antes de que los jefes y sus invitados hicieran lo mismo. Tiziana e Igor se retiraron temprano y hacia las once y media o doce solo quedaban Tony y Anna en la sala de la tripulación. Tony leía su libro de informática y Anna comprobaba sus mensajes de correo electrónico en el ordenador portátil de Tony, habiendo aceptado por primera vez ese ofrecimiento y sintiendo que él le debía mucho más que eso.

El silencio de la velada se rompió con la entrada huracanada de Lola, seguida un minuto después por Ramón. Ella pasó por la sala como un torbellino, sin saludar, mascullando entre dientes y dando un portazo. Tony levantó una ceja y Anna ni siquiera se molestó en apartar la mirada de la pantalla del ordenador. Entonces oyeron a Ramón entrar por la cocina y también murmurando algo. Parecía que se habían peleado. Anna los había sorprendido más de una vez profiriéndose insultos por lo bajo. Lola terminaba todas las peleas amenazando con abandonar el barco. Entonces oyeron un silencio, Ramón se había quedado parado en la cocina.

—¿Qué coño pasa con la lavadora, Lola? —gritó.

Esta vez Anna sí que levantó la cabeza. También lo hizo Tony. La cosa parecía más seria que otras veces.

—¡Lola! —vociferó Ramón. Si Tiziana e Igor dormían, ese grito les habría

despertado, sin ninguna duda. Anna nunca le había oído gritar así, de hecho no había creído que el hombrecillo tuviera capacidad pulmonar para hacerlo.

Lola salió del camarote dando otro portazo y caminó rápido hasta donde se encontraba Ramón, mientras gritaba, tan alto como él:

—¡Yo qué sé qué coño pasa con la lavadora! ¡He puesto unas alfombras a lavar y nadie se ha molestado en sacarlas! ¡Eso es lo que pasa!

—¿Qué coño pasa con la lavadora, Anna? —gritó entonces el capitán.

Anna se levantó y fue consciente al instante de encontrarse en el lugar inoportuno a la hora inoportuna. La furia del marido iba a recaer sobre ella. Se dirigió hacia donde estaban los dos, delante de la lavadora, mientras él continuaba:

—¿Por qué no has sacado la alfombra de la lavadora?

Anna se encogió de hombros.

—Yo no la he puesto.

—¡No, claro que no! —gritó él de nuevo—. La ha puesto Lola para hacerte un favor, pero ¡es tu trabajo sacarla!

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —respondió Anna, algo picada por el tono y las palabras de Ramón. Ahora resultaba que la señora le hacía favores, eso sí que era bueno.

—¡Es tu trabajo! ¿Es que no sabes cuál es tu trabajo?

—¡Pues no! Ya que lo preguntas, no, no lo sé. Lola no me dice nunca nada, ¡no puedo leerle el pensamiento!

Por algún motivo inexplicable, el hecho de que alguien que no fuera él mismo mencionara a su mujer lo volvía rojo de ira.

—¡Lola no te va a decir nunca más nada!

—¡Nunca me ha dicho nada! —gritó Anna, tan alto como él, quizás así se diera por enterado.

—¡Esto se va a acabar! ¡Estoy harto de gilipollecés!

—¿Qué? —exclamó Anna, incrédula, acercándose más a él y empezando a sentir su misma cólera—. ¿Qué quieres decir con gilipollecés? ¿Qué gilipollecés he hecho yo? —Su tono había vuelto al volumen normal, aunque era desafiante.

—Aquí se hace lo que yo digo y si no estás contenta, ¡te largas!

A Anna le sorprendió por dónde le salía. Sin duda con eso esperaba zanjar el asunto igual que había hecho el día anterior, sentenciando que no quería oír

hablar más del tema. Pero se equivocaba del todo con ella. No pensó, solo reaccionó y ella misma se sorprendió de esa reacción. Aceptó la invitación:

—¡Pues me largo! —fue un grito triunfal que dejó a Ramón boquiabierto.

Lola, sin embargo, exclamó:

—¡Bien, una menos!

Lola se metió en su camarote y Ramón se quedó petrificado delante de la lavadora. Anna volvió a la sala, intentando mantener la serenidad. Sentía algo extraño. Por un lado sabía que se había precipitado, se había agarrado a las palabras de Ramón sin pensarlas ni un segundo y sabía que ese tipo de decisiones podían ser peligrosas. Pero por otro lado le había sentado muy bien ver la cara de pasmo de Ramón, que no se lo había esperado y que en realidad no deseaba que ella se fuera. Anna estaba convencida de que Ramón le pediría perdón, ella aceptaría y allí no habría pasado nada. Tony ponía cara de no querer estar allí, no sabía dónde mirar. Anna se sentó delante del ordenador y terminó lo que había dejado a medias. Pasados cinco minutos Ramón se acercó a ella. Sin ningún vestigio de la furia que lo acababa de poseer, usó las mismas palabras suaves de siempre.

—Anna —le dijo casi con súplica—, ¿es que no lo entiendes? Sacar las alfombras de la lavadora es parte de tu trabajo.

—Esa no es la cuestión, Ramón —respondió con un suspiro. Quizás esa era la manera que tenía el capitán de disculparse, pero ella seguía creyendo lo que había dicho antes—: El problema es que Lola no se comunica y yo, lo siento mucho, pero no puedo trabajar con una persona así.

—Me sabe mal —musitó Ramón. Si tenía la intención de que Tony no le oyera, seguro que lo consiguió.

—Es igual —dijo ella, desaprovechando la oportunidad de arreglar las cosas—, me voy y ya está, no importa, estaréis más tranquilos sin mí.

De nuevo su propia reacción la sorprendía. Entendió entonces por qué no podía echarse atrás: la descarga de adrenalina al proclamar su triunfal «¡me largo!» había sido tan fuerte que ahora no podía prescindir de ella. Nunca se había encarado así con un jefe, dejándolo en la estacada simplemente porque podía y porque no toleraba que la explotara, y descubrió que era una sensación nueva y purificante. En cuanto tuviera oportunidad mandaría un correo electrónico a todos sus amigos para aconsejarles que hicieran algo parecido al menos una vez en la vida. Ahora además atisbaba la libertad y casi sin querer hacía ya planes para los días siguientes.

Ramón se metió en su camarote y ella empezó a recoger sus cosas. Eran ya las doce.

—Me voy a la cama —le dijo a Tony, que seguía con la mirada baja—. No pasa nada porque me quede esta noche, ¿no? No creo que Ramón espere que me vaya ahora.

—Claro que no —contestó Tony—. ¡Joder! ¿De verdad que te vas?

—¡Y tanto que me voy! —exclamó ella sin creer que él de veras lo dudara—. ¿No has visto lo que ha pasado?

—Pues el capitán está jodido... —rió él, y después de unos segundos añadió—: Te voy a extrañar.

Anna sonrió y le deseó las buenas noches. Una vez en el camarote se cambió rápidamente y se tendió en la cama. Repasó la escena vivida y sintió ganas de llorar de rabia, igual que lo había hecho dos días antes, pero entonces solo pensó en mañana, en cómo se despediría de Lyn y del jefe y sonrió al imaginarse saltando a tierra por última vez. Entonces dejó de pensar, porque sabía que si no lo hacía no conseguiría dormirse.

Se levantó a la hora acostumbrada y salió a la cocina a hacerse un café y a leer o escribir como hacía cada mañana, mientras esperaba a que Tony se levantara. Pero hoy él también se levantó temprano, así que después del café Anna entró a ducharse y hacerse la maleta. A las ocho ya tenía todo a punto y volvía a sentarse en la sala de la tripulación, vestida de calle.

La Sagrada Familia también se levantó temprano esa mañana. Ramón sonrió a diestro y siniestro deseando los buenos días a todos como si nada raro ocurriera. Tiziana e Igor no se extrañaron de ver a Anna sin el uniforme, habían seguido toda la discusión desde su camarote.

—Eso de «una menos» iba por mí —dijo Tiziana—. La puta no parará hasta deshacerse de las dos *e* no le será difícil porque como el capitán me diga que quite las alfombras de la lavadora, *io* también me largo.

A las ocho y media Anna seguía sentada en su rincón de la sala. Iba a esperar allí hasta que Lyn se levantara. Ramón se acercó a ella de la misma manera que lo hiciera la noche anterior. Sin preámbulos le dijo:

—Puedes hacer dos cosas: irte hoy o seguir trabajando hasta que encuentre una sustituta, que total será un par de días, y entonces te pago el billete de vuelta a casa, ¿vale? —Ramón sonrió, convencido de que aceptaría la propuesta, que él veía como un gran favor. Una vez más, la juzgaba mal.

—Me lo voy a pensar.

No quería precipitarse, sin embargo, no acababa el capitán de pronunciar esas palabras cuando ella supo ya cuál era su decisión. Sintió lástima por Ramón porque tal como había dicho Tony, «estaba jodido» y ella nunca había tenido la intención de marcharse así, sin premeditarlo y sin avisar. Por otro lado, si estaba tan jodido no tendría que haberle restregado por la cara que ella era fácilmente sustituible y que en un par de días habría otra en su lugar. Lo que la hizo decidirse, no obstante, no fue eso, sino el mero pensamiento de tener que ponerse el uniforme una vez más, pasar el trapo una vez más o hacer una cama más. No, de ninguna manera podía volver atrás. Los minutos que iban pasando sin que Lyn se levantara se le hacían eternos y no pensaba en otra cosa que en marcharse.

—Te voy a decir algo que si repites que he dicho negaré hasta la muerte —susurró Tony en cuanto Ramón se hubo ido—: Si te echa, el capitán tiene la obligación de pagarte el billete, no como favor, ¡es su obligación!

—Ya, pero no me echa. Yo me voy —respondió Anna.

El asunto del billete era lo que menos le preocupaba. De hecho, no tenía ganas de volar a Barcelona tan pronto. Ya que no había estado nunca en esta zona de Italia, aprovecharía para hacer unos días de turismo.

—¿Ya te has decidido? —Ramón volvía apenas pasados cinco minutos.

—Sí, me voy hoy. —Lo miró a los ojos y esa sería la última vez que lo haría.

—Vale —dijo él rotundamente.

Al poco rato detectó movimiento en el comedor y se levantó para comprobar que Lyn y el jefe ya se habían sentado a la mesa. Estaban solos y aprovechó el momento, antes de que se levantaran los invitados. Lyn no dijo nada ni mostró sorpresa al verla vestida de calle. El jefe no levantó la vista del desayuno que había empezado a consumir. Se había preparado mentalmente lo que iba a decir pero se esperó a estar delante de Lyn para empezar a hablar.

—Me voy —dijo con apenas un hilo de voz.

—Me sabe mal —respondió Lyn con tono de pena, dejando la servilleta con la que se limpiaba los labios encima de su regazo.

—Ustedes son personas maravillosas —continuó Anna siguiendo el discurso mental que se había preparado y que ahora le sonaba demasiado cursi — y les estoy muy agradecida por todo, pero con esos... esa pareja, el capitán

y su mujer...

—¡No hables mal de ellos! —intervino el jefe.

—No he hablado mal de ellos —se defendió Anna, sorprendida, mientras por el rabillo del ojo veía a Lola detrás de la puerta de la cocina. Se dio cuenta de que él había interpretado mal el hecho de que no encontrara las palabras justas para referirse a ellos sin tener que usar sus nombres de pila— pero no tolero que no me respeten...

Anna no sabía qué más decir, esa intervención del jefe no estaba planeada en su discurso. De todos modos, él no la escuchaba y continuaba hablando sin apartar la vista del plato:

—Ya sabemos lo que ha pasado, Ramón y Lola nos lo han contado y eres tú la que nos has decepcionado. Ellos respetan a todo el mundo, son gente bellísima que han estado con nosotros más de quince años y yo creo enteramente en su palabra. Tú estás aquí para obedecer las órdenes del capitán y si no te gusta, te marchas.

Anna se quedó de piedra. Había estado convencida de que tanto Lyn como el jefe estarían de su parte. Las palabras de él le dolieron porque estaba claro que no estaba dispuesto a oír su versión de los hechos. Tampoco ella iba a caer en lo que consideraba un asunto sucio y de poca dignidad. En realidad, no le importaba lo que pensara el jefe, un hombre ciego. Tenía la certeza de que Lyn no había creído lo que fuera que les hubiera contado Ramón. La verdad era que en las treinta y tres noches y treinta y cuatro días en que había estado a bordo del Anaketa, Anna nunca había desobedecido una orden del capitán, ni de nadie. Pero no se molestó en aclararle eso al jefe, ya solo pensaba en marcharse de allí en cuanto antes.

—Muy bien —contestó y volvió a la sala de la tripulación a por su bolsa verde.

Segundos más tarde Tiziana la instaba a que fuera corriendo a su lado para ser testigo de algo insólito. Anna se acercó y desde detrás de la puerta de la cocina las dos vieron a Lola pasar el trapo de quitar el polvo por la zona del puente.

—¡Es la primera vez que la veo limpiar!

—Pues mira qué bien —contestó Anna—, a partir de ahora la vas a ver sacar el polvo, pasar el aspirador, hacer los camarotes... hasta me da pena no poder quedarme para disfrutar del espectáculo.

Salieron las dos al comedor y al pasar por delante de Lyn Anna le dio las

gracias moviendo la boca pero sin proferir ni un sonido, para no interrumpir al jefe, que en esos momentos estaba hablando, todavía con la mirada fija en el plato. Lyn le respondió con un gesto de empatía y esa fue la última vez que la vio. Al pasar por el puente no dijo nada. Ramón no estaba a la vista, pero tampoco tenía interés en despedirse de él. De Tiziana e Igor se despidió en cubierta.

—Siento que tengas que irte así —dijo Igor.

—Es igual —respondió Anna.

—Piensa que vayas donde vayas y hagas lo que hagas, seguro que estarás mejor que nosotros.

—Sí, creo que sí —empezaba a sentir ganas de llorar.

—Estaremos en contacto —intervino Tiziana.

Tony saltó a tierra para «despedirse bien», según dijo. Anna luchaba todavía contra las ganas de llorar y no sabía muy bien por qué se le agolpaban las lágrimas, si cinco minutos antes había estado tan contenta. Al hacer esta reflexión comprendió que era la reacción del jefe lo que la hacía llorar. Aunque no le importara lo que Ramón le hubiera contado, las palabras del jefe no dejaban de ser injustas. Sin darse cuenta, se vio expresando estos sentimientos en voz alta. Tony la abrazó y asintió.

—¿Eso te ha dicho? ¿Qué les habrá contado?

Anna estuvo tentada de pedirle que él ofreciera su versión, al menos a Lyn, ya que él había presenciado la escena. Pero se recordó que ya no importaba. Además, no quería inmiscuir a Tony, que la noche anterior se había mantenido al margen, y por algo sería.

—Te voy a extrañar, ya nada será lo mismo sin ti. ¿Con quién voy a jugar a Scrabble?

—¡Bah! En un par de días llegará la sustituta y pronto te olvidarás de mí.

—Sí... supongo. Ya la he bautizado: se llamará Anna Tres. El primer día le diré: Hola, Anna Tres, ahí está tu cama y no te molestes en deshacerte la maleta ya que las azafatas en este barco no duran más de un mes y ya estoy esperando la llegada de Anna Cuatro.

Anna consiguió reír.

—Vete ya o el capitán pronto dirá que sería interesante que trabajaras un poco, para variar —dijo dando un cabeceo hacia atrás. Estaba de espaldas al barco, justo en el punto de mira de la cámara y estuvo segura de que al menos Lola estaría observándolos desde la sala de la tripulación.

—Escríbeme.

—Lo haré en cuanto encuentre un café internet en Nápoles o Roma.

Anna caminó a lo largo del muelle sin girar la vista atrás. Antes de llegar al final, sonó su teléfono móvil y habló con Martin, que recibió la noticia con sorpresa y alivio a la vez.

—Piensa algún sitio donde quieras ir de vacaciones y allí iremos —le dijo para animarla— y ahora haz el favor de hospedarte en un buen hotel y relájate o date un baño.

Sintiéndose libre de nuevo, tomó un taxi hacia el centro histórico de Nápoles y se hospedó en un hotel situado dentro de un palacete del siglo XVIII. En el cuarto de baño no había bañera, pero no le importó porque no tenía intención de quedarse en el hotel. Salió a la calle a dar una vuelta y a explorar la ciudad, de la que le sorprendió lo mal que olía. A media mañana cogió un tren a Pompeya, para visitar las ruinas de la ciudad que quedó sepultada por la ceniza provocada por la erupción del Vesubio en el año 79, conservándola casi intacta. Por la tarde del día siguiente otro tren la llevó a Roma, donde pasó cuatro días. Desde allí compró por internet un billete de avión electrónico, solo de ida, a Barcelona para el lunes, 14 de junio. Ese día, veinte minutos después de haber llegado a la ciudad condal, volvió a sonar su teléfono móvil. Se dispuso a responder la llamada, sorprendida porque no había informado a nadie de la hora de su llegada y era raro que Martin la llamara a esas horas.

—¿Sí? —contestó sin haber reconocido el número que aparecía en la pantallita.

—Sí, hola, con Anna Estebanell, por favor.

—Sí... —dijo con algo de aprensión, no reconocía la voz.

—Hola, Anna, soy José Luis, del Grupo Valeiro. ¿Te acuerdas del trabajo del barco?

—Sí... —Intentó esconder su asombro.

—Pues mira, resulta que se ha vuelto a reactivar desde hace unos días. De hecho, llevo desde el viernes intentando localizarte.

—Ah... es que he estado fuera —respondió Anna sin salir de su asombro—. Y... ¿eso de que se ha vuelto a reactivar? Yo pensaba que ya habían encontrado a alguien —prosiguió con cautela.

—Bueno, sí, pero es que... ¿A ti llegaron a llamarte para hacer una entrevista?

—No, no, a mí no. —Afectó su voz más inocente.

—Bueno, pues se ha reactivado porque tenían una chica que les ha funcionado durante un tiempo y... en fin.

—¿Qué pasó? —preguntó Anna saltando a la defensiva y dispuesta a desentrañarle la verdad a José Luis si es que estaba mal informado.

—Bueno, que se marchó.

—Ah, bueno.

—¿Aún te interesa?

—Bueno, no sé, es que estoy pendiente de otro trabajo. Ya he hecho la primera entrevista y me tienen que llamar para la segunda y es un muy buen trabajo... No sé.

—¿Y cuándo lo sabrás? Es que es bastante urgente.

—No sé, no sé. Quizás un par de días o tres. Ya te llamaré.

—Bueno, pues espero tu llamada.

Anna apretó el botón para finalizar la llamada y sonrió al imaginarse a José Luis haciendo llamadas similares a otras posibles candidatas o quizás esperando pacientemente a que ella le llamara. Decidió que lo tendría esperando un mes y luego quizás lo llamaría.

Por la tarde de ese día, ya en el piso de sus padres, colocó su ordenador portátil sobre el escritorio de la habitación que al cabo de tres días volvería a compartir con Martín. Se sentó delante, abrió la tapa del ordenador, apretó el botón de encendido, abrió Microsoft Word y empezó a teclear:

«Anna trabajaba, de hecho lo había hecho sin interrupción desde los diecisiete años, y ya tenía treinta y tres».

El Anaketa después de Anna



Ramón tardó más de un par de días en encontrar a Anna Tres. Mientras, fue Lola quien hizo el trabajo de Anna Dos. Ramón no se atrevió a pedirle a Tiziana que vaciara la lavadora ni que hiciera ninguna otra tarea propia de la azafata. La limpieza de los camarotes, que a Anna le llevaba de dos a tres horas, Lola la terminaba en cinco minutos. Después de dos días, incluso Tony, que normalmente no prestaba atención a los asuntos de limpieza del barco, percibió la suciedad que se iba acumulando en los camarotes y temió que los invitados se fueran a quejar. Pero por suerte, los invitados, sin duda alertados de la precaria situación temporal, aprovechaban cualquier oportunidad para comer y cenar en tierra. Por su parte Lola argumentó que Anna era demasiado lenta y que de hecho, esa había sido la razón de su descontento y el de Ramón con ella. Tony escuchaba sin dar crédito cómo Lola daba esta explicación al jefe y a Lyn durante el desayuno del tercer día de trabajo de Lola como azafata. Así, Lola continuó disponiendo de casi todo el tiempo libre que le brindaba el hecho de ser la mujer del capitán. Además, con el despido de Anna se disipaba la amenaza constante a su comfortable estatus y por consiguiente se había sumido en un estado de humor eufórico que le duró más de un día —exactamente tres— lo cual fue algo positivo para todos: alimentó a su vez la buena disposición de Ramón, que estaba más alegre, amable y comprensivo con el resto de la tripulación.

El Anaketa continuó su rumbo, parando de nuevo en Capri, haciendo luego escala en las islas Eólicas, al norte de Sicilia, antes de dirigirse hacia Corfú.

La situación a bordo para el resto de la tripulación continuó siendo de trabajo excesivo.

Una semana después de que se fuera Anna, todavía no se había encontrado sustituta. Tony recibió un correo electrónico de Anna, ya desde Barcelona, en el que contaba, envuelto de ironía, que le habían vuelto a ofrecer el trabajo por error y que, dada la dificultad que a bordo tenían en encontrar un reemplazo, se estaba planteando aceptar. Por entonces se empezó a hablar en el Anaketa de la conveniencia de contratar a un «azafato», que según Ramón y Lola, traería menos problemas. Fue casi dicho y hecho. Un día después de haber desembarcado a Lyn y al jefe en Sicilia, desde donde volarían de vuelta a Barcelona, apareció en el muelle Carlos.

Carlos era un catalán desarraigado que había trabajado en varios hoteles, en una fábrica de pescado en Escocia, de paleta en el sur de Inglaterra y en los últimos tiempos en un bar de Sicilia de camarero, donde una noche un amigo de Ramón daba rienda suelta a la lengua con ayuda de los excesos del alcohol. Así fue como al día siguiente Carlos hablaba con Ramón por teléfono y aceptaba un trabajo que le ofrecía un salario tres veces superior al que recibía por estar detrás de la barra de un bar. Tony, que había temido que un azafato sería forzosamente homosexual, respiró aliviado al comprobar que Carlos no tenía nada de eso, pero pronto vería que tampoco tenía mucho de azafato cuando la higiene del barco y sobre todo de su propio camarote degenerara hasta convertirse en una pocilga. Así, se seguía una vez más la regla que se había estado llevando a cabo desde que contrataran a Anna Uno, la pelu: la experiencia que aportara la candidata o candidato era lo de menos. En el caso de Carlos se cumplían los tres requisitos que en esos momentos Ramón consideraba de mayor importancia: era varón, hablaba inglés y lo más importante, estaba disponible a partir de ya. Carlos ni siquiera avisó al dueño del bar de que se iba, sino que de una noche para otra dejó de presentarse sin más.

La persona más contenta con la contratación de Carlos fue Lola, que estúpidamente lo convirtió en su confidente contándole que los jefes, Ramón y ella estaban unidos en su decepción con Tiziana y se planteaban despedirla. Más tarde Ramón le confió a Tony que «Igor también había cambiado mucho ese año» y que sospechaba que Anna había sido una mala influencia para los dos. Carlos no desaprovechó la oportunidad de hacerse amigo de Ramón y Lola desde el primer día. Según él, «en España es más importante cómo te llevas con el jefe que el profesionalismo de tu trabajo». Así fue como, según

Tiziana, a Tony le desbancaron de su trono de niño mimado. Aun así, el resentimiento que sentían todos por el trabajo excesivo acabó afectando también al nuevo niño mimado, que como azafato era de quien más trabajo se esperaba.

El asunto de las propinas no se resolvió aun después de la partida de Anna y el resentimiento general volvió a aflorar cuando Ramón se negó a repartir la última —que había dejado el hermano del jefe, su mujer venezolana y la otra pareja— con el pretexto de que era demasiado pequeña. Entonces Tiziana fue la protagonista de una escena muy similar a la que había provocado Anna: fue a hablar directamente con Lyn. Esta vez Lyn no perdió el tiempo yéndole con el cuento a su marido y le propuso a Tiziana que tan pronto como ellos se marcharan, la tripulación entera se enfrentara con el capitán y le exigiera la entrega de todas las propinas sin demora y sin importar su cantidad. Así lo hicieron, pero el problema siguió inconcluso al verse interrumpida la reunión por un copioso brote de sangre que surgió de las narices de Ramón de forma repentina.

Tony veía cómo la armonía de convivencia entre la pareja sagrada y el jefe, que los primeros creían establecida desde que Anna se fuera, se desvanecía a la vez que la animadversión de Lyn hacia ellos crecía día a día. Pero además, a nadie se le escapaba que la relación entre el jefe y Lyn se tensaba cada vez más. Entre la tripulación —excluidos Ramón y Lola— se creó el mito de que el jefe nunca había deseado comprar el Anaketa y lo había hecho solo por satisfacer a Lyn, que había insistido tanto para vencer su inseguridad de ser «la otra». Ahora resultaba que Lyn tenía que estar continuamente justificándole al jefe esa compra y estaba quedándose corta de argumentos, pues el Anaketa, aparte de ser un velero precioso, era un barco diseñado para recorrer el mundo en travesía, no para ir de un puerto a otro cargando y descargando pasajeros como se había hecho con el Cassandra. Para sacarle el mayor rendimiento a una embarcación así, el jefe debía realizar un cambio de vida que ni se podía permitir ni estaba dispuesto a hacer.

Bajo estas circunstancias continuaron el trayecto, dejando Corfú atrás y llegando a Croacia. El jefe, sintiéndose magnánimo, ofreció tres cientos euros más de bonificación a cada tripulante como compensación por un día de fiesta perdido más la promesa de otro día de fiesta extra al término de la temporada. Aun así, la tripulación no se olvidó del asunto pendiente que tenían con el capitán: lo arrinconaron para exigir la paga inmediata de sus propinas, que correspondía a cien dólares americanos y cien euros para cada uno. Nunca

más se volvió a hablar de sueldos y partes proporcionales.

Ya en Croacia Tony se encontró una noche con que la cena no estaba servida a la hora acostumbrada. En su lugar alguien había dejado un plato con algo de lechuga, un tomate abierto y queso cortado en dados deshaciéndose en el calor del verano. Salió a cubierta y vio a Tiziana manteniendo una fuerte discusión con el capitán. No oía lo que decían pero la postura y gestos de ella no dejaban lugar a dudas sobre la naturaleza del intercambio. Poco más tarde Tiziana entraba en la sala de la tripulación, donde Carlos, Tony e Igor se comían con desgana la ensalada, y anunciaba que a partir del día siguiente iban a comer mejor —por lo visto alguien había comentado que la comida de la tripulación no era muy buena—, pues ella se iba. Durante el resto de la velada Tiziana mantuvo una expresión de felicidad que rozaba la locura y Tony no averiguó hasta más tarde que el jefe había quitado al Cassandra del mercado y había designado a Tiziana como cocinera. Tanto el Anaketa como el Cassandra harían las delicias de los invitados de los jefes durante el mes de agosto en Ibiza. Eso confirmaba la suposición general de que el jefe no estaba muy interesado en el Anaketa y así de paso se resolvía el problema de la tensión entre Lola y Tiziana, que había llegado a extremos inaguantables.

La partida de Tiziana no fue lo dramática y espectacular que fuera la de Anna, pero una vez más provocó un ambiente de alegría entre los que se quedaron —a excepción de Igor, que no recibió bien la noticia, pero que pronto se recuperaría— y otro día de euforia para Lola. Tiziana se fue tres semanas después de que lo hiciera Anna, pero con la diferencia de volar en el jet privado de un grupo de invitadas que la devolvieron a Barcelona.

Ahora solo cabía esperar cómo sería la próxima cocinera o cocinero. Y no hubo que esperar mucho, pues Carlos le aseguró a Ramón tener al sustituto perfecto y este aceptó complacido reduciendo aún más su criterio a la hora de contratar a alguien nuevo. El candidato contestó afirmativamente a la pregunta «¿Puedes empezar mañana?» y eso fue lo único que importó. El nuevo chef resultó ser un amigo de Carlos, también catalán, de sus días de camarero en bares de Sicilia. Con esta nueva incorporación Carlos ganaba un poco más del poder y la confianza que lo llevaban a hacer comentarios como «Igor será el próximo en caer» y lo situaban por encima del resto de la tripulación.

La primera comida para la tripulación por parte del cocinero nuevo fue bastante aceptable y también las que siguieron, y con su incorporación pareció que se habían restablecido la calma y buen ambiente a bordo. Sin embargo, no iba a durar mucho. Pronto los dos amigos empezaron a pelearse por

nimiedades e Igor, todavía molesto por la marcha de Tiziana, se picaba con los dos. Lola, que había conseguido ser la única mujer de la tripulación, recuperó sus días de caras largas cuando Lyn volvió a estar a bordo, que fue solo durante unos días hasta que llegó el reemplazo con Chantal (la exmujer) y sus amigas.

Fue el día después de la llegada de Chantal cuando Ramón se levantó para descubrir sus sábanas cubiertas de la sangre que se le escapaba por la nariz y que él achacaba a «la alergia». No pudiendo ignorar más los síntomas de algo que empezaba a sospechar más grave que la alergia o la presión alta, él y Lola fueron de urgencias a un hospital. Allí le diagnosticaron un tumor cancerígeno en las fosas nasales, sin duda provocado por años de tabaquismo. Como resultado, era imperante que dejara su puesto y volara inmediatamente a Barcelona. Lola no perdió un minuto en hacer las maletas ni disimuló su alivio al poder dejar ese maldito barco atrás, en el cual había aguantado tanto tiempo solo por apoyar a su marido. Ramón se despidió sin la esperanza de volver. Lola dejó muy claro que ella no volvería aun si se daba la remota posibilidad de que Ramón se recuperara. El Anaketa quedaba así con cuatro tripulantes, de los cuales solo Igor y Tony tenían experiencia náutica.

Chantal se enfureció al conocer la noticia y exigió que Tony tomara el puesto de capitán y no se cambiaran los planes de salir a navegar cada día: esa tarde había llegado un grupo de sus sofisticadas amigas. Tony dudó y esperó órdenes del jefe desde Barcelona. Por suerte, el jefe estaba en el proceso de contratar un capitán para el Cassandra. Había entrevistado ya a varios y estaba entre dos posibles. Al día siguiente mandaría a uno de ellos como reemplazo para el Anaketa.

Desde el primer día a Tony no le gustó el nuevo capitán, que se afanaba por impresionar al jefe en detrimento de la tripulación, a quien trataba con poco respeto. Además, demostró tener poca experiencia marítima, lo cual provocó varias situaciones peligrosas y un gran desastre. Ocurrió un día en que el capitán tenía prisa por llegar al lugar de fondeo asignado para que los invitados se dieran el chapuzón de rigor, y decidió tomar un atajo. Se metió por un canal por el que a cuarenta y seis metros de altura cruzaban los cables que unían a dos torres. El mástil del Anaketa era de cuarenta y nueve metros. El capitán no solo no tuvo este dato en cuenta, sino que no vio el aviso de los cables en su carta de navegación porque estaba demasiado ocupado metiendo las narices en cómo hacía su trabajo el resto de la tripulación. Lyn, desconfiada, le preguntó si era seguro navegar por el canal. El capitán

contestó casi con desdén que él nunca hacía nada de lo que no estuviera cien por cien seguro.

Tony estaba en la sala de máquinas cuando de repente notó que el barco se detenía. Extrañado, subió a cubierta para encontrarse una escena de pánico, con invitados gritando y corriendo despavoridos para refugiarse en el interior. Las dos torres habían caído hacia el canal, tiradas por los cables que el barco había arrastrado hasta que se paró, con los cables envolviendo la barandilla de proa. El Anaketa y todos sus ocupantes se salvaron de morir carbonizados solo gracias a que unos operarios de tierra vislumbraron el desastre y cortaron la electricidad de las dos torres.

La policía conminó al capitán de la embarcación a dirigirse al puerto de Dubrovnik inmediatamente pero este desobedeció. Como resultado, el Anaketa fue interceptado por varias lanchas motoras de la policía bajo la sospecha de ser fugitivos con rumbo a Italia. Al capitán se le encontró culpable de violar la ley marítima y se le puso una multa de doscientos euros, que pagó con el dinero del barco. Por otro lado, la compañía eléctrica propietaria de las dos torres y los cables puso una querrela contra el Anaketa y consiguió pasar una orden que impidiera su marcha hasta que la compañía aseguradora del barco presentara una garantía de las reparaciones por una suma de cien mil euros. El asunto llegó a las noticias de la televisión croata, que se desplazó al lugar para filmar y hacer entrevistas. Así, el departamento de aduanas croata descubrió que el Anaketa era propiedad de una compañía de viajes chárter y puso una demanda por no haber recibido los impuestos debidos por realizar viajes chárter en Croacia.

Una semana más tarde se habían arreglado las cosas y todo volvía a su cauce, pero era evidente que al jefe le habían agriado las vacaciones. Como le preguntó su opinión, Tony le hizo saber lo que pensaba del capitán, que le resentía por motivos que él desconocía y cuestionaba su trabajo continuamente con la que ya se había convertido en su frase burlona más famosa: «¿Qué, funciona o no funciona?». Después del accidente estaba claro que a quien debía ponerse bajo la lupa de la ineptitud era al propio capitán. El jefe lo hubiera echado de muy buena gana en el mismo puerto de Dubrovnik, pero no se veía capaz de repetir el arduo proceso de encontrar a otro capitán. Semanas más tarde los aires de superioridad del capitán se calmarían un poco cuando al correo electrónico del barco empezaran a llegar solicitudes de trabajo de otros capitanes y sus parejas, que sin duda respondían a algún ofrecimiento de trabajo promovido por el jefe.

Pero el siguiente en ser despedido iba a ser el cocinero. Como pasara con la pelu, toda la tripulación estuvo al corriente de su retirada inminente menos el propio interesado, al que no se le hizo partícipe de su destino hasta el mismo día de su marcha. En su lugar llegó una arquitecta argentina que cometió el error de quitarse diez años de encima. Cuando se descubrió la verdad, Lyn desconfió de ella y la acechó con el mismo vicio con que lo hiciera con la pelu, hasta que demostró que además no tenía nada de cocinera: todo de lo que era capaz en la cocina era de hervir patatas y zanahorias y de freír huevos. Se acordó que fuera devaluada al puesto de azafata, coincidiendo con el despido de Carlos, al que el jefe echó cansado de su despliegamiento de encanto y coquetería con las señoras de a bordo. Para suplir el puesto de cocinera llegó una escocesa que preparaba delicias y duró hasta el final de la temporada, que apenas fueron unas semanas.

A medida que se acercaba el final de la temporada Tony iba haciendo planes para reunirse con su familia y disfrutar de las seis semanas de vacaciones que Ramón le había garantizado cuando lo contratara. Un día el jefe lo llamó para hablarle en privado y le ofreció un piso gratis en Barcelona que normalmente le habría costado mil quinientos euros de alquiler al mes y un trabajo para su mujer en su propia empresa. Tony consideró la oferta con cautela, sin comprometerse por el momento y todavía con la preocupación de que no hubiera mención de sus prometidas vacaciones. El jefe también le confirmó el despido del capitán a final de temporada. Eso significaba que Tony estaría solo para preparar el Anaketa para la temporada de Navidad para la travesía por el Caribe.

Durante las primeras semanas de agosto, que el Anaketa y el Cassandra pasaron lado a lado en Ibiza, hubo rumores de que Tiziana volvería al Anaketa, esta vez en calidad de marinera o ayuda para Igor, pues el Cassandra había encontrado inesperadamente un comprador. Tony no podía entender cómo Tiziana aceptaría tal cambio, pues eso supondría más trabajo y menos dinero. Además, estaba el problema de dónde dormiría.

La tercera semana de agosto, cuando Tony contaba ya los días para el final de la temporada se repitió el episodio de los portillos abiertos que ocurriera cuando Anna estaba a bordo. Tony no podía saber si a la azafata actual le habían avisado de que era parte de su trabajo cerrar los portillos. Fuera como fuera, dos de ellos estaban abiertos mientras el Anaketa navegaba escorado como nunca a una velocidad de doce nudos. Las persianas que cubrían los portillos estaban bajadas, así que nadie se percató de ellos. Fue Lyn la que

descubrió todo el suelo encharcado, el sofá mojado, los libros empapados y el agua penetrando a borbotones. Tony corrió a su lado cuando oyó los gritos de desesperación y alarma. Como hiciera la primera vez, cerró los portillos a toda prisa mientras urgía a Lyn a que trajera toallas y trapos secos. Pero ella se quedó allí, quieta en su ataque de pánico. Tony se asustó al comprender que Lyn de veras creía que el barco se hundía. «¡Esto es un barco de aficionados!», gritó y repitió una y otra vez que la tripulación de los propietarios anteriores sí había sido profesional. «¡Odio este barco!», exclamó al borde de las lágrimas. Este último comentario cogió a Tony por sorpresa, pues hasta entonces había estado convencido de que la compra del Anaketa había sido idea de Lyn, aunque no pareciera disfrutar tanto la parte del escoramiento. Al día siguiente Tony comprendió mejor la escena cuando Lyn, ya calmada, le contaba cómo en 1972 había perdido a su hermano poco después de haber muerto su padrastro, y cómo su madre, su hermano pequeño y ella habían empezado una nueva vida en Barcelona.

Después de seis meses a bordo del Anaketa, Tony estaba seguro de que lo único que lo había mantenido a salvo de la depresión o la locura había sido la promesa de sus vacaciones. Por eso, cuando el 31 de agosto se anunció el fin de la temporada y el regreso a Barcelona para el día siguiente, y el jefe no quiso ni oír hablar de prescindir de sus servicios durante seis semanas, Tony no tuvo ninguna duda en tomar la drástica decisión de abandonar su puesto de trabajo como ingeniero del Anaketa. El jefe acogió mal la noticia e incluso se encabronó argumentando que le hacía una putada. Pero a Tony no le importó su opinión. Lyn, como era de esperar, le comprendió perfectamente.

Sobre la autora

Carmen Grau nació en Barcelona. Es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Barcelona y en Humanidades por Providence College, RI, Estados Unidos. Escribe en inglés, castellano y catalán. Ha viajado extensamente por el mundo y vivido en varios países, como Singapur, Malasia y Australia, donde reside desde 2001. En el año 2000 emprendió un viaje poco planeado por varios países asiáticos y un año más tarde escribió [*Amanecer en el Sudeste Asiático*](#), el libro de viajes más vendido en 2012 y 2013 en Amazon España. En 2004 escribió la novela *Trabajo temporal*. En 2013 publicó un segundo libro de viajes, [*Hacia tierra austral*](#), que narra su periplo a bordo de los trenes más legendarios del mundo desde Barcelona a Perth, Australia. También publica cuentos, relatos y ensayo en sus blogs: [Me llamo Pendiente, Inde Pendiente](#), en castellano, y [Raising Children in Freedom](#), en inglés. Carmen compagina su pasión por la escritura y los viajes con el cuidado y educación total de sus dos hijos, Dave y Alex, que son autodidactas y librepensadores como ella.

Si quieres recibir un correo electrónico automático cuando salga publicado el próximo libro de Carmen, suscríbete [aquí](#). Tu dirección de correo electrónico no se compartirá con nadie y puedes anular la suscripción en cualquier momento.

El boca a oreja es crucial para el éxito de todo autor. Si te ha gustado este libro, por favor tómate unos minutos para escribir unas líneas o una reseña positiva en [Amazon](#), en [Goodreads](#) o en tu blog para que otros lectores se animen también a leerlo. Además puedes escribir a Carmen directamente aquí: carmen.grau@gmail.com, seguirla en twitter.com/CarmenGrauG, facebook.com/CarmenGrauG o visitar su página web: carmengrau.wix.com/escritora.

Índice

[Las entrevistas](#)

[Bienvenida a bordo](#)

[La tripulación](#)

[La exjefa y compañía](#)

[El capitán manda](#)

[El Anaketa después de Anna](#)

[Sobre la autora](#)